



MARTIN EL EXPOSITO

6

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CÁMARA;

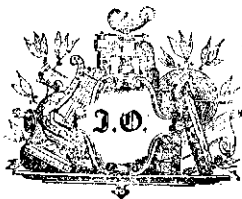
POR

EUGENIO SUE.

VERSION CASTELLANA

por D. Augusto de Burgos.

TOMO III.



BARCELONA.

POR D. JUAN OLIVERES, IMPRESOR DE S. M
CALLE DE MONSERRATE, N. 10.

1847.



BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



0101277044

MEMORIAS DE MARTIN.

I.

La escuela.

« Regina ha perdido á su madre , y por muy desgraciada « que sea tu suerte, lo es acaso menos que la que á la pobre « niña espera. » — Me dijo Claudio Gerard : y esta idea era para mí el resumen del triste espectáculo que acababa de presenciar. .

Esto no obstante , pude librarme de ello , y desempeñar con gran satisfaccion de mi amo la parte que me tenia señalada en sus trabajos diarios, reservando para mis horas de soledad y de reposo nocturno el triste deleite de saborear á mi antojo los amargos recuerdos, y las ideas de toda especie que me habia sugerido la escena de que fuí testigo.

Por otra parte , la variedad de mis ocupaciones durante el resto del día , y la sorpresa que me causaban varias particularidades de la vida de Claudio Gerard , habrian bastado, á lo que creo á distraerme de mis cavilaciones sobre Regina. Sabiendo sobre todo como aquella misma mañana supe, que la pobre niña no debia volver al lugar ; porque se iba á poner en venta la casa hasta entonces habitada por su madre.

Así empleó el dia el maestro de escuela y , salvo algunas diferencias en los trabajos manuales , así los empleaba todos.

Después del entierro, nos volvimos á casa, en donde cogió Claudio una especie de rastrillo con un mango muy largo, me entregó un cubo y una pala, semejante á los que usan los marineros para sacar el agua de los barcos, y echamos á andar, yo deseoso de saber á que íbamos, y Claudio Gerard tranquilo y grave como siempre.

A los pocos minutos llegamos á una pradera de corta extensión, que continuaba con el pueblo, y á cuya extremidad habia una fuente subterránea que alimentaba el lavadero público, receptáculo de agua negra y cenagosa á la sazón, groseramente rodeado de baldosas, que formaban una especie de parapeto.

A pesar del frío, quitóse Claudio Gerard los zuecos; arremangóse los pantalones hasta las rodillas, y la blusa hasta las caderas, sujetándola con una cuerda, y me dijo:

— Vamos, hijo mio, á limpiar este lavadero. Mas como el meterte en el agua podría hacerte daño, entraré yo primero, removeré el cieno con este rastrillo, y tú echándolo en el cubo lo irás á tirar al pie de aquellos álamos que ves allá.

Al darme esta orden, y al anunciar la parte que iba él á tomar en nuestro penoso y repugnante trabajo, era perfecta la indiferencia del maestro de escuela; pero, á pesar de mi ignorancia de los hombres y de las cosas, atónito de ver que mi maestro de escuela fuese, no tan solo sepulturero, sino encargado de la limpieza de un lavadero público, me puse á mirarlo con atención.

Adivinando mis pensamientos, sonrióse él afablemente, y me dijo:

— Te causa sorpresa, hijo mio, ver á un maestro de escuela, á un *hombre sabio*... como por ahí me llaman limpiar un lavadero.

— Confieso que me extraña.

— Y crees que es vergonzoso para mí, ¿no es verdad?

— Sí, señor.

— ¿Porqué?

— ¡Toma! porque para un hombre tan sabio.... al meteros así en un sillio cenagoso me parece que os rebajais.

— Oyeme con atencion, hijo mio.... las pobres mujeres que vienen á lavar su ropa á esta agua llena de poso.... se la llevan casi tan sucia, como la trajeron.... quedándola además un insoportable olor á cieno: sucede tambien que los niños á quienes ponen esos pañales húmedos é infectos, caen malos y cogen calenturas dañinas; en tanto que en limpiándose el lavadero se saca el cieno, y ya no suceden esas desgracias.

— Bien está, señor Claudio.... pero no faltan aqui personas que puedan hacer las veces de V.... pues estas personas no podrian....

— ¿Reemplazarme en otra cosa...? ¿no es eso?

— Eso quise decir.

— Tienes razon, pero se trata de un *deber* que he prometido cumplir, y no es cosa de faltar á mi promesa. En cuanto á la humillacion de que hablas, ¿donde la ves? Si yo tuviera orgullo, podria decir por el contrario: hago á un mismo tiempo lo que todo el mundo puede hacer, y lo que yo solo puedo hacer, lo cual es por lo tanto doble mérito. Mas sin raciocinar así, hijo mio, me contento con decir que nunca es vergonzosa una accion cuando es provechosa á todos.

Yo no sabia que responderle.

— ¿Consiste por ventura la humillacion en andar descalzo de pié y pierna por entre el fango? Si así fuese, — continuó Claudio sonriéndose, — esos caballeros ricos y nobles que vienen á cazar todos los inviernos á nuestros pantanos se humillan mas profundamente que yo, por que se meten en el fango hasta la barriga, solo por el gusto de matar algunos pajarillos.... Vamos, hijo, ánimo, y alegra ese corazon. Nuestro trabajo será útil á todos. Despachemos porque á las doce tenemos que estar de vuelta para preparar la clase.

Y, poniendo manos á la obra, comenzó Claudio Gerard á echar hácia la orilla con su rastrillo una gran porcion de

cieno de que yo iba llenando el cubo para transportarlo en seguida al pié de unos grandes chopos, que formaban una extensa alameda.

Confieso que el ejemplo y las palabras de Claudio Gerard realzaron á mis ojos aquella faena é hicieron que me pareciera menos penosa y menos repugnante.

Con el objeto, sin duda, de seguirme alentando, me dijo al cabo de una hora mi nuevo amo.

— Para la primavera vendrémos á visitar esos chopos; con el limo que vas echando al rededor de ellos, verás que verdes y que lozanos se ponen, porque ese fango, tan perjudicial en el lavadero, es un excelente abono para esos hermosos árboles, cuyas raíces nutre.... Ahora, dime, hijo mio, si te dará por ventura vergüenza haber contribuido á que esos grandes álamos adquieran mas belleza y robustez con haberles echado unos cuantos cubos de cieno.

— ¡Oh! no señor.... lejos de eso vendré á verlos con mucho gusto; — exclamé cada vez mas satisfecho de las reflexiones de Claudio Gerard.

Y tal es el carácter de los muchachos, que no terminó sin cierta satisfaccion de amor propio aquella obra comenzada con tanto disgusto.

Si insisto en estas lecciones prácticas de Claudio Gerard, es por que tuvieron un influjo decisivo y casi incesante en mi vida: debo añadir, en elogio propio tal vez, ó mejor dicho, en elogio de Claudio Gerard, que sus lecciones tan sencillas, tan claras y tan lógicas penetraron casi inmediatamente y con mucha intensidad en mi espíritu y en mi corazón, al paso que para aceptar las execrables máximas del mendigo, preconizadas por Bambocha, tuve que vencer una especie de malestar moral, y cierta repugnancia instintiva.

Dejando así empezada la limpia del lavadero, volvimos á toda prisa al lugar: un pedazo de pan negro y algunas nueces compusieron nuestro almorzo, despues del cual ayudé á Claudio Gerard á hacer en la cuadra los preparativos de la clase, extraños preliminares que hicie-

ron subir de punto el asombro que me causaron los sucesos de aquel día.

Como las vacas salían muy pocas veces en invierno, por efecto del mal tiempo, su presencia casi cotidiana en aquella estancia disminuía mucho el espacio destinado á los discípulos: de donde resultaba una gran dificultad de definir si estaban los alumnos en el establo, ó las vacas en la clase; pues el local se hallaba dividido casi por partes iguales entre la raza humana y la vacuua.

A la derecha se veían colgados los aperos, el pesebre y un monton de estiércol, que tenía dos ó tres meses y que exhalaba insoportable hedor: junto á la pared izquierda colocamos nuestros banquillos cojos, pusimos encima unas largas tablas y delante de estas mesas portátiles alineamos varios bancos sobre un piso enlodado é infecto; pues el desnivel del suelo hacía rezumar hasta allí una parte de las inmundicias de los animales.

Estos preparativos, los hacíamos casi á oscuras; pues aquel local de veinte pies de largo no tenía mas luz que la que dejaban pasar la puerta, por un lado, y por otro la reducida ventana del tabuco rodeado de zarzos que servía de cuarto al maestro: el techo muy bajo, compuesto de vigas agujereadas y adornado con colgaduras de telarañas, permitía alcanzar con la vista la paja y el heno que llenaban el granero. Cuando apretaba el frío se cerraba la puerta y quedaban en tinieblas las dos terceras partes del establo; de manera que de treinta muchachos que eran, solo cinco ó seis podían trabajar con la luz que penetraba por la ventana de la alcoba. A este inconveniente remediaba el maestro llamando alternativamente á su cuarto á los discípulos que estaban en la parte mas oscura del establo, y haciendo trabajar á cada uno un cuarto de hora en su presencia.

Habíamos apenas acabado de preparar las mesas y los bancos cuando empezaron á entrar los niños. El cielo, que por la mañana estuvo bastante despejado, se había enca-

potado luego, y como empezase la nieve á caer con abundancia, fue preciso cerrar la puerta del establo atestado de animales y de entes humanos, con lo cual nos quedamos casi á oscuras.

Acurrucado yo en un rincón, asistía con viva curiosidad á la primera lección que veía dar. Los rústicos alumnos de Claudio, lejos de ser revoltosos, alborotadores y díscolos, y de no ver en las horas de escuela mas que un trabajo pesado é indiferente, se estaban quietos, callados y atentos; y hasta creí ver que no solo oían con interés, sino con complacencia y con agrado las palabras de Claudio Gerard, á quien profesaban todos ellos un respeto casi filial.

Mas tarde vine en conocimiento de como, valiéndose de un método de enseñanza, ingenioso y sencillo á la vez, en que se combinaban la *curiosidad*, el *amor propio* y el *espíritu de imitación* (tres palancas que ejercen en los niños incontrastable ascendiente), obtenia Claudio Gerard resultados tan pronto como satisfactorios. Bueno siempre, tranquilo, indulgente y sufrido, penetrado de la santidad del sacerdocio que ejercía, guiado, sostenido y alentado sobre todo por su profundo amor á los niños, estudiaba sus caracteres, sus instintos y sus pasiones, y sabía casi siempre encaminar hácia el bien aquellos impetus diferentes, pero naturales, que, comprimidos, falseados ó mal dirigidos, se habrían convertido en vicios y en aficiones depravadas.

Media hora hacia ya que duraba la lección, cuando empezaron á sentirse en el establo un calor y un hedor tan molesto que, aumentado todavía con aquella aglomeración de gente, nos causaron á varios alumnos y á mí nauseas y sofocaciones acompañadas de un violento dolor de cabeza y de un copioso sudor.

Preciso fue pues abrir la puerta del establo cuya atmósfera no era respirable ya, y exponernos á un aire vivo, frío y colado que, sucediendo de pronto á una temperatura en que nos ahogábamos, me dejó yerto así como á mis pobres compañeros, que iban casi todos miserablemente

vestidos. Posteriormente me dijo Claudio Gerard que aquellas repentinas alternativas de frío y de calor, unidas á la viciada y dañina atmósfera en que vivían aquellas infelices criaturas, las causaban con frecuencia enfermedades graves, mortales quizá, y que rara vez podia un alumno asistir á la clase quince días seguidos.

Terminó la clase. Un día... un sábado... nunca se me olvidará, merced á la circunstancia siguiente:

Claudio Gerard cogió unas alforjas, me entregó una cesta y me dijo:

— Sígueme, hijo mío.

— Ahora sí que te va á causar sorpresa la humillacion á que me expongo, — añadió sonriendo.

— ¿Pues cómo?

— Vamos al pueblo á pedir de puerta en puerta... alimentos para la semana que viene.

Estas palabras me dejaron estupefacto.

El sueldo que me tienen señalado por mis funciones de maestro de escuela y demás trabajos á que ya me has ayudado, es, hijo mío, tan insuficiente, que me veo, como se ven mis compañeros en sus respectivos pueblos, en la necesidad de recurrir á la caridad pública para atender á mi subsistencia diaria; además de esto, como la mayor parte de mis discípulos son tan pobres, prefieren sus padres pagarme su corta retribucion en artículos de consumo... Háblame ahora francamente, hijo mío... ¿no te parece esto el colmo de la humillacion?

— Para mí que estoy acostumbrado á pordiosear, no señor, — respondí; — pero V. que es un sabio y que hace tantos favores al público...

— Justamente porque conozco que estoy prestando algunos servicios á todos, recibo de cada uno sin el menor empacho lo que me pueden dar para ayudarme á ir viviendo... ya que no tengo otro recurso. Sí, por el contrario, yo fuera un perezoso ó un hombre inútil, cometería una bajeza que me degradaría, aceptando de esa pobre

gente un pedazo de pan. Ea, pues, ven y acaso será tu cena de hoy menos frugal que la de ayer; pues ayer se me estaban acabando ya las provisiones.

Bien puede decirse que cada palabra y cada acto de Claudio Gerard era para mí un ejemplo de resignacion, mas de resignacion llena de dignidad. Como quiera que sea, le acompañé en su excursion.

Recordando despues este incidente y reflexionando sobre él, he podido calcular el grado de consideracion de que debian gozar en los pueblos estos maestros.... que, á poder disponer de medios materiales, podrian cambiar en veinte años la faz de un país, y crear una generacion enteramente nueva, solo con la educacion que le diesen; pero á esta grande regeneracion social se opone, sin duda, alguna razon politica.

Bien que Claudio Gerard fuese generalmente querido y aun respetado, lo precario de su existencia, y lo subalterno de las funciones que le estaban encomendadas, le ponian al nivel de un pastor de buenas costumbres, ó de un honrado é inteligente mozo de labranza.

Los pobres, que eran los que mayor cariño le tenian, venian todos á presentarle con fraternal cordialidad su modesta ofrenda; cual le daba una medida de habichuelas secas, cual alguna fruta, ese un poco de centeno, aquel un costal de patatas; en una palabra, tratábannos, en proporcion, mejor que los habitantes acomodados, que sentian contra el maestro una especie de envidia mezclada de desprecio que á veces se desahogaba haciendo por humillarle; mas no era fácil humillar á Claudio Gerard.

Además de esto, no faltaban algunos propietarios de menos importancia, pertenecientes al bando del cura, que miraban la escuela de mal ojo, y decian que era inútil, inoportuno y peligroso propagar la instruccion por el populacho repitiendo injenuamente: «Si todo el mundo supiera leer, ¿en qué se habia de distinguir el que es hijo de un hombre que tiene algo, del que lo es de otro que no

tiene nada?» Consecuentes con estas ideas, contribuian estos presuntuosos con todo su poder municipal, á hacer casi imposible la escuela de Claudio Gerard, confinándola en un establo infecto y dañino, y prohibiendo á los padres de familia sobre quienes ejercian algun mando que enviasen sus hijos á la escuela. Entre gente tan arrogante fue nuestra colecta escasa, á mas de ofensiva en el modo de darla. Medio pan duro, mas duro que una peña, y algunos pedazos de tocino y queso rancio, fue todo lo que recogimos en casa de muchos de los principales del pueblo.

Bien que, misero expósito, tachado de vagabundo y de mendigo, sentí yo dos ó tres veces latir mi corazon y encenderse de cólera la frente al oír las duras y despreciadoras palabras de que iban acompañadas las limosnas que nos arrojaban. Mas se aumentó mi sorpresa al ver que no se desmentia en lo mas mínimo la inalterable serenidad de Claudio Gerard, y que ni su actitud ni su fisonomía revelaban que se le hubiese ocurrido un momento la idea de que tratasen de ajar su amor propio. La conviccion de ser superior al ultraje es á veces el colmo de la dignidad.

Voivimos á la escuela con el cesto y las alforjas casi enteramente llenas.

Tocaba el día á su fin, y la nieve, que continuaba cayendo en abundancia, se habia amontonado durante nuestra ausencia á la puerta del establo. Para dejar expedito el paso, se puso Claudio Gerard á buscar la pala que se nos habia quedado olvidada en el cementerio junto con el azadon, que habia servido para abrir y terraplenar la sepultura de la madre de Regina.

— La pala se quedó en el cementerio junto al ciprés — dije a Claudio Gerard; — ya iré á buscarla.

— Bien, respondió; — pues si se amontona la nieve á la puerta, nos inundará en cuanto empieza á derretirse.... ¿pero sabes el camino?

— Sí señor, no hay cuidado.

Despues de lo cual me dirigí rápidamente al cementerio

II.

La nieve.

Bien que la luna estuviese encapotada entre espesos y pardos nubarrones, mecidos por impetuoso vendabal, bastábame su luz para guiarme y hacerme distinguir perfectamente los objetos.

Fuime, pues, acercando al cementerio con una especie de melancólica satisfaccion; pues, distraido durante todo aquel día por ideas distintas de aquellas de que era objeto Regina, miré en aquel momento como una felicidad el dar rienda suelta á mis recuerdos, y en pensar que en adelante iba á vivir no lejos de la última morada de la madre de aquella niña... de la madre, cuya muerte la hizo verter tantas y tan amargas lágrimas... lo cual era para mí no solo un consuelo, sino un vínculo que debía unirme con mas fuerza á Regina; y en esta inteligencia, hice firme propósito de velar con piadoso respeto junto al sepulcro, ante el cual ví de rodillas á aquel ángel, de protegerlo contra la invasion de las plantas parásitas, de trasplantar á él, en cuanto llegase la primavera, algunas flores rústicas, con la esperanza de que, si algun día volvía Regina allí, pudiese notar el esmero con que de aquel sepulcro cuidaba una mano desconocida.

Figurábaseme en fin, ver cierta extraña coincidencia entre la inesperada aparicion de Regina y mi loable resolucion de hacerme hombre de bien, singular circunstancia que, en concepto mio, era una especie de consagracion de un pensamiento favorito, á saber: que mis buenas tendencias me irian allanando el camino para llegar hasta Regina.

¿Allanarme el camino? No... no es esta la palabra exacta; pues mal podía yo esperar volver á verla, y mucho menos, por lo tanto, llegar hasta ella; esto no obstante, parecíame, bien que no dudando de la extravagancia de aquella pasión infantil y sin resultado, que cuanto mas *hombre de bien* fuera, mas derecho tendria para pensar en Regina. pensamiento dulce y amargo á un tiempo, sagrado secreto que me proponia sepultar para siempre en lo mas recóndito de mi corazón.

En el día, amaestrado por los años, apenas acertaria á explicar como pudieron aquellas extrañas ideas, hijas por decirlo así, de una refinada sensibilidad, producirse en un niño de tan pocos años; mas las comprendo, si bien tomando en cuenta la precocidad de sensaciones que en mi pecho despertó y desarrolló el ejemplo de los amores de Basquiña y de Bambocha.

Abandonado á estas reflexiones, encaminábame yo lentamente en dirección del cementerio.

En esto se disiparon merced á la violencia de la brisa, una parte de las nubes que empañaban el brillo de la luna: despidió esta vivos resplandores y cesó de caer la nieve, que, á guisa de inmensa mortaja, cubria ya todo el campo del reposo.

Y solo los agudos silbidos del viento norte, que azotaba las hojas de los árboles, interrumpieron aquel profundo y solemne silencio.

Familiarizado por efecto de mi vida vagabunda con toda clase de incidentes nocturnos, puedo decir que el miedo era cosa desconocida para mí; mas puedo tambien decir que era tan espesa la capa de nieve que cubria la tierra, que me vedaba escuchar hasta el ruido de mis pisadas.

Así llegué á corta distancia del ciprés junto al cual dejé por la mañana la pala y el azadon, para ocultarme durante el entierro de la madre de Regina.

Mas de repente me detuve pasmado y estupefacto.

En lugar de ver á pocos pasos la sepultura cerrada , como la dejamos por la mañana , y cubierta de nieve como el resto del suelo , advertí que estaba abierta , y que lo estaba sin duda de poco tiempo á aquella parte ; pues á cada lado de ella se elevaba un monton de tierra negruzca que destacaba sobre la blancura de la nieve.

Si de esta sacrilega violacion no hubiera sido objeto la tumba de la madre de Regina , acaso me habria aterrado la idea de ponerme á indagar aquel siniestro misterio ; mas tal ánimo me dieron la cólera y la indignacion que , sin dejar de ser prudente , avancé con extremada precaucion , llegando hasta un ciprés conocido , donde encontré la pala , pero no el azadon , que habia desaparecido.

No habiendo hasta entonces percibido el menor rumor , disponíame yo ya á prestar atento oido , cuando , de repente , sentí un fuerte olor á tabaco que de la huesa abierta se exhalaba.

Por presentimiento adiviné que el violador de la tumba era el hombre de mala traza , á quien ví fumando tan cínicamente durante los funerales... Luego oí unos golpes sordos que salian de las entrañas de la tierra... A poco una mano invisible lanzó el azadon á la otra parte del foso , y ví asomar la cabeza y el cuerpo de un hombre , que pugnaba por salir de la sepultura abierta , y que acababa sin duda de soltar la pipa , pues traia asido de los dientes un envoltorio , bastante pesado al parecer.

Por estas señas , reconocí inmediatamente al hombre á quien por la mañana ví.

Escondido yo detrás del tronco del ciprés , y protegido por la sombra que proyectaba este , era imposible que me viese aquel hombre de tan mal talante ; y en este supuesto permanecí inmóvil sin saber que hacer , temeroso de ser descubierto y aguardando inspiraciones de las mismas circunstancias.

Este hombre , á quien en lo sucesivo llamaré el *Lisiado* (despues diré de que modo me convencí de que era este

personaje) el Lisiado, pues, el execrable maestro de Bambocha, salió en esto de la sepultura, y extendiéndose, sin duda para desentumir sus miembros fatigados de la violenta posicion en que tuvo que estar todo el día, me dejó ver su erguida y robusta estatura, miró á todos lados, tomó en la mano el paquete, y reparando en el ciprés, se vino hácia donde yo estaba.

Al verle acercarse, contuve la respiracion, y me acurrugué como pude, para esconderme en la oscuridad.

Mas fuese acercando; y no hallando ya forma de esquivarlo, me di por muerto.

Por fortuna, en vez de llegar hasta mí, se sentó en un montoncito de piedras, y, vuelto enteramente de espaldas, se puso á desatar el lio, que para poder salir con mas facilidad de la sepultura, llevaba cogido con los dientes. Componiase este lio de un mal pañuelo, que sin duda contenia diferentes objetos robados en el ataud.

Y luego colocándose el envoltorio encima de las rodillas, comenzó á examinarle atentamente á la luz de la luna, no temiendo ser sorprendido á aquellas horas.

Mas de repente, inspirado por la circunstancia, tal cual lo estaba esperando, hago involuntariamente un movimiento que me pone en la mano el mango de la pesada pala de que por la mañana me serví, y me levanto sin hacer el menor ruido; antes favorecido por el del viento, que agitaba las alas de los cipreses, enarbolé la pala con ambas manos; pero al calcular el alcance de mi arma, advertí que, para llegar hasta el Lisiado, y poder descargársela en la cabeza, necesitaba dar dos pasos y salir enteramente de mi escondite. Durante un rato permanecí irresoluto; pero pensando que el menor ruido, la mas leve vacilacion, podrian perderme, porque á aquel hombre no le arredraria un asesinato; y auxiliado además por el recuerdo de Regina, á quien invoqué mentalmente como se invoca al ángel de la Guarda, ¡di un salto, y, rápido como el rayo, descargué la pala en la cabeza del Lisiado, y la

descargué con tal violencia, que al golpe se rompió el mango en dos pedazos.

Levantó los brazos aquel hombre como para llevar las manos á la frente; mas faltároule las fuerzas, y cayó inerte y sin movimiento. Temiendo no haber hecho mas que aturdirle, segundé mis golpes con feroz encono, y no tarde en ver salpicada de sangre la nieve que encubria la tierra.

Estremecido, empero, á la vista de la sangre... tiré la pala temblando de espanto, lo mismo que si hubiera cometido un crimen... mas dominé esta conmocion, reflexionando que mi accion habia sido un justo castigo de aquel profanador de tumbas.

Hecho esto, me acerqué al Lisiado, con intencion de quitarle los objetos que en la sepultura acababa de robar, y entre los cuales ví un estuche abierto, y dentro de él una gruesa cadena de oro y un medallon del mismo metal... varios anillos de piedras preciosas, arrancados sin duda de las manos del cadáver... y finalmente, una cartera recién abierta, como lo probaban una porcion de cartas, que por allí estaban esparcidas, y en una de las cuales asomaba una trenquilla de pelo, de la cual pendia una crucecita de acero y una medalla de plomo del tamaño de media peseta.

Mi primera idea fue recoger estos objetos y llevárselos inmediatamente á Claudio Gerard, contándole lo que acababa de pasar; mas reflexionando que el Lisiado podia haberse guardado algunas joyas en el bolsillo, traté de registrarle á pesar de la repugnancia, mas diré del miedo, que me causaba esta operacion... Mas, habiendo por casualidad tocado mi mano á las suyas, me alentó el sentir que las tenia heladas.

Al registrarle los bolsillos, le entrecabí casualmente la camisa hecha tiras, y á la luz de la luna que sobre él daba de lleno, vi pintada en su pecho una calavera de tamaño natural, con ojos encarnados en las órbitas y una rosa entre los dientes.

— ¡El Lisiado! exclamé; pues muchas veces me habia hablado Bambocha de la siniestra señal que en el pecho tenia el bandido, señal demasiado particular para que pudiera quedarme duda acerca de la identidad de la persona.

— ¡El Lisiado! repetí, cayendo de rodillas junto á aquel hombre. — ¡Mejor que mejor! exclamé con feroz alegría: me alegro de haberle quitado la vida, despues de tanto daño como hizo á Bambocha.

Registrando despues con mas prolijidad, le encontré un estabon, una bolsa con tabaco y un puñal; ¡pero júzguese cual serian mi sorpresa y mi dolor, al hallarle en los bolsillos del pantalon los dos cachorrillos, que la vispera de aquel dia estaban en poder de Bambocha!

¿Por qué extraña casualidad habia vuelto aquel hombre á encontrarse con Bambocha, á quien habia perdido? Recordando entonces el charco de sangre en que la noche antes encontré el chal de Basquiña y las tres monedas, no me era posible dudar de la complicidad del Lisiado en este nuevo crimen, mayormente hallando tambien en su poder los cachorrillos de Bambocha; mas confundíame en conjeturas, al pensar cual era la parte que habia tenido el malvado en aquel trágico suceso, tan misterioso para mí; pues á aquellas horas ignoraba todavía yo quien habia sido victima, si Basquiña, si Bambocha, ó si los dos.

Extrañábame por otra parte no encontrar al Lisiado diuero alguno en su poder. ¿Qué habia sido de la cantidad robada por Bambocha á Claudio Gerard, cantidad que era el único incentivo capaz de determinar á aquel á asesinar á mis compañeros?

Asaltábanme á un tiempo todas estas ideas, dejándome lleno de turbacion é incertidumbre. Por un instante, me pesó haber muerto á aquel malvado, única persona que podia darme alguna luz acerca de la suerte de mis amigos, pero al recordar su vida y sus crímenes, me felicité de mi accion.

Recogiendo entonces en el faldon de mi blusa la cadena de oro, el medallon, los anillos, la cartera con las cartas y el cordoncito de pelo, al cual estaban sujetas una crucecita de bronce y una medalla de plomo; dejé al Lisiado tendido en tierra, y me salí á todo correr del cementerio, para contar á Claudio lo sucedido.

Réstame que confesar una cosa, que me cuesta mucho trabajo.

Se trata de malas tentaciones y de una accion vergonzosa... accion cuyo remordimiento me ha perseguido hasta el día en que, lejos de arrepentirme de lo hecho, fui... Mas ¡ah! todo se dirá á su tiempo.

Cualesquiera que sean las consecuencias que, por efecto del acaso, haya podido tener un hecho indigno, por sí, lo cierto es que yo no podia preverlas, y que ellas no atenuan en modo alguno mi culpabilidad.

Lleno, pues, de agitacion, me puse á marchar á toda prisa hácia la casa de Claudio Gerard, mirando de vez en cuando, y sin pararme, las joyas quitadas al Lisiado, que me parecían de valor inmenso.

—¡ Ah! — pensaba yo, ¡qué alegría si llegaba á encontrar á Basquiña y á Bambocha!... ¡qué alegría! ¡válgame Dios! y ¡para cuánto tiempo tendríamos con el producto de aquellas alhajas!

Mas aquí se paró mi mal pensamiento, y á pesar de este retroceso hácia las peligrosas tendencias de la vida pasada, conocí que pensar de tal suerte, era hacerme cómplice del Lisiado... cómplice de la violacion de la tumba de la madre de Regina, y rechazé con horror esta tentacion. Pero á mi pesar me asaltó una idea, tan pueril como criminal.

—No, no,— dije; — respetaré las joyas, mas ese librito de memorias contiene cartas... cartas á la verdad de ningun valor... pues que la humedad de la tumba debe destruirlas muy pronto... además, nadie puede ya sospechar su existencia, supuesto que guardándolas sin conocimiento

de Claudio Gerard, á nadie hago perjuicio.... y para mí será gran dicha poseerlas, tanto mas, cuanto que el ardiente deseo de saber lo que contienen, me servirá de *poderoso estímulo* para aprender á leer y escribir.

Ahora que en ello pienso de sangre fria, parece-me puerilmente estúpida é incomprensible la razon, ó mas bien la excusa, que daba yo á una tentacion culpable.

Sin embargo, lo positivo es, que desde el dia siguiente comencé á aprender á leer y á escribir con un celo, con un empeño, con una aplicacion obstinada, que admiró á Claudio Gerard. Mi único objeto era leer aquellas cartas, pensando sacar de su contenido un lazo misterioso mas que me uniera á Regina, sin que ni ella ni nadie lo supiera.

No trato de paliar esta accion; solo me propongo recordar sinceramente los absurdos, aunque reales motivos, que me impelieron á cometer una accion doblemente culpable; y el hecho es que no saqué de la cartera ni el cordoneito de pelo, ni la cruz, ni la medalla; sino que guardé todos estos objetos, en la inteligencia de que eran objetos de insignificante valor, y perdidos para todo el mundo.

Otra de las razones que tuve para ello, era el deseo de poseer algo que hubiera pertenecido á la madre de Regina, ya que no podia tener nada de esta.

Resolvíme, pues, á cometer este hurto, y antes de entrar en casa de Claudio, fui á esconder interinamente la cartera debajo de un monton de heno.

Al entrar, me encontré con Claudio, que inquieto de mi prolongada ausencia, iba á salirme al encuentro.

Mas así que le hubé referido la violacion de la tumba y la muerte del Lisiado; así que le entregué las joyas, me abrazó tiernamente, asustado por el peligro que había corrido, y alabó mucho mi valor, diciendo no obstante:

—Aunque la muerte, por mas que sea de un criminal, nos echa siempre encima una grave responsabilidad.... por que la muerte es estéril.... no estorba los crímenes, é im-

posibilita el arrepentimiento, ó una saludable expiación... el aspecto de semejante profanación, el miedo de ser descubierto y muerto por aquel miserable, legitiman el homicidio... es preciso ir inmediatamente á la justicia á declarar este suceso, y yo volveré á cubrir la sepultura, indignamente profanada. Tú, pobre niño, quédate aquí... calientate, pues vienes helado, y á mi vuelta cenaremos.

Partió Claudio Gerard. Por lo que á mí toca, destrozado por la fatiga y por las emociones del día, no sentí en mi valor para acompañarle.

Luego que se hubo alejado el maestro, mi primera idea fue esconder bien la cartera. Despues de discurrir largamente sobre los medios de hacerlo con seguridad, descubrí debajo de un pesebre un puchero roto, dentro del cual cabia perfectamente el librito de memorias, que no dejaba de ser abultado: en seguida abrí un hoyo bastante hondo debajo del pesebre, y despues de tapar con heno la boca del puchero le metí en el hoyo, disimulándolo con tierra bien amasada.

Terminada esta operacion, me senté en un banco y, vencido por la fatiga, no tardé en ceder á un calenturiento letargo, interrumpido por extrañas é incoherentes pesadillas, en una de las cuales, agitada sin duda mi imaginación con lo que me dijo Claudio Gerard acerca de personas aletargadas y enterradas vivas, me pareció ver á la madre de Regina salir de su féretro, hermosa, engalanada, y mirarme con inefable dulzura, haciéndome señas para que la siguiera.

A mitad de este sueño desperté sobresaltado por Claudio Gerard, que me sacudia el brazo; abrí los ojos, y le vi con la blusa cubierta de nieve, con un farol en una mano, y una azada en la otra, pálido y desencajado el rostro.

— El malvado se escapó ya; — me dijo, poniendo la linterna encima de la mesa: — es probable que tu golpe no hiciera mas que aturdirle.

— ¿A quién? — dije estupefacto.

— ¡Al Lisiado!

— ¿No ha muerto? — exclamé.

— Así que salí de aquí, me dijo Claudio, fui en busca del alcalde, quien, acompañado por dos hombres, dispuso que nos dirigiéramos al cementerio, donde efectivamente encontramos abierta la sepultura, y junto al ciprés la nieve teñida en sangre....

Suponiendo que, bien que aturdido, y tal vez herido de gravedad, habria recobrado el malvado sus sentidos al cabo de algun tiempo, tratamos de seguir por la nieve sus huellas, que nos fue fácil conocer que iban inciertas y mal seguras... Siguiéndolas, pues, llegamos á una pradera donde á cierta distancia se hicieron menos visibles, hasta desaparecer debajo de la nieve, porque habia vuelto á nevar con abundancia.... Ocultóse la luna, y como el sitio donde perdimos el rastro de aquel malvado está rodeado de bosques, renunciamos á continuar nuestras inútiles pesquisas.... Mañana se avisará á la gendarmeria para que haga su reconocimiento.... Entre tanto, volvíme yo solo al cementerio.... coloqué en el féretro los preciosos objetos, y tapé la... la sepultura, añadió Claudio Gerard con voz que me pareció profundamente alterada.

Tan violenta fue su emocion, que se detuvo pasándose la mano por la frente bañada en sudor.

— ¡Ah! — le dije, — ¿si supiera V, en lo que estaba soñando cuando V. me despertó!...

— ¿Qué soñabas?

— Parecíame ver á la difunta salir de aquel ataúd y....

— Eso soñabas, — exclamó Claudio Gerard, — eso soñabas, — repitió.

— Sí señor, — repuse, sorprendido de la importancia que daba á mi sueño: — como esta mañana me habló V. de personas que....

— Sí, sí, — contestó Claudio, apresurándose á aceptar esta explicacion, — eso seria... ¡Qué sueño tan singular!

¡Oh! á Dios gracias, no es mas que un sueño; porque ya está tapada la sepultura, y solo queda el recuerdo de la infame violacion. Confiemos, hijo mio, en que no eludirá el rigor de la justicia el miserable autor de tan indigna profanacion. Mas descansa, que yo tambien estoy cansado.

Y dicho esto, tendióse Claudio Gerard en la paja que le servia de cama.

III.

Los aniversarios.

Durante los primeros dias que siguieron al entierro de la madre de Regina, corrieron absurdos rumores entre algunas comadres de la aldea, con respecto á las supuestas apariciones que habia en la casita aislada, ocupada por la pobre jóven hasta su muerte; pero poco tiempo despues, cesaron enteramente, gracias á los esfuerzos de Claudio Gerard, que se me mostró sumamente descontento de esta supersticiosa credulidad, y de la atencion que atraia esta noticia sobre la casita, que, por cierto, fue vendida dos ó tres meses despues

El dia en que vi á Regina en los funerales de su madre, que fue tambien el primero, que en casa de Claudio Gerard pasé, fué, digámoslo así, el dia de mi rehabilitacion; y yo me complacia en confundir en mi mente estos dos aniversarios.

Justo es tambien decir que, por lo que á mí toca, cumplí escrupulosamente el compromiso contraido conmigo mismo de cuidar con piadoso respeto la tumba de la madre de Regina, modesta sepultura, donde no se leia mas

nombre que SOFIA; no de otro modo que si, por vía de última humillación, se hubiera querido hacer desaparecer hasta de la losa funeral el nombre de su familia y el de su marido.

Profundamente conmovido Claudio Gerard por el trágico fin de esta desgraciada, aprobó con el mayor placer mi proyecto de preservar su tumba de una próxima degradación.

Ocupéme, pues, en cercarla con una rústica empalizada, que por ambos lados venia á dar al grueso ciprés, tras del cual me oculté á las miradas de Regina; despues puse al rededor de la losa una mata de césped bien verde, cubrí con fina y dorada arena la estrecha calle de árboles que desembocaba en aquel sitio, á la extremidad del cual, dejé una platabanda en forma de canastillo, destinada para flores, luego que llegase la primavera.

A aquel melancólico jardincito, me iba yo muchos dias de la semana á pasar una parte de las *recreaciones* que me concedía Claudio Gerard.

El invierno destruyó las últimas flores que yo planté en el otoño que precedió al último aniversario de estos funerales; sin embargo, á mediados de febrero, empezaron á florecer de nuevo las campanillas y primaveras silvestres, tan comunes en nuestros campos. El 27 de febrero, estaba ya convertida la platabanda en un verdadero canastillo de flores, de color de lila, y blancas, tiernos y melancólicos matices de encantadora frescura.

Concluida mi tarea, sentéme á descansar en un banco de madera, que yo mismo había construido junto al ciprés despues de haber nivelado cuidadosamente la arena de la calle de árboles.

Entregado entonces á mis recuerdos, me puse á pensar que en aquel mismo sitio fue donde, un año antes, vi á Regina por primera vez... despues del rapto de que fue teatro el bosque de Chantilly.

De repente oigo un ruido lejano, como de un carruaje y

caballos de posta, que se van acercando poco á poco. Extremecime y oprimiõseme violentamente el corazon, por efecto tal vez de secreto presentimiento.

A poco se paró el coche, y, algunos segundos despues, vi á Regina aproximarse á mí, vestida de negro como el año anterior.

Dábale la mano su anciana criada, y á pocos pasos de distancia, seguía el mulato de siniestra catadura.

Unos momentos estuve inmóvil, lleno de gozo, y al mismo tiempo paralizado de asombro; hasta que viendo que Regina continuaba acercándose, eché á correr tan espantado, cual si me hubiese hecho reo de alguna mala accion: salvé de un brinco la cerca del jardin, y continué mi carrera por el campo, no sin oír antes una exclamacion de sorpresa y de júbilo, arrancada sin duda á Regina por el aspecto de aquellas flores, que probablemente no esperaba encontrar en el sepulcro de su madre.

Llegué sofocado á casa de Claudio Gerard.

— Amigo mio, — exclamé al entrar (pues mi nuevo amo habia exigido de mí que le diese este título) — amigo mio, si vienen á preguntar quien ha cuidado el sepulcro de esa pobre señora, no diga V., por Dios, que he sido yo.

Mi inquietud, mi espanto, mi afan de sustraerme al legítimo agradecimiento que merecian mis desvelos y mi desinterés, causaron grande estrañeza á Claudio Gerard, y le hicieron sospechar que en mi recomendacion habia misterio.... y como en el transcurso de aquel año llegase á tomar grande ascendiente sobre mí, sucedió que, estrechado yo por sus preguntas, no tuve fuerzas para callarle ya mi *secreto*; esto es mi infantil pasion por Regina.

Recatéle, sin embargo, el robo de la cartera y de la cruccita; pues la vergüenza no me permitió hacerle esta última revelacion.

Entonces, sin mostrar el menor enojo, me dijo Claudio Gerard:

— Dentro de algunos años te hablaré, hijo mio, de la re-

velacion que acabas de hacerme : hasta entonces continua cuidando con veneracion ese sepulcro y si alguno me pregunta diré que quien ha cumplido con ese deber soy yo, ó mas bien tú por orden mia.

Regina deseó en efecto saber quien era el que con tanto esmero habia cuidado de su madre, y antes de salir del pueblo envió al mulato, criado que merecia su confianza, á casa del cura para averiguar lo que sobre esto habia. El párroco estaba fuera; pero en ausencia suya encontró el mulato á la señora Honoría, la cual contestó con una maravillosa presencia de espíritu mercantil.

— Nuestro sepulturero es el que ha cuidado de ese sepulcro por orden del señor cura; por eso se le paga, y así nada tiene V. que darle. La ofrenda que V. tenga voluntad de hacer pertenece de derecho á la *fábrica*, y si V. quiere se continuará por el mismo precio.

Hizo pues el mulato su donativo á la fábrica, cerró el mismo trato para los años sucesivos, y marchó aquella misma noche con Regina, que desde entonces estuvo en la persuasion de que el cuidado con que se atendia al sepulcro de su madre era tan solo efecto de un motivo interesado.

Cada aniversario del fallecimiento de la madre de Regina era para mí un manantial de emociones indefinibles; y merced á la impaciencia, al ansia, llena á la par de esperanzas y recelos, con que aguardaba yo aquel día, que era el único en que volvía Regina al pueblo, se me pasaban los años con increíble rapidez.

El día del tercer aniversario, observando yo desde el hueco de un árbol en que me escondi, que Regina permanecia al lado del sepulcro de su madre hasta que entraba la noche, por grande que fuese el rigor de la estacion, improvisé con una estera de paja sostenida con estacas, una especie de cobertizo encima del banco que habia al pié del ciprés, precaucion que me fue tanto mas satisfactoria, cuanto que en todo el día apenas dejé de ne-

var.

De esta manera fui viendo á Regina crecer y convertirse de niña en adolescente ; y estos encuentros, no repitiéndose mas que de tarde en tarde y sin transición , hacían mas notable para mí el desarrollo de las gracias y de la hermosura de la jóven que , llegó á ser una preciosidad.

A diez y seis años, en efecto, eran incomparables la perfección de su esbelto talle , la regularidad de sus facciones, el atractivo de sus modales , la gracia de sus movimientos, la carmínea frescura de sus labios , y la transparencia de su tez, realzado por sus tres lunares , negros como el ébano de su cabellera.

Segun iban trascurriendo años, aparecía en su fisonomía, no ya destrozadora aflicción ; pero sí grave melancolía y profundo recogimiento , que le hacía pasar horas enteras inmóvil y con la frente apoyada en las manos, no de otro modo que si estuviese haciendo los mayores esfuerzos por descifrar algun enigma ; á veces tambien se estremecía con dolorosa impaciencia ; y un dia , por fin , logré desde mi escondite ordinario , oír que , al salir de una de sus largas meditaciones , contraído el rostro por la indignación y el dolor , y bañadas en llanto las mejillas , decía :

— ¡Oh madre mia ! ¡ madre mia !... ¡ yo vengaré tu memoria.

En casa de Claudio Gerard , donde entré niño , me hice hombre ; y gracias á su solicitud paternal, adquirí en pocos años alguna instrucción : verdad es que , cuanto mas pienso en ello, mas me admira la energía de aquel hombre y el teson con que supo luchar contra las dificultades y los obstáculos de toda clase que le oponían la insalubridad casi mortal de la escuela y la falta de los libros mas elementales que no podían los pobres dar á sus hijos , á los cuales , no pudiendo tampoco él proporcionárselos , suplía en parte con manuscritos en que trataba de imitar la letra de

impresión, operación en que invertía parte de la noche; de modo que, á pesar de la triste y culpable indiferencia de las familias y de la mala voluntad de las autoridades, Claudio Gerard obtenía generalmente resultados increíbles.

En vez de limitar su enseñanza á leer y escribir, daba á sus discípulos, en lo posible, una educación útil, práctica y acomodada á su clase.

En sus lecciones claras, sencillas y variadas, tocaba y resolvía todas las cuestiones fundamentales de la agricultura, aplicada al país en que habitaba, y libertaba de este modo á toda aquella nueva generación de las preocupaciones y de la rutina.

Sin perjuicio de esto, llevaba Claudio Gerard dos veces por semana á sus alumnos á casa de los pocos artesanos que se contaban en el pueblo, y allí hacía aprender á cada uno según su inclinación los primeros rudimentos de uno de esos oficios, que son, por decirlo así, indispensables al labrador aislado en sus campos, á gran distancia de toda población; de manera, que la mayor parte de los discípulos entendían algo de carpintería, cerrajería ó albañilería, y podían, en un apuro, apuntalar un maderamen que se hunde, componer un azadon roto, ó consolidar una pared ruínosa.

Para obtener de los artesanos estas lecciones prácticas, no solo les enviaba Claudio Gerard dos veces por semana sus alumnos, para que les sirviesen de aprendices, y les ayudasen en sus trabajos, sino que tambien les daba ciertas nociones de geometría y de mecánica elemental aplicadas á su profesion, y muy necesarias al carpintero para el corte y ensamble de la madera, al albañil para la corte de piedras y para la construcción, y al herrero para el cálculo de los muelles, pesos y palancas.

Los domingos se invertían en herborizar, y en aprender á distinguir, y emplear una porción de plantas rústicas dotadas de virtudes salutíferas. Los jueves enseñaba Claudio

Gerard el canto por un método de admirable sencillez y claridad, en que á los signos, tan difíciles de comprender, de la escritura música, había sustituido él las cifras ordinarias 1, 2, 3, 4, reconocidas é inteligibles para todos los niños (1).

El mismo Claudio Gerard, escribía de propio puño las cómodas partituras, que en seguida copiaban sus discípulos, los cuales, por este medio, poseían una especie de biblioteca música. Sorprendente y encantador era el efecto que producían aquellas voces de niños y de adultos, cantando los domingos en la iglesia, ó reunidos en coro al pié de un nogal hojoso, ó de un vetusto castaño en las hermosas noches de estío.

Completaba Claudio Gerard la instruccion que daba á sus alumnos, con la explicacion sumaria y reducida de los principales fenómenos de la naturaleza, y con algunas nociones elementales de higiene, útiles en sumo grado á la salubridad de la clase pobre.

Algunas ideas sobre las leyes (que nadie debe ignorar, y que en realidad ignora la inmensa mayoría), en lo concerniente á los mas importantes derechos y deberes de los ciudadanos, y el análisis sucinto de los acontecimientos mas notables y gloriosos de nuestra historia, terminaban la educacion de los adultos.

En esta última clase de lecciones, rápidas é incompletas, pero palpitantes de patriotismo, enseñaba Claudio Gerard, si así puede decirse, EL AMOR Á LA FRANCIA.

—Hijos, repetía á menudo, dos madres tenéis á quienes debéis amor, cariño y respeto... á quienes debéis

(1) En otra ocasion volverémos á hablar de este maravilloso descubrimiento de Galin, que tan magníficamente desenvuelve una idea de Rousseau, y hace de la música vocal una ciencia nueva y al alcance de todos, ciencia que, con tanto brillo y acierto como desinterés, y obteniendo diariamente de ella resultados increíbles, han vulgarizado en nuestros días, los señores Emilio Chevé y Aimé Paris, dos de los mas forjientes prosélitos de Galin.

vuestra sangre y vuestra vida... la madre que os dió el ser, y la Francia.... Los lazos y deberes que con ambas os unen, son los mismos.... Tributad pues ante todo vuestro culto á la Francia, envaneceos de pertenecer á ella, de servir, de defender.... de vengar á una madre tan anciana y tan buena.

Aquella tan ardiente, al par que tan cándida fe en un ente moral llamado Francia, arrancaria una sonrisa de lástima á mas de cuatro despreocupados; pero aquellos rústicos, si bien rectos entendimientos, propensos á amar y acostumbrados á las lecciones de Claudio Gerard, tenian todavía la inocencia suficiente para inflamarse en verdadero amor por el país, de donde resultaba que, cuando mas adelante, se hacian hombres aquellos niños, y llegaba la hora de entrar en quintas, sentian cierto orgullo en servir á su patria, pagaban libremente y hasta con gusto la contribucion de sangre, en vez de tratar de sustraerse á ella, escondiéndose en los bosques, y viviendo allí en la vagancia y la rebeldia; á punto que hasta á los mayores enemigos del maestro, se oia confesar que desde que estaba la educacion primaria á cargo de Claudio Gerard, iba siendo cada dia menor el número, tan considerable antes, de prófugos y desertores.

Otra prueba sorprendente citaré del influjo de la educacion, incompleta en verdad, pero llena de honrosos sentimientos, que á fuerza de inteligencia, abnegacion y energia, consiguió Claudio Gerard inculcar á sus discipulos.

Estalló la revolucion de julio, y en muchas provincias, incluso la nuestra, hubo amagos de desórdenes, que fueron muy en breve reprimidos; hubo intrigantes que pretendieron hacer valer para sus fines los recuerdos de la revolucion, y que arrastraron en pos de sí á cierto número de infelices sumergidos en la miseria y en la ignominia, y llenos de rencor y de envidia, por lo mismo que eran miserables. De resultas de esto, fueron á nuestro pueblo una porcion de habitantes de dos de los inmediatos que se ha-

bían sublevado al grito de *¡guerra á los pulucios!* y trataron de reclutar entre nosotros á algunos jóvenes de 15 á 20 años, que les acompañasen á embestir una magnífica quinta, situada allí cerca, y en la cual vivía un propietario que era hombre de dinero. Jamás olvidaré aquel día, cuyo imprevisto resultado debió, durante un momento, influir notablemente en mi destino.

Terrible era el aspecto que presentaba aquella banda de aldeanos, que, armados, cual con una escopeta, cual con una hoz ó una horquilla, y precedidos de un tambor, y, cosa singular, de un *serponton* tomado en la parroquia, hicieron alto en la plaza del pueblo, en medio de un redoble: á continuación de él, llamaron los cabecillas á las armas á todos los *guapos chicos*, con el objeto de ir á *dar una vuelta* á la quinta de S. Estevan.

Prevenido de esta novedad, salió Claudio Gerard de su casa, y tuvo una larga entrevista con el jefe de los amotinados, interin corrían despaavoridos el cura y el alcalde. Terminada esta conferencia, prometió el maestro de escuela levantar en una hora una partida de mozos resueltos, y marchar á su cabeza contra la quinta.

Media hora despues, se agregaron, en efecto, á la primitiva partida, veinticinco de nuestra parroquia, armados bien ó mal, y al mando de Claudio, quien pidió como un favor especial, que se le permitiese formar la vanguardia.

En el tránsito desde el pueblo hasta la quinta, excitados los insurgentes á fuerza de gritar y de cantar, cayeron sobre una casa aislada del camino, destaparon dos ó tres barriles de vino, y aumentaron su exaltacion por medio de la embriaguez.

Lejos los nuestros de tomar parte en esta orgia, aprovecharon del desorden y del retraso que á él era consiguiente, para continuar avanzando con rapidez hácia la quinta, sin que el resto de la columna concibiera el menor recelo; pues, al fin y al cabo, cumplíamos con el deber de la vanguardia.

Llegados á la quinta de S. Esteban , me enseñó desde lejos Claudio Gerard , al dueño de aquella magnífica posesion , el cual , á cien leguas de sospechar el peligro que le amenazaba , estaba dando paseos en una especie de patio , situado delante de la puerta de su casa , y en el cual se hallaban tambien su mujer , sus hijos y varias señoras.

Siendo preciso , para llegar á la quinta pasar por un puente construido sobre un canal que circuia el parque , mandó- nos Claudio Gerard ocupar aquel puente , y cortar á todo trance el paso. . . á nuestros auxiliares , á quienes llevá- bamos unos quinientos ó seiscientos pasos de delantera.

Y adelantándose entonces mi amo hácia el de la quinta , que comenzaba á alarmarse , le dijo :

— Nada tema V. , caballero... unos cincuenta hombres extraviados por la miseria ó por malos consejos , han resuelto asaltar esta casa , y venido á nuestro lugar á pedirnos auxilio : al cuarto de hora de conferenciar con ellos , me he persuadido de que me seria imposible hacerles renunciar á su empresa , y esto me ha determinado á venir acompañándoles para proteger á V. y á su familia en caso necesario : traigo conmigo veinte mozos honrados , que estan allá abajo guardando el puente. Todavía no he perdido las esperanzas de calmar á aquellos desventurados , cuyos auxiliares nos hemos hecho , á fin de poderlos contener ; mas si acaso no lo consigo , yo seré el primero en volver mis armas contra ellos , y en auxilio de V. No hay que darme gracias , — añadió Claudio Gerard al estupefacto propietario ; — yo no tengo el gusto de conocer á V. ; pero al oponernos , con peligro de nuestras vidas , á un acto de violencia que nada justifica , y que ni siquiera tiene el pretexto de una venganza legítima , esos jóvenes y yo defendemos la causa del pueblo de que formamos parte , y nada mas. Mas tranquilícese V. : ya haremos nosotros respetar su persona y sus bienes por todos cuantos medios pueda humanamente emplear cualquiera hombre de valor.

Esto dicho , volvió Claudio Gerard á nuestras filas , nos

encargó de nuevo que guardásemos el puente, y prohibiendo, á fin de evitar una reyerta, que ninguno de nosotros le acompañase, se acercó solo á la partida que, medio borracha y distante ya pocos pasos de nosotros, venia. Toda la serenidad, la resolucion y la increíble autoridad que naturalmente poseia Claudio Gerard, fueron menester para dominar el furor de nuestros auxiliares, cuando pretendió explicarles lo desleal é indigna que era la accion que iban á cometer. Uno de aquellos desgraciados dió en su exasperacion un golpe á Claudio Gerard; pero este, dotado de tanto vigor como arrojo, derribó en tierra á su contrario, le puso fuera de combate, y continuó apelando á los generosos sentimientos de sus adversarios. La mayor parte permanecié sorda á sus exhortaciones, y marchó tumultuosamente hácia el puente; pero una minoria bastante considerable cedió á los consejos del maestro de escuela, y se formó á su lado.

¿Qué mas diré? Despues de una lucha, de corta duracion por fortuna, y poco sangrienta, se dispersaron en tumultos nuestros agresores, temerosos de un nuevo ataque. En este estado, pasamos la noche al pié de los árboles del parque, y al amanecer del siguiente dia volvimos al pueblo, convencidos de que ningun peligro amenazaba ya á la quinta.

Concluida la expedicion, me dijo Claudio Gerard estas palabras que no olvidaré jamás:

— ¿Sabes, hijo mío, quiénes son los dos maestros de escuela de los dos pueblos, cuyos jóvenes han querido cometer esas violencias? ¿Sabes entre que manos han depositado los que gobiernan la santa misión de educar á los niños de estas dos aldeas, y de hacer de ellos hombres de bien?

El uno es un tabernero, que presta dinero á usura cuando no está borracho, y el otro un hombre salido de presidio. ; Ya se ve! ; con tales maestros, tales discípulos!

— Eso es imposible, exclamé yo; pues si así fuese, no

habría palabras con que censurar un desprecio tan criminal por la cosa mas sagrada que hay en el mundo , como es *la educacion de la infancia*.

Sonrióse amargamente Claudio Gerard , y me dijo :

—Yo , hijo mio , á nadie acuso sin razon ; lo que te digo es verdad... Es claro que los que gobiernan no han buscado de intento á un usurero borracho ni á un presidario , para confiarles la educacion del pueblo ; pero lo que sí es cierto , es que saben , con infernal maquiavelismo , hacer las funciones de maestro tan precarias , tan miserables , tan humillantes , tan intolerables , en fin , que es imposible que puedan aceptarlas otras gentes que las que , como yo , se dedican por conviccion á este sacerdocio , ó algun ignorante , ó algun malvado , sobre quien descargaron los tribunales el baldon de una sentencia.

—Pero ¿cual es su objeto? —dije yo á Claudio Gerard , —en rebajar de esa manera á unos hombres , cuya sagrada mision deberia inspirar tanto respeto?

—¿Cuál es su objeto , hijo mio? —replicó Claudio Gerard con triste y dulce sonrisa , — el de gobernar á seres embrutecidos por la iguorancia , por la miseria ó por la credulidad de la supersticion... porque temen á las poblaciones ilustradas , á las cuales da la educacion el conocimiento de sus derechos y de su fuerza... Por esa misma razon invaden todo el mundo las escuelas de los HERMANOS (1) y reemplazan á las nuestras... LOS HERMANOS acostumbrañ á la infancia á renunciar á la dignidad del hombre , sujetándole á un degradante servilismo... Tú has leído sus libros... los del padre Gobinet , entre otros , y ves las generaciones que preparan á la Francia esos monges misteriosos , cuya regla nadie sabe ni conoce , y cuyo soberano está en Roma.

(1) *Hermanos de la Doctrina Cristiana ó iguorantinos* , á cuyo cargo está , en Francia , la instruccion primaria de una gran parte del pueblo. (N. del T.)

— Pero ese cálculo es horrible , — exclamé yo, — Y mas que horrible, absurdo...

Ayer mismo vimos los excesos que pudieron cometer , por su mala educacion , aquellos hombres furiosos.

— Pobre niño : ¿ no sabes que los gobiernos no tienen miedo á la violencia ? — La violencia , la vencen ellos con sangre , y por eso no les da cuidado ; lo que si se lo da , son las ideas , que ni el hierro ni el plomo pueden extinguir jamás.

Desgraciadamente ; debo decirlo del gobierno son á veces cómplices los padres de los niños en materia de atentados de esta especie cometidos contra la ilustracion.... Y sin embargo, si un padre es civilmente responsable ante la sociedad de las faltas que hasta cierta edad comete su hijo.... ¿ PORQUE NO HA DE SER TAMBIEN CIVIL Y MORALMENTE RESPONSABLE DE LA IGNORANCIA DE SU HIJO ?.... de la ignorancia.... origen de todo mal.... lo mismo que la miseria.....

— Efectivamente, — contesté á Claudio Gerard, — eso seria justo.

— Oh , hijo mio , tantas cosas hay justas.... ¿ y quién es el que se ocupa en hacerlas prevalecer ? Hay ciertos países en que el padre que no envia á sus hijos á la escuela es castigado con una multa. Esta medida es buena , pues mas de una vez es menester emplear el rigor para inculcar el bien ; pero , ¿ es , pregunto yo , aplicable entre nosotros ? Tiende , hijo mio la vista en torno tuyo , y verás que la miseria de esta comarca es tal , que los pobres no pueden vivir como no utilicen el trabajo de sus hijos , bien sea guardando los rebaños todo el dia , ó bien cavando la tierra á pesar de su corta edad. Entonces.... ¿ que quieres ?.... obligados á hacer ganar á sus hijos , por medio de un im-probo trabajo , el poco pan que les dan de comer , no pueden mandarlos á la escuela ; y ¿ quién se atreveria á echar en cara su conducta á estos desgraciados padres ?... ¡ Oh ! ... ¡ miseria !... ¡ miseria !... — añadió dolorosamente Claudio

Gerard. — Miseria, ¿serás tú siempre en la tierra la fuente de todos los males?... ¿y no llegará nunca el día del reparto legítimo... y de la felicidad general?

.....

.....

IV.

Las despedidas.

Ya he dicho que despues de la profanacion del sepulcro de la madre de Regina , de que se hizo reo el mendigo, me apoderé yo de la cartera, que contenia, además de una gran cantidad de cartas , una crucecita de hierro bronceado y una medalla de plomo.

A fin de atenuar á mis propios ojos la vergonzosa accion cometida , contraje conmigo mismo un extraño compromiso, y juré no leer las cartas hasta que Claudio Gerard me volviese á hablar de sus confidencias con respecto á Regina.

Pocos dias despues de uno de los últimos aniversarios , á que oculto , segun costumbre , asistí, me dijo Claudio Gerard.

— Hijo mio, ya debes á estas fechas tener de 16 á 17 años... Hace algunos que me confesaste el precoz amor que sentias por Regina. Esta pasion, aunque bien podia explicarse por el influjo de los tristes ejemplos que tuviste en la primera infancia, estaba tan poco en armonía con tu edad , que ni quise hablarte de ella , ni reprenderte. Si esta niñería podia borrarase poco á poco de tu corazon, de nada servia recordártela. Si, por el contrario, debias persistir en este amor , inútil era reprenderte.... Te he estudiado atentamente.... y estoy convencido del benéfico influjo que

esta pasión ejerce ahora en tí, y que ejercerá, según creo, mucho tiempo todavía. Un amor de esta naturaleza, bien que sin esperanza alguna, y tal vez por esto mismo, es para un corazón como el tuyo la mejor salvaguardia contra los arrebatos de la juventud.

Pero es preciso que conozcas, hijo mío, que este amor es para tí sin esperanza: no te hagas ilusiones, Regina tiene una belleza encantadora; su piadoso respeto á la memoria de su madre anuncia un alma noble y sensible; su carácter es firme y su voluntad enérgica, pues no hay duda de que habrá tenido que vencer grandes dificultades para conseguir de su padre el permiso de hacer cada año un viaje de doscientas leguas, solo por orar un día sobre el sepulcro de su madre... Yo he sabido que el padre de Regina, si bien no posee una fortuna colosal, es sin embargo rico, y pertenece á la antigua nobleza, de la cual se gloria también de formar parte su hija que, hace dos años trajo, y mandó incrustar en el centro de la losa sepulcral bajo la cual reposaban las cenizas de su madre, una placa esmaltada con las armas de su familia.

No repruebo en una joven de su edad ese orgullo de familia, sobre todo en una circunstancia como aquella en que quiso, sin duda, protestar contra la humillación que perseguía á su madre aun después de su muerte.

Al pronunciar estas últimas palabras detúvose conmovido Claudio Gerard, y permaneció algun tiempo en silencio.

Sorprendido yo, me puse á mirarle atentamente, y advertí que estaba como absorbido por la meditación. Al cabo de un rato, viniéronsele algunas palabras á los labios; mas no sé que pensamiento las contuvo y le hizo que, cambiando de pensamiento, me dijera con tono grave y afectado:

— Cualesquiera que sean los sucesos que sobrevengan, ó que llegues tú á saber en lo sucesivo, no olvides nunca que hay una cosa superior á la mas tierna afección... y es

al respeto que debes á una persona sagrada.

— No comprendo á V. , — le dije mas admirado todavía.

— Todo lo que yo te pido , añadió , es que no olvides lo que acabas de saber de la madre de Regina.... Puede que al porvenir te explique estas palabras , incomprensibles ahora para tí. En fin , volviendo á Regina , te diré que esa jóven es admirablemente hermosa y rica , que su elevado nacimiento la infunde orgullo , y que tiene un carácter tan firme como su corazon. Ahora bien , todas esas prendas naturales , todas esas ventajas de sangre y de dinero , son otros tantos obstáculos insuperables que entre ella y tú se alzan. Amala , pues , como hasta ahora , sin que ella te vea ni te conozca. Ten siempre presente la distancia inconmensurable que de ella te separa , y haz de Regina la estrella que guíe tu vida por la senda del bien. Cuando tengas alguna mala tentacion , piensa en la altiva y hermosa faz de Regina , y verás como te ruborizas de tus funestas inclinaciones. Ello es cierto que el hombre adora... y venera á Dios... que se siente sostenido por él cuando obra bien... que le teme cuando obra mal; y eso, bien que no le alcance con la vista... bien que el Señor no se comunique á él.... Pues bien ; un influjo de esta especie es el que yo quisiera que ejerciese Regina en tí.

Al oscurecer del mismo dia en que tuve esta conversacion con Claudio Gerard , aproveché una hora en que estuve solo , para desenterrar la olla , á la cual hacia yo frecuentes visitas , y para sacar la cartera ; lo cual confieso que no hice sin sentir una violenta palpitation de corazon , y ruborizado cual si estuviese cometiendo algun indigno abuso de confianza.

Mas , cual no fueron mi sorpresa y mi disgusto al sacar de la cartera unas cartas sin otro sobre que unas iniciales , y escritas en idioma incomprensible para mí (mas tarde supe que era alemán , y he aquí por que conozco en el dia esta lengua.)

Registré, sin embargo, toda la correspondencia, carta por carta, esperando hallar alguna en francés. ¡Vana esperanza! Ni una sola me fue posible entender.

Esto no obstante, entre aquellos papeles tropecé con un singular hallazgo.

Era este una corona de dimensiones pequeñas (corona real á lo que posteriormente supe) de forma particular, recortada con sus calados correspondientes, en una laminita de oro muy delgada. Esta corona, sujeta con dos hebras de seda amarilla y azul en el centro de un pergamino cuadrado y de bastante cuerpo, estaba rodeada de líneas simbólicas y de S. S. y W W, entrelazadas formando cifra.

Al pié de la corona se leía esta fecha en francés.

Veinte y ocho de diciembre de 1845.

— Calle del Arrabal del Roule, número 107.

— A las once y media de la noche.

Debajo de esta fecha habia cinco renglones en lengua alemana, de longitud, desigual y de letras diferentes.

El primero, el tercero y el quinto estaban trazados por una mano firme; el segundo y el cuarto eran obra de otra mas delicada y menos segura.

Extraordinariamente sorprendido de este hallazgo, procuré, aunque en vano, adivinar la significacion de los signos simbólicos que lo cubrian: la corona de oro excitaba tambien vivamente mi curiosidad, mas no habia medios de satisfacerla.

Guardando, pues, tristemente en la cartera el pergamino, la cruz, la medalla y las cartas, me puse á discurrir un medio de conocer en que lengua estaban estas, sin incurrir sospechas á Claudio Gerard.

Mas á interrumpir mis meditaciones, vino en aquel momento un incidente imprevisto.

A los pocos dias, fuéme preciso separarme de Claudio

Gerard, en casa de quien entré de niño, y salía hecho un hombre, no tanto por la edad (á la sazón contaba unos 18 años), cuanto por la razón y la experiencia que en su rígida escuela adquirí.

Durante aquellos años, pasados al lado de un hombre lleno de ciencia, dotado de las mas preciosas cualidades, filósofo práctico como pocos, se desarrolló mi inteligencia, se cultivó mi espíritu algun tanto, y adquirió mi carácter, un temple vigoroso.

Además de esto, conocia yo un oficio, que era el de carpintero, el cual podría serme de algun recurso en los dias de adversidad.

Mas no fue poco el trabajo que me costó obtener este resultado; mas de cuatro veces tuve que luchar contra el desaliento amargo y profundo que me causaba la vida miserable, fatigosa y sin porvenir á que me veia condenado: contra la tristeza desesperada que de mí se apoderaba siempre que me acordaba yo de mis dos compañeros de infancia, de cuya suerte no volví á tener la menor noticia, y á quienes conservé en mi memoria el mismo cariño que les profesaba el dia de nuestra separacion.

Costábame tambien gran trabajo contener los impulsos de odio y de coraje que me inspiraban los indignos enemigos de Claudio Gerard.

Ni una sola vez se habia cansado la admirable resignacion de mi maestro; ni una sola se habia desmentido su calma estóica y llena de dignidad; al paso que la animadversion de sus perseguidores, lejos de aplacarse, se exasperaba de dia en dia hasta rayar en frenesí. Sublime fue la humildad, la abnegacion con que resistió Claudio Gerard; y, ¡ cosa estraña! en fuerza de la ciega sumision con que se amoldaba á las exigencias mas brutales, á las mas patentes injusticias, logró durante mucho tiempo reducir á la impotencia á sus enemigos, y conservar la humilde posicion que en el lugar ocupaba.

Llegó por fin el dia del triunfo del enemigo mas encar-

nizado é infagitable de Claudio Gerard: decir esto es nombrar al cura del pueblo.

Despues de mil intrigas, calumnias y maniobras infames, logró este indigno eclesiástico sembrar desconfianza y frialdad entre el maestro y la pobre gente, cuyo cariño se habia grangeado este último y, una vez conseguido este objeto, á que por espacio de años enteros aspiró con tenacidad, le fue fácil obligar á Claudio á marcharse del lugar.

Nunca se borrarán de mi memoria los últimos momentos que al lado de mi amo pasé.

A últimos de diciembre de 1832, hallábamonos Claudio Gerard y yo reunidos en el cuartucho, separado solo del establo por unos zarzos de mimbre.

El día estaba oscuro y lluvioso: la luz penetraba turbia por la estrecha ventana que, algunos años antes, me dió paso cuando entré á robar al maestro en compañía de Bambocha y de Basquiña (Para atenuar en algo esta vergonzosa accion, debo decir que, trabajando de aprendiz de carpintero pude en dos años pagar la cantidad robada á Claudio Gerard, quien restituyó entonces el depósito que se le habia confiado).

En silencio, pues, pensativo y cabizbajo, se paseaba lentamente mi amo una mañana por aquel reducido albergue; en tanto que, sentado yo en la mala cama en que pasé la primera noche de mi residencia en aquella humilde casa, apoyaba negligentemente el codo en un zurrón de viaje que tenia al lado.

Claudio Gerard, vestido, segun su costumbre, con una mala blusa y calzado con unos zuecos en que desaparecian sus desnudos pies, estaba muy aviejado; así al menos lo dejaban inferir las arrugas que surcaban sus mejillas y las canas que le cubrian las sienes, bien que la grave y dulcemente melancólica expresion de sus facciones, continuase siendo la misma.

Esto no obstante, tenia en aquel momento un tanto contraido el rostro, cual si le agitara una sensacion violenta que pretendiese él reprimir.

Logrando por fin vencer se, dijo con voz serena, levantando las manos hácia la ventana.

Por ahí, hijo mio, te introdujiste hace ocho años en esta casa. El abandono.... la miseria.... el mal ejemplo.... la ignorancia te impelieron á robar.... hoy tienes diez y ocho años, y vas á salir de aquí hombre de bien, dotado de una instruccion que ha servido para desarrollar tu ingenio y dar elevacion á tu alma: vas imbuido de otros principios, animado de las mejores ideas, y conoces por fin un oficio mecánico, que en cualquiera ocasion te podrá dar de comer....

— ¡Ah! amigo mio, nunca se me olvidará....

— Escucha, querido hijo, — prosiguió Claudio Gerard interrumpiéndome: — si te recuerdo tu punto de partida y el camino que tan animosamente recorriste hasta este dia... no lo hago, no, para vanagloriarme de los beneficios que te he hecho; sino á fin de que esta última reseña de tu vida pasada te dé fuerzas para contemplar tranquilamente el porvenir.

Desde el momento en que te recogí, he estudiado tu vida paso á paso, dia por dia; y, testigo de todas las luchas y pruebas, de que con tanto honor has salido, yo solo he podido conocer cuantos elementos buenos se reunen en tí, cuanta generosidad abrigas, cuanta firmeza y energía para marchar por el buen camino.

Animo pues, hijo mio.

Aceptar como tú una vida laboriosa, dura, sin goces, sin placeres é iluminada solo una vez al año por la brillante aparicion de una jóven, á quien siempre debes amar sin esperanza; con llevar por fin esa vida de desprendimiento y de abnegacion sin la menor amargura, resistencia ni odio en el corazon... eso es bueno.... es grande, es noble.

— ¡Ay, amigo mio! Añada V. que cuando, al marchar por esa senda áspera y cansada, me faltaban las fuerzas... V. estaba conmigo y con pocas palabras me infundía nuevo valor... pero ahora... me traspassa el corazón la idea de que tenemos que separarnos por mucho tiempo... para siempre tal vez.

— ¿Para siempre?... no... hijo mio. Han logrado echarme de este lugar, despues de una lucha de diez años, pero no es de esperar que en el pueblo á que voy, tropiece con gente que me quiera tan mal.

El año que viene puede que ese caballero de París, á cuya casa vas, te conceda licencia por algunos días... Entonces tendremos algunos momentos de alegría... nosotros que tan pocos tenemos.

— ¡Ah! si V. hubiera querido, no nos habríamos separado... yo continuaria ayudando á V. en sus ocupaciones...

— No, hijo, no; ese porvenir es impropio de ti. Se te presenta una posicion inesperada... y seria una insensatez desperdiciarla. Nunca hallarás un protector mejor que Mr. de Saint-Etienne, el cual cree deberme un gran agradecimiento porque salvé hace dos años su quinta del saqueo.

— Y su vida tal vez, arriesgando V. la suya, amigo mio.

— Bien está... ello es que, á excepcion de algunos libros elementales para la escuela, siempre me he negado á admitir las ofertas que, en prueba de gratitud, me ha hecho... hasta que ahora ha creido que es llegado el momento de demostrármela. Dicho caballero ocupa en París un puesto importante. Necesitaba de un hombre integro y seguro que ejerciese á su lado un cargo de importancia, y me ha escrito proponiéndome ser su secretario íntimo, aceptando desde luego las condiciones que yo mismo pusiera. He rehusado...

— Sí; ha rehusado V. en su nombre, pero aceptado en el mio.

— Porque me ha parecido que es una posicion honrosa para ti. He respondido de tu conducta, como de la mia

propia. Mr. de Saint- Etienne tiene , no sé porqué , tanta confianza en mí , que , á pesar de tus pocos años , te ha admitido por secretario suyo : á prueba , á la verdad ; pero esa prueba no la temo yo por tí. Repito , hijo , que debes aceptar á toda prisa la inesperada posicion que se te presenta.

— Y solo por asegurarme á mí esa vida tranquila y feliz se resigna V. á continuar su trabajosa carrera.

— Por humilde y miserable que sea , hijo mio , esta carrera es ya sagrada para mí. Lo digo sin orgullo , y tú lo has visto : á pesar de tantos obstáculos como he tenido que vencer , he obtenido ya muchos y felices resultados. .. y esa recompensa me basta.... hacer que una generacion de niños pobres , ignorantes , y poco menos que embrutecidos por la miseria , se trueque en otra de hombres inteligentes , honrados , instruidos y trabajadores.... eso es cosa admirable y que me hace mirar con mucho desprecio ó mucha lástima las iniquidades de que soy victima... Ya que he hecho bien al pueblo.... ¿ qué me importa su animadversion ?

Á estas palabras añadió Claudio Gerard las siguientes , con dolorosa agitacion :

— ¡ Ah ! si no tuviera yo mas pesares que los que me dan mis enemigos !...

— Ya entiendo á V. , amigo mio.... sin duda habla de esa pobre loca.... á quien iba V. todas las semanas á visitar á la ciudad.... Muy separado va V. á estar ahora de ella.

Dicho esto , quedóse Claudio Gerard por un momento en silencio , agitado y pensativo ; hasta que , haciendo por fin un grande esfuerzo , exclamó :

-- Teugo que revelarte una cosa.... mucho he vacilado. . pero por mas trabajo que me cueste esta revelacion , fuerza es hacértela , puesto que vamos á separarnos.... Acaso obraré con cordura.... acaso será insensata mi franqueza.... el tiempo lo dirá.

— ¿ Vd. , amigo mio , V. hacerme una revelacion que tanto trabajo le cuesta ? — dijo atónito á Claudio Gerard

V.

El misterio.

— Sí, — me dijo Claudio Gerard ; — esta revelacion me costará trabajo, pues ello te probará que sospeché de ti... y de mí.

— ¿ Y porqué ?

— ¿ Te acuerdas de aquellos quince dias , que, hará cosa de un año, pasaste fuera despues de tu enfermedad ?

— Sí , amigo mio ; por señas que se empeñó V. en que me fuese yo á pasar la convalecencia á algunas leguas de aquí, esperando que el cambio de aires la aceleraría.

— ¡ Pues bien ! durante tu ausencia , — me dijo Claudio Gerard algo confuso , — vino una persona á preguntarme por tí.

— ¡ Por mí ! ¿ y quién era ?

— Uno de tus compañeros de infancia.

— ¡ Bambocha ! — exclamé con una emocion de júbilo indescriptible ; — ¿ con qué eran infundados mis temores ? Bambocha vive... vive y se acuerda de mí.

Y con lágrimas en los ojos añadió : — dispénsame , amigo mio , pues es cosa extraordinaria lo que en este instante me está pasando.

— Lo comprendo , hijo mio , y estoy lejos de vituperar tu ternura. Oye lo que durante tu ausencia , hace un año, sucedió :

Estando yo aquí una mañana, veo entrar un robusto mozeton , de enérgica fisonomía , y vestido , segun me pareció , con mas lujo que gusto. — Caballero , — me dijo , — habrá cosa de siete años que recogió V. á un niño aban-

donado, según he sabido por los informes que en esta aldea acabo de tomar. — ¿Es mucho lo que por ese niño se interesa V? — pregunté al recién llegado, examinándolo con no menos sorpresa que curiosidad. — Mucho, como que es mi hermano, — me respondió. — ¡Hermano de V! — exclamé; y acordándome de las confidencias y del retrato que de Bambocha me habias hecho, repuse: — No. no es V. hermano, mas sí compañero de Martín; su nombre de V. es Bambocha. — A pesar de su audacia y de su serenidad, turbóse el recién llegado, y me dijo con cierto ceño. — Poco importa á V. quien soy yo, lo que quiero es ver á Martín. Mucho me ha costado descubrir sus huellas: y aseguro á V. que lo veré, — continuó con ademán amenazador. — A lo cual encogiéndome de hombros, contesté con sequedad. — ¿Y si digo yo que no lo verá V? Hace quince días que Martín ha salido de esta aldea. — ¿Y dónde se encuentra ahora? — exclamó impetuosamente Bambocha, — quiero saberlo. — Es imposible, — respondí. — Nunca podré darte una idea, — añadió Claudio Gerard, — de la pertinaz instancia de Bambocha á fin de saber donde te encontrabas, empleando para ello desde el tono amenazador, (de cuya inutilidad se convenció bien pronto) hasta las súplicas mas humildes á decir verdad, y mas patéticas. Mas todo en vano; pues me mostré inexorable.

Entonces, queriéndome ganar por medio de su franqueza, me confesó el robo que juntamente contigo cometió; quiso obligarme á aceptar, por via de indemnizacion, un bolsillo lleno de oro, el cual rehusé, contestando que ya habias conseguido tú devolverme aquella cantidad yendo tres veces por semana á trabajar á casa de un carpintero.

Desearo sin duda Bambocha de hacer un último esfuerzo, me dijo que en los dos meses escasos que tenia de fecha su brillante posicion, no habia abrigado en su corazon otra idea que la de reunirse contigo, á cuyo efecto habia lo-

grado al cabo de mil trabajos encontrar el camino y los sitios que juntos habiais recorrido en otro tiempo. Habia en las palabras de aquel singular jóven tal mezcla de astucia y de franqueza, de osadía y de profunda sensibilidad, que llegó á interesarme á pesar mio. Por eso me mantuve firme en mi resolucion de no dejar á Bambocha que se viese contigo. Conociendo, como conozco, á los hombres, no tardé en quedar persuadido, como lo estoy todavía ahora, de que tu compañero de infancia no habia podido ganar honradamente la existencia casi lujosa que queria compartir contigo, sospechas que, con su cinica franqueza, confirmó bien pronto él diciéndome:

— Seguramente que no he ganado este dinero diciendo misas, pero á fe de Bambocha, no hay justicia, por suspicaz que sea, que tenga derecho para mirar dentro de mis bolsillos. Lo cierto es que continué inflexible. Durante tres dias consecutivos, esperando sin duda Bambocha vencer mi resistencia, volvió todas las mañanas á mi casa desde la ciudad vecina, donde se habia alojado y de la cual se decidió á partir, convencido á la postre de la inutilidad de sus esfuerzos. Sus últimas palabras, en lugar de ser amargas é irritantes, como yo esperaba, fueron por el contrario, respetuosas y penetrantes. — Aunque desalmado, como V. me cree, no soy ningun necio; ni aunque jóven, carezco de experiencia. Conozco el mundo, y veo que V. es un hombre como hay pocos; razon por la cual, — añadió con ironía, — vive V. relegado en un rincon de una caballeriza.

— Siempre el mismo, — dije á Claudio Gerard.

— Sí, y he hallado en él el mismo carácter que me pintaste; pero acompañado de ciertos achaques de hombre de mundo, como son facilidad de elocucion y cierto cinismo burlon, que estaba yo bien lejos de pensar encontrar en él. — Al fin y al cabo, — repuso, — habrá V. hecho de Martin un buen muchacho; pues tenia disposiciones para serlo; y á fe que no habrá debido á V. costarle tra-

bajo. Martín era un joven lleno de franqueza y de lealtad, que no tenía malas inclinaciones, y que solo mordía con la punta de los dientes, no á bocados como yo, pero con la diferencia de que, aunque mordiendo poco y comiendo menos, el pobre muchacho no se atrevía á quitar la gana á los demás.

— ¡Pobre Bambocha! — dije yo á Claudio Gerard.

— El mismo efecto que á tí te causan, — me respondió él, — el mismo, mismísimo, me causaron aquellas palabras de Bambocha. — Pero V., — le dije, — V. que cree en el bien y que hasta puede admirarlo en otro, ¿cómo es que no lo practica?

— Y ¿qué es lo que á V. contestó él, amigo mio?

— El caso es, buen señor, — repuso Bambocha, — que creo en una hermosa estatua de mármol de altivo porte y de dulce al par que grave fisonomía, como á estas horas debe serlo la de Martín: admiro esa hermosa estatua, que á pesar de la lluvia y de los vientos permanece inmóvil y tranquila encima de su pedestal. Ese es espectáculo magnífico, espectáculo que admiro; solo que como soy de carne y hueso, no de mármol, no trato de hacerme estatua... y me digo á mí mismo: rueda la bola y veamos de salir del huracan lo menos malparados que se pueda.

— A pesar de estas últimas palabras, la grandiosidad de la primera imágen me hizo exclamar: ¿cómo se ha desarrollado el ingenio de Bambocha?

— Sí, — me dijo gravemente Claudio Gerard; — esa imágen es grande pero falsa. El hombre fuerte puede ser de mármol para resistir al huracan de las malas pasiones. A pesar de eso extrañóme, no meaos que á tí, semejante lenguaje, alternativamente trivial, cínico y elevado... y me hizo ponerme á pensar en que escuela, pudo aquel joven, lanzado en tan mala via, adquirir las extraordinarias ideas envueltas en sus palabras, cuando, al cabo de un momento de silencio, repuso Bambocha con voz conmovida.

— Ea, quédese con Dios; puede ser que para Martín

sea mejor que yo no le vea ; yo me entiendo. Déle V. un abrazo de mi parte , un abrazo de todo corazón. ¡Ah! V. sí que es feliz : — añadió bruscamente llevándose las manos á los ojos. Digale V. que lo quiero ni mas ni menos que hace ocho años... y que nada comprendo de lo que por mí pasa ; pues ¡ vive Dios ! yo no era , en verdad , ya nada sensible , y en el día lo soy mucho menos aun ; pero esto no importa : para él no he mudado , dígaselo V. así , y que cuando quiera soy suyo en cuerpo y alma ; que mi fortuna , mi brazo y mi existencia estan siempre á su disposicion , lo mismo que en casa de La-Levrarse , y que si algun día quiere venir á París , aquí estan las señas de donde vivo.

— ¡ Y esas señas ! — exclamé involuntariamente con los ojos llenos de lágrimas.

— Las señas , — dijo Claudio Gerard dando un paso hácia la mesa negra , de cuyo cajon sacó un papel plegado y sellado , — aquí estan. Las he encerrado en este papel hijo mio. Cuando estés en París podrás enterarte de ellas con toda libertad.

Sin mas demora cogi el pliego , y púseme á contemplarlo en silencio y no sin cierto temor.

Al cabo de algunos instantes , repuso Glaudio Gerard.

— Mucho tiempo he vacilado , hijo mio , antes de hacerte esta relacion , y de haber vacilado es tal vez de lo que ahora me arrepiento ; pues en la solidez de principios que te he inculcado , y en la firmeza de tu carácter debia yo tener la suficiente confianza para no ocultarte nada ; pero he temido por tí el influjo , á veces irresistible , de las amistades de la infancia , y lo he temido con tanta mas razon cuanto que apenas ha transecurrido día en que no me hayas hablado de tus compañeros de antaño , siempre , á la verdad , para deplorar el que , cual tú , no hubiesen encontrado un guia seguro y austero ; mas esta misma zozobra de parte tuya me probaba la tenacidad de tus simpatías por Basquiña y por Bambocha

— ¿Y de Basquiña , exclamé , no le dijo á V. nada ?

— Nada.

— ¡Pobrecita ! sin duda habrá sido víctima del crimen de que ya ví huellas.

— Esperemos que no , hijo mio , — me dijo Claudio , añadiendo despues :

— Estos son los motivos que tuve para ocultarte mi entre vista con Bambocha : el tiempo dirá si hice ó no bien en no insistir en mi determinacion..... Añadiré algunas palabras mas acerca del mismo asunto. Si (cosa que por otra parte , me parece imposible) , te hubiese yo enviado á París , sin recursos , sin apoyo y sin una posicion asegurada , bien puedes estar seguro de que jamás te habría enterado yo de mi entrevista con Bambocha , ni de los medios de poderlo encontrar en París ; pero yendo , como vas , á esta ciudad con la certeza de ocupar á tu llegada un puesto honroso : cerca de una persona honrada , debo desechar todo temor , y no arrepentirme de haber tenido entera confianza en tí.

— No , no , amigo mio , no tendrá V. que arrepentirse de su confianza , le dije ; y , tomando el papel plegado que contenia las señas de la habitacion de Bambocha , lo rompí , mas no del todo ; pues , lo confieso , una fuerza invencible me detuvo , y me quitó el valor necesario para acabarlo de rasgar.

Y como Claudio Gerard , que tenia clavados en mi los ojos , viese que trataba de abrir el sobre me dijo sonriendose:

— Te comprendo , pobre jóven ; — y , animándose , añadió:

— Vamos , fuera vanos temores y tengamos ánimo uno y otro. Así como así , has de renunciar á la esperanza de volver á ver á tu antiguo compañero de infortunio. ¿ Quién sabe si ha continuado viviendo como vivia ? ¿ Y quién nos asegura que no le será provechoso el influjo de tu amistad ?

— ¿ Debemos acaso abandonar á un amigo nuestro á los estragos de la enfermedad que le devora ?

No , no , hijo mio : considéralo bien : yo ya no temo es :

entrevista , en la cual nada puedes perder tu , en tanto que tu amigo podrá ganar mucho.

No tardé yo en ser del generoso modo de pensar de Claudio Gerard ; mis temores desaparecieron, y renació toda mi resolución.

— Ahora, — repuso Claudio Gerard , despues de un buen rato de silencio , y con visible emocion, — ahora, hijo mio, voy por última vez á hablarte de mis intereses personales.

Estupefacto de estas palabras , le miré , en tanto que él proseguia.

— Tu protector , al mismo tiempo que accede á tenerte á su lado á fin de que desempeñes el trabajo que me tenia destinado , me escribe diciéndome que está dispuesto á hacer todavía mas. Lo que es por esta vez , acepto sus ofertas y en la carta de recomendacion , que aquí tienes, y que pondrás en sus manos , á tu llegada á Paris, le pido un favor , un gran favor.

— ¿ V. amigo mio ?

— Sí, y te ruego que le recuerdes mi súplica , no sea que , en medio de las graves ocupaciones de que se halla rodeado , se olvide de mí.

— ¿ Y qué favor es ese ?

— El pueblo donde voy ahora está situado cerca de una gran ciudad. Es probable que allí tambien haya casa de locos , y en ese caso....

— Comprendo , vuestra pobre loca.

— Sí, miraria como un gran favor que pudiese ser trasladada allí ; pues , en tal caso, me seria posible verla casi tan á menudo como la veré aquí , y mi asistencia le es en la actualidad mas necesaria que nunca.

— ¿ Mas necesaria que nunca ? Explíquese V..... amigo mio.

No me contestó Claudio Gerard ; mas en su faz animada en aquel momento, descubrí yo cierta dolorosa y tímida afliccion.

No te he confiado antes este nuevo pesar , — me dijo , — por

que no se me ocurre una sola vez esta idea sin llenarme de espanto y de dolor. Hay cosas de suyo tan horribles, que solo de referirlas le salen á uno los colores á la cara: pero al hacerte participe de ese terrible secreto, comprenderás todavía mejor la importancia del favor que pido para esa infeliz criatura. ¡Ah! me figuraba yo que la mayor desgracia y la mayor degradación era el perder el juicio... ¡mas me equivocaba! — añadió Claudio Gerard con terrible sonrisa; — me equivocaba, repito, como lo prueba lo que ha sucedido á esa desdichada.

— ¿Qué dice V.?

— Escucha, y te convencerás de que todos los horrores que presenciastes en tu niñez en casa de aquellos miserables tírítberos eran nada comparados con esta monstruosidad. El hecho de que hablo sucedió por una fatal coincidencia al día siguiente de aquel en que ví aquí á Bambocha por última vez; pero, — añadió Claudio Gerard interrumpiéndose, — para hacerte comprender todo el horror de ese misterioso lance son indispensables algunos pormenores. En la casa de locas hay un gran jardín, circuido por un lado por las paredes de unas casas, y por el otro por las tapias de una huerta de la mejor posada de la ciudad; y has de saber que la pobre mujer de quien hablo, á pesar de los grandes pesares que la han vuelto loca, conserva todavía una belleza que llama la atención.

Claudio Gerard, cubriéndose los ojos con ambas manos, quedó sumido en triste silencio que no me atreví á interrumpir. Saliendo empero á la postre de esta especie de letargo, añadió con agitación:

— Iba diciendo, pues, que es digna de llamar la atención la belleza de aquella pobre mujer, cuya locura sí bien furiosa al principio, se ha vuelto tan inofensiva, que la dejan en gran libertad, y la permiten pasearse en una parte reservada del jardín, que, como te acabo de decir, linda con una posada. Una noche que, vuelvo á repetir, fue por efecto de una extraña fatalidad la que seguía al día en que

estuvo aquí Bambocha por última vez, se hallaba en el jardín de la casa de locos esa desgraciada, que cuando la dejaban salir sentía en pasearse extraordinario placer.

Callóse durante un momento Claudio Gerard, y luego volvió á decir:

— ¡Pues bien! por un misterio oculto hasta la fecha....

No pudo continuar Claudio Gerard.

En esto, entró un muchacho en nuestra miserable estancia, gritando:

Señor maestro; ya está el ordinario á la entrada del pueblo y dice que no se puede detener mas que cinco minutos; pues ha llegado algo tarde y teme no poder alcanzar á la diligencia en la posada.

— Me alegro, — dijo bruscamente Claudio Gerard, como si se sintiera aliviado de un gran peso; — pues no sé si hubiera podido concluir.... Tal es la cólera y la afliccion que me causa lo que tengo que decir.... Ya te lo escribiré.

Y dicho esto, me estrechó Claudio Gerard con efusion entre sus brazos.

Esta separacion me causó uno de los mas vivos pesares que en toda mi vida experimenté, pesar que contribuyó á hacer mas amargo todavía una terrible casualidad.

El carricoche que me conducia á la parada donde habia de ir yo á encontrar á la diligencia de París, atravesaba en toda su extension el campo de retamas, al cual daba la ventana de Claudio Gerard.

En esta ventana ví á lo lejos desde mi asiento al maestro, que puesto en pié, me hacia con la mano la última señal de despedida. Al verla, no pude contener mis lágrimas; mas en esto dió el carruaje una vuelta y todo desapareció.

Luego llegó el carricoche á una cuestecita, que conducia á la cruz de piedra, á cuyo pié encontré yo el chal de Basquiña en un charco de sangre

Al cabo de una hora llegamos á la parada y tomé la diligencia de París. El protector que debía yo á la paternal bondad de Claudio Gerard habia pagado mi viaje y hecho los gastos necesarios para que al llegar yo á París pudiese presentarme con decencia.

Léjos de deslumbrarme la idea de ir á París, ensueño de tantas gentes precisadas á vivir en las provincias, causábame, al pensar en Claudio Gerard y en el aislamiento en quo me iba á ver, una grandísima tristeza y cierta pena mezclada de temor. Tales eran las sensaciones que me dominaban en el momento de dirigirme hácia la gran ciudad.

VI.

Las investigaciones.

Apenas llegué á París y bajé de la diligencia, tomé un cabriolé, coloqué en él mi modesto equipaje, y me dirigí á la casa de Mr. de Saint-Etienne, mi futuro protector, calle de Montblanc, n.º 90, que eran las señas puestas en la carta de recomendacion que me entregó Claudio Gerard; y sobre las tres de la tarde serian cuando se detuvo el carruaje cerca de una casa de mediana apariencia.

Con grande admiracion mia, ví en la puerta dos ó tres grupos de personas que hablaban entre sí, en tanto que, despaavoridos, iban y venian corriendo los criados por el patio.

Buscando la portería, acerquéme á los grupos, y oí estas palabras, que cangecaban los diferentes interlocutores:

— Gran desgracia es, vive Dios.

— ¡Y tanto!

— ¿Quién lo hubiera dicho ayer?

— Y su mujer y sus hijos, que han salido, á lo que pare-

ce, este medio día, y que no saben una palabra de esto.

— Cuando vuelvan á casa... ; qué noticia !

— Terrible.

Estas palabras, aunque inexplicables para mí, me causaron vaga inquietud. Diríjome pues á la portería, y no hallando en ella á nadie, me quedo perplejo y sin saber que hacer hasta que al cabo de un rato me llevo á un lacayo que cruzaba rápidamente el patio, y le dije :

— ¿ Se puede ver al señor de Saint-Etienne ?

Detúvose el lacayo, y mirándome atentamente, como si mi pregunta le hubiese sorprendido é indignado á la vez, me respondió bruscamente, y pasando de largo :

— Le acaba de dar un ataque de apoplejía, y una hora hará que han traído su cuerpo.

Esta noticia me llenó de estupor. Bien que bastante clara, costábame sin embargo sumo trabajo y vivo dolor creerla ; así es que con la pueril obstinacion, demasiado habitual en los desesperados, que se empeñan en esperar á todo trance, me aproximé á una de las personas que componian el grupo, y la dije :

— ¿ Supongo que no es verdad que haya sufrido M. de Saint-Etienne un ataque de apoplejía, segun dicen malas voces ?..

— ¿ Cómo malas voces ? Nada hay mas cierto por desgracia. Una hora hará que, estando yo aquí, trajeron en su coche el cuerpo de M. de Saint-Etienne... Es una gran desgracia para su familia.

— Muy grande, en efecto, — exclamé involuntariamente ; — pero sin duda, — añadi, — queda alguna esperanza todavía ...

— Ninguna, ninguna. El ataque fue esta mañana, sobre las diez, estando M. de Saint Etienne en el ministerio de lo interior. Se han buscado los mejores médicos de París.... y...

Calló mi interlocutor, y advirtiése cierta agitacion en los grupos á la vista de un criado que venia á escape por

la calle, y que al llegar junto á aquel con quien habia hablado, y que parecia estar allí de centinela, le dijo:

— Abi viene la señora.... he visto el coche....

Al oír esto, subió precipitadamente el otro criado la escalera, y casi al mismo tiempo salió del cuarto bajo un anciano de blanca cabellera, enjugándose las lágrimas, se dirigió á la puerta de la cochera, en cuyo umbral permaneció gran rato. Desde allí hizo al carruaje seña de que se detuviera, y se encaminó rápidamente al medio de la calle.

— Este pobre anciano es tambien de la familia, — dijo una de las personas de los grupos, — sin duda quiere evitar que esa pobre mujer y sus hijos reciban de golpe la noticia de tan imprevista desgracia.

— Probablemente los llevarán á casa de sus padres, — dijo otro.

Por insignificantes que parezcan estos pormenores, no he podido olvidarlos, pues para mí será cada una de aquellas palabras como un rayo que venia á desbaratar las últimas esperanzas hasta entonces concebidas.

Mas todo estaba perdido.

En pocos minutos vi yo desvanecido como el humo todo mi porvenir, vine aislado en París, sin proteccion de ningun género, y casi sin recursos, pues de la cantidad que tan generosamente habia enviado mi protector para costear mi viaje, apenas me quedaban ya diez francos.

Mi primera idea fue de volverme inmediatamente al lado de Claudio Gerard; pero el viaje costaba 125 francos, y para volver á pié á nuestro pueblo me habria sido preciso andar 15 ó 20 días.

Pasmado, inerte, aturdido, incapaz de tomar resolucion alguna, pasé buen rato en esta situacion debajo de la puerta cochera, de donde se habian ido separando poco á poco los grupos.

Por fin, y como me observase el portero de la casa, me dijo:

— ¿Qué es lo que hace V. aquí, caballero?

Estremeciéronseme las carnes; miréle lleno de consternación, y oíle repetir su pregunta, sin encontrar palabras con que contestarle. Tratando por fin de recobrarne un poco, y sacando del bolsillo la carta de Claudio Gerard, dije al portero:

— ¡Oh! si V. supiera! Despues de venir de mas de 200 leguas, con una carta para M. de Saint-Etienne, que debia de ser mi protector.... me encuentro con que se ha muerto.... y sin conocer á nadie, me veo en París casi sin recursos.

Mi abatimiento, la sinceridad de mis palabras y la vista de la carta, que entonces saqué del bolsillo, hicieron sin duda alguna impresion en el ánimo del portero, el cual me respondió:

— ¡Pobre jóven! muy desgraciado es V. en efecto.... mucha lástima me da su situación, pero yo nada puedo hacer.... preciso es aguardar algunos dias .. pues por ahora V. conocerá que no hay medio alguno de hablar á la señora en los momentos cabalmente en que acaba de sufrir una pérdida de tanta consideracion.... no veo mas remedio que armarse de paciencia.

— Armarse de paciencia, ¡ya! --- exclamé con irresistible amargura.

— Ya se lo he dicho á V., á nadie absolutamente conozco en París, y no tengo recurso alguno.

— Pues yo no puedo remediarlo, amigo mio; vuelva V. dentro de unos quince dias: tal vez entonces podrá V. ver á la señora, — me contestó el portero, conduciéndome poco á poco hácia la puerta, que cerró dejándome á fuera.

Ignorando completamente las costumbres de París y enteramente preocupado con la idea de mi entrevista con M. de Saint Etienne, me dejé yo á la puerta de la casa el coche de alquiler de que me habia servido y en el cual estaba mi modesto equipaje.

¿ Vámos por horas? ¿ no es eso, mi amo? — me dijo el

cochero apenas se hubo cerrado detrás de mí la puerta de la casa de M. de Saint Etienne. — Por fortuna miré el reloj del patio de las diligencias... y eran las dos y veinte y cinco.... — ¿Adonde vamos?

Las palabras del cochero *Vamos por horas*, eran poco menos que ininteligibles para mí, y sumamente amenazadoras para mis débiles recursos; al paso que la pregunta de *¿á donde vamos?* me dejó confundido, pues en ella se resumía mi cruel y embarazosa situacion.

— ¿A dónde vamos?

¿A dónde ir en efecto?

Repentinamente me acordé de Bambocha.

¡Oh Providencia! dije para mí; ¡cuánta razon tuvo Claudio Gerard en hacerme que guardara las señas de su casa!

Abriendo, pues, el sobre, encontré una lujosa tarjeta en la que en letras casi imperceptibles se leía: *El capitán Héctor Bambochio*, calle de Richelieu, n.º 49.

Por mas que me sorprendiesen y me diesen que pensar el grado militar y la terminacion extranjera del apellido de mi amigo de infancia, mi situacion era demasiado crítica..... y tal, lo digo con sinceridad..... mi deseo de volver á ver á Bambocha, que no me paré en semejantes escrúpulos: antes, creyéndome ya fuera de la funesta posicion en que me encontraba, dije al cochero al subir de nuevo al coche.

— A la calle de Richelieu, n.º 49. ¿Está muy lejos de aquí?

— No señor, muy cerquita.

Y, dicho esto, se encaminó el coche hácia la calle de Richelieu.

La incertidumbre de mi porvenir y los temores que podia inspirarme la mala influencia de Bambocha, todo, todo esto habia desaparecido de mi memoria, al pensar que iba á verle, el cabo de ocho años de ausencia..... y él que me queria tanto, como lo prueban las gestiones que cerca de Claudio Gerard hizo. Alegrábame tambien la idea de que

acaso tendria noticias de Basquiña.... Mucho tiempo hacia , en fin , que no sentia mi corazon un momento de felicidad como aquel, tanto mas dulce , cuanto que llegaba detrás de uno de desesperacion.

Paróse el coche á la entrada de la calle de Richelieu, tan ruidosa y tan brillante , como que nos hallábamnos á últimos de diciembre ; y aun cuando era de dia empezaban á iluminarse las tiendas ; mas deslumbrábame tanto resplandor , asordábame tanto ruido, y bajo la impresion de felicidad que sentia pensando en Bambocha , conocí que París ofrecia á mi vista el espectáculo de una verdadera estancia encantada.

Abierta la portezuela , entro yo en una casa de suntuosa apariencia y pregunté al portero:

— Está en casa el capitán Héctor Bambochio ?

— ¡ El capitán Héctor Bambochio ! — dijo el portero pronunciando este nombre con un acento en que se echaban de ver á la vez el respeto , la consideracion y la angustia. — No señor ; hace seis meses que no le hemos vuelto á ver.

— ¿ Ha muerto ? exclamé.

— ¡ Muerto ! no , no , señor ; no permita Dios que tal suceda, — contestó el portero. — ¡ El capitán Héctor , uno de los libertadores de Tejas !... un caballero tan generoso , tan campechano , tan bueno , tan alegre.... No , no , señor ; son demasiado pocos los hombres de su calibre para que así se nos muera ese sin mas ni mas.... Yo solo quise decir á V. que hace seis meses que dejó de ser inquilino nuestro el capitán Héctor.

¡ Bambocha , libertador de Tejas ! esta circunstancia me sorprendió al principio . mas luego , naturalmente crédulo y sencillo , supuse que tal vez no seria difícil que mi amigo hubiese emigrado al Nuevo-Mundo , donde sin duda habia ganado el grado de capitán , el valor y la energia de Bambocha hacian esta suposicion bastante fundada. Gozoso de oír hablar de mi amigo con tanto respeto y simpatía :

y deseoso mas y mas de volverle á ver , dije al portero.

— ¿ Y dónde vive ahora el capitán ?

— En la calle de Sena-Saint-Germain , fonda del Mediodía.... El señor capitán dejó la magnífica habitacion que había alquilado y amueblado en esta casa , porque el barrio era demasiado ruidoso para su padre el *señor marqués*.

— ¿ Su padre.... el marqués ? — dije yo maquinalmente : pues al oír decir que Bambocha era hijo de un marqués , me quedé mucho mas sorprendido aun que al verle trasformado en capitán.... y en libertador de Tejas : así es que , sin tratar de ocultar mi sorpresa al portero , repetí.

— ¿ Su padre el marqués ?

— Si señor , volvió á decir el hablador conserge : ¿ luego no sabeis que el señor marqués Anibal Bambochio , padre del capitán Héctor , ha venido á Paris con objeto de asistir á su boda ?

— ¿ A la boda del capitán ?

— Ciertamente ; y ¡ vaya un casamiento ! — me dijo el portero con aire confidencial — la hija de un grande de España de todas las Españas.... Esto es , mas que un duque segun me insinuó el capitán.

— ¿ La hija de un grande de España ? contesté con progresiva admiracion.

— Ni mas ni menos ; he aquí las palabras que al marcharse me dijo el capitán : — Camarada... (el capitán llama camaradas á todos , hasta á los criados ; así es que por él se hubieran echado ellos á la lumbre) añadió el portero á guisa de paréntesis ; despues de lo cual continuó : — Camarada , — me dijo , pues , el capitán , — cuando me instale en el palacio del papá-suegro , en la capital de todas las Españas , te tomaré por portero , y llevarás una alabarda . — Pero acaso se le ha olvidado esta promesa , — murmuró el portero , dando un suspiro ; — y puesto que V. le conoce , no será malo que se la recuerde cuando le vea.

— Ciertamente , conozco al capitán , y le recomendaré

á V. á él, — contesté, sin pensar siquiera en lo que decía.

Confieso que al reflexionar en lo que acababa de oír, me quedé completamente aturdido: ¡casarse Bambocha con la hija de un grande de España!

A pesar de mi credulidad, parecióme esto imposible al principio; pero, obcecado por mi amistad, me dije luego á mí mismo: — ¿Y por qué no ha de ser? Bambocha es jóven, buen mozo, atrevido y emprendedor: por lo que sé de la conversacion que tuvo con Claudio Gerard, parece que se ha desarrollado completamente su ingenio; ¿qué tiene pues de particular que haya trastornado la cabeza de una jóven? El es capitan, y el uniforme nivela todas las condiciones.

Tal placer sentía yo al oír hacer el elogio de Bambocha, que, á pesar del deseo que tenia de verle, no pude menos de preguntar con emocion al portero:

— ¿Con qué lo querrian mucho al capitan?

— ¡Vaya si le querian, figúrese V. que sus manos desparramaban oro, si señor, lo desparramaban. Nunca se ha visto hombre semejante. Un día, me acuerdo, compró un magnífico ajuar de casa, que no conservó mas que seis meses, al cabo de los cuales se marchó á vivir con su señor padre al barrio de Saint-Germain. Pues bien, todo el mueblaje se lo vendió al tapicero por la cuarta parte de su valor, y eso sin regatear, ni quedarse mas que los muebles del comedor; y ¿para qué creerá V. que se quedó con ellos? para dárselos á los mozos, diciéndoles que era para que echasen un trago; y advierta V. que los tales muebles valian dos mil francos á lo menos. A mí, me dió al marcharse, además de cien francos, un contrabajo con un magnífico arco guarnecido de oro, y un oso domesticado que tenia en el jardín. El contrabajo, lo vendí en ciento cincuenta francos, y el oso por doscientos para la casa de fieras: ¿como no habia de querer uno á semejante caballero?

— ¿Con qué el capitan tenia buen corazon? — le dije

después de oír enumerar las prodigalidades de Bambocha.

— Ya lo creo; figúrese V. que lo pagaba todo sin regatear nunca. Solo, eso sí, era vivo como una centella: no se paraba en dar un puntapié ó un puñetazo mas ó menos; pero, ¿cómo se había de enfadar uno cuando detrás de cada uno de esos prontos venía una buena propina?

Repugnábame hasta no poder mas esta baja, servil é interesada humildad de aquellas gentes. En cuanto á Bambocha, túvele siempre por un gran derrochador, con achaques de tronera, y conocía demasiado bien su carácter, para que me extrañase la pintura que de él me hacía el portero, á quien, con la esperanza de adquirir algunas noticias de Basquiña, dije, no sin un poco de cortedad:

— ¿No venía á menudo á ver al capitán una jóven rubia de ojos negros?

— ¿Una jóven?... A docenas, si señor, á docenas venían á verle las jóvenes; pues ha de saber V. que el capitán es pájaro de cuenta.... y que su grandecita de España ha de andar con el ojo muy despabilado.... á menos que prefiera cerrar los dos, lo cual es, en concepto mio, lo mejor que puede hacer.

— La jóven de quien hablo, — dije tímidamente, — se llamaba Basquiña.

— ¡Basquiña! no la conozco. Además, como al subir al cuarto del capitán no todas decían su nombre, puede ser muy bien que esa jóven se haya volado.... como otras muchas.... sin decir oste ni moste.

— ¿Me hace V. el favor, — dije al portero trocando en desconsuelo mi contento de poco ha, — me hace V. el favor de darme por escrito las señas del capitán?

— Con muchísimo gusto, caballero. ¿Qué no haría yo por un amigo del capitán Héctor Bambochio? — y diciendo esto, puso en mis manos un papel en que se leía:

El señor capitán Héctor Bambochio, calle del Sena Saint Germain, fonda del Mediodía.

Sin mas tardar , di estas señas al cochero, y me meti en el coche.

El portero alzó respetuosamente el estribo , y me dijo :

— No deje V. , caballero!, de hacerme presente al capitán , á fin de que no me olvide cuando trate de proveer en España el destino de conserge.

— No dejaré de hacerlo , — contesté , ínterin echaba á andar el coche hácia la calle del Sena.

En esto habia oscurecido ya completamente.

Reflexionando con mas sangre fria en estas cosas , presentí yo , á pesar de mi poco mundo , toda la exageracion y los embustes que encerraba la narracion del portero , y lo azarosa que desde el dia de nuestra separacion debia haber sido la existencia de Bambocha; pero , esto no obstante , y acaso por esto mismo , se aumentaba mi impaciencia por verle.

A poco rato paróse el coche en una calle oscura , casi desierta en aquel momento , y cuyo aspecto formaba un triste contraste con la animacion y la claridad de aquella de que acababa de salir.

Abrióse la portezuela , y me apeé en frente de un estrecho y oscuro pasadizo.

— ¿ Es esta la *fonda del Mediodía* ? — pregunté al cochero pareciéndome aquella casa demasiado modesta para servir de habitacion al señor Anibal Bambochio , suegro futuro de la hija de un grande de España.

— Aquí es; mire V. el farol , — me respondió el cochero mostrándome un cuadrilátero de vidrio , iluminado por detrás , y en el cual se veia escrito con letras encarnadas *Fonda del Mediodía*.

Entro á tientas en el portal , y párome á poco delante de una puerta de cristales , de la cual salia un poco de luz.

Mirando por los cristales , veo á una mujer mal vestida que , sentada en una silla , roncaba junto á la estufa , y detrás de ella una tabla con una porcion de números y de clavos , de los cuales pendian una infinidad de llaves ,

— Señora, — dije á la mujer, abriendo la parte superior de las dos en que se dividia la puerta, — ¿ me sabrá V. decir si está en casa el capitan Bambochio?

— ¿ Qué hay? — exclamó la mujer, despertándose sobresallada, frotándose los ojos y mirándome con aire de mal humor, — ¿ qué se le ofrece á V.?

— Deseaba saber si está en casa el capitan Bambochio

— ¡ *El capitan!* — gritó la mujer, pronunciando estas palabras con colérico acento, — ¡ el capitan! — y al decir esto se inmutaron sus facciones, tomó su voz el tono mas chillon, y continuó con una volubilidad que no traté de interrumpir:

— El capitan se ha marchado, á Dios gracias, con la música á otra parte, y espero que no volverá á poner los pies en esta casa; capitan del demonio, bárbaro, camorrista, borracho.

Mas de seis personas se nos han ido por no vivir al lado de un tramoyista como él. Figúrese V. que, despues de haber desafiado y herido á dos estudiantes, por mor de una bribonzuela que vino un dia á comer con él; echó á un sobrino mio dos dientes al tragadero, porque el pobre muchacho se quejaba de tener que abrirle la puerta á deshora de la noche, y el casero se ha visto precisado á recurrir á la fuerza armada para poner en la calle á ese tunante que, como quien no quiere la cosa, se habia instalado en el mejor cuarto del primer piso. ¡ Canalla de italiano! toda mi vida me acordaré de ti.

Seguia el contraste; pues la misma diferencia que entre la catadura de este figon y la de la casa de la calle Riche-lieu, existia entre los recuerdos que en una y otra habia dejado Bambochia. Desvaneciéronse, pues, como un sueño, las gratas ilusiones del suegro grande de España, y del espléndido casamiento, en que por un momento creí, y avergoncéme de no haber sabido apreciar desde un principio en su justo valor los jactanciosos embustes de mi compañero de niñez.

Y no teniendo ya mas ganas de proseguir esta conversacion, dije á la mujer:

— ¿Podría V. indicarme donde vive actualmente el capitán?

— No soy criada de V. — me respondió groseramente la mujer; — si quiere V. saber donde para ese bergante, búsquelo por donde le dé la gana.

Aterróme esta contestacion; pues mi única, mi última esperanza era encontrar á Bambocha. Cualquiera que fuese su posicion, hallábame yo demasiado seguro de mí mismo para temer su pernicioso influjo, y confiaba bastante en su amistad, mas diré, en su ingenio lleno de recursos, para persuadirme de que me ayudaría á salir hasta con honra del caso apurado en que me encontraba.

Iba á insistir nuevamente por saber donde vivía Bambocha, cuando, cambiando repentinamente de tono, exclamó la mujer:

— Así como así, voy á decir á V. donde vive; con eso podrá V. decirle, si le ve, que nos acordamos mucho de él, que hablamos de él á menudo; pero al mismo tiempo le advertirá V. que si tiene la desgracia de volver por aquí, se las habrá con el comisario de policía ó con la fuerza armada; pues no crea que nos mete miedo con aquellos brazos tan largos ni con su aire de maton.

— En ese caso, hágame V. el favor de darme las señas, — repuse con impaciencia.

— ¡Pues bien! cuando se marchó, dijo con la mayor osadía que si recibíamos para él algun convite de *palacio... de palacio!* ¿qué le parece á V.? ¡ir á *palacio* semejante truhan! ó que si le traian algunos talegos de oro, plata, ó algunas cajas de diamantes.... ¡oro plata y diamantes! si; ya estás fresco, le mandásemos tanto la esquila de convite, como las otras frioleras á la puerta de la *Chopinette, callejon del Zorro*, n.º 4.

—Gracias, señora, dije alejándome rápidamente, temiendo olvidar las señas, que en el acto transmití al cochero.

— ¡Cuerno! me dijo este último; ¡vaya una caminata! Para eso, vamos á Moscou..... pero, en suma, ¿á mi qué?... puesto que andamos por horas; y por horas se anda mucho. Puerta de la *Chopinette*, ya sé donde es; pero en cuanto al *callejon del Zorro*, maldito si me acuerdo de él á pesar del tiempo que hace que ando trotando por esas dichas calles de París. No importa, ya preguntaré, y con esto echó otra vez á andar el carricoche.

Aumentábase entre tanto mi tristeza, mi inquietud; y asaltábame la idea de no poder encontrar á Bambocha; pues si despues de seguir de casa en casa su pista, quedaban sin resultado mis gestiones..... ¿qué hacer? ¿qué iba á ser de mí?

VII.

El callejon del Zorro.

Despues de haber recorrido varios barrios desiertos, entramos en una calle mucho mas bulliciosa. A poco se paró el coche á la puerta de una taberna, delante de la cual se veia un corro de hombres, á quienes se dirigió el cochero, diciendo:

— ¿Me harán Vds., señores, el favor de decirme donde está el *callejon del Zorro*?

— Llegando á la puerta, tome V. la primera calle á la izquierda, luego á la derecha, y luego otra vez á la derecha... despues pasará V. un pedacito de tierra campa, y cátese allá, —respondió uno de aquellos hombres.

— Gracias, —dijo el cochero.

— ¡Eh! ¡compadre! — exclamó otro, — ya sabrá V. que en el callejon no entran los coches; con que así, párese delante del marmolillo; que ne es gente de coche la que se alberga en semejante tabuco.

— Verdad es, — repuso otro — y á fé que ya merece V. que le den la cruz de la legion de honor, como llegue hasta allí, pues será V. el primer cochero que haya penetrado en el *callejon del Zorro*.

— Bueno, bueno, basta de broma, — exclamó el cochero renegando en voz baja y arreando á sus escualidos jarmelgos.

— Pasada la puerta, y despues de haber recorrido una ó dos callejuelas completamente desiertas, y alumbradas no mas que por la poca luz de los faroles, atravesó el alquilon un campo, no sin peligro de volcar á cada paso en los profundos carriles del camino, y al cabo de algunos cuantos minutos, se paró.

Entonces el cochero abrió la portezuela, y me dijo, sin disimular su mal humor:

— ¡Por vida de Sanes! ¡qué caminos! ya puede V. jactarse de tener conocidos en toda clase de barrios, desde las brillantes casas de la *Chausée de Antin* hasta el *callejon del Zorro*; pero advierto á V. que son mas de las ocho, y que ni los caballos ni yo hemos comido.

— Al momento voy á informarme de si el sujeto que busco esta aquí, — dije al cochero, y en ese caso volveré á tomar el paquete que traigo; de todos modos, no le haré á V. esperar mucho tiempo.

Dicho esto, me alejé del carruaje y me interné en un callejon estrecho, lleno de inmundicias, infecto y rodeado de casas, ó mas bien de casuchas, negras, en casi ninguna de las cuales se conocia que hubiese luz.

Segun las señas, debia ser el n.º 4.º; pero como no me permitia la oscuridad poder ver los números, llamé á la puerta de la primera casa del callejon.

Al cabo de un buen rato oí pasos de una persona que lentamente llegaba, y una voz que, saliendo de detrás de la puerta, me preguntó:

— ¿Quién llama?

— ¿Es este el número 4.º del callejon del Zorro?

— ¡ En frente , só majadero ! este es el n.º 2 , — me respondieron refunfuñando.

Entonces atravesé el callejon, y llamé á la puerta de una casa menos deteriorada , por lo que pude ver , que la anterior. Esta casa tenia en el piso bajo unas persianas, por cuyas rendijas se veia luz. Viendo que no me abrian, llamé segunda vez ; tampoco vino nadie á abrirme , pero me pareció notar cierta agitacion en el interior de la casa y hasta llegué á oír estas palabras muy repetidas :

— Vivo.... vivo.... despáchense Vds....

Impaciente , llamé otra vez con mas fuerza , y entonces por fin se abrió una de las ventanas del cuarto bajo , por detrás de cuyas entornadas persianas preguntó una voz ronca :

— ¿ Quién está ahí ?

— ¿ Es aquí el número 1.º del callejon del Zorro ?

— Si señor : ¿ qué se le ofrecia á V ?

— ¿ El capitan Héctor Bambochio está en casa ?

— ¿ Quién dice V ?

— El capitan Héctor Bambochio.

— No hay ningún capitan aquí , — me respondió la misma voz ; y con esto se cerraron violentamente las persianas.

— Esto es lo que me estaba temiendo yo , — me dije desesperado.

He perdido las huellas de Bambocha. ¿ Qué haré ? ¡ Dios mío ! ¿ qué haré ?

Las persianas se habian cerrado ; pero detrás de estas continuaban abiertas las vidrieras , y dejaban oír los cuchicheos de dentro de la habitacion. Desanimado , ya iba á alejarme ; mas detúvome un momento la curiosidad ; y á fe que hice bien ; pues á poco se abrieron de nuevo las persianas y oí la misma voz de antes que me dijo :

— ¡ Eh ! buen hombre.... ¿ Está V. todavía ahí ?

— Sí ; ¿ qué me quiere V ?

— Lo que es capitan no hay aquí ninguno ... pero ¿ có-

mo ha dicho V. que se llama el sujeto , por quien V. pregunta .

— Héctor Bambochio.

— A Bambochio... no lo conocemos... pero de un tal Bambocha ya podríamos dar á V. noticias.

— Ese es el que busco, — exclamé reanimado y lleno de esperanzas; — ese es su verdadero apellido; pero hace que le llamen el capitán Héctor Bambochio... ignoro con que fines....

— ¡ Ah! ¿ V. ignora con qué fines? — respondió la voz: con tono de desconfianza.

Siguieron los cuchicheos detrás de las persianas, y después de pasados algunos instantes, añadió la misma voz.

— ¿ Sabe V. la contraseña?

— ¿ Qué es eso de contraseña?

— Nada, una broma; vaya buenas noches, — dijo la voz dando una carejada. Con esto se volvieron á cerrar las malditas persianas.

Resuelto á no dejar pasar así la única esperanza que me quedaba, me puse de nuevo á dar golpes á las persianas, gritando:

— Escúcheme V. por Dios; por Dios se lo suplico, soy un amigo de niñez de Bambocha. Hace ocho años que no nos hemos visto. Hoy mismo he llegado á Paris, donde nunca habia estado, y para probar á V. que conozco perfectamente á Bambocha, que soy su mejor amigo, diré á V. que tiene marcadas la siguientes palabras en el pecho: *Amistad fraternal á Martin....* Pues bien.... ese Martin soy yo.

La sinceridad con que pronuncié estas palabras, y los pormenores que di, hicieron sin duda desaparecer, en parte, las sospechas de los de la casa; pues, después de un nuevo conciliábulo detrás de las persianas, me dijo la voz:

— ¿ Sabe V. dónde está la taberna de las *Tres Cubas*?

— Ya he dicho á V. que acabo de llegar hoy mismo á Paris, por lo tanto no conozco esa taberna.

— En la puerta de la Chopinette indicarán á V. las señas de las *Tres Cubas*; no está lejos. Entre once y doce encontrará V. á Bambocha, que asiste allí todas las noches.

— ¿No vive aquí Bambocha?

— Buenas noches... y cerrándose en esto definitivamente la ventana, me quedé, á pesar de mis ruegos, sin saber donde paraba mi amigo.

Aunque con poca esperanza de encontrarle, supe á lo menos de fijo que Bambocha estaba en París, y que acaso me sería posible verlo aquella misma noche; en vista de lo cual me volví al coche á cuyo conductor dije:

— ¿Sabe V. donde está la taberna de las *Tres Cubas*? Me han dicho que no estaba lejos de aquí. En llegando á esta taberna podrá dar de comer á los caballos y tomar V. tambien algun alimento.

— ¡La taberna de las *Tres Cubas*! ¿Si la conozco, dice V.? ¡Y tanto! — me respondió alegremente el cochero. Allí me paro yo los domingos y los lunes. Por esta vez, vaya con Dios; en sitios como ese ya nos puede V. dar á mis caballos y á mi todos los plantones que guste, sin temor de que nos quejemos. Dentro diez minutos estamos allá. Y dicho esto, nos dirigimos á la taberna de las *Tres Cubas*.

Entonces fué, cuando por primera vez se me ocurrió la idea de que los gastos del coche que tomé desde el momento en que llegué á la capital, debian ser de bastante consideracion, comparados con mi corlo peculio; pero no conociendo á París, fuerza era resignarme á este gasto, sópena de no practicar las pesquisas que indispensablemente me imponia mi situacion. Creyéndolas ya concluidas, resolví pagar ante todas cosas al cochero; pero cediendo luego á una idea necia y absurda, que acaso comprenderán los que se hayan encontrado en una posicion análoga á la mia, no tuve suficiente valor para despedir el coche antes de estar seguro de hallar á Bambocha... Ahora bien: ¿por qué guardaba yo aquel coche, tan costoso para mí? Porque, no teniendo en aquella inmensa poblacion cono-

cimientos de ninguna especie, me parecía que el cochero, que desde por la mañana me llevaba de una parte á otra, no era ya para mí un desconocido.

Esta idea me parece en este momento estúpida; sin embargo, cuando recuerdo la terrible zozobra que sentí al decirme á mí mismo:

— *Si esta noche no encuentro á Bambocha, me quedo sin ningún recurso, y sin conocer á nadie en esta inmensa ciudad!*

— Comprendo la necesidad en que hasta cierto punto me hallaba de mirar al cochero casi como á un amigo.

Así es que, cuando se hubo parado el coche á la puerta de la taberna de las *Tres Cubas*, dije al cochero:

— Espérese V.; pues pienso detenerme un ratito aquí.

— ¿Y su paquete de V.?

— Déjele V. en el coche.

— ¡Pues! para que se lo lleven.... ¿no es eso? No, no, pierda V. cuidado; ya lo meteré yo en uno de los cajones, y á fe que buena maña ha de tener el que lo encuentre.

Esta amable precaucion me pareció de feliz agüero, y en extremo conforme con la idea que yo me habia formado del cochero; cuya fisonomía, por otra parte, me pareció franca, sesuda y honrada. Pasóseme al principio por las mientes convidarle á cenar conmigo; pues, sintiéndome rendido de hambre y de fatiga, traté de aprovechar la ocasion que se me presentaba de reponer un poco mis fuerzas; pero no me atreví á hacerle este ofrecimiento, no por orgullo, como fácilmente se comprende, sino por un sentimiento enteramente opuesto: cual era el temor de que llegase el cochero á concebir sospechas de mí.

Interin se entretenia él en poner mi paquete al abrigo de cualquier ratero, entréme yo en la taberna, en la cual no habia, por el momento, mas gentes que algunos hombres sentados junto á las mesas. Por sus trajes, maneras y lenguaje conocí fácilmente que pertenecian á la clase artesana; y que eran gentes que se estaban allí entreteniendo en echarse alegremente al colete el fruto de algu-

na inesperada ganga. Como quiera que sea, no se veía allí ninguno de esos tipos repugnantes é innobles que, durante mi vida vagabunda con Bambocha y Basquiña encontré tantas veces en las tabernas de segundo orden, frecuentadas por vagos y malhechores, y á los que íbamos nosotros á cantar y á pedir limosna.

La inquietud mezclada de terror que me causó la misteriosa acogida que en la supuesta casa de Bambocha me dieron, desapareció poco á poco, y hasta llegué á tener por buen agüero que mi amigo de niñez frecuentase una taberna á la cual concurrían artesanos honrados.

Con el objeto de poder ver á Bambocha en cuanto entrase, me senté á una mesa situada en una rinconada, que estaba en frente de la puerta, y pedí una ración de carne, un pedazo de pan y un vaso de agua. Miré al reloj de la taberna, y viendo que aun no han dado las nueve, colijo que tengo todavía que aguardar dos ó tres horas.

Entonces di principio á mi frugal cena, sin por eso apartar un solo instante la vista de la puerta de la taberna, observando cautelosamente y escudriñando, como quien dice, todas las fisonomías que á la taberna asomaban, seguro de reconocer, á pesar de los años transcurridos desde nuestra separacion, á mi amigo Bambocha, cuya enérgica y caracterizada fisonomía habia quedado perfectamente impresa en mi imaginacion.

Entanto que de este modo tenia yo clavada la vista en la puerta, entró por ella un hombre, jóven todavía, pues podia tener 30 años á lo mas, de esbelto talle y de elevada estatura. Llamáronme al punto la atencion el buen aspecto de su figura, la distinguida severidad de sus facciones, algo ajadas sin embargo; y la pálida blancura de su rostro, doblemente notable por el contraste que formaba con el negro color de sus patillas y de sus cejas. Cubriate un gaban negro que, solapado y abrochado hasta arriba, le tapaba hasta el cuello de la camisa y la corbata. El calzado y el pantalon del recién llegado estaban llenos de

barro : cubriale su cabeza una gorra de forma indeterminada.

A pesar de este miserable traje , ó por efecto tal vez del mísero contraste que presentaba con su figura, tan agraciada y sobre todo tan fina , era imposible no fijar la atención en aquel hombre , el cual, dando algunos pasos por la taberna, se acercó al paraje donde yo estaba , y me dejó advertir que se bambolecaba al andar y que en sus ojos brillaba el inmóvil resplandor de la embriaguez.

Este hombre , fuese casualidad , fuese antojo suyo , se dirigió, despues de algunos momentos de incertidumbre, hácia donde me hallaba yo , que era el sitio en que estaban desocupadas todas las mesas , menos la mia , y vino á colocarse á mi derecha.

Despues de haberse sentado , mejor diré , dejado caer , no de otro modo que si tuviese las piernas entumidas , quedóse inmóvil un instante ; se quitó la gorra , y creyendo ponerla encima el banco que ocupábatos uno y otro , la dejó caer al suelo á mis pies.

Por un movimiento natural de urbanidad , aumentado tal vez por la impresion que me causaba el aspecto de aquel hombre , me incliné para coger la gorra y la puse en el banco ; lo cual notando mi compañero de mesa , se inclinó con aire cortés y con modoso y atento tono, me dijo :

— Ruego á V. , caballero , me dispense la molestia que le he causado , y le doy mil gracias por su atencion.

Lo que se llama alta sociedad era cosa de que á aquellas fechas no tenia yo la menor idea ; al escuchar , empero, aquellas palabras, conocí por secreto instinto que un hombre de la sociedad escogida no se hubiera expresado de otro modo , ni hubiera mostrado mas cortesía en sus palabras ni en sus ademanes.

¡ Cosa singular ! durante los cortos instantes que pasó hablando conmigo, desapareció de su fisionomía aquella máscara impassiblemente taciturna , y tomó un aire de risueña

afabilidad y de encantadora gracia: mas no tardó en volver á sepultarse en su inmovilidad.

En esto, se acercó al recién llegado el mozo de la taberna, y le dijo con cierta franqueza:

— ¿Qué se ofrece, amigo?

— Una botella de aguardiente, — respondió con pausa mi compañero de mesa, y con un metal de voz que me pareció distinto de aquel con que antes me hablaba.

— ¿Quiere V. una copa? — repuso el mozo.

— Quiero una botella de aguardiente, y la pago, — respondió imperturbable mi vecino, el cual metiéndose la mano en el bolsillo del chaleco, sacó de él varias doblillas, y tiró con desenfado una, que rodó por encima del hule que cubría la mesa.

Asonbrado el mozo, echó una mirada al desconocido, y recogiendo la moneda, se puso á examinarla con la misma admiración, pero no sin recelo, inspirado sin duda alguna por el aspecto miserable del parroquiano.

— Acérquese V. al mostrador... y examínela, — dijo mi compañero de mesa que, continuando impassible y sin manifestarse resentido de la injuriosa sospecha del mozo. Poco acostumbrado este á mostrar delicadeza, se dirigió al mostrador, y dió la moneda al tabernero, el cual, despues de hacer con ella varias pruebas, se la volvió al mozo diciéndole:

— Es buena.

— Es buena, — repitió el mozo volviéndosela á mi vecino.

— En ese caso dame una botella de aguardiente, — respondió mi compañero de mesa con su lenta y ronca voz.

— ¿Una botella nacrada, caballero? — preguntó esta vez el mozo con cierto aire de deferencia; — ¿del mejor aguardiente que hay en casa?...

— Nada de eso... una botella del que beben los traperos cuando vienen por aquí... sí es que vienen... y cobra...

— Este por fuerza es inglés, — dijo el mozo á media voz y alejándose.

Cada vez mas sorprendido de lo que veia , observaba yo con curiosidad á aquel hombre , sin por eso perder de vista la puerta de la taberna , por donde esperaba siempre ver llegar á Bambocha.

En esto , vino el mozo , y puso en la mesa la botella , una copa y la vuelta de la doblilla.

— Dame un vaso grande , — dijo mi compañero de mesa , y empujando con el dedo una peseta , hizo señal al mozo de que la tomase por via de propina.

— Es un milord , — dijo , á media voz el mozo , corriendo en busca de un vaso grande , que trajo apresuradamente.

Sin contar lo que le daban , metióse mi vecino en el bolsillo la vuelta de la doblilla , echóse medio vaso de aguardiente , que se bebió de un trago ; apoyó la cabeza contra la pared , situada detrás de nuestro banco , y se quedó inmóvil , mirando sin saber adonde , y tamborileando con las puntas de los dedos el hule que cubria la mesa.

Observándole con disimulo , noté yo que sus facciones inmóviles y taciturnas , se animaban por momentos , que por dos ó tres veces se sonrió con dulce , al par que malicioso gesto , que luego se encogió de hombros , se puso á talarear entre dientes una cancion , y que por último acabó por volver á su primitiva impassibilidad.

Entonces me asaltó el recuerdo de Lemosin , mi primer amo , y no sé por que creí hallar una vaga analogía entre las extravagantes visiones que en sus momentos de borrachera invocaba el pobre albañil cada domingo , y la estática imbecilidad mezclada de interiores visiones , á que parecia estar entregado aquel hombre , pobremente vestido á la verdad , pero que , segun varios indicios , no debia ser lo que aparentaba. Estos tan lejanos recuerdos de mi niñez , me absorvieron un momento , gracias á la relacion que con Bambocha tenian. De estas reflexiones vino á sacarme un ligero ruido. Al oirlo , me vuelvo hácia mi compañero de mesa , que acababa de verter la mitad del con-

tenido de su vaso. Después de haber bebido lo que en él quedaba, cediendo sin duda á uno de esos caprichos, tan comunes en los borrachos, mojó la punta del dedo índice en uno de los canalitos de aguardiente, que por el hule de la mesa serpenteaban y se puso á trazar en ella estrambóticas figuras. Siguiendo con la vista los movimientos de mi compañero de mesa, con tanta mas atención, cuanto que, gracias á una observación que finalmente hice, se confirmaron mis sospechas; noté que en el dedo meñique llevaba el desconocido varios anillos de oro de formas diferentes; y entre ellos uno, en que había engastada una piedra rojiza, con armas, á lo que me pareció.

Con maquinal curiosidad seguí, pues, las caprichosas evoluciones del dedo de mi compañero de mesa, quien poniéndose en seguida á trazar unas enormes letras mayúsculas, empezó por una R, y escribió luego una E...

La combinación de estas dos letras RE me causó una sensación indefinible, vaga, inquietante y deseada... un no sé que por fin parecido á un presentimiento.

Fija la vista en el dedo de aquel hombre, aceleraba yo, digámoslo así, con toda la fuerza de mi pensamiento la conclusión de la tercera letra que acababa de empezar, y todo esto (no me engañan mis recuerdos) sin poder yo mismo comprender el motivo de mi impaciencia. A poco rato en fin dejó el dedo de mi vecino terminado el contorno de otra letra... Esta letra era una G.

Estas tres letras ... que eran cabalmente las tres primeras del nombre de Regina, aparecieron en mi imaginación como escritas con caracteres de fuego.

Y sin embargo, ¡cuántas otras palabras empiezan con las mismas letras!... Pero no sé qué fatalidad me decía que aquel hombre, ebrio de aguardiente, iba á escribir con el dedo en la mesa de la taberna íntegro el nombre tan sagrado para mí.

Al pensar en esto, lo olvidé todo, todo, hasta Bambocha,

jo desesperado de mi situacion y lo triste de mi porvenir, por seguir con penosa curiosidad los movimientos del dedo de mi compañero de mesa; el cual continuó trazando otra letra.... pero parándose de cuando en cuando.

Luego se puso á trazar otra; mas veíasele dar frecuentes cabezadas, y advertíase que sus párpados hinchados se entornaban.... En fin concluyó la letra..... era una N, á la cual bien pronto siguió una A que, quitándome toda duda, me permitió leer en la mesa, escrito en toscos caracteres, el nombre entero de *Regina*.

Imposible es decir lo que entonces pasó por mí; y sin ocurrírseme siquiera por un momento la idea de que pudiese haber otras personas que se llamasen Regina, me dije á mí mismo: Regina está en Paris, este hombre, jóven y de buena figura, noble y rico, ama sin duda alguna á aquella jóven.... y la tiene tan presente, que aun en medio del deplorable estado en que se halla, se complace en escribir aquel nombre querido para él.

Despues de haberlo escrito..... quedóse el desconocido contemplándolo durante algún tiempo con una especie de estúpida satisfaccion..... al cabo de este tiempo, no pudiendo ya mas, dejó escapar una careajada gutural, cruzó los brazos sobre la mesa, inclinó la cabeza y se sumió en el reposo, mejor diré, en el apático letargo de la embriaguez.

Viendo un poco mas arriba del sitio en que estaba echado aquel hombre trazado tambien el nombre de *Regina*, me levanté sin hecer ruido y borré con religioso respeto hasta la última señal de aquel nombre profanado.

Un momento despues de volverme yo á mi asiento, se abrió otra vez la puerta de la taberna, y lancé una exclamacion de involuntario terror, al ver en las tinieblas de la calle la siniestra fisonomia del Lisiado. Despues de ocho años que hacia que no lo habia visto, parecíame tener el cutis todavía mas tostado que antes; y si bien se cunservaba robusto y fuerte todavía, habíasele cubierto

de eanas la cabeza ; su traje no indicaba miseria. Inquieto y aturdido, paróse en el umbral de la puerta , no de otro modo que si hubiese tenido miedo de entrar en la taberna. Asomando en fin la cabeza por la puerta que estaba entornada , echó una mirada en la sala, y con voz ronca (la misma á lo que creo que me contestó por detrás de las persianas de la casa del callejon del Zorro) dijo al tabernero.

— ¿ Ha venido esta noche ?

— No ; — respondió secamente el tabernero, como si hubiera querido despachar lo mas pronto posible á aquel importuno huésped.

— Si viene, — añadió el Lisiado con precipitacion — dígale V. que no vaya esta noche por allá..... que me huele á chamusquina. Ya me entenderá él : ¿ se lo dirá V. no es verdad ?

— Bien está , — dijo el tabernero cerrando , como suele decirse , la puerta en los hocicos del Lisiado: despues de lo cual, añadió , hablando consigo mismo :

— ¡ Vaya un atajo de tunos !

VIII.

La noche.

Imposible me era ya dudar de que el Lisiado habia vuelto á trabar relaciones con Bambocha, y que á este era á quien aludia el bandido cuando , al entrar en la taberna, sobresaltado, exclamó : *Si viene, dígale V. que no vaya esta noche por allá..... mire V. que me huele á chamusquina ya me entenderá él.*

Sin alcanzar el sentido de estas misteriosas palabras, su-

puse que un peligro comun amenazaba al Lisiado y á Bambocha.

Semejante fraternidad entre dos personajes de esta especie no solo me hizo temblar por él último de ellos, sino que me causó tal perplejidad, que ni me atreví á interrogar, conforme lo habia pensado, al tabernero acerca de mi compañero de niñez, á fin de saber si podia tener seguridad de verlo aquella misma noche. Animábame bastante poco á ello el recibimiento hecho al Lisiado; mas viendo que iba avanzando la noche, hice un esfuerzo y me acerqué al mostrador para pagar mi escote; entonces solo fué cuando advertí que todos los parroquianos habian desaparecido, y que no quedaba en la taberna nadie mas que mi vecino, y ese dormido como un tronco. Esta circunstancia me dió bríos y dirigiéndome al tabernero, le dije:

— ¿Cuánto debo?

— Seis sueldos de carne y dos de pan; total ocho sueldos

Para pagarlos, eché en el mostrador una moneda de plata, y añadí:

— Me han asegurado que todas las noches, concurre aquí un tal Bambocha.

Al oír el nombre de Bambocha, puso el tabernero un ceño amenazador y respondió:

— Mi taberna es un establecimiento público, y en ella, por lo tanto, se recibe á toda clase de gentes.

— ¿Y V. cree que vendrá todavía Bambocha? repuse.

— Si viene, — me respondió el tabernero mirando al reloj, — se quedará fuera, pues son las doce y vamos á cerrar.

— Y mañana, ¿le parece á V. que vendrá?

— ¿Qué sé yo? lo que hay de cierto es que deseo que venga lo menos posible, pues es hombre que para nada sirve mas que para comprometer una casa honrada.

Y volviéndome el cambio de mi moneda, añadió después:

— Son las doce, buenas noches, caballeros.

Pero, mirando en torno suyo, y viendo que todavía estaba durmiendo mi vecino, me dijo en voz baja:

¡Calla! Aun está ahí el señor de la doblilla de oro y de la botella de aguardiente.

Acercóse respetuosamente el tabernero al dormido, y no atreviéndose á menearlo, lo llamó repetidas veces.

¡Eh!..... Haga V. el favor..... Haga V. el favor..... caballero.....

El borracho no respondia.

Imposible me era ya ver aquella noche á Bambocha, y llegado el momento fatal, preciso era ajustar cuentas con el cochero, sin saber cuanto me quedaria despues de pagarla esta deuda, ni donde pasaria la noche.

En esta incertidumbre, sali de la taberna.

La noche estaba fria, húmeda y oscura. Una de las linternas del coche se habia apagado, á la otra le faltaba poco; el cochero estaba durmiendo en su pescante, y ni un bicho viviente se veia en toda la calle.

Entonces, lo confieso, me asaltó un mal pensamiento... que fué el de marcharme sin pagar al cochero, y dejándole en pago el poquillo de ropa que contenia el paquete; pero no cedi á tan mala tentacion, y queriendo salir de una vez del paso, desperté al cochero, no sin alguna dificultad.

— ¡Hum!... ¿qué es eso?... ¡ah!... ya voy... ya voy... mi amo, — dijo estirándose y manifestando en sus ademanes el frio que, á pesar de su capote, se habia apoderado de él; — hace un frio endiablado, que le biela á uno hasta los tuétanos; ¡pues no me habia dormido!... ¡Ahora bien! ¿dónde vamos?

— Me quedo aquí, — le dije: — hágame V. el favor de darme el paquete, y de decirme cuanto le debo.

Al pronunciar estas últimas palabras, sentí una inmensa inquietud.

Echando entonces mano al reloj, que llevaba en el bolsillo, lo acercó el cochero al medio apagado farol del coche, y me respondió:

— V. tomó el coche á las dos y media ; son mas de las doce , lo que hace nueve horas y media largas... contemos con la propina diez horas , ó lo que es lo mismo , la cantidad de quince fr. y medio ; déme V. diez y seis si ha quedado contento.... Y voy á darle á V. su paquete.

En tanto que el cochero buscaba este paquete , buscaba y rebuscaba yo hasta en lo mas recóndito de mi bolsillo , del cual saqué el poco dinero que me quedaba , y que ascendia á nueve fr. y algunos cuartos.

Entonces , ¡ oh estúpida y pueril pusilanimidad!... me eché á llorar.

— Ahí tiene V. su envoltorio , — me dijo el cochero.

— Tome V. , le contesté yo , poniéndole el dinero en la mano ; — esto es todo lo que me queda. Ha de saber V. , que por primera vez de mi vida he puesto hoy los pies en París , á donde creia tener seguridad de encontrar desde el momento de mi llegada una colocacion al lado de un protector , y ese protector ha muerto esta mañana mismo. Tambien tengo en París un compañero de niñez , á quien he buscado inútilmente todo el dia , y á quien esperé encontrar aquí esta noche ; pero esta última esperanza he perdido ya ; al tomar ese coche no sabia yo lo que costaba , y ahora no tengo con que pagar á V. lo que le debo ; nueve francos y algunos cuartos es todo lo que me queda.... Ahí los tiene V.... Regístreme V. si quiere.... y verá que ni un liard mas poseo.

— Esas no son razones , — exclamó colérico el cochero ; — cuando no se tiene para pagar un coche , se anda á pié.

— Tiene V. razon ; pero yo , no sabiendo lo que es París , creí instalarme desde luego en casa de mi protector... y....

— Todo eso me importa un pito , — respondió el cochero ; — eso no puede quedar así ; venga mi dinero.

— Pues bien , guarde V. tambien mi paquete.... que es todo cuanto en el mundo poseo.... Ahora solo me queda la ropa que llevo encima. Y era tal mi dolor , tal mi vergüen-

za, que las lágrimas que á duras penas pude contener al principio, saltaron en aquel momento á pesar mio.

— ¿Qué es eso? ¿llora V.? — dijo el cochero con menos ruda voz. — ¿Si será verdad lo que V. me ha dicho?

— ¡Y tan verdad como es!

— En tal caso, ¿qué es lo que va V. á hacer? ¿dónde va V. pasar la noche?

— Lo ignoro, — dije con abatimiento; y en el instante recordé que esta misma fue la contestacion que, mucho antes, dí á La-Levrarse, cuando me fugué de casa de mi amo el Limosin.

El cochero, mostrándose conmovido, continuó:

— Vamos, no llore V., pobre jóven: V. comprende que no puedo yo perder mi trabajo de todo el dia, y que tengo que ajustar cuentas con mi amo; pero no quiero dejar á V. sin un cuarto en medio de la calle, en una noche como esta. Ahí tiene V. esa peseta... y su hatillo. Cerca de la puerta encontrará V. una casa de posadas, que tiene por muestra un farol encarnado, y donde se duerme por cuatrosueldos. Tome V. esa tarjefita, con el número de mi coche, y si algun dia puede V. pagarme lo que me debe, se lo agradeceré á V., pues soy padre de familia.

— Gracias, gracias mil, — exclamé con efusion.

En este momento se abrió la puerta de la taberna, y apareció el tabernero, conduciendo por el brazo el hombre á cuyo lado pasé una parte de aquella noche y que parecia estar completamente borracho.

— Esto viene de perilla, — dijo el tabernero al reparar en el coche. ¿Está V. ocupado, amigo? — preguntó al cochero.

— No, — respondió este.

— En ese caso, ahí tiene V. un parroquiano... y de los buenos, — añadió el tabernero, señalando al hombre á quien llevaba cogido por el brazo y, á quien gritó al oido:

— ¡Eh! ahí tiene V. un coche.

— Está bien , — dijo el desconocido , — ayúdeme V. á subir á él.

Despues de haberle , entre todos , instalado en el coche , á duras penas ,

— Sus señas de V. , — le preguntó el cochero.

— A la entrada.... de los Campos Elíseos.... allí encontrarás un coche amarillo.... junto al cual pararás , — dijo el hombre beodo con pausa y con la lucidez que para ciertas cosas , á pesar del estado de sus facultades mentales , conservan á veces los borrachos.

— Ahí va por el paseo , — dijo luego al cochero dejando caer en la mano de este la mitad de la vuelta de la doblilla , cuya otra mitad cayó por el suelo.

Al cabo de algunos momentos , gastados en recoger lo que se habia caído , exclamó lleno de gozo el cochero :

— ¡Diez y siete francos! ¡oh prodigiosa propina! No hay como estar borracho para ser rumboso ; pero despues , sintiendo tal vez algun escrúpulo de aceptar aquella cantidad , — dijo á su generoso parroquiano.

— Advierto á V. , caballero , que son diez y siete francos ; diez y siete , los que me ha dado V.... Se lo digo á V. para que lo sepa.... diez y siete francos.

— Sí , guárdalos... diez y siete francos tu paseo es largo... pero no vayas muy ligero.... pues me gusta mucho dormir en coche.... que no te se olviden las señas.... un coche amarillo.... á la entrada de los Campos Eliseos.... en el pescante.... al lado del cochero ... habrá un hombre.... eu llegando junto á este coche , te pararás (1).

— Ya estoy , mi amo , — dijo el cochero , subiendo lleno de gozo al pescante ; en tanto que el tabernero cerraba

(1) Dicho llevamos ya que , siempre que esto es posible , nos complacemos en citar analogías al presentar caracteres de cuya *no realidad* se puede sospechar. No hace muchos meses que , en todos los diarios , se leía la historia de una mujer denominada la *bella inglesa* , que , si bien rica y de alta alcurnia , recorría frecuentemente las mas indecentes tabernas de las inmediaciones del mercado , y

por dentro su puerta con gruesas barras de hierro.

En aquel momento, dió el cochero un buen latigazo á sus caballos, y alejándose, me dijo:

—Ya lo vé V., amiguito.... París es el pueblo de las buenas gentes....

A estas palabras, desapareció el coche entre las tinieblas.

Durante un momento asaltáronme ideas de odio y de indignacion contra la sociedad, al pensar en aquel hombre, rico sin duda, puesto que con tanta indiferencia prodigaba en vergonzosos y brutales caprichos una cantidad con la cual habria tenido yo bastante para vivir 20 dias, ó para regresar á casa de Claudio Gerard y huir de aquella ciudad inmensa, en medio de la cual me veia ya perdido... Pero ¿irán siempre así las cosas? me decia yo desesperado. A unos tantos bienes supérfluos, que el fastidio y la hartura los lanza en las mas asquerosas depravaciones; á otros tanta privacion y tanta miseria que, en su despecho, no saben si elegir la muerte ó la infamia!....

A poco, empezó, considerando lo vano de estas recriminaciones contra una suerte inflexible, y recordándome de las lecciones de Claudio Gerard: — he — aquí, me dije — el momento de ponerlas en práctica, *resignacion, valor, trabajo y dignidad propia*; repitiendo estas palabras espero, —añadí— que me den ánimo, y que á la buena resolucion que me inspiran, se una el influjo de la memoria de Regina, nombre sagrado, que por efecto de una tristísima casualidad, acaba de presentarse de nuevo á mi imaginacion.

¡Regina! pura y radiante estrella, hácia la cual debo al-

allí se emborrachaba de aguardiente. En estos últimos tiempos hemos visto tambien en los periódicos la historia de cierto individuo de la alta aristocracia inglesa á quien recogieron los agentes de policia completamente borracho en el teatro de Asheley. Este personaje, el marqués de N.... preso bajo un nombre supuesto, fue reclamado por su hijo.

zar siempre los ojos desde los mas hondos é inmundos fangales de esta vida!

No me era posible permanecer mas tiempo en la puerta de la taberna; la calle estaba desierta y la nieve medio fundida que caía á manera de recia lluvia, me calaba los vestidos y me penetraba hasta los huesos: buscando, pues, la arola encarnada que, segun me habia dicho el cochero, servia de muestra á la casa de huéspedes donde se pasaba a noche por cuatro sueldos, crucé la calle, guiado por la incierta luz de los faroles que, hendiendo la niebla, reflejaba sus pálidos rayos en el negro fango que encubria las piedras.

A cosa de diez minutos de haberme puesto en marcha, me encontré, con un traperero que con su canasta en la espalda y su linterna y su gancho en la mano iba reconociendo los montones de inmundicia depositados en los ángulos de la calle; el temor de perderme hizo que le preguntase si conocía en aquellas inmediaciones una casa de huéspedes.

—Tomando la segunda bocacalle de la izquierda, y girando despues á la derecha, verá V. el farol encarnado, — me respondió aquel hombre sin mirarme, ni suspender su faena.

Al cabo de diez minutos me encontré en una calle estrecha y en frente de una casa de malísima apariencia, á la cual se subia por una escalera de madera, construida á algunos pasos sobre el nivel de la calle, cuya puerta estaba abierta. Entro en ella; mas á los pocos pasos me detengo, al oír los furiosos ladridos de un perrazo. Casi inmediatamente despues asomó por allí un hombre pequeño, regordete y de equívoca fisonomía, con un enorme palo debajo del brazo, y con las dos manos ocupadas una en llevar, y otra en resguardar del viento la vela de sebo, que para dirigirse le servia.

— ¿Qué quiere V. ? — me preguntó bruscamente.

— Descaria, pasar la noche en esta casa.

— ¿El pasaporte de V. ?

— Ahí está.

— Vengan cuatro sueldos.... que se pagan por adelantado, — me dijo el hombre, despues de haber tendido con indiferencia la vista por mi pasaporte.

Dile mis cuatro sueldos , y eché á andar detrás del hombre , que, despues de atravesar un patio lleno de lodo , me abrió la puerta de una especie de sótano alumbrado por un quinqué cuyo pestilente olor me atufó casi. Habia en aquel tabuco, ocho ó diez camas, ocupadas unas por hombres y otras por mujeres; dos personas dormian en cada una , y el dueño de la casa me dijo, señalándome la única que estaba enteramente desocupada :

— Cómo que en esta casa se acostumbra á dar sábanas, está prohibido el acostarse con zapatos; por que esto agujerea el lienzo , y araña las pantorrillas al vecino.

— Está bien , le dije :

— Ha de saber V. que yo no respondo mas que de lo que á mí se me entrega, — añadió el hombre al marcharse, sin que desgraciadamente pudiese yo explicarme el sentido de estas palabras.

La cama se componia de un jergon , colocado sobre tres tablas , sostenidas por dos banquillos de seis pulgadas de alto , y cubierto de una desgarrada colcha de lana , y de unas sábanas mugrientas y llenas de barro.

Las paredes , que por supuesto no estaban tapizadas, chorreaban humedad, y la tierra salitrosa y apisonada servia de pavimento.

Tendiendo luego la vista hácia los habitantes de aquel cuarto, tuve casi miedo, al ver que la mayor parte de aquellos hombres me miraban con ávida atencion; pero sin moverse ni decir una palabra. Todo esto me daba mucho que pensar acerca de la sospechosa catadura de casi todos mis compañeros de cuarto , entre los cuales habia tambien tres mujeres, dos de ellas bastante jóvenes , pero de ajada, macilenta y desagradable fisonomia.

Sobre manera me repugnaba á mi corazon cuanto veian mis ojos; pero hallándome rendido, puse debajo de la almohada el paquete, en que iba la preciosa cartera que cogi en la sepultura de la madre de Regina y me eché mi ropa sobre lá cama, á fin de estar mas abrigado; pues todos los miembros de mi cuerpo temblaban de frio.

En vano, durante mucho tiempo, traté de dormirme, y de hallar en el sueño el olvido momentáneo de mi posicion: mas, rendido, á la postre, de fatiga, me dormí profundamente.

Ya era bien entrado el dia, cuando me desperté, sentéme en la cama y víme solo en el cuarto; abandonado, mucho tiempo hacia, segun toda probabilidad, por mis compañeros. Miro sobre la cama, y busco en vano la ropa... La ropa habia desaparecido, y en vez de la cual, me encontré con un mal pantalon y una especie de blusa de lienzo azulado: no creyendo al pronto que la falta de aquellos objetos fuese consecuencia de un robo, me puse con ansiedad á mirar por el suelo á una y otra parte de mi asquerosa cama; pero nada encontré y hasta mi sombrero y mi calzado habian desaparecido.

No menos afligido que colérico, pues consideraba la venta de mis vestidos nuevos como mi último recurso, llamé á voces al dueño de la casa, y di furiosos golpes en la pared, contra la cual estaba apoyada la cabecera de mi cama; mas nadie me respondió.

Despues de un cuarto de hora de inútil y silenciosa espera, me ví precisado á envolverme en los andrajos que me dejaron, y á echarme á andar descalzo y cargado con el paquete, que felizmente me habia servido de almohada: en un cuarto á la derecha del patio encontré al dueño de la casa, que estaba fumando una pipa, con un jarro de vino delante, y me quejé con indignacion del robo de que fui victima.

— ¿Y á mí, qué me dice V. de eso? — repuso aquel hombre; — ya dije á V. ayer que yo no respondia mas que de

los efectos que á mí mismo se me entregaban.... Si anoche me hubiera V. dado su ropa, ahora se la encontraría V. ahí; esta mañana, bien vi á uno que salía vestido como V. lo estaba anoche.... creí que era V. mismo.... pero amigo; ¡cómo ha de ser! haber dormido con los ojos abiertos.

Y como yo insistiese, levantando la voz, añadió con tono brutal:

— Cuidado con lo que se dice, si no quiere V. que lo eche á la calle. Ya ve V. que soy hombre para ello, — añadió, haciendo ademán de enarbolarse sus robustos brazos.

— Y yo también, — le repliqué exasperado, — yo también soy hombre de resistir á V., y de no salir de aquí hasta que V. me haya hecho devolver ó reemplazar mi ropa... si viene la guardia.... que venga.... entonces nos explicaremos; por mi parte nada temo.

— ¿Así toma V. la cosa? — me dijo el dueño. — Pues bien, en lugar de darnos de mojicones, vámonos á casa del comisario de policía, y allí veremos. No faltaría mas sino que por cuatro miserables sueldos que me dan, fuese yo responsable de cincuenta ó de sesenta francos de ropa... Vamos á casa del comisario.

Lo seguro que se mostraba este hombre, sus razones, que confieso me parecieron justas, sobre todo cuando me recordaba sus palabras de la noche anterior, *yo no respondo mas que de lo que á mí se me entrega*, la consideración, también justa, de que, aun suponiendo que aquel hombre fuese condenado á indemnizarme el valor de la ropa que me habian robado, sería indispensable que á esta indemnización precediese una sentencia de los tribunales, antes de cuya obtención habian de transcurrir meses y semanas; considerando, en fin, lo útiles que para mí podian ser las frecuentes relaciones de este hombre, con otros desgraciados de mi especie, le dije con amarga resignación:

— Pues bien; aunque en su casa de V. me han robado, y que, por mas que V. diga, yo no puedo creer que deje

de pesar sobre V. una responsabilidad, consiento en evitarle los disgustos de un escándalo, y en no dar parte á la justicia; pero con una condicion.

— Asistiéndome, como me asiste, la razon, no temo escándalos, ni disgustos; á pesar de eso, diga V. esa condicion... Comprendo su posicion de V., y lo cargante que es verse de esa manera cambiado de decoracion; mas ya he dicho á V. que para evitarlo, lo que habia que hacer, era meterse la ropa debajo de la almohada, ó bien acostarse vestido. Por regla general, esto es lo que se debe hacer cuando no se conoce la sociedad con quien se vive.

— Tardios son esos consejos; otros quisiera yo que V. me diese.... Tengo fuerzas y voluntad, sé leer, escribir y contar, conozco bien el francés, sé un poco de historia y de Jeografia, y además tengo un oficio; es decir que trabajo medianamente de carpintero. Por fuerza ha de conocer V. otros hombres que se encuentran en la posicion... en que estoy yo...: ¿Cómo haré para encontrar en París medios de vivir honradamente?

— ¡Una friolera! encontrar en París medios de vivir honradamente y... ¡en invierno! Vaya, amiguito, que no es V. delicado, — ¿así, cree V. que se encuentra que hacer, en un quitame allá esas pajas? Desde luego, en invierno, no se trabaja de carpintería... y en cuanto á saber leer, escribir y contar, hay millares y centenares de hombres que saben tanto como V., y que se mueren de hambre.

— Pero, en este caso, ¿qué haré? V. que conoce las miserias de París... aconséjeme V.... por piedad... Yo no conozco á nadie en esta ciudad á donde llegué ayer por primera vez....

— Entiendo, — dijo el dueño encogiéndose de hombros. — V. ha venido á París como vienen tantos avechuchos, á probar fortuna, ¿no es eso?

— Eso hace poco al caso; cualquiera que sea el motivo que me ha traído á París: he aquí mi posicion; soy jóven, robusto, estoy acostumbrado á la fatiga y al trabajo, ten-

go ánimo, y no pido mas que una ocupacion para ganar mi subsistencia.

— Entiendo, entiendo muy bien ; pero en el mismo caso se encuentran millares de hombres, que piden lo mismo, y que no lo encuentran.... Puede V., sin embargo, irse al puerto; donde tal vez haya algunos cuartos que recoger, ayudando á descargar barcos.... pero cuidadito, porque antes tendrá V. que andar á puñetazos, y de firme; pues siendo V. novato, no le dejarán los antiguos vivir en paz; hasta haberle dado á V. unos cuantos trastazos, ó recibido alguna buena leccion.

— Con que, segun eso, ¿no hay otra alternativa?

— Sí; la de ir á la puerta de los teatros á abrir y cerrar los coches; pero tambien será preciso menudear los mojoncos, pues que allí, lo mismo que en las demás partes, hay antiguos.... Además de esto, ha de saber V., que todos esos oficios son propiedad casi exclusiva de rateros, de hombres escapados de presidio, y de gente por el mismo estilo, cuyo trato podria perjudicar á un jóven resuelto á marchar por la buena via.

— Yo no lo creo asi; creo que un hombre honrado, puede ser honrado en todas partes. De todos modos, agradezco á V. sus consejos, y le suplico que me diga donde está el puerto.... empezaremos por allí.

A pesar de la rudeza de su carácter y de lo empedernido de su corazon, movióse á piedad de mí aquel hombre, acostumbrado á presenciar tantas y tan deplorables miserias; y queriendo serme útil, á su manera, replicó despues de un momento de silencio....

— Tengo para mí que ha de ser V. un guapo y honrado chico.... voy pues á ver de arreglarlo todo.... En primer lugar; ¿qué es lo que le queda á V. en metálico sonante?

— Diez y siete sueldos, y este paquete, que contiene tres camisas, dos pañuelos, y un vestido para trabajar

— ¿Nada mas ?

— Nada mas.

— Si las camisas y los pañuelos valen algo, daré á V. en cambio de ellos un par de zapatos y un gorro griego, en buen estado todavía; de este modo tendrá V. sombrero y calzado; y como ese pantalon está aun pasadero, se meterá V. la chaqueta debajo de la blusa, con lo cual tendrá V. menos frio. Así pues, cátese vestido de pies á cabeza.... Ahora bien, por lo que respecta á ir al puerto ó á la puerta de los teatros para ganar su subsistencia.... diré á V.... y se lo digo con formalidad.... que por mas santo que V. sea... será V. un truhan antes de tres dias... y crea V. que no trato de ofenderlo.... amen de que esto seria una ganga; lo malo seria que no pudiese V. ganar un sueldo durante uno ó dos dias; de modo que al tercero... se viese V. acometido por el hambre; pero no es esto lo que á V. conviene; lo que á V. conviene voy á decirsele: escúcheme pues con atencion: Váyase V. á los barrios bajos de Paris, párese delante de la primera tienda que encuentre, agarre una concha de ostra, y tírela contra un cristal... Escuche V., compadrito, que es muy importante lo que le voy á decir.... Prefiere V. dar una patada en la barriga al primer agente de policía que encuentre? Tambien esto seria bueno.... y nada deshonoroso ni lo uno ni lo otro, ¿no es así? Oiga V. ahora el misterio que esto encierra. Haciendo una de estas fechorías ú otra equivalente, lo agarran á V, se lo llevan á chirona, y siempre es cosa de dos ó tres meses de cárcel, durante los cuales vive uno bien calentito, en buena cama, bien comido.... de este modo se deja pasar el invierno, llega en tanto la primavera,... y entonces hay tiempo de *ver venir*; empiezan los trabajos, y zurra que es tarde; además de que el verano no es tan duro como el invierno. En definitiva, entonces se encontrará V. lo mismo que hoy pero por lo menos habrá V. vivido tres ó cuatro meses. ¿Qué tal, amiguito? ¿Sabe V. que esto vale algo? Sepa V, amigo mio, que le hablo como lo hiciera á mi propio hijo.... Acaso creerá V. que le doy una broma; pero al cabo de andar ocho dias por Paris, cono-
ce-

rá V. que yo tenia razon y se arrepentirá de no haber seguido mis consejos.

— Es muy posible que haya algo de positivo en lo que V. me dice, aunque no deja de ser bastante desconsoladorá una suposicion de esta naturaleza.... esto no obstante, mi deseo es poner los medios que esten á mi alcance para encontrar trabajo; pues el nombre de cárcel me horroriza. No pudiendo ir descalzo y sin sombrero, acepto el ofrecimiento que V. me hace relativo al cambio de ropa, y además suplico á V. se sirva darme los enseres necesarios para escribir una carta.

— Aquí tiene V. una mesa, un tintero y un pliego de papel que le regalo; y en tanto que V. escribe su carta, examinaré yo los efectos que contiene el lio para ir á buscar los zapatos y el gorr o, en el caso de que aquellos me convengao.

Aprovechando aquella coyuntura, escribí pues á Claudio Gerard, diciéndole en pocas palabras la posicion en que me encontraba, y suplicándole que me escribiese á correo tirado, dirigiéndome, sin mas señas que mi nombre, su carta, que me encargaba yo de ir á buscar al correo.

Desahoguéme algun tanto, en los cortos instantes que empleé en comunicar mis sentimientos á Claudio Gerard, y ya estaba yo cerrando la carta, cuando entró el patron, con un par de zapatos en una mano, y en la otra un gorro griego, que allá en sus mocedades debió ser colorado. Con esto endosé la chaqueta, púseme la blusa por encima, metíme en el bolsillo la cartera y los pocos sueldos que me quedaban, y saludé al dueño de la casa, que me repitió:

— Créame V., amigo mio; dé V. un trastazo al primer agente de policia con quien tope, ó rompa V. los cristales de la primera tienda que se le presente, y esté V. seguro de encontrar de esa manera albergue para este invierno.

Lleno de angustia, me alejé de aquel singular mentor, y cediendo á una última y vaga esperanza, quise ir otra vez al Callejon del Zorro, por sí, mas feliz que el dia antes, hallaba esta vez á Bambocha.

Fácil me fue, preguntando, encontrar el callejon sin salida. Al llegar al pedazo de tierra campa que separaba dicho callejon de las calles del arrabal, advertí una multitud de gente reunida, y un poco mas allá las bayonetas de los soldados, que relucian por encima de las cabezas: aproximéme y pregunté la causa de esta novedad.

— Es una madriguera de contrabandistas, que se acaba de descubrir en el número primero del callejon (la casa de Bambocha); pero la policia ha llegado tarde, — me respondieron. — Se han encontrado géneros y otras cosas sospechosas, mas los contrabandistas se habian escurrido; parece que ayer olieron el golpe que les amenazaba, y á estas horas ya estan lejos.

Entonces comprendí la aparicion del Lisiado la víspera en la taberna de las *Tres Cubas* y su alarmado ademán. de donde inferí que su objeto habia sido ir á avisar á Bambocha que no volviese á aquel sitio.

Bambocha, comprometido en tan mala causa, debia haberse alejado de Paris, ó estar oculto por lo menos; fuerza fue pues, renunciar a toda esperanza de dar con él, resignarme y aceptar mi situacion tal como se presentaba.

Este fue el primer dia, esta la primera noche que pasé en Paris.

IX.

Trabajo y pan.

Destruidas todas mis esperanzas por la imprevista muerte de M. de Saint Etienne, privado por la desaparicion de Bambocha del apoyo que de él habria podido esperar encontrábame yo solo en medio de Paris, inmensa poblacion desconocida para mi, sin mas recursos que los miserables

vestidos que me cubrían, y los diez y seis sueldos que felizmente puse en salvo, con la cartera sacada de la sepultura de la madre de Regina.

Dos solo eran los partidos que, según la opinión del amo de la casa de pupilos en que fui despojado, me quedaban que tomar para no morir de hambre.

El primero, hacer que me prendiesen por un delito cualquiera.

El segundo, ir al muelle ó á la puerta de los teatros con la incierta esperanza de ganar algunos sueldos, bien fuese ayudando á acarrear fardos, bien abriendo las puertas de los coches.

Por mas verosímil, y aun positiva, que fuese la asercion del amo de la posada con respeto á la imposibilidad de encontrar diariamente trabajo, sobre todo en aquella estacion del año, imposible me fue al pronto resignarme á creerla.

— En cada barrio, — me decia yo á mí mismo — hay un magistrado cuya puerta esta siempre abierta, y al cual me dirigiré, en la inteligencia de que, tanto en nombre de la ley como en el de la sociedad, dará indudablemente auxilio á un hombre honrado, que no pide mas que trabajo.

Luego que hube salido del callejon sin salida llamado el callejon del Zorro, me volví hacia la puerta que daba al arrabal, y pregunté donde vivia el comisario del barrio. Informado de ello, me dirigí y fui presentado á dicho magistrado á quien en pocas palabras conté cuanto desde el momento, de mi llegada á París me habia acontecido, ocultando empero el robo de que fui víctima en la casa de huéspedes, como se lo tenia ofrecido á su dueño.

Al principio se me figuró que el magistrado me recibia con frialdad, adustez y recelos; mas bien pronto mudé de opinión, pues convencido luego de mi sinceridad se me mostro solícito y compasivo; y he aqui su respuesta:

« Por los pormenores que V. me relata; por el modo con que V. se espresa, y por la experiencia que tengo de los hombres, quedo íntimamente persuadido de que V. di-

« ce la verdad , y de que la posición de V. es tan triste como digna de compasión pero , desgraciadamente , nada puedo hacer en favor de ella . nada absolutamente , y aun faltó á mi deber si inmediatamente no mando que prendan á V. puesto que , como V. lo ha confesado , no tiene medio alguno de subsistencia , ni nadie en París que salga fiador de V..... Tal vez le hago un perjuicio no privándole de una libertad , de que temo no pueda V. hacer mas uso que el ir á pedir de puerta en puerta , delito que inevitable y desgraciadamente conducirá á V. á la cárcel ; yo no quiero abusar de la confianza que en mí deposita V. ; pero créame V. de esa educacion ninguna utilidad puede V. sacar en estas tan críticas como apremiantes circunstancias. Mas tarde tal vez habria V. podido trabajar de carpintero ; mas este oficio está por desgracia enteramente paralizado durante los meses de invierno. »

— Pero , en fin , señor magistrado , ¿ qué hago ? ¿ qué me aconseja V ?

¡ Válgame Dios! pobre jóven; — «El único consejo que puedo darle , es que se deje conducir á la cárcel en calidad de vago ; de este modo á lo menos encontrará V. pan... pan y un asilo.... pero V. es tan jóven , y la vida de la cárcel tan contagiosa , que seria exponerse á corromper en ella , una índole como la de V. , que me parece excelente. Triste es á la verdad todo esto ; pero ¿ qué quiere V?..... La ley no puede preverlo todo. »

— ¡ Cómo! — exclamé yo lleno de angustia. — ¡ Cómo! ¿ La ley no puede prever una eventualidad , por desgracia tan frecuente , como es la de que , á pesar de sus buenos deseos , no encuentre trabajo un hombre de bien?.... Mas , puesto que la ley preve perfectamente todas las especies de delitos que pueden cometerse , ¿ cómo es que no preve las causas que pueden engendrar estos delitos ?

— ¿ Qué quiere V. ? así va el mundo ; — me respondió con tristeza el magistrado.

En aquel momento vino á llamarle su secretario, con motivo de no sé que cosa, que habia ocurrido; en vista de lo cual me despedí del comisario, pensando que, salvo el modo de expresarse, habia mucha analogía entre el lenguaje del magistrado y el del amo de la casa de huéspedes.

Por mas desconsoladora que fuese esta nueva gestion, no lo era bastante para desalentarme; puesto que, dueño de diez y seis sueldos, y viviendo con dos ó cinco de pan diarios, y pagando cuatro por mi alojamiento, tenia asegurada cuando menos la subsistencia de dos dias, sin perjuicio de lo que saliese: á pesar mio, esperaba yo que me deparase algo la suerte. Antes, pues, de decidirme por las problemáticas industrias de que me habló el amo de la casa de huéspedes, quise ir á probar un medio de existir menos precario.

Caminando sin direccion por las calles de París, advertí en esto el rótulo de un memorialista, y concebí un viso de esperanza, creyendo poder encontrar en su casa alguna ocupacion. Aproximábase el dia de año nuevo, época en que, por lo general, tienen los pobres que no saben escribir deseos ó sentimientos que manifestar á sus parientes ó amigos ausentes. Pensando en esto, me llegué con timidez al tenducho del memorialista, el cual, apenas le hube indicado mi peticion y ofrecidole mis servicios, cerró bruscamente la puerta, creyendo sin duda ver en mí algun futuro competidor.

Siguiendo pues mi incierta y errante marcha, reparé al paso en la tienda de un carpintero; y conociendo bastante bien el oficio de carpintero de obras, que no deja de tener algun punto de contacto con el de carpintero de taller, me aventuré á entrar y á pedir trabajo al dueño de la tienda.

— Hijo mio, — me dijo este; — de veinte buenos oficiales que empleaba, solo conservo cinco, en vista de la decadencia de los trabajos: ¿cómo quiere V. pues que le de ocupacion, sobre todo cuando ni siquiera es V. del oficio?

Al oír esta contestacion, que no podia ser mas justa, me

alejé de la tienda del carpintero con el corazón oprimido ; y como se hubiese hecho de noche y yo estuviese extenuado de fatiga y de necesidad , compré tres cuartos de pan en casa de un panadero , y pregunté si estaba lejos de allí la puerta de la Chopinette ; pues mi intencion era volver á dormir á la misma casa de huéspedes , á cuyo dueño consideraba yo ya como á un conocido ; pero hallándome en las inmediaciones del Puente Nuevo , habria sido preciso atravesar todo París para llegar á dicha puerta. En vista de esto , pregunté si habia en aquel barrio alguna casa de huéspedes , y por las indicaciones que recogí , me encaminé á las callejuelas inmediatas al Louvre por la parte de la calle de Saint-Honoré , me presenté en una de las casas de siniestro aspecto que por allí se encuentran , donde á causa del *barrio* y de la proximidad del *Palais Royal* , segun decian , me exigieron seis sueldos en vez de los cuatro que en mi primer alojamiento pagué ; este aumento de dos sueldos requerido por mi cambio de domicilio , representaba para mí un día de subsistencia ; pero estaba tan mojado , tenia un frío tan penetrante , y tal necesidad de descanso que me resigné á este sacrificio , y menos desconfiado esta vez que la primera , me acosté enteramente vestido , cuidando de ocultar cuidadosamente en mi bolsillo los siete sueldos que me quedaban. Las ocho de la noche ó por ahí serian ; mas como los habitantes , siempre sospechosos de las casas de aquella especie , se recogen por lo regular muy tarde , encontré desierto el cuarto , de cuyas varias camas , me estaba destinada una. Ignoro quienes fueron aquella noche los que durmieron á mi lado ; pues y lo hice tan profundamente , que tuvo el amo que venir á despertarme cuando á medio día espiró mi derecho de permanecer en aquella casa.

Casi convencido de antemano de lo inútil de mi peticion , pregunté al huésped si podria proporcionarme una ocupacion de cualquiera especie que fuese. Miróme este hombre con desconfianza y , sin que yo pudiese conocer el odioso

sentido que a mis palabras daba él, me respondió soezmente:

— Tú eres de la policía y quieres tenderme un lazo... pero has de saber que yo soy todavía mas ladino que tú.

Dicho lo cual, añadió con irónico gesto y recalando sus palabras.

— No, no tengo ocupacion que darte.

Viendo al fin la inutilidad de mis diligencias para encontrar un trabajo de que ocuparme honrosamente, y que mis últimos recursos, *siete sueldos*, se habrían concluido al día siguiente, me decidí á seguir los consejos del hostalero de junto á la puerta de la Chopinette.

Conformándome, pues, á las indicaciones que me dieron, me dirigí al muelle de San Nicolás, donde noté un gran número de hombres, todavía, si cabe, peor perjeñados que yo, y ocupados en descargar algunas barcas; mientras que otros, á pesar de la intensidad del frío, estaban metidos en el agua hasta la cintura, sacando leña ó despedazando buques viejos que ya no podían servir.

Entre estos trabajadores ocupados, traté de ver si me sería posible encontrar alguno, cuya fisonomía me inspirase bastante confianza para descubrirme á él; pero por desgracia, todos aquellos semblantes me parecieron duros, siniestros, ó preocupados. Notando empero á un jóven de mi edad que, á favor de una cuerda arrastraba con pena un grueso madero, me aproximé á él, y le dije:

— ¿Quiere V. que le ayude?

A lo cual, creyendo el jóven que yo me burlaba de él, me respondió con un sarta de desvergüenzas.

— No, no; con formalidad, —le dije, —acabo de llegar á París y no tengo trabajo. Si V. quiere podrá ayudarme, y V. me dará lo que guste.

— ¿Con qué no eres de París? y te vienes al puerto á que te demos de comer... y eso en invierno, época en que anda el trabajo tan mal que por dos brazos que necesite el amo, hay veinte que se levantan gritando: ¡A mí, á

mí!... ¿Con qué no tenemos mas que un bocado de pan, y tú quieres morder en él? exclamó.

Y acto continuo, dirigiéndose á varios compañeros suyos:

— *Un intruso, un intruso*, — gritó con ademán colérico: — ¡ahí teneis *un intruso*, ahí lo teneis!!!

En el momento que pronunció aquel hombre la palabra *intruso*, me ví rodeado y amenazado, en términos que fue menester toda mi resolucion, apoyada en una fuerza material respetable para no ser victima de los malos tratamientos de aquellos zafios personajes.

Mi primer movimiento fue maldecir la dureza de corazon de aquellos hombres; pero á la cólera que me inspiró su conducta, sucedió muy pronto la compasion, hija de la idea de que, siendo en efecto cruda la estacion y raro y precario el trabajo, hacer la concurrencia á aquellos desgraciados era lo que ellos decian en su enérgico lenguaje: — morder en su único bocado de pan.

Con tristeza, pues, me alejé del puerto, subí al muelle, atravesé un puente y distinguí á lo lejos el humo de un vapor que se aproximaba. Adelantéme hácia él, con la esperanza de encontrar el desembarcadero donde bajan los viajeros, y poder acaso ocupame en llevar el equipaje de alguno. No tardé, en efecto, en distinguir un rótulo que designaba el punto donde paraban los vapores, y me apresuré á bajar hasta la orilla del rio, donde me encontré con una doble fila de hombres y de desarrapados muchachos, que, apiñados allí, estaban aguardando con feroz impaciencia y con envidia la presa que se les presentaba; cubriéndose entre tanto unos á otros de improperios, exhalando amenazas, y hasta dándose golpes por colocarse en un punto mas ó menos ventajoso ó próximo á aquel en que desembarcaban los viajeros, que serian unos diez ó doce, por lo que pude juzgar, cuando, al pararse el vapor, tendí la vista por su cubierta. En cuanto á los hombres que allí se debatian, su número podia ascender á treinta.

Dominado por una invencible repugnancia, renuncié

de antemano por aquella vez al menos, á ponerme en competencia con los hombres del desembarcadero.

Para poder juzgar de la suerte que mas tarde me esperaba, en vista de lo que iba á presenciar, me senté allí en un hoyo; y no bien estuvo amarrado el vapor, abalanzáronse en tumulto todos aquellos hombres andrajosos al paraje del muelle donde estaba el tablon, destinado á dar paso á los viajeros que saltasen á tierra. Entonces, sí, que fuí testigo de una escena innoble y brutal. Los ocho ó diez mas vigorosos y mas atrevidos de aquellos hombres, se repartieron entre sí el transporte de todos los efectos despues de haber injuriado, rechazado y golpeado con ferocidad á sus competidores; y á los amenazadores gritos con que la mayor parte de aquella irritada turba perseguia á aquellos de sus compañeros que tuvieron la suerte de encontrar algo con que cargar, se unieron muy luego los agudos alaridos de un desgraciado jóven de quince años que salió de la refriega con la cara bañada en sangre.

Profundamente acongojado en presencia de tanta miseria y de todos los sentimientos abyectos, odiosos ó crueles que engendraba, parecíame imposible resolverme á ganar el pan de cada día en competencia con aquellos miserables; estremecíame el asco, el terror y la compasion, que me inspiraba el exámen de aquellas fisonomías pálidas, macilentas y feroces, sobre las cuales imprimió la fatalidad el sello de la desventura, del vicio ó del crimen; los primeros trabajadores del puerto á quienes me dirigí, me recibieron, es verdad, con amenazadora grosería; mas puedo, á pesar de eso, decir que no advertí entre ellos ninguno de esos tipos á la vez degradados y horribles, bastante comunes entre los infelices que se agolpan á los muelles para aguardar la llegada de los vapores; entonces reconocí la exactitud de la observacion hecha por el dueño de la casa de huéspedes, con respecto á esta clase de hombres, hablando de los cuales decia, que eran casi todos malhechores ó escapados de presidio.

Acercándome luego á un hombre que mas me pareció un artesano sin trabajo, que uno de los que frecuentaban el desembarcadero, le pregunté si paraban todos los días en aquel mismo sitio los vapores; á lo cual me contestó él: — Todas las mañanas llega uno, que sale todas las tardes; pero este último informe me importaba bien poco; pues al salir de Paris enviaban los viajeros su equipaje con los mozos de las fondas, y solo la llegada de por la mañana me ofrecía la eventualidad de alguna ganancia, siempre y cuando me decidiese yo antes á entrar en lucha abierta con mis siniestros competidores; idea que, á pesar de lo precario de mi existencia y me causaba insuperable aversión.

En aquel momento, paseando mis abatidos ojos por uno de los grupos de cargadores desocupados, reconocí al Lisiado, que, en compañía de un hombre de siniestro aspecto y de un mozuelo de quince años, se alejó del desembarcadero, y subió al muelle.

Cediendo á un casi involuntario movimiento, me puse á seguir á este bandido.... que tal vez iba desde allí á reunirse con Bambocha.

X.

Nuevos encuentros.

Acompañado de un hombre cuya, fisonomía no era menos repugnante que la suya, y del mozuelo cuyo macilento aspecto tenia ya, como el de sus compañeros, una innoble y cínica expresion, marchóse el Lisiado al poco rato del muelle, y se metió en un laberinto de calles estrechas y sombrías, de donde vinimos á parar despues de una larga marcha, á uno de los *boulevards* exteriores de Paris. Veía-

se en una de sus aceras, casi completamente despoblada, una especie de tabuco, en que entraron el Lisiado y sus acólitos, y en rededor del cual circulaban furtivamente algunas mujeres asquerosas.

A pesar de la vaga esperanza que de volver á encontrar á Bambocha tenia, dudaba yo si entraria en aquella caverna; pues tal horror me inspiraba el Lisiado que no me atrevi á acercarme á él para hablarle de mi compañero de infancia.

En medio de tal perplejidad estaba pensando yo como podia dejarse este bandido ver en público, despues de haberse descubierto el delito de contrabando de que tanto él como Bambocha eran cómplices; cuando el repentino ruido de una riña de gritos y de cristales rotos, llamó mi atencion, y me hizo retroceder.

Salia este ruido del tabuco donde acababa de entrar el Lisiado, y de donde, en el momento de acercarme yo, expulsaban los de dentro á un hombre que me pareció estar completamente borracho. Poco despues, al tiempo de cerrar la puerta, distinguí confusamente, en la sombra del portal al Lisiado y á sus compañeros, y por una claraboya superior la desgredada cabeza de una mujer, y la étnica figura del mozuelo de quince años: que á coro insultaban al borracho, á quien acababan de echar á la calle, y el cual, tropezando y apoyándose aquí y acullá en los árboles del *boulevard*, se iba riendo á carcajadas, gritando que lo habian robado.

Un sentimiento de curiosidad, mezclado de compasion, me movió á acercarme hácia la víctima de aquellos bandidos.... ;Y cuál no sería mi sorpresa al reconocer el hombre, que con apariencias de gran señor, vi poco antes borracho también, en la taberna de las *Tres Cubas*!

Al mirar el estado de embriaguez en que se hallaba este personaje, sentí un movimiento de alegría y mi primer pensamiento fue procurar *hacerle desembuchar*, á fin de saber si la Regina, cuyo nombre habia trazado él en la

mesa de la taberna, era en efecto la Regina que yo conocia, y procurar entonces saber de este singular personaje, que relaciones existian entre él y aquella niña, y si esta vivia á la sazón en Paris.

Confieso que la idea de sorprender de este modo un secreto era una idea reprobable; mas disculpábame hasta cierto punto el interés que me inspiraba Regina: pues si este hombre era amado ó estaba apasionado de ella, ¿qué carácter de gravedad no tomaban las dos entrevistas que con él tuve?

— ¿Esos pícaros lo han robado á V. ? — le dije, aproximándome con precaucion; pues temia que no reconociese en mí la persona que estaba á su lado en la mesa de la taberna de las *Tres Cubas*.

Miróme con aturdimiento, y balanceándose en sus inseguras piernas, me contestó soltando otra carcajada:

— Me han robado completamente.... En ese cuartucho, donde he pasado la noche.... éramos cinco.... ó seis.... por cierto que, entre otros, habia.... un trapero de un talento extraordinario... y... mujeres ¡oh! mujeres admirables... de un lujo... Vamos; está visto que solo ahí... se divierte uno.

Y al pronunciar estas palabras se apoyó el desconocido en mi brazo para no caerse.

Con sorpresa, al par que con lástima, me puse yo á considerar á este hombre, cuyo semblante, examinado de dia, me pareció aun mas fino, y mas agradable que la otra vez en que lo ví, bien que, segun todas las señas, salia en aquel momento de una larga y crapulosa orgía. A pesar, en fin, del desórden que en su cabello y sus vestidos se notaba, á pesar de las oscilaciones que, al andar se le veia hacer, la dulzura y la inflexion de su voz, y cierta distincion de modales, que conservaba aun en medio de la embriaguez, descubrian á cada paso su elevada condicion.

— Me parece que debería V. volverse á su casa — le dije — ¿quiere V. que vayamos á tomar un coche ?

De este modo esperaba saber donde vivía.

— Gracias mil por su amabilidad.... pues en efecto es V. muy amable.... á pesar de su gorro griego.... y de su blusa, — me dijo con cómica gravedad— V. alarga.... la mano.... á un abogado.... en el vino.... eso es... muy bueno... pero yo.... se lo agradezco á V..., pues no pienso volver á casa hasta esta tarde.... hasta esta noche. V. conoce muy bien.... bello sujeto.... á pesar de ese dichoso gorro griego.... que hallándome enteramente borracho.... no puedo presentarme en tal estado.... ante los criados de mi casa.

— Tiene V. razon, —le dije, echándole una penetrante mirada; pero si la señorita Regina.... sabe que....

No permitió el borracho que concluyera mi frase: su alegre y placentera fisonomía tomó repentinamente un carácter de inquieta gravedad, y es probable que por un instante se medio disipasen los vapores del vino bajo la impresion de la profunda sorpresa que esto le causó; pues, poniéndose derecho y dando algunos pasos sin vacilar, me miró con gesto imperativo, irritado casi, y exclamó:

— ¿Con qué derecho pronuncia V. ese nombre, caballero?

— Pronuncio el nombre de la señorita Regina, —añadí sin intimidarme, de la señorita Regina.... hija del baron...

— ¡De Noirlieu! — exclamó — ¿la conoce V. ?....

Dicho esto soltó con brusco ademan su brazo del mio, y sin pronunciar una palabra, dió un paso atrás y se puso á examinarme con una sorpresa y una curiosidad mezcladas de desconfianza.

Mas, no de otro modo que me lo figuraba yo, fue pasajero aquel momento de, lucidez al cabo del cual, volvió poco á poco á sumirse el pobre jóven, en el estado de inercia de que sobrecogido salió al oír pronunciar el nombre de Regina: su actitud, firme por un instante, volvió á perder su energía; viósele hacer algunos movimientos de cabeza, en tanto que, en un tono que dejaba ver pretensiones de agudeza y de sensibilidad, prosiguió:

— ¡Oh!.... ¡oh! hombre atento.... apesar del gorro griego, y de la blusa.... ¿ V. conoce?... pero basta.... ¿ Será V. por ventura.... algun rival.... disfrazado? Eso sí que tendria gracia.... Yo no pensaba.... que ese.... Roberto de Mareuil.... mi amigo de infancia.... y.... ese otro.... ganso con plumas de pavo real.... ese hombre machucho; muy machucho. .. demasiado machucho.... llamado:

Y de nuevo interrumpiendo su discurso, se echó el desconocido á reir con aire de satisfaccion, — añadiendo,

— Ahora sí que está V. que no sabe que pensar.... No crea V. que digo mas que lo que quiero.... decir.... ¿ Con qué V. me andaba espiando? ¡ eh!.... Ya vé V..... amigo mio.... que eso es cosa de mal tono.... Pero no le hace.... ya sé yo como salir del paso. .. Si.... V..... Si V. charla....

Al pronunciar el desconocido el nombre de Roberto de Mareuil, vinome de nuevo á la memoria la escena del bosque de Chantilly, escena cuyos mas minuciosos pormenores quedaron desde aquel dia grabados en mi imaginacion; y me hizo recordar que el niño Escipion iba acompañado aquel dia de otro mozalbete llamado Roberto, de alguna mas edad que él, de interesante figura y cuya solícitud por Regina me habia inspirado una especie de zelos.

Este Roberto era sin duda el *amigo de infancia* de Regina; pero no pude saber de quien trataba al hablar del otro rival *alias el hombre machucho*, *alias el ganso con plumas de pavo real*.

Deseando obtener informes mas completos, dije pues al desconocido:

— V., caballero, se equivoca acerca de mis intenciones..

¡ Ah! ¡ Ah!.... lo que V. queria era hacerme hablar, compadrito del gorro griego, — dijo el desconocido interrumpiéndome, — no estoy tan borracho... como á V le parece.... ¿ Está V. ?

— He hablado de la señorita Regina de Noirlieu, — le dije, — por que su familia.... ha vivido en mi país.

— ¿ Regina? exclamó el desconocido aparentando admi-

ración—no tengo... la honra ... de conocer..... á esa señorita.

—Sin embargo, V. va con frecuencia á casa de su padre... pues... el baron de Noirlieu, calle de....

Aquí me detuve esperando que acabaría el desconocido de indicar las señas.

Pero este respondió :

—Puesto que... no conozco á esa señorita.... mal puedo... ir á su casa.... ¡Vaya, vaya! ¿Todavía cree V. hacerme charlar?

— V. ha sido el que primero ha hablado de la señorita Regina.

—Puesto que... no la conozco... mal puedo.... hablar á V. de ella, — respondió el desconocido.

Y, obstinándose con toda la tenacidad de un borracho en no salir de estas respuestas á pesar de cuantas preguntas con respecto á Regina le hice, me fue imposible obtener nuevas aclaraciones

Hablando así, habíamos ya pasado el boulevard y veíamos desde lejos la puerta, cuando repentinamente me dijo el desconocido con misterioso ademán.

—Dígame V. amiguito del gorro griego : una broma muy chusca se me ocurre.... V. ha querido hacerme desembuchar.... ¿no es esto?... pues bien; ¿qué dirá V. si hago yo que le prendan, diciendo que V. es quien me ha robado... de esa manera, sabré... quien es V.

—¿Hacerme pasar por ladrón? la broma sería muy poco chistosa, — le dije, — por que mire V. todo lo que podrían encontrarme.

Y le hice ver los pocos cuartos que me quedaban.

—Algo es algo— me dijo el desconocido, soltando otra vez la carejada.

Y diciendo y haciendo, me cogió la mano para apoderarse de los cuartos que en ella tenía, los cuales cayeron en tierra á tan brusco movimiento. Entonces se abalanzó el desconocido á mí, me sujetó con mano vigorosa y con

toda la fuerza de sus pulmones empezó á gritar: *¡ladrones!*
¡ladrones!

Como estábamos cerca de la puerta, en la cual había un centinela, espantábanme las consecuencias de una prision de este género, y no teniendo, por desgracia, el tiempo necesario para recoger los cuartos, que por el barro se habían esparcido acá y acullá, me zafé á duras penas de las manos del desconocido, que proseguía gritando, y me eché á correr por los campos con la mayor rapidez.

Con el miedo de que me prendiesen, continué corriendo hasta el oscurecer, lo cual no tardó mucho, gracias á la cortedad de los dias en aquella época del año. Solo, pues, y en medio de los campos, distinguí á lo lejos un lugarcillo á la izquierda, y á unos doscientos pasos á la derecha varios pajares, que me recordaron aquellos en que, mas de una vez, encontramos Bambocha, Basquiña y yo un albergue en que pasar las noches de nuestras vagabundas peregrinaciones.

La falta de dinero me hizo pensar que seria prudente pasar la noche cobijado detrás de uno de aquellos pajares en lugar de volver á París, donde la pasaria errando por las calles hasta el dia siguiente; y como yo llevaba ya dos dias de no comer casi nada; que desde el dia antes en particular estaba yo completamente en ayunas, y que ya, por lo tanto, empezaba á hostigarme el hambre algo mas de lo regular, tendí en rededor los ojos, al efecto de ver si habria por allí algun campo de nabos, patatas, zanahorias ú otras plantas leguminosas; nada de eso; la tierra estaba limpia y recién arada: al cabo de algunos minutos, de noche ya, llegué á los pajares; y viendo entre ellos dos que se hallaban casi pegados, extendí algunas brazadas de paja, y acostándome sobre ellas, me eché otras por encima. El tiempo era mas húmedo que frio y este albergue me ofrecia un abrigo casi seguro.

En medio del amargo pesar que me causaba la pérdida de los últimos sueldos, que eran mi único recurso, dába-

me una especie de triste satisfaccion el pensar que Regina vivia en París, y que en mi poder existia un secreto de grande importancia para ella. Seguro de que el desconocido la queria, ó de que ella queria al desconocido, perdíase mi imaginacion entre ambas suposiciones, sin poder alcanzar que un hombre apasionado ó querido de aquella noble y hermosa niña, pudiese abandonarse de aquel modo y con aquella frecuencia á tan vergonzosa depravacion: y en cuanto al secreto que hasta entonces envolvió aquellos extravíos, esplicábamelo fácilmente lo solitario de los parajes en que por segunda vez acababa de encontrar al desconocido.

Estas ideas tuvieron en mí bastante influjo para impedirme que, durante algunos momentos, pensase en mi porvenir; pero muy luego me ví de nuevo agobiado bajo el peso de mis infortunios. Cerca de cinco dias eran precisos para recibir contestacion de Claudio Gerard; y ni siquiera tenia lo necesario para sacar la carta del correo. ¿Qué hacer mañana? ¿qué, pasado mañana, y el otro? ¿cómo vivir? ¿dónde recogerme por la noche? Por mas miserable que, en varias ocasiones, hubiese sido mi vida, la casualidad me habia á lo menos preservado hasta entonces de los atroces padecimientos que en aquel momento empezaba el hambre á hacerme experimentar.

Durante un rato, creí que el sueño, y sobre todo el descanso, me harian olvidar el hambre; pero un cruel desengaño me hizo salir de mi error, y me tuvo despierto toda la noche, á excepcion de alguno que otro momento de un letargo lleno de agitacion y de vagos terrores. Poco á poco, se fue aumentando la humedad, y en tales términos, que antes de que amaneciese me fue preciso abandonar mi refugio, tiritando de frio y tan acosado por el hambre, que solo pensaba en comer; es decir, en los medios de proporcionarme pan.

Entonces, me dirigí resueltamente hácia París, guiado por esa especie de nube luminosa que durante la noche se

extiende sobre esta inmensa ciudad , y marchando con rápido paso , me iba diciendo á mí mismo con feroz determinacion :

— Vamos al desembarcadero del vapor ; ya no se trata de repugnancia ni de temores ; estoy resuelto á todo , y preciso será que tambien á mi me llegue el turno de cargar alguna cosa.... *¡pues tengo hambre!*

¡Ay! entonces , y solamente entonces , conoci los implacables y terribles sentimientos que encierran estas solas palabras : ¡TENGO HAMBRE !

Ya era enteramente de dia , cuando llegué al desembarcadero del vapor , donde se hallaban reunidos varios de mis competidores , y , olvidando la repugnancia y el horror que el dia antes experimenté á la vista de las odiosas pugnas de aquellos infelices , que se disputaban por la pequeña ganancia del acarreo de algunos bultos , me metí con resolucion entre aquel grupo de andrajosos.

A la serpresa que causó mi brusca llegada , sucedió una violenta agitacion.

— ¿ A qué vienes aquí ? — me dijo uno de los mas robustos de la banda ?

— A llevar el equipaje de algun viajero.

— ¿ Tú ?

— Yo , sí.

— Pues desde ahora , puedes contar con que á mi no me acomoda.

— Ni á mí , ni á mí tampoco , repitieron varias voces amenazadoras.

Al oirlas , subiaseme la sangre á la cabeza , y despertábanse súbitamente en mi pecho toda especie de rencorosos y feroces sentimientos.

— ¿ Con qué no os acomoda verme aquí ? — dije entre labios y apretando de cólera los dientes.

— No.... y lárgate... — me dijo uno de aquellos hombres , dándome un brusco empellon.

Lleno de furia , cogí á mi adversario por la garganta , y

lo arrojé contra el pretel; tambien creo que otro de ellos salió con una quijada rota; lo cierto es que en aquel momento, sentia yo en mí una fuerza sobrenatural, y que por mis venas circulaba la sangre con violencia, atornándome mis oídos.

— ¿Están Vds. contentos? exclamé, ó hay alguno que quiera todavía mas?

La cobardia de aquellos hombres me probó su degradacion; pues ni uno de ellos hubo que quisiese levantar el guante que les arrojé; mi enérgico vigor bastó para ponerlos á raya, y obligarlos á callar, si bien tal vez se aumentara su odio contra mí; lo cierto es que, á pesar de algunos sordos murmullos, tomé yo posicion en primera línea; é hice bien, pues que en aquel mismo momento se aproximaba el vapor.

— Bien hecho; bien acogotados estan estos tunantes, me dijo una ronca y sardónica voz que creí reconocer.

— Si quieres *irémos á medias*.

Por via de complemento á esta proposicion, me dió el que me la hacia un golpecito en el hombro.

Vuelvo la cabeza, y.... me encuentro cara á cara con el Lisiado.

— No le conozco á V., le dije impetuosamente.

— Ni yo tampoco te conozco á tí; pero veo que conoces bien el arte de sacudir; esto me gusta y quiero ser tu asociado.

— No necesito asociados le dije volviéndole la espalda, pues los viajeros iban á desembarcar.

Entonces me lanzó mi interlocutor una extraordinaria mirada, y desapareció entre el tumulto.

A la cabeza de los pasajeros, cuyo número era todavía menor que el de la víspera, aparecia un hombre corpulento, envuelto en un leviton blanquizco, con un *cache-nez* de lana encarnada que le cubria la parte inferior de su rostro, con unas antiparras azules y una gorra de pelo con sus correspondientes carrilleras de lo mismo, que

acababan casi enteramente de ocultar su fisonomía. Llamábanme sobre todo la atención los descos que de desembarcar tenía este viajero, el cual por dos veces ya se había precipitado hácia la puerta del vapor, y otras dos veces se había visto contenido por uno de los marineros, que sin duda le había hecho observar, que aun no era llegado el momento del desembarque.

Dicho viajero llevaba en una mano un saco de noche y un estuche de viaje en la otra; de esto y de un baul de cuero, que con el objeto de desembarcar mas pronto había hecho colocar de antemano á la salida del vapor, se componia su equipaje.

Cuando se dió la señal para desembarcar ya había yo echado los ojos en el viajero de los antifaces; y viendo que dos de mis competidores trataban de pasar delante de mí, opuse la brutalidad á la brutalidad, los rechazé con violencia, y de un salto me coloqué al lado de *mi* viajero, que con voz rápida me dijo:

— Pronto, pronto. .. toma esta maleta y este estuche... yo llevaré el saco de noche.... coches hay en el muelle.

Imposible me sería decir el placer que experimente al cargarme la maleta, que, por señas pesaba poco, y al pensar en que con los sueldos que me dicesen, iba á tener para comprar pan. Con la otra mano cogí el estuche por una anilla de cobre, que estaba sujeta á la tapa y seguí al viajero, que con acelerado paso me precedía.

A pesar de todos mis esfuerzos por no quedarme atrás, ó por efecto quizá de estos mismos esfuerzos unidos al peso que encima llevaba, tropecé y estuve á punto de caer. Este brusco movimiento me hizo perder el equilibrio, de cuyas resultas me ví precisado á dejar caer casi hasta el suelo la maleta que llevaba al hombro. Al bajarme para volvérmela á cargar, noté en su tapa una tarjeta, en la cual había una señas escritas en letras gordas: mirélas maquinalmente y vi que decían:

El conde Roberto de Mareuil.

Este nombre me recordó las semi-confidencias que en su embriaguez me hiciera la víspera el desconocido y la escena del bosque de Chantilly.... Aquel viajero era pues el amigo de infancia de Regina, el rival de que hablaba el desconocido.

En el momento en que, haciendo estas reflexiones, volvía yo á echarme al hombro la maleta, oigo un gran tumulto, y advierto á corta distancia de mí, un grupo de gentes que no tardan en separarse. Adelántase entonces hácia mí el viajero cuyos efectos llevaba yo, y con alterado acento, dice á dos hombres que le seguían de cerca los pasos.

— Bien ven Vds. que tengo que aguardar á ese hombre que llega con mi equipaje.

— Está muy bien, señor conde, — dijo uno de los dos hombres, — el equipaje se lo llevarán á V. en el coche.... Vamos, ven acá tú, añadió aquel hombre haciéndome seña de que lo siguiese.

De esta manera pasamos por en medio de la inquieta multitud, de cuyo seno oí salir las palabras de cárcel, disfraz y traición.

En el muelle estaba aguardando un coche, al cual subió el viajero. A su lado colocaron el equipaje; y hecho esto, tomó también asiento uno de los dos hombres, después de haber dicho al cochero:

— Andando.... y vivo.

Luego que estuvo cerrada la portezuela, y á pesar de la sorpresa que me causara este nuevo incidente, me dirigí á dichos señores, y les dije:

— Yo soy el que ha traído el equipaje.

— ¡Valiente cosa!... desde el vapor hasta aquí, — dijo uno de los dos hombres; — ¡por cuatro pasos que ha dado ya quiere que se le pague!

— El señor conde no tiene suelto, — añadió el otro con acento sardónico y mirando al viajero, que tenía tapada la cara con las manos y parecía estar confundido.



— Pero , caballeros.... — exclamé.

— Vamos andando , cochero , — gritó uno de los hombres sacando la cabeza por la ventanilla.

El cochero dió sendos latigazos á los caballos , y yo tuve que echarme á un lado para que no me cogiesen las ruedas.

¡Terrible fue para mí este chasco !

En medio de mi desesperacion , gritaba enseñando el puño cerrado á los hombres que en el coche se alejaban :

— ¡Ladrones! ¡ asi robais el pan á un hombre que se está muriendo de hambre!

— Ven á almorzar , — me dijo al oido una voz.

Inmediatamente volvi la cara, y me encontré con el Lisiado , á quien dirigí una mirada llena de sorpresa y de terror.

— ¡Sí, si!.... ven á almorzar , — prosiguió : — ya veo que eres hombre que no se anda con chiquitas.... á mí me gustan los hombres determinados que saben zurrar de firme.... Ven , pues , repito á almorzar ; hoy pago yo ; mañana pagarás tú.... en esto no hay de que avergonzarse... Vamos; vamos allá.

Y, aquejado por el hambre , acabé por aceptar el ofrecimiento del Lisiado.

XI.

El Almuerzo.

Con tanta vergüenza como humillacion , acepté el almuerzo que me ofreció el Lisiado ; pero lo acepté , porque era preciso aceptarlo.... lo acepté por no morirme de hambre.

Apenas hubimos dado algunos pasos, me cogió familiar-

mente el Lisiado por el brazo ; mas no tardé en rechazarlo bruscamente, pues el contacto de este hombre me hacia estremecer.

— ¿ Qué tienes ? — me preguntó él , sorprendido de mi movimiento.

— No quiero dar el brazo á V.

— ¿ Cómo es eso?... ¿ á un compañero tuyo ?...

— Yo no soy compañero de V.

— ¿ Con que te doy de almorzar , y no eres mi compañero ? ¡ Ah ! ¡ ah !... ¿ si serás vanidoso ?... En este caso , á dios , amiguito ; á mí no me gustan los hombres que tengan vanidad.

— No... soy vanidoso , — dije tartamudeando.

— Dame pues el brazo.

Preciso me fue , bien que bajando abochornado , la cabeza , dar el brazo á aquel bandido , de quien , durante un momento , quise alejarme ; pero en esto iban haciéndose mas y mas vivas las punzadas con que me acosaba el hambre , y ya empezaban á abandonarme las fuerzas , hijas tan solo de una exaltacion febril ; á punto que por dos ó tres veces me flaquearon las piernas , y que , á pesar del frio que hacia , se cubria de sudor mi frente. Al verme así frente á frente con aquel bandido , al pensar en las consecuencias de la fatalidad del hambre , experimenté una especie de vago é indefinible terror.

Invocando despues sagrados recuerdos , como eran los de Claudio Gerard y de Regina ,

— ¿ Reprobarán , — pensé interiormente , — reprobarán que , en la posicion desesperada en que me hallo , y despues de agotados todos los medios de salir de ella , acepté yo el socorro que este bandido me ofrece ? Esta vida con que lucho en medio de la mas espantosa miseria , puede por otra parte ser útil á Regina , puesto que puede conducirme á descubrir un secreto , probablemente importantísimo para ella.

Absorbido por estas reflexiones , en silencio , abatido y

cabizbajo , para ocultar mi confusion , di por último el brazo á mi siniestro compañero.

— ¿ No eres hablador ? — me dijo.

— No.

— Eres mas amigo de sacudir que de hablar..... y si te he convidado á un almuerzo es precisamente porque te considero hombre de pró.... pero cádate aquí delante de la cantina. .. vamos.... pasa delante.... ya ves que te hago los honores.

Dicho esto , me hizo el bandido entrar delante de él , en una taberna , situada en el ángulo de una de las callejuelas inmediatas al muelle.

— Dénos V. un gabinetito solo , — dijo el Lisiado á la muchacha que servia.

Y dirigiéndose á mi :

— De este modo se está mas libre , y se puede hablar de cuanto se quiere.

En seguida nos condujeron á un cuartucho , cuya ventana daba á un pequeño y oscuro patio.

Luego que nos hubimos sentado en la mesa :

— ¿ Qué quieres comer ? — me dijo el Lisiado.

— Pan.

— ¡ Chusco andas ! ¿ y qué mas ?

— Nada.... nada mas que pan y agua.

Por efecto de una delicadeza ciertamente pueril creia yo que mi accion seria menos bochornosa , no aceptando del Lisiado mas que lo absolutamente preciso para reponer mis fuerzas.

— ¡ Pero cómo ! ¿ pan y agua ? — dijo con asombro él.

— Te parece á tí que yo hago las cosas así , y que convido á un amigo para darle el almuerzo que le darian en la cárcel ?.... ¡ Eh ! ... muchacha ; una tortilla con tocino , carne con pepinillos , y dos botellas de á doce sueldos.

— Volviéndose despues hácia mí con orgullosa satisfaccion.

— De este modo , — me dijo , — trato á mis amigos yo

— Es inútil .. haga V. que luego , luego me den pan... que es lo único que comeré.

— Esa es hambre canina... Eh , muchacha , traiga V. un cuscurrello.

A consecuencia de esta orden , traje la muchacha un pan , que al menos tendría dos libras , y que devoré en un momento.

— Un pan de cuatro libras , muchacha , — dijo el bandido con sardónica sonrisa.

Entonces trajeron el pan de cuatro libras. Aunque mitigada mi hambre , estaba todavía mi estómago lejos de hallarse satisfecho ; mas temiendo que tanto comer me hiciese daño , bebí dos ó tres vasos de agua , y suspendí mi frugal almuerzo.

Poco á poco recobré mis perdidas fuerzas , calmóse la especie de fiebre que me aquejaba , y miré mi posición con ojo mas sereno y menos desesperado.

El bandido , que me habia estado observando en silencio mientras yo me comia el pan , me dijo luego :

— Perfectamente ; hasta ahora has comido por necesidad , ahora vas á comer por gula.

— No...

— ¿Cómo que no?

A este tiempo pusieron en la mesa los platos que habia pedido el Lisiado ; pero nada quise aceptar , á pesar de sus instancias.

— Extraño personaje se me antoja que has de ser , — me dijo al propio tiempo que engullia ; — jamás he visto un convidado como tú... bebe siquiera un trago.

Dicho esto , empecé por alargar mi vaso , creyendo con este trago restablecer enteramente mis fuerzas ; mas , luego temí que , en el estado de debilidad en que aun me hallaba , me hiciese daño el vino , y rehusé.

— ¿ Ni un trago siquiera?—exclamó sorprendido mi compañero.

— Ni probarlo ; pero si V. me lo permite , tomaré otro pedazo de pan.

— Llévase el diablo á tí y á tu pan , -- me respondió , -- á haberlo sabido....

Y mirándome luego con desconfianza :

— Acaso no eres lo que yo pensaba.... pareceme bastante sobrio.

— ¿ Qué pensaba V. pues de mí ?

— Antojábaseme que eras un maton que no tiene miedo , pero si muchísima hambre.... lo cual era un hallazgo para mí.... y para tí tambien.... pero no bebes mas que agua , no comes mas que pan.... y esto me disgusta.

— Cuando una persona es sobria , — le dije mirándolo de hito en hito con el objeto de penetrar lo que pensaba , — tiene mas expedito el cuerpo , mas libre la imaginacion y mas disposicion para todo.

— Hasta cierto punto dices bien ; pues el vino puede ser causa de que se frustren los mas importantes negocios.... pero tú , que esta mañana rabiabas de hambre... que acaso rabiars otra vez mañana.... ó pasado mañana.... si no tienes , te digo , mas *cumquibus* que el que saques de tragar los trastos de los viajeros.... Escucha ; yo conozo ese oficio , y sé que es menester tener algun accesorio para poder... echar un trago de agua.. . pero , vamos ; allá va uno de vino.

— No quiero , repilo .

— ¡ Jesus y qué hombre !

— ¿ De qué oficio me hablaba V. ?

— Escúchame ; tú eres jóven , robusto , despabilado , tienes ánimo.... y todas estas , amíguito , son prendas que equivalen á un tesoro.... si es que sabes aprovecharlas.... pero hay la dificultad de que eres poco ducho en el *terreno que pisas*.... pues no eres de la capital.. . eso es cosa que á primera vista se advierte.

— En efecto , tres días nada mas hace que estoy en París.

— ¡ Excelente circunstancia ! ¡ Ah ! ¡ si en lugar de ser viejo me encontrara yo en tu lugar !

— ¿Qué haría V. ?

El bandido guiñó el ojo, y despues de una corta pausa, dijo:

— ¡Hum! mucha prisa tienes.

Y dicho esto, volvió á quedarse callado, y se puso á frotarse la barba con cierto aire de satisfaccion.

Largo rato hacia que estaba yo rabiando por pronunciar el nombre de Bambocha; mas detúvome el temor de que, por efecto de su desconfianza, se negase aquel hombre á responderme; no pudiendo, sin embargo, resistir á mis deseos:

— ¿Qué es de Bambocha? — le dije bruscaente.

A esta pregunta se sobresaltó el Lisiado.

— ¿Conoces á Bambocha? — exclamó:

— Al capitan Iléctor Bambochio, si V. no tiene reparo; pero notando que su admiracion se cambiaba en desconfianza:

— Quiero ser franco, — le dije; — yo soy la persona que hace tres dias fue al callejon del Zorro á preguntar por Bambocha, y creo que V. fue quien me contestó:

— ¡Ah! ¿eres tú?... ¿y para qué querias á Bambocha?

— Es que ha de saber V. que Bambocha y yo hemos sido compañeros de infancia, y encontrándome en Paris, y sin recursos.... iba á suplicarle que me ayudase... dígame V., pues, donde está.

— ¿Cómo es eso que, conociendo á Bambocha, por quien es, venias á pedirle que te auxiliara? Eso me tranquiliza, y en tal caso, podrémos entendernos, — respondió el bandido completamente seguro....

— ¿Pero dónde está Bambocha?

— No te inquietes por Bambocha, amiguito mio.... yo haré por tí cuanto el mismo Bambocha pudiera hacer.

— Pero.... ¿dónde está Bambocha en este momento?

— ¿Bambocha?

— Bambocha, le digo á V. — Yo bien sé que la policia se ha apoderado de la casa en que V. vivia....

yo mismo ví á los soldados en el callejon, el dia despues de aquel en que fuí á preguntar por Bambocha.

— Los pájaros gordos se habian escapado ya, y solo cayeron en la red los pajarillos.

— ¿ Luego Bambocha se ha salvado del mismo modo que V?... Pero, por Dios, por Dios, ¿ dónde está Bambocha ?

— Lo que es por ahora bastante lejos.... en América.... en China.

— Tres dias ha estaba en París, — exclamé, — y en París debe estar todavía.

— En ese caso búscalo, y mira si puedes encontrarlo; ¿ pero qué diablos traes con él?... Yo seré para tí, si quieres, otro Bambocha.

— Gracias.

— Mira que no sabes lo que te haces.... Bambocha es joven y cuenta con *mil medios*; en tanto que yo.... soy viejo.... voy de capa caida.... y necesito por tanto un aprendiz.

— ¿ Para qué ?

— ¿ Dónde vives ? — me preguntó el bandido despues de una corta pausa.

— No tengo casa.

— ¡ Pues bien ! yo la tengo y te la ofrezco, en la inteligencia de que en ella nada nos faltará, — añadió, enseñándome una docena de duros, entre los cuales noté dos ó tres monedas de oro.

Al ver este dinero, no pude ocultar mi sorpresa, y conociéndola el Lisiado.

— Te asombra, — me dijo, — verme ir á trabajar al puerto cuando tan lleno tengo el bolsillo, ¿ no es verdad ?

— Efectivamente.... me sorprende....

— Lo que es al puerto, voy solo en clase de aficionado... dos dias ha que ando buscando un *ayudante*, sin haber podido dar aun con uno como yo lo entiendo... pero te he visto

esta mañana, y estoy seguro de que harémos migas juntos.... vamos, un trago.

— No.

— ¡Jesus, y que terquedad! pero no importa; arreglémonos, vivamos juntos, y no tendrás motivos para estar descontento.

— No quiere V. decirme donde está Bambocha?

— ¡Buena estaria la primada!... para que se quedase contigo....

— Doy á V. gracias del pan que he comido, — le dije levantándome, — si algun dia puedo.... se lo devolveré á V.

— ¿Te vas?

— Si.

— Escucha; procuremos arreglarnos.

— Es inútil.

— ¿Dónde dormirás esta noche?

— Espero ganar esta tarde algunos cuartos á la puerta del teatro.

— ¡Hola!... ¡hola! — dijo el Lisiado aparentando reflexionar sobre lo que acababa de oír; — ¡ya conoces los puntos predilectos, eh!... y me rehusas.... pero no importa..... yo te engancharé mas tarde ó mas temprano..... ten cuenta con lo que te digo..... acuérdate de que te aguardo.

No pude menos de estremecerme al oír el acento de profunda conviccion con que pronunció aquel malvado estas palabras:

Acuérdate de que te aguardo.

Dime prisa á alejarme, mas él me gritó:

— Hasta la vista.

Bien, á pesar de mi poca experiencia y de las reticencias del Lisiado, comprendia yo que, asombrado del valor y de la energia casi feroz que ante mis rivales del desembarcadero desplegué, esperaba aquel infame sacar partido de mi desnudez y de mi desesperacion para hacerme instrumento de alguna tentativa criminal, creyéndose suficien-

temente seguro, como lo decia él mismo, acerca de mi moralidad por el mero hecho de ser yo íntimo y antiguo amigo de Bambocha, con quien, no obstante su azarosa existencia, trataba de juntarme yo.

Aterrábame la idea, no de ser cómplice del Lisíado, — pues esto me parecia imposible, — mas si de haber de tener con él el menor punto de contacto. A este sincero propósito siguió una reflexion llena de terror... causada por el recuerdo de la vergonzosa concesion que me arrancó el hambre.

— ¡Ay! — me dije para mí, — ello es indudable que con la indignacion propia de un hombre de bien, habria rechazado yo á cualquiera que me hubiese dicho que me habia de ver algun dia de bracero con un hombre culpable y capaz de los mayores crímenes. Pues bien; esto no obstante... yo acabo de arrostrar esta vergüenza, y la esperanza de tener noticia de Bambocha ha sido la causa secundaria de mi determinacion... la principal fue solo la esperanza de comer.

¡A qué terribles extremidades pueden arrastrarnos el hambre y los horrores de la miseria! — me dije entonces á mi mismo con dolorosa tristeza: — cuando yo, imbuido en los mejores y mas sólidos principios, yo que tengo en el pecho una especie de adoracion divina que me impone la observancia del bien, he podido rebajarme á tal punto; ¿qué será, Dios mio, de aquellos que, entregados á los azares de la vida, sin educacion, sin apoyo, sin fe, sin freno saludable, se encuentren en una situacion igual á la mia?

Y cual lo solia hacer Claudio Gerard, exclamé: « ¡Oh miseria, miseria! ¿hasta cuando has de ser la causa, el origen de todos los males, de todas las degradaciones, y de todos los crímenes? »

Esperando que fuera de noche y hora de salir de los teatros, agoté todos los recursos de mi imaginacion, dis-

curriendo un medio de ganarme segura y honrosamente la vida; mas despues de mil combinaciones imposibles, acabé por perder toda esperanza.

Causábame singular y dolorosa impresion el ver ir y venir á aquella muchedumbre atareada, que ni sospechaba, ni podia sospechar, que el infeliz, junto al cual pasaba con la mayor indiferencia, no sabia donde cobijarse durante aquella penosa noche de invierno, y que acaso á la mañana siguiente apareceria en medio de la calle, yerto de frio, ó muerto de inanicion....

Aumentábase mi inquietud con la incertidumbre de si ganaria con que pagar aquella noche mi alojamiento. La idea de que á las tantas de la noche me cogieran vagando por la calle, equivalia para mí á la idea de ir á la cárcel... y la cárcel me inspiraba mas horror que la muerte.... pues me imposibilitaba de poder ser útil á Regina, siendo así que, no sé qué secreto presentimiento me decia que, á pesar de mi oscura y de mi ínfima condicion, podia ya llegar á serle útil.

Preciso era, pues, para estar seguro de dormir á cubierto aquella noche, ganar seis sueldos al menos. Por lo que toca al pan del dia siguiente, es cosa en que ni pensar quise siquiera.

Y así como la fuerza del hambre me habia hecho aquel dia parecer brutal y casi feroz.... conocia yo que la necesidad de ganar algunos sueldos para que no me prendiesen aquella noche por vagabundo, me haria tambien feroz y brutal, á ser preciso.

Luego que hubo cerrado la noche, me encaminé á los *boulevards*, y recuerdo que, despues de beber de bruces en el pilon de la fuente del *Castillo de Agua*, me fui á apostar en las inmediaciones del teatro del Gimnasio, en donde, con poca sorpresa, me pareció reconocer todas las caras que el dia antes ví en el desembarcadero. Estaban sentados mis compañeros de infortunio, unos en los postes otros en el borde de la acera, y algunos á la frasería de los

coches de alquiler, cuya larga fila llegaba hasta mas allá de la puerta de San Dionisio.

Viendo pasar los elegantes carruajes, que en todas direcciones se cruzaban, y cuyos dueños corrían sin duda en pos de fiestas, Dios es testigo de que no me asaltó el mas leve sentimiento de encono ó de envidia; solo si decía:

Estos felices de hoy, ignoran que á estas horas hay hombres que con terrible ansiedad están aguardando un miserable salario para tener albergue y pan.... y que si esta noche, y mañana.... se frustran sus esperanzas.... al dia siguiente comenzará para ellos la agonía del hambre.

Recordaba con este motivo que cierto dia oí en boca de Claudio Gerard estas sensatas palabras:

— Moralmente hablando, dar limosna, es ¡envilecer al que la recibe, al paso que proporcionarle trabajo, es socorrerle y honrarle á un tiempo; pero en el estado á que desgraciadamente han llegado las cosas, preciso es contentarse con la limosna, á pesar de sus inconvenientes, por que al menos tiene un resultado inmediato. Así una cosa hay que debería entrar en la educacion de los niños, y es, que sepan como punto de partida y de comparacion que con *un franco de pan se puede en rigor impedir que se mueran de hambre diez personas.*

Sentado al pié de un árbol, en una oscura rinconada, estaba yo, quebrantado de fatiga, aguardando el momento de la salida del teatro, cuando, sintiéndome de pronto violentamente repelido, abrí los ojos y me hallé rodeado por un grupo de hombres de mala traza, entre los cuales reconocí á varios, cuya presencia me habia llamado ya antes la atencion: al mismo tiempo, y á la luz de un farol, se me figuró ver pasar la siniestra y sardónica cara del Lisiado; mas tan rápida fue esta aparicion, que, alarmado, como lo estaba yo por la amenazadora actitud de la gente que inopinadamente me habia cercado, pude apenas fijar los ojos en él

— ¿Qué queréis? — dije levantándome para ponerme en disposición de defenderme:

— ¡Calle el soplon! ¡calle el soplon! — me dijo uno; — ¿te parece que no sabemos lo que eres?

Y al mismo tiempo, sin dejarme espacio para prevenir el ataque, me cogió uno por detrás, tapándome otro la boca con un pañuelo, á guisa de mordaza: y entonces, á pesar de mi desesperada resistencia, me magullaron á golpes y me llevaron casi en volandas hácia una de las callejuelas que desembocan en el *bulevard*. El pañuelo que, á guisa de mordaza, me pusieron en la boca sofocaba mis gritos, la multitud de golpeadores paralizaba mis fuerzas, y tan veloz fue todo esto que, antes de poder hacerme siquiera cargo de lo que me pasaba, me encontré tendido en el oscuro portal de una casa de aquella calle. El movimiento causado por esta tumultuosa escena, llamó apenas la atención de los transeuntes, quienes sin duda la consideraron como una de esas tantas reyertas que, á la puerta de los teatros se traban todos los días.

Derribado, pues, en medio del portal, magullado y ensangrentado el rostro á fuerza de golpes, dí, al caer, con la cabeza en una piedra, y fue tal el choque, que casi perdí el sentido; en medio de un dolor profundo y sordo que parecía querer estallar el cráneo, oí una voz que dijo:

— Bastante ha llevado ya.... vámonos.

Al cabo de un largo intervalo, durante el cual senti agudísimos dolores, fuí poco á poco recobrando el uso de mis facultades. Mas, helado y baldado, ó poco menos, costóme bastante trabajo incorporarme, cuando traté de hacerlo. Logrélo, sin embargo, en fin; y sin casi saber lo que hacía y tropezando, salí del portal. La noche estaba oscura, desierta la callejuela, y caía la nieve en espesos copos; la acción del aire acabó de serenarme, y hasta entonces no formé cabal idea del ataque de que fuí víctima.

Tarde debía ser ya; pues la plazuela, cubierta de nieve se hallaba del todo desierta. Esto no obstante, veíase

un coche de alquiler parado en la esquina de la calle Poissoniere.

A los pocos pasos tuve que detenerme acometido por un convulsivo temblor. Rechinábanme los dientes, flaqueábanme las rodillas; y en todo mi cuerpo, con especialidad en la cabeza y en la cadera derecha, sentía un dolor tan cruel, que apenas podía sostenerme.

En esto, vino á estremecerme el sordo y mesurado ruido del paso de una patrulla. Mis vestidos andrajosos, mi rostro ensangrentado y la imposibilidad de justificar un asilo, eran motivo suficiente para prenderme por vago si tropezaba con los soldados.

Quise huir; mas, vencido por la dolencia, tropezaba á cada paso....

Acercábase en tanto por momentos el ruido causado por la marcha de la patrulla... y viendo yo ya relucir en la oscuridad los fusiles, quise hacer un postrer esfuerzo.... pero en vano.... pues, resbalándome en la nieve, cai de rodillas.

— ¡Dios mio, Dios mio! exclamé.

Y no sintiéndome con fuerzas para levantarme, dejé escapar de mis ojos algunas lágrimas.

Mas, hé aquí que de pronto un hombre, que estaba escondido detrás de un árbol, me cogió por debajo de los brazos y me levantó diciendo:

— ¿No ves que viene una patrulla, y que te van á prender?

— En estas palabras reconocí al Lisiado que tal vez me estaba acechando desde el momento de la violenta escena provocada por él.

— Vaya, ¿quieres venir conmigo? — me dijo — ó que te echen el guante?... ¿Oyes? la patrulla se acerca.

— Pues bien; vámonos.... ayúdeme V. á andar, — grité aterrado.

— Vamos andando... señor mandria, — añadió el malvado con tono sardónico.

Esto dicho, se acercó á mí, y me dió el brazo, en el cual me apoyé y eché á andar.

—Abre, abre, —dijo mi compañero al conductor del coche que allí cerca estaba parado.

Subimos al coche, y ciérrase la portezuela, al mismo tiempo que llegaba la patrulla al paraje en que me caí.

XII.

La casa del Lisiado.

No sé porque, en el largo rato que anduvo el coche no me dirigió el bandido la palabra una sola vez.... El silencio, el ruido del carruaje, el calor que dentro de él sentía, despues de tanto frio como sufrí, me produjeron un alestargamiento que embargó todas mis facultades. La fatalidad, que por segunda vez me reunia con el Lisiado, me parecia un siniestro ensueño; paróse en esto el carruaje, y volví á la realidad.

Mi compañero, despues de sacudirme los brazos me ayudó á bajar, pues las contusiones me causaban dolores atroces: ignoraba en que barrio estábamos, y guiado por aquel hombre, en cuyo brazo tuve que apoyarme, atravesé primero una especie de patio largo ó pasadizo, que, encajonado entre dos filas de casas seguía todas las sinuosidades de una callejuela tortuosa, y llegué por fin en frente de otro edificio, cuya puerta abrió mi compañero, quedándonos uno y otro en completa oscuridad.

—Dame la mano.... déjate llevar, dijo el Lisiado.

No puedo explicar la sensacion de disgusto y de horror que experimenté cuando sentí mi mano junto á la mano de aquel miserable.... Un terror pueril, producido sin duda por la debilidad de mi cerebro, me hizo mirar aquel acto,

insignificante en sí mismo, como el símbolo de una especie de pacto celebrado entre el Lisiado y yo. A poco, se paró mi compañero á la extremidad de una escalera bastante pendiente, abrió una puerta, la volvió á cerrar y con un fósforo encendió una vela, que iluminó un ancho aposento situado al fin de un corredor. La estancia en cuestion se hallaba tan llena de objetos de todas clases, que apenas quedaba lugar para la cama y algunos muebles. Hasta mas de la mitad de la cama, cuyas amarillentas cortinas estaban corridas, llegaba el monton de paquetes hacinados.

— Abi tienes cama, duerme; mañana h ablarémos; y si necesario fuese, enviarémos por un médico, — me dijo el Lisiado: — ya verás que no soy tan malo como parezco.

Dieho esto, sacó un colchon de la cama, lo tendió en el suelo, púsose por almohada uno de los mil envoltorios que por allí rodaban, apagó la luz y se acostó.

Quebrantado tanto moral como físicamente, incapaz casi de reflexionar, sentí un momento de bienestar inexplicable al tenderme en aquella cama donde no tardé en dormirme, gracias al sueño atrasado de la malísima noche anterior.

Cuando desperté, era de dia; mas las recias cortinas corridas encima de mi cama, tenían la estancia medio á oscuras. A poco oigo chirriar la lumbré en una estufa, veo á mi lado, encima de una silla, un pedazo de pan y una taza de leche. Sorprendido de estos obsequios de mi huésped, tiendo la vista en derredor y me hallo solo.

Mas asustado con esta soledad que con la presencia del Lisiado, y queriendo vestirme, voy á echar mano á mis miserables andrajos; mas habian desaparecido, y en su lugar hallé al pié de la cama un pantalon, un chaleco, una levita de paño, todo nuevecito, y un excelente par de zapatos. El cambio, no obstante sus ventajas, me desesperó; por la razon de que, en el bolsillo de la chaqueta, habia yo guardado hasta entonces con el mayor esmero la cartera sacada de la tumba de la madre de Regina. . En bre-

ve, con gran regocijo, descubrí la cartera abierta encima de una mesa inmediata á la cama... la cogí con tanto afán como inquietud... y por fortuna encontré cuanto contenía... es decir, las cartas, que tenia yo contadas y recontadas, la cruz y la hoja de pergamino, en la cual se veía dibujada una corona azul en medio de varios signos simbólicos.

En seguida me asaltó un temor. La cartera que de manos del Lisiado, por decirlo así, arrebaté yo ocho años antes, hiriéndole en el momento en que acababa de violar la sepultura de la madre de Regina, ¿había sido tal vez reconocida por el bandido, el cual, recordando quizá lo sucedido entonces, trataría de vengarse de mí?

Con estas y otras cosas, se complicaba mi situación, á punto que no me atreví á llamar; y que sentí invencible repugnancia en ponerme el vestido que se me ofrecía y que sin duda era robado. ¿Qué hacer? Aterrado por la idea de permanecer en aquella casa, traté de buscar mis harapos, y los busqué en balde entre aquella confusion de objetos, completamente heterogéneos: cortinas de seda, relojes, botas, piezas de tela, vestidos hechos, chales, armas, cajas de medias, botellas lacradas, estatuas primorosas de mármol ó bronce, lienzo de todas clases y una multitud de cajones de cigarros con letreros en español. Acrecentóse mi alarma al hacer rápidamente el inventario de todos aquellos objetos, fruto probablemente de un sin número de robos, á los cuales habria participado aquel hombre en clase de cómplice ó de autor. Como quiera que sea, mi deseo era huir de aquella casa, aun pasando por la humillacion de vestirme de prestado. Por desgracia la puerta era sólida y no cedía á dos tirones.

Al poco rato, oí abrir la puerta exterior del pasadizo; sentí el ruido de los pasos de un hombre que llegando hasta dicha puerta, llamó á ella de un modo particular.

No me moví, ni contesté.

Entonces, volvieron á llamar, y al cabo de un momento

oí debajo de la puerta un ligero ruido causado por un papelito, que por la parte de afuera empujaba el recién llegado con la hoja de un puñal; en seguida se alejaron los pasos, y volvió á cerrarse la puerta del corredor.

Echando la vista sobre el papel introducido por debajo de la puerta, lo cogí, lo desdoblé, y leí estas palabras, escritas con lápiz y malísima ortografía:

« Mañana... á la una de la madrugada se te aguarda..
« no está lejos. »

Después de vacilar un momento, dejé en el mismo sitio el papel, que indicaba sin duda alguna culpable cita.

Este nuevo incidente acrecentaba mis deseos de perder de vista aquella casa. Para estar pronto á cualquier evento, vestíme, si bien con repugancia, aquella ropa, que no me pertenecía, y abrí la ventana quitando de delante de ella los trastos que la obstruían. Esta ventana daba á un patio, y tenía treinta pies de elevación. Claro es pues que, por esta parte, no era posible la fuga.

Después de pensar un rato, me resolví á tomar una determinación violenta, cual fue la de abalanzarme al Lisiado, en cuanto abriera la puerta, confiando, á pesar de mis agudos dolores, en mi resolución y mi agilidad, para salir de allí de grado ó por fuerza.

En esto, volviéronse á oír pisadas en el pasadizo, y me armé de valor para saltar sobre el Lisiado así que abriera; mas júzguese cual sería mi estupor, al oír una voz, una canción y unas palabras harto conocidas.

La voz era la de La-Levrarse, que talareaba su canción favorita la *Belle Borbonesa*.

Sin dejar de cantar, llamó á la puerta absolutamente del mismo modo que lo había hecho poco antes el hombre del papelito.

No obteniendo respuesta La-Levrarse, suspendió su canción por un momento, é impacientado volvió á llamar.... mas convencido al fin de la ausencia del Lisiado, se alejó entonando su estribillo predilecto.

Este inesperado encuentro me dejó atónito, si bien no me sorprendió que mediaran relaciones entre La-Levrase y el Lisiado, la aversion que me inspiraba el verdugo de mi infancia, libertado por algun milagro del fuego que á su coche prendió mi antiguo compañero, era un nuevo motivo para hacerme huir de una casa, á donde cada paso podia penetrar la policia, en cuyo caso, y á pesar de mis protestas, pasaria yo, aun á los ojos de los menos prevenidos contra mi, por el cómplice del Lisiado, y hasta tendria que ir á la cárcel.... interin se probaba mi inocencia. Este porvenir me parecia mucho mas temible que el de ser arrestado por vago....

Penetrado de esta idea, y cada vez mas resuelto á valerme de la fuerza para salir de aquella casa, cogi entre aquellas armas antiguas, sin pararme á elegir cuales, una especie de maza de hierro adamascado, mas que para pegar con ella al Lisiado, para meterle miedo en caso de que me amenazase, ó quisiera resistirme.

En tanto que aun estaba inclinado hácia el monton de mas que con estrépito acababa de descomponer para tomar entre ellas la maza de hierro, sentí que me ponian una mano en el hombro: y fue tan repentina mi sorpresa (es de advertir que yo estaba casi enfrente de la puerta y bien seguro de que esta no se habia abierto,) que al momento de volverme, se me cayó de las manos la maza de hierro.

Al mismo tiempo, vi al Lisiado que estaba en pié detrás de mí y que acababa de entrar en el cuarto, no por la puerta que daba al corredor sino, por una especie de alacena formada en un tabique, y cuya existencia ni siquiera habia sospechado yo; la estancia del bandido tenia pues dos salidas, y de este modo se frustraba mi proyecto de escaparme á viva fuerza por la puerta que á la sazón se habia entornada.

— Te felicito, amigo, — me dijo el Lisiado aludiendo á mi vestido. — Cátate puesto como un conde.

— ¿No quiere V. devolverme el vestido con que vine aquí? — le pregunté despues de un corto silencio.

— ¡Pues qué! ¿estás quejoso del cambio? — exclamó.

— Sí... porque este vestido , lo propio que todos los objetos que hay en este cuarto , son sin duda robados.

— ¿No has almorzado? — interpuso el bandido mirando hácia la silla : — vamos toma un bocado y despues hablarémos.... Yo te habia encendido lumbre y preparado el almuerzo... Bambocha no te hubiera tratado mejor....

— Por última vez le suplico á V. que me devuelva mis vestidos , y que me deje salir de aquí... ó de buen grado ó....

Por toda respuesta, se agachó el Lisiado , cogió el papeli-to , lo leyó y despues de romperlo :

— Ya lo sabia yo , — me dijo , — puesto que , al salir de aqui , he encontrado al compañero... ¿has leído esa papeleta?

— Digo que quiero que me vuelva V. mi ropa, y que me deje V. salir de aquí.

— Cálmate y escucha lo que te propongo , para el caso de que quieras ser buen chico. Te instalarás en dos habitacioncitas graciosamente amuebladas, y ya que estás algun tanto vestido , poco te falta para tener todo lo necesario , que yo me encargo de completar. De una fonda de al lado te traerán todos los dias la comida , pues que , por ahora , no conviene que tengas dinero en la faltriquera... mas tarde.. si te portas bien... te aseguro que no te faltará.,.

— Y en cambio de tantos beneficios , — dije al Lisiado con amarga sonrisa : — ¿qué quiere V. que yo haga?

— Quiero solamente que me dediques tres ó cuatro horas por dia , y que el resto lo inviertas en pasearte ó en hacer lo que mas te acomode.

— ¿Y en qué me ocuparé durante esas tres ó cuatro horas?

— Ya te he dicho que necesito un *ayudante* , y este es el destino que quiero que desempeñes

— ¡Yo!

— Mira.... hablemos claros.... hace días que ando buscando una persona que me acomode.... pero nada, no veo mas que caras capaces de dar que pensar á cualquier can- cerbero de la policía.... Tú, por el contrario, llegas de una provincia, no eres conocido, tienes buena traza, ánimo en caso de necesidad, y buenos puños.... Todo esto me viene de molde.... oye para qué. Ya ves que estoy sobrecargado de géneros, y tengo mis razones para no irlos á vender en persona.... no por orgullo, te lo juro. Me acomodaria vender unas cosas, poner otras en el Monte-Pio, trocar algunas, etc.; mas para empezar sin despertar recelos, es preciso tener un domicilio, ser bien quisto en el barrio, vivir hasta cierto punto de rentas propias, á cuyo efecto te alojaré bien, te equiparé, te daré bien de comer y mas adelante ganarás un tanto de comision sobre las ventas.... Esto que ves aquí no es nada.... tengo otros almacenes....

— Comprendo perfectamente.... quiere V. valerse de mí para vender el producto de sus robos....

— Mis géneros, jóven, mis géneros.... Con qué, ¿estamos?... ¿te ocuparás desde luego de esto?

— ¡Ah! ¡Dios mio! ¡todavía se me reservan otros encargos por el mismo estilo!

— Mas adelante irás á ciertas casas que te indicaré, á enseñar muestras de cigarros de contrabando.... y con este pretexto....

— ¿Qué?

— ¡Ah! ¡ah! ya vas entrando en aficion.... y eso que hacias el dengoso.... con este pretexto me harás pequeños favores.... ya te iré diciendo cuales.

— ¿Es esto todo lo que exige V. de mí?

— Por el pronto, sí. Tocante á las garantías de las ofertas y promesas que te hago, por la confianza con que te honro debes conocer que es cosa de formalidad.

— Pues ahora escúcheme V. Sé que V. es un malvado...

que perdió V. á Bambocha , y que entre otros muchos crímenes, impunes sin duda hasta el día , ha cometido V. uno horrible.... ¡ha violado V. una tumba!

— Ya ; ya caigo... eso es lo de la cartera. Bien me lo malicié, — exclamó el bandido con sonrisa feroz : — ¿luego tú conoces al que me hizo dar aquel golpe en vago ?

— Fui yo.

— ¿Tú ?

— Yo , sí , y entonces era niño. Lo digo para que sepa V. que no le temo ; porque si siendo niño le rompí casi la cabeza con una pala , siendo hombre es muy probable que se la acabe de romper con esta maza de hierro. ¿Me entiende V. ?

— ¡Con que eres tú! — murmuró el malbechor : ya hablarémos de eso mas adelante.

— Como V. quiera ; y en el interin no me detenga V. mas por fuerza. En cuanto á los ofrecimientos que V. me hace. .. me moriré de miseria primero que aceptarlos.

— Ya puedes suponer , pobre mozo , que no te he traído á mi almacén sin tomar ciertas precauciones : en la actualidad estás tan comprometido como yo : el vestido que llevas es robado , has venido voluntariamente , has almorzado conmigo.... voluntariamente tambien.... y todo esto puedo probarlo. Denúnciame , y te pierdes igualmente. En el puerto , desde ahora te apuesto que no ganarás la vida , pues he dicho que pasas por espía , y como hay razones para que me crean , puedes contar que lo que es esta vez no sales vivo de las manos de aquellos hombres.... Ni pienses tampoco en llamar á la guardia.... pues esto sería querer que te prendiesen por vago , y á las dos horas , yo te aseguro que se sabría que vistes de robado.

A lo cual , despues de una pausa , añadió mi abominable huésped:

— ¿Qué dices de esto ?

— Que es V. un infame , — exclamé.

El bribon se encogió de hombros.

— ¿Un infame? — repitió, — veamos como. Ayer estabas rabiando de hambre, y te di pan.... Anoche espirabas de frio, y te proporcioné albergue.... estabas cubierto de harapos, y cádate ahora vestido y abrigado como un principe.... A ver, busca muchos hombres de bien que hagan por tí otro tanto.

— ¿Pero con qué fin me ha socorrido V. ? Con el de inducirme al mal.

— ¡Toma! Claro está. Mas dime: ¿dónde estan y cuántos son los hombres virtuosos que habrian hecho otro tanto para conducirte al bien ?

Este cotejo, bien que paradojal, me aterró y me dejó por de pronto sin saber que contestar.... porque, con vergüenza y remordimiento lo confieso, llegué á olvidar que Claudio Gerard, si bien en extremo pobre, me habia recogido para hacerme hombre de bien: repito que en aquel instante me impresionó tanto mas la paradoja del Lisiado, cuanto que se me vino á la memoria el recuerdo de mi visita al magistrado representante de la ley y de la sociedad.... Con efecto, ¿qué respondió á mi peticion de trabajo? ¿qué estímulo ofreció á mis resoluciones de hombre virtuoso? ¿qué remedio encontró él á mi desesperada situacion?

El bandido me habia socorrido y, á trueque de obrar mal, me ofrecia un porvenir de bienestar y de repóso. Cierto es que, aceptando todo esto, me exponia á ir á la cárcel; ¿pero no me exponian á lo mismo la miseria y la probidad, como me lo anunció el magistrado, al decirme que por falta de asilo, de recursos y de trabajo, tarde ó temprano, tendria que ir á la cárcel por vago?

— Cárcel por cárcel, vale mas aguardar la hora fatal con comodidad, que entre los tormentos de la miseria, — pensé con profunda amargura, mezclada de una buena dosis de resentimiento. Razon tenia Bambocha en elogiarme la lógica del Lisiado.... La experiencia me prueba que mi compañero de infancia veia las cosas como son, y que

yo era un necio: este hombre conoce la verdadera ciencia de la vida. Verdad es que para ello, prescinde del honor y del decoro; mas, una vez encerrado en compañía de criminales deshonorados, ¿qué diferencia hará nadie entre ellos y yo?

El Lisiado, que me observaba en silencio, adivinó tal vez, ó creyó adivinar que sus proposiciones y cínicas teorías empezaban á quebrantar mi resolución; mas temeroso de comprometer, con un empeño brutal, la ventaja que sobre mi creía tener, me dijo:

— Oye, buen jóven... sé que por fuerza nada sale bien, y no quiero ponerte el dogal al cuello ni abusar de tu situación.... Estás bien vestido.... mantenido por hoy.... con que sal.... trata de ganarte la vida.... honradamente como tú dices. Hay tantas personas virtuosas, — añadió con tono sardónico, — que sin duda encontrarás muy luego alguna que te ponga el pan en la mano para impedir que te perviertas. Abrir la boca y encontrarlo, todo será uno; pero si por casualidad esos hombres de bien te recibiesen como á un perro hambriento en una buena cocina.... ¿estamos? ¿aceptarás mañana el empleo que te propongo? ¿acomoda, sí ó no?

Pensativo y cabizbajo seguia yo, en tanto que mi ángel malo continuaba hablando así:

— Escuso decir que tengo bastante confianza en ti para no suponerte capaz de vender la ropa que llevas puesta, comprando otra de menos precio, para comer con la diferencia que de este canibalache te resulte. Ahora bien, para probarte que hago lo que digo, —añadió el Lisiado, — vete si quieres; estás libre. Dicho lo cual, abrió de par en par la puerta del aposento.

XIII.

Tentaciones.

Salime del aposento, tan luego como vi la puerta abierta, sin que el Lisiado se opusiera á mi salida ; pero cuando ya iba á salir del corredor , me dijo :

— Atiende una palabra , una palabra por tu interés.

Volvi la cabeza, y ví al Lisiado que escribia en un pedazo de papel.

— Toma, — añadió acabando de escribir:— estas son las señas de mi casa ; tú no sabes en que barrio estamos , y cuando vuelvas esta noche , será preciso que preguntes por el camino : si llegas despues que yo , llamas y te nombras.... en el caso contrario , me aguardas en el corredor.... ¿ pero te vas sin almorzar ?

— En el caso.... de que vuelva.... este pan me servirá de cena.

— ¿ Con qué te haces el melindroso con un amigo ? Como gustes querido.... Adios , pues.... te deseo buena suerte en tu caza de hombres virtuosos.... que se apiaden de tí....

Retirábame , cuando el bandido me volvió á llamar.

— Oye....

— ¿ Qué ?

— Nada.... que si encuentras alguno de esos hombres virtuosos me lo traigas para verlo. Quisiera mandarlo empajar.

Encogime de hombros y bajé rápidamente la escalera.

Tan luego como me vi en la calle y fuera de la casa y de la presencia del bandido , parecióme que despertaba de un sueño : preguntéme á mi mismo como habían podido entristecerme las estúpidas y viles paradojas de aquel

miserable; y lleno de amargura, conocí entonces la falta que habia cometido olvidando todo lo que á Claudio Gerard debía. Y en efecto, ¿no bastaba esto para desvanecer las cínicas acusaciones que el bandido dirigiera contra los hombres de bien?

Viéndome decentemente vestido (sin atreverme empero á reflexionar en el origen de aquella ropa), alentéme algun tanto, concebí algunas esperanzas, y parecióme menos sombrío el porvenir; creí en fin que fuera mejor acogida mi súplica si me dirigia á algun corazon caritativo, y que podia tentar ciertos caminos que antes tuviera cerrados; porque el aspecto de un hombre cubierto de andrajos suele inspirar cierta desconfianza, cierta repulsion invencible. Entonces pensé presentarme en casa de la viuda de Mr. de Saint-Etienne, mi difunto protector, al paso que, vestido como mendigo, la vergüenza me lo hubiera impedido; ó acaso no me hubiera dejado pasar de la antesala.

Parecíame que Mad. de Saint-Etienne debia estar ya mas consolada de la imprevista pérdida que sufriera, y esperaba que me socorreria por respeto á la memoria de su marido: así encaminé mis pasos hácia la calle de Montblanc.

Llegué á la casa de mi difunto protector, y conocióme el portero desde luego: pero ¡ay! que tambien allí me esperaba una nueva y fatal desgracia. Mad. de Saint-Etienne habia salido de Paris el dia despues de la muerte de su marido para establecerse en su hacienda, que distaba mas de doscientas leguas de la capital, y para escribir á esta señora y recibir respuesta suya, se necesitaban cinco ó seis dias á lo menos, que en mi situacion equivalian á un siglo.

— ¡Escuchad, — le dije al portero, que parecia compadecerme sinceramente:— en este barrio vive gente muy rica, debe haber hombres generosos y caritativos, V. sabrá sus nombres, y si les cuento francamente mi posicion y les digo lo que he sufrido desde que llegué á Paris... imposible es que no me compadezcan

El portero meneó la cabeza , y contestó :

— Personas ricas viven efectivamente en este barrio ; pero la dificultad está , amiguito mo , en poder llegar hasta ellas.... y aun en este caso.... En fin , lo que por V. puedo hacer es darle las señas de la casa de Mr. Testre , el famoso banquero.... dicen que hace muchas limosnas.... aventúrese V.

El portero me dió en efecto dichas señas , y yo me dirigí á la casa del banquero.

— ¿ Por quien pregunta V. ? — dijo el portero de este.

— Por Mr. Testre , banquero.

— Suba V. por la escalera de la derecha , y en el entre-suelo hallará V. la casa.

Ciertamente que con mis andrajos , no me habrian dejado pasar de la puerta ; pero mi traje decente no inspiró la menor sospecha , y subí , y entré en una antesala , donde habia dos mozos cobradores.

— ¿ Mr. Testre ? — dije al uno.

— Si quiere V. hablar con el cajero le introduciré á V.

Introdujéronme en efecto al gabinete del cajero , y noté en el fondo del aposento un armario de hierro entreabierto , que me deslumbrara en vista de los tesoros que allí habia apilados ; pero el cuadro de tantas riquezas no me causó envidia , si bien me produjo cierta especie de sensacion.

— Descaria ver al principal , — le dije al cajero.

— ¿ Para negocios , caballero ?

— No señor , — dije titubeando y poniéndome colorado... — no es para negocios.

— ¿ Conoce V. á M. Testre ? — me preguntó el cajero empezando á examinarme con una especie de desconfianza , que aumentó mi turbacion.

— No.... señor , — le respondí , — pero descaria verlo.. quisiera hablarle.

— M. Testre está ausente , — me dijo el cajero con ademan mas y mas receloso , pues su larga experiencia le has-

ria sin duda sospechar el motivo que allí me llevaba. Sírvase V. escribirle ó decirme para qué lo quiere V.

— El objeto de mi visita, — le respondi dominando mi temor y mi vergüenza, — es la fama que tiene de caritativo.... y venia para....

No me dejó el cajero concluir la frase; y como sin duda estaba acostumbrado á semejantes escenas, díjome con fria urbanidad :

— Con razon se elogian los sentimientos filantrópicos de Mr. Testre; pero no hace caridad alguna sino bajo ciertos principios que tiene establecidos, y de los cuales no se separa nunca: sírvase V, pues, dejarme su nombre, y sus señas, y el nombre y las señas de dos personas, á lo menos, conocidas y recomendables, que puedan informar de la conducta de V. Sírvase V. tambien indicar que clase de socorro desea recibir de Mr. Testre, y dar una vuelta por aqui dentro de tres ó cuatro dias.

— Señor, dignese V. escucharme, — exclamé: — mi posicion es muy perentoria.... ni siquiera tengo para...

— Disimule V. señor, mis momentos estan contados, — me dijo el cajero interrumpiéndome: — sírvase pasar á la habitacion inmediata, y el mozo le dará lo necesario para que escriba los pormenores que le acabo de indicar.

Quise insistir en que se me oyese; pero el cajero se levantó, tocó la campanilla, y me condujo cortesaneamente á la puerta, diciendo al mozo de la caja.

— Dé V. recado de escribir al caballero.

— Muchas gracias.... pero, escribiré.... en mi casa.... y mandaré la carta, — dije al mozo, y salí de la casa del banquero con el corazon oprimido.

Despues he sabido que Mr. Testre hacia en efecto muchas limosnas; pero que jamás se separaba de las reglas que para sus acciones caritativas tenia establecidas: y á pesar de mi cruel chasco, fuerza me fue convenir en que, estando París continuamente explotado por una multitud de aventureros ó de atrevidos holgazanes, las precaucio-

nes del banquero parecian dictadas por la sana razon y con el recomendable deseo de repartir bien sus limosnas; pero en el caso en que me hallaba, ¿qué señas podria darle? ¿Le daria las señas del Lisiado? ¿Y á qué personas podria dirigirme para que respondiesen de mí?

Preciso es haberse encontrado en una posicion semejante á la mia para conocer las ridículas ilusiones á que se entrega el hombre, hasta el momento en que la realidad viene á desvanecerlas: así que, como hacia hermoso dia, al salir de la casa del banquero me dirigí á las Tullerías, voy á decir con que designio.

Hágome cargo, decíame, de las razones que obligan á Mr. Testre á querer que sus limosnas se repartan bien y con oportunidad, y á que antes de hacerlas, se tome el tiempo necesario para informarse: es cierto que esto perjudica á un desgraciado cuya posicion sea tan urgente como la mia, y no me queda duda de que si hubiese conseguido hablar al banquero en persona, se hubiera conmovido al escuchar la sinceridad de mi acento. Pero ¿qué importa que no haya podido hablar al banquero? Ahora voy al paseo público, generalmente frecuentado por hombres ricos, hablaré á otras personas, procuraré buscar una cuya fisonomía me inspire confianza, le rogaré que me oiga un momento en una de las alamedas del paseo, y estoy seguro de que no me rechazará.

De este modo queria probar con los hombres ricos lo que en vano habia probado con los trabajadores del puerto.

Así que llegué á las Tullerías, me situé en una alameda que dá á la calle de Rivoli, donde no tardé en ver á un sujeto, jóven todavía, y de una fisonomía agradable, aunque algo triste, que se apeaba de un bonito coche. Empezó á pasearse con mesurado paso por la indicada alameda, mientras yo lo seguia sin perder una pisada; pero á pesar de toda mi resolucion, no me atreví á hablarle en la primera vuelta, encontrando fácilmente un pretexto para

un acto que me repugnaba, sin que empero quisiese confesarle esta repugnancia. — Quiero ver otra vez esta fisonomía, — me decía, — para poder juzgar si me equivoqué á primera vista. — Acorté el paso; dió la vuelta el hombre á quien seguía, y otra vez noté una fisonomía dulce y triste, aunque algo distraída. — Ahora ya no vacilaré, — dije entre mí; — conozco que mi confianza se reanima, y me acercaré á él cuando pase por frente de aquel café, que está algo inclinado á la esplanada del paseo. Pero tambien entonces encontró un nuevo pretexto ni desmayada resolución. Varios paseantes, — alguna excusa habia de tener, — se habian interpuesto entre mi hombre y yo, y además parecíame que habia menos gente al otro lado de la alameda.

En tanto que recorria este espacio, mesurando mi paso al compás del de mi futuro bienhechor, buscaba con la vista otras fisonomías mas atractivas que la suya; pero no encontré ninguna, y solo me faltaba una corta distancia para llegar al cabo de la alameda, donde no tardé en encontrarme con aquel hombre, que estaba bien ageno de que yo fundara en él mis últimas esperanzas. Arméme de valor, aceleré el paso, y dirigiéndome directamente hácia mi futuro bienhechor, sin que este pareciese notar-lo, le dije con voz trémula y agitada:

— Señor....

Bien que el temor y la confusion hiciesen mi voz ininteligible; bien que mi futuro bienhechor estuviese distraído ó preocupado, el resultado fue que no me oyó, y continuó lentamente su paseo hasta el fin de la alameda. Avergonzado entonces de mi debilidad, hice el último esfuerzo sobre mí mismo, y saliéndole al encuentro en el momento en que dió la vuelta, despues de saludarle, dije con timidez:

— Señor....

— ¿ Caballero ? — repuso deteniéndose sorprendido y mirándome con atencion

Pero, como yo permaneciese mudo y sin accion, continuó despues:

— Sin duda se equivoca V., pues no tengo la honra de conocerlo.

Petrificáronme estas palabras; desvaneciósse mi resolución, y cedí ante la imposibilidad de poder contar á un desconocido, en aquella alameda y entre una multitud de paseantes, casi toda mi vida; insistiendo en mil particularidades, que solas podian mover su compasion, y distinguirme de un pordiosero ordinario. Espantado pues de la empresa que habia acometido, respondi tartamudeando:

— No, señor, no tengo la honra de que V. me conozca.... pero queria.... pero esperaba....

Imposible me fué añadir una sola palabra; secóse mi garganta y permanecí silencioso é inmóvil, con el sombrero en la mano y sin atreverme á mirar aquel sujeto que mas y mas sorprendido, me dijo con impaciencia y en alta voz:

— Pero ¿qué es lo que V. quiere de mí, caballero? ¿Porqué me detiene V. en medio del paseo?

Dos ó tres personas se pararon á mirarme al oír estas palabras pronunciadas en tono bastante elevado, mientras yo permanecia con el sombrero en la mano, con la cabeza descubierta y lleno de confusion; pero notando que mi actitud, mi silencio, mi turbacion, y la natural sorpresa de la persona á quien acababa de detener, empezaba á llamar la atencion de los paseantes, entre los cuales reconocí á uno de los inspectores del jardín, me retiré, y dije con alterada voz:

— Perdone V. caballero. .. creia.... hablar á otra persona.

A pesar de todo, no me desanimé; y me decía á mí mismo, lleno de amargura: — No es posible adquirir de una vez el desenfado y malicia que necesita un pordiosero: con el tiempo adquiriré, tal vez, estas cualidades.... Probemos otra vez.... ¡sobre todo, resolución!

Pasaba por delante de una iglesia, en la cual entré con el corazón lleno de esperanza, creyendo que toda persona devota debía ser caritativa, y suponiendo por lo tanto que en la iglesia encontraría alguna alma bienhechora. Entré pues en la iglesia á tiempo que de ella se disponía á salir una señora, á quien seguía un criado con librea, y que llevaba en la mano un ridículo de terciopelo, en el cual se veía grabado un blason ó escudo de armas. Acerquéme á aquella señora, cuya fisonomía era dulce y venerable; y en el momento en que atravesaba una especie de corredor practicado en la parte exterior de la iglesia, la dije con precipitación.

— Por Dios, señora, compadézcase V. de mí... estoy solo en París, no tengo relaciones... no tengo recursos, y no pido mas que trabajo, trabajo para ganar mi vida honradamente.

— ¿Es V. de esta parroquia? — me preguntó la señora.

— No pertenezco á ella.

— ¿Conoce á V. el cura de la parroquia donde V. habita? Puede responder de la conducta y de la moralidad de V.?

— ¡ Ah! ¡ Señora! ni asilo ni parroquia tengo.

— Lo siento infinito, — respondió la señora; — pero como por desgracia no se puede dar á todo el mundo, reservo mis limosnas para los pobres de mi parroquia que llenan exactamente sus deberes religiosos.

Y dichas estas palabras, la señora prosiguió su camino.

.....

Quando, á eso de las diez de aquella noche, me encaminaba, muerto de hambre, hácia la casa del Lisiado, habíase operado en mí una repentina revolucion, que ahora mismo ignoro como pudo efectuarse con tanta prontitud: aniquilaba mi alma la amargura y la incertidumbre, el odio y la cólera habian reemplazado á la resignacion que me era natural, pues despues de tantas, de tan horrosas y de tan vanas tentativas por librarme de la suerte que

me abrumaba, empezaban á confundirse en mi imaginacion las nociones de lo justo y de lo injusto, de lo bueno y de lo malo y.... ;síntoma fatal!... tambien comenzaba á distinguir la práctica de la teoria, en cuanto á la honradez concierne.

Sobre todo, estaba cansado de sufrir, cansado de esperar en vano, cansado de temer el porvenir, cansado de decir conmigo mismo: ¿moriré mañana de necesidad y de frio?

« La probidad, pensaba yo, la delicadeza y el honor son palabras magnificas, lo confieso, pero no se come ni con probidad, ni con delicadeza, ni con honor. Nada tengo que echarme en cara; he hecho cuanto estaba á mi alcance para encontrar trabajo; pero todo en vano; y este es tan precario, tan aventurado, que es preciso arrostrar las inauditas brutalidades de una turba infame.... tal vez la muerte, para ver de ganar un salario incierto; y no seré tan necio que lleve la práctica de los buenos principios hasta el extremo de morirme de hambre, antes que ceder. Aceptaré provisionalmente las ofertas del Lisiado, y así ganaré tiempo mientras llega la carta de Claudio Gerard, ó una respuesta de la viuda de M. de Saint-Étienne, á la cual voy á escribir. »

« Sin duda que mi conducta es baja é indigna, continuaba hablando conmigo mismo, y que este es un primer paso dado en la senda del mal.... pero este paso será el primero y el último; por que si en el término de ocho dias no tengo noticias de Claudio Gerard ó de la viuda de mi protector.... acabaré con una vida demasiado miserable. »

En este momento en que con calma y sin inquietud considero lo pasado, demuéstreme la experiencia, que casi siempre se ofusca el hombre cuando reflexiona en su venidera ignominia, cuando su corazon se debilita, como yo sentia debilitarse el mio, y como á mi me ofuscaron las locas esperanzas de un porvenir menos triste ó la resolucion de un suicidio expiatorio; pero ¡ay! que casi siempre, por

desgracia, se desvanecen las ilusiones que en tales casos se conciben, y llega la hora fatal... la hora de una muerte que debe libertar al hombre de una existencia para siempre mancillada.... y entonces se aplaza el momento de la expiacion, así como el condenado aspira eternamente á retardar el instante del suplicio.... ¿Qué importa un dia mas?... ¿qué importa una semana, qué un mes, mientras que la infamia no sea descubierta?... ¿No podrá un feliz acaso hacer que vuelva al camino del bien, para nunca jamás volver á salir de él?

De esta manera se alarga vilmente el hilo de la vida.... pero luego el crimen se descubre, se publica.. y entonces entonces se prefiere la muerte al potro de la vergüenza... se prefiere aquella muerte expiatoria á la que de antemano se estuvo condenado. Y la muerte se prefiere ¿pero por qué? ¿por que este tardío é inútil heroísmo? ¿No estoy ya mancillado para siempre?.. Mas vale, pues, una vida sin honor que una muerte deshonorada.... y llega en tanto el momento de la libertad.... y se vive luego entre el lodo de la infamia.

Tales eran las ideas que me ocupaban cuando llegué á la casa del Lisiado, que me estaba esperando, y que tan luego como llegué :

— *Errastes el tiro*, — me dijo riendo á carcajadas. — No me traes ninguno de esos hombres caritativos, para empajarlo?

— Seré ayudante de V. — le dije con triste resolucion.

— ¿Mañana mismo?

— Mañana, sí.

— ¡Perfectamente! — me respondió; — ¡así me gusta! Y ahora escucha el orden de la marcha que vamos á seguir: empezaré por decirte que contaba con tu vuelta, y que por lo tanto he buscado hoy un alojamiento, una casita enteramente amueblada, y para cuyos muebles tengo hecho un ajuste: mañana iremos á ver la casa y como que el dueño está prevenido de antemano tú dirás que te aco-

moda y firmarás el contrato; en seguida irémos á casa de un fondista con el cual arreglaré mis condiciones relativamente á tu comida y haré por último cuanto sea necesario para que de nada carezcas; mas antes de ponerte en posesion de tu destino, exijo como garantía, que tú mismo llevés un reloj al Monte Pio; pasado mañana será dia de paseo para tí, pero despues empezaremos inmediatamente nuestras operaciones.

Está muy bien, — le dije; — pero tengo hambre y tengo sueño.

— Te esperaba para cenar y he aquí por lo tanto provisiones algo mejores que el pan y que la leche: aquí tienes tambien un hermoso colchon que te servirá de cama pues esta noche, queridito, volveré á tomar posesion de la mia.. segun que así lo requiere mi avanzada edad.

— ¿No tiene V. vino? — le pregunté, conociendo cierta necesidad de aturdirme.

— ¡Excelente lenguaje! — me respondió; — ahí tengo un barrilon de Madera de primera clase.... dále un tiento, — hijo mio.

Comí, y sobre todo bebi con avidez: y tenia tan poca costumbre de beber vino, que si cuando me acosté no estaba enteramente borracho, me faltaba poco; puesto que los recuerdos que siempre he tenido tan presentes se desvanecieron de mi memoria al fin de aquella cena.

Pasé la noche en un profundo sueño, y cuando me desperté á la mañana siguiente ya estaba el Lisiado vestido:

— He citado para las once al propietario de la casa, — me dijo, — y ya son las diez: vistete, pues, y nos irémos. Vestíme en efecto y salimos inmediatamente.

— Toma el reloj, — me dijo el Lisiado, al emprender nuestra marcha, y presentándome un hermoso reloj y una cadena de oro.

— Ya lo tomaré cuando lleguemos al Monte Pio, y aun será tiempo, — le respondi.

— Como quieras... pero vamos primero á ver la casa y á firmar la escritura de arrendamiento.. ¿Confesarás que soy un excelente hombre de negocios?

— Excelente ...

Llegamos en tanto á una casa de bonito aspecto, de la calle del arrabal Montmartre, y subimos á ella para ver una habitacion compuesta de tres cuartitos, que daban á un patio interior y que estaban decentemente amueblados.

— Aquí estarás como un rey, — me dijo el Lisiado; — y esto es mucho mejor que la nieve y que el barro de París durante la noche: ¿qué te parece?

— Me parece que es mucho mejor.

— Vamos pues á ver al casero y firmar el arrendamiento y á pagar tres meses adelantados. Ahí van doscientos francos.

Al decir esto me dió el bandido doscientos francos en diez monedas de oro.

Nos dirigimos, pues, á ver el casero, que nos esperaba con la escritura extendida; y avisado por el tapicero encargado de la venta de los muebles segun convenio con el Lisiado, me dió copia el casero de la escritura de arrendamiento, luego que le hube entregado los doscientos francos.

— Acabamos de hacer un soberbio negocio, — dijome mi compañero al salir de la casa: — proporcionarse *mercancías* importa un pito; pero venderlas, y venderlas sin inspirar sospechas, es el quid de la dificultad; al paso que es muy sencillo y natural que un jóven establecido, y conocido en su barrio, venda hoy alhajas y mañana lienzos ú otros géneros, teniendo sobre todo cuidado de elegir sus compradores, como tú los elegirás, hoy en un barrio, y mañana en otro, y pudiendo dar señas de una casa decente, donde el comprador vaya á pagar, con lo cual desaparece hasta el último asomo de desconfianza... Pero, amigo, estas son bagatelas... mas tarde conocerás todo el

partido que puedes sacarse de tí, y de tu establecimiento en este barrio.

— Así lo veo... ¿pero dónde vamos ahora?

— Al Monte Pio, pedirás 400 francos por el reloj y la cadena; mas solo te entregarán 300, que desde luego aceptarás.

— Está muy bien; vamos.

— Toma el reloj.

— Luego lo tomaré.

— Como quieras...

XIV.

El encuentro.

Mi ánimo se hallaba en situación semejante á la de un hombre que está soñando, y que tiene de ello cierto vago conocimiento; por lo demás, ningun remordimiento sentía; creía que mi conducta era muy disculpable, y decía en medio de mi profundo resentimiento contra la sociedad:

— Con obstinacion la he pedido pan y trabajo, y no me ha escuchado y á viva fuerza me ha puesto en la dura alternativa de morir de hambre ó de cometer una accion infame; pero que mi infamia recaiga sobre esa sociedad empedernida y ya que no reconoce en mí *derecho á vivir*, por lo tanto, tampoco reconozco yo sus leyes.

Sin duda mi compañero leyó en mi fisonomia mis pensamientos, puesto que, mirándome atentamente:

— Así me gustas, hijo mio, — me dijo; — estás pálido, rechinas los dientes, y estoy seguro de que con un puñal en la mano no retrocederías ante diez personas.

No bien hubo mi compañero acabado de pronunciar es-

tas siniestras palabras, nos vimos obligados á detenernos en medio de un tropel, ocasionado por la aglomeracion de varios coches que llevaban direcciones opuestas: obstruida de este modo la esquina de la calle, refluian los transeuntes, y hube de pararme al borde de la acera. cuando repentinamente se me escapó una exclamacion involuntaria, por que á pocos pasos de mí acababa de divisar á Regina en uno de aquellos coches.

Iba Regina vestida de negro, y del mismo modo como la habia yo visto en los aniversarios de la muerte de su madre: un viso de palidez cubria su melancólico y hermoso rostro, que tambien parecia preocupado.

La casualidad hizo que volviése la vista hácia donde yo estaba... y que detuviese en mí su mirada triste y pensativa, como cosa de un segundo.

Mis ojos se encontraron con los suyos... Regina... Regina no pareció advertirlo.

Despejóse en este momento la calle; el coche en que iba Regina, acompañada de otra señora, siguió su camino, y Regina desapareció de mi vista.

Eléctrica fué para mí la mirada de Regina, aunque pasajera, fue un divino resplandor que iluminó de repente el abismo á cuyo borde me hallaba, y en aquel mismo instante tomé una resolucion tan espontánea como positiva. Estaba separado del Lisiado por algunas personas, que, como nosotros, habian sido detenidas durante un momento, y notando á mi izquierda una puerta cochera abierta, y bajo su bóveda el remate de una escalera, me aproveché de un instante en que mi compañero, ageno de toda sospecha, miraba á otro lado, y entré apresurado en aquella puerta, sin que el portero lo notase; subí de priesa hasta el primer piso, desde el cual hasta el quinto, seguí subiendo con lentitud, y dispuesto, en caso necesario, á preguntar por un inquilino imaginario á fin de explicar mi presencia en aquella casa.

Era mi objeto dar tiempo para que el Lisiado, causado

de aguardarme se alejara, y para que buscándome, corriese al uno ó al otro extremo de la calle. Me detuve pues algunos instantes en el último piso, bajé despues á paso lento, haciendo una pausa en cada escalon, y de este modo gané un cuarto de hora, poco mas ó menos, y salí despues con precaucion á la calle, mirando á todas partes antes de abandonar la puerta que fue mi refugio; pero el Lisiado habia desaparecido.

Metíme por el paso que forma la *Cité Bergere*, y caminé precipitado por las calles menos concurridas de aquel barrio, hasta llegar á unos solares desiertos, que por un lado lindaban con las últimas casas del arrabal, y por el otro con las murallas de París.

Era libre, y respiraba con mas dosahogo.

Habia madurado mi resolucion durante mi rápida carrera, y esto me tranquilizaba.

Tendí la vista en derredor, y junto á las últimas casas del arrabal percibí varias y profundas excavaciones, que para la construccion de casas nuevas se habian hecho, y cuyos trabajos estaban sin duda paralizados á causa de la estacion. Una clara empalizada de tablas rodeaba dichos trabajos ó excavaciones, entre las cuales habia una que apenas tenia hechos los cimientos, y en la que ví una cueva á medio hacer, pero cuya concavidad, enteramente concluida, era bastante profunda: di gracias á la Providencia que me deparaba lo que yo queria, y aguardé con ansia á que anocheciese.... pues el sol me inspiraba repugnancia.

Pascéme largo rato por aquellos desiertos solares, que en breve los envolvió una densa niebla; y cuanto mas meditaba en la resolucion que habia tomado, mas y mas acertada y mas lógica me parecia, y mas y mas me admiraba del vértigo que me habia dominado, vértigo que se disipara con la presencia de Regina.

Anocheció en tanto, y casi sin esfuerzo me abri paso por entre la empalizada: bajé á las excavaciones, y con un

poco de paja de la que cubria la piedra de silleria me hice una especie de cama ó nicho en el fondo de la cueva, puse una gruesa piedra por cabecera, y me tendí... aguardando resignado la muerte.

Vos lo sabeis, ¡Dios mio! tomé esta última y suprema resolucion, sin odio, sin ira, sin blasfemar contra mi destino... Mis malos instintos y mis culpables designios se desvanecieron con una mirada de Regina....

Mi resolucion de morir tuvo su origen en la imposibilidad de encontrar medios de subsistencia... por que no queria vivir á costa de mi deshonra... por que no tenia en fin ni valor, ni voluntad, ni fuerzas para prolongar en vano la terrible lucha que por tres dias estaba sosteniendo contra la fatalidad de mi situacion.

No me suicidaba, ni lanzaba un furioso anatema contra una sociedad implacable; no, vos lo sabeis, ¡Dios mio!.. Resignado, lleno de misericordia y de perdon, aceptaba, me conformaba con *la imposibilidad material de vivir...* del mismo modo que un enfermo paciente se resigna y sufre una enfermedad mortal.

La enfermedad que me consumia era la miseria... y esta me mataba, no yo.

Para darme muerte... tenia harto presentes las conversaciones que tuve sobre el suicidio con Claudio Gerard, quien no lo consideraba como delito; antes, al contrario, creia que podia ser heróico, sublime, aunque solo lo admitia en ciertos casos.

« El hombre que se suicida se constituye en víctima, en juez, y en verdugo, á un tiempo, — me decia Claudio Gerard; — « y solo ante el supremo tribunal de la razon y « de la conciencia es donde se debe juzgar y fallar esa « resolucion, contra la cual no se puede apelar. Por esto « es menester meditarla con madurez, con circunspeccion y sobre todo, no resolver ninguna cuestion, sin « que el alma y la conciencia hayan respondido á estas « preguntas:

« El cúmulo de tus desgracias es superior á la suma
« de tus fuerzas humanas , humanamente hablando ?

« ¿ Perjudicará á alguien tu muerte ?

« ¿ Estás enteramente convencido de que tu vida ha de
« ser en lo sucesivo inútil á tus hermanos ?

« ¡ Piénsalo bien ! por mas miserable que el hombre sea ,
« puede siempre prestar algun servicio al hombre ; si es jó-
« ven y robusto , puede defender á otro mas débil ; si inteli-
« gente y bueno , puede ilustrar y mejorar á los que la ig-
« norancia pervirtió... En una palabra no hay servicio, *por*
« *leve que sea* , que pueda compararse á la esterilidad del
« suicidio , cuando este no es heroico ni sublime por efecto
« de las circunstancias , nada hay tan parecido á una vida
« estéril como una estéril muerte. »

Bien considerado , no tenia pues derecho para darme muerte , porque si esta llegaba á noticias de Claudio Gerard se afligiria profundamente... y luego porque mi vida podia aun ser útil á Regina.

Pero yo no me suicidaba... moria solo porque no podia vivir.

Desde aquella noche empezó para mí una agonía física y moral , mucho menos dolorosa , en verdad , que lo que yo pensaba.

Casi tibia era la temperatura de la húmeda y sombría cueva , y cuando despues de la primera noche que en ella pasé en una especie de letargo , ví apuntar el pálido fulgor de la mañana por entre la bóveda de un reducido nicho , experimenté rara satisfaccion , diciéndome á mí mismo : *Ni saldré del dia* , ni por lo tanto tendré que inquietarme por la falta de pan y de domicilio...

Pasé aquel dia en una inmovilidad completa y calculada , que no tardó en producir un frio entorpecimiento en mis miembros... y con la cara vuelta hácia la pared de la cueva , y con los ojos cerrados , absorbíame los recuerdos de lo pasado.

Esta larga meditacion fue una especie de prolongada y

tierna despedida , que de lo mas profundo de mi corazon dirigia á las personas que habia querido. . .

Bambocha , Basquiña , Claudio Gerard y Regina , fueron evocados sucesivamente por mi debilitado pensamiento ; pues desde aquella noche empezaron á asaltarme los terribles embates del hambre , que felizmente se apoderaron luego de una imaginacion tan apocada ya.

Tambien entonces me asaltaron las alucinaciones compañeras del terrible parasismo llamado *el delirio del hambre* , y desde entonces perdi la conciencia de lo que me sucedió.

Apenas se distinguian los primeros albores del dia , cuando volví en mí , y noté que me hallaba tendido en un catre de tijera colocado en una especie de camarachon , desde donde alcancé á ver debajo de mí una extensa cuadra ocupada por 30 ó 40 caballos :

Parecíame que estaba soñando y , cada vez mas sorprendido , miraba en derredor , cuando vi subir alguien por la escalera que conducia desde la cuadra al camarachon ; y no obstante mi debilidad , y el aturdimiento que en mí sentia , reconocí al punto la franca y bondadosa fisonomia del cochero Simon , que me condujera el primer dia de mi llegada á París.

— ¡Gracias á Dios que abre V. los ojos! — me dijo regocijado ; — bien decia el médico que lo que tenia V. era necesidad.... ya lo hemos visto cuando así que ha bebido V. un poco de caldo.... se siente mejor.

— ¿Cómo es que estoy aquí ? — le pregunté conmovido ; — ¿gracias á V. sin duda ?

— En efecto , y mucho que me alegro , galan : verá V. como ha sido para que no se caliente la cabeza mucho en discurrir , lo cual le fatigaría á V. y no puede ser bueno ; ayer , despues de comer , una señorita , tapada con un velo , vino á mí , me hizo señal de abrir la portezuela , saltó como una ardilla y corriendo la persiana , me dijo :

— ¡Cochero , á la barrera de la Estrella ! así que estemos

en el camino de Neuilly, vaya V. al paso. — Entendido, prenda. — Me encaramo al pescante, llego al camino de Neuilly y aflojo el paso. A los cinco minutos estaba ya la señorita tirándome con todas sus fuerzas por el cuello del carrik y gritando: — Alto ahí, cochero, abra V. la portezuela. Abrola en efecto, ¿y para quién? para un jóven que entró en el carruaje diciendo: — Faubourg Montmartre, junto á la barrera, en los solares donde estan edificando. Tomé el trote, que no era corto el viaje; por el estilo de los que V. me hizo hacer cuando nos conocimos. Así que llegué al sitio los pichoncitos bajaron mas alegres que unas pascuas; sin duda habian escogido aquel paraje para que no los vieran apearse juntos. Despues que el jóven me pagó con rumbo me volvía de vacío, cuando reparé en un grupo de gente, me acerqué y pregunté: — ¿Qué es eso? — Nada; que jugando unos muchachos en esas casas que estan á medio hacer, han encontrado un hombre casi muerto de hambre.

— Esto me llegó al alma, estiré el peseuezo, y ¡qué es lo que veo! A V. pol're jóven, á mi parroquiano de marras. La verdad, no me extrañó que le ocurriese este percance. . . pero sin detenerme á pensar, cerca como estaba de la cuadra, lo que hice fue apearme y desmayado como estaba V. meterlo en mi elemento, y traerlo acá: despues se llamó al médico, dijo que se moría V. de hambre, y que se le hiciera tragar despacio un poco de caldo: así lo hicimos, y me parece que en breve querrá V. cosa mas sólida que caldo, y un buen trago de vino.

Iba yo á manifestar mi reconocimiento á tan excelente hombre, cuando me interrumpió diciendo:

— Palabra: una noticia buena nunca va sola y los *sombreros de hule* son buena gente: unos y otros nos digimos: Miguel el mozo de cuadra se ha marchado: si este pobre mozo quiere en el ínterin ocupar su plaza, el trabajo no es grande. Habitará como Miguel en el camarachon de la cuadra, cuidará les caballos por la noche, les dará de

beber por la mañana, y como á Miguel le darémos treinta sueldos diarios: cierto que no es gran cosa para quien venia á París á buscar un buen empleo; pero al cabo hay pan, y con pan... se ve venir.... esta es mi opinion. Si le acomoda la plaza de Miguel, es cosa hecha, se encarga V. de ella, luego que esté mejorado, porque el médico dice que es menester cuidarlo. No se apure por nada, aquí somos veinte, y con un escote de dos sueldos cada uno, mantendrémos á V. hasta que esté fuerte.

A Dios gracias era pasado el tiempo de mis mas dolorosas pruebas, y escuso pintar la satisfaccion, el agradecimiento con que acepté de aquella honrada gente, el inesperado socorro con que me brindaban. En pocos dias recobré la salud, y amaestrado por la experiencia y por las lecciones de Claudio Gerard, desempeñé fielmente y sin creerme humillado, una tarea, que me proporcionaba un sustento ganado honrosamente.

A las seis semanas, me dijo mi protector, el cochero:

— Querido, tengo un cuñado, portero en la calle de Provenza, en una hermosa casa de huéspedes: hay allí un puesto excelente para un mozo de recados, activo, inteligente, y que, como V., sepa leer y escribir: mi cuñado le promete la parroquia de la casa, lo cual ya da un salario seguro de tres francos diarios: ¿le acomoda á V. esto mas que ser mozo de cuadra? Si le agrada, irémos á la prefectura con el cuñado y un fiador, para que le inscriban á V. y le den medalla.... Tampoco es un oficio famoso, mas trabajará V. menos, el pan está seguro, y vamos viviendo.

Con tanto mayor placer acepté este nuevo ofrecimiento, cuanto que, á pesar de mi celo, como aquella honrada gente era un poco brusca, solia tener momentos poco agradables: no por esto se entienda, que ni entonces, ni ahora se alteró la sincera y profunda gratitud que conservo hácia los que me socorrieron en el mas apurado trance de mi vida.

XV.

Martin al rey.

Voy á interrumpir, señor, mi relato, para decir dos palabras sobre lo que precede :

« Ya habeis tenido ocasion de ver el resultado espantoso, fatal, de la explotacion de la infancia, por saltimbanquis, vagamundos y corrompidos.

« Casi todos los dias, por medio de la publicidad, se revelan hechos que vienen en apoyo de aquellos en que yo fui testigo ó actor. Sin embargo, la sociedad tolera con egoista indiferencia esas monstruosidades de que únicamente son víctimas los hijos del pobre.

« ¡Amarga burla! hay leyes (verdad es que no se ejecutan), cuyo objeto al menos es laudable.... toda vez que tienden á reglamentar la explotacion de los niños en las manufacturas; mas ¿ porqué esta ley es muda respecto de la abominable explotacion de la infancia por padres indignos ó por juglares? Esplotacion que deprava, que degrada á las infelices criaturas, y casi siempre las conduce á la prostitucion ó al robo.

« La relacion de los años que pasé en casa de Claudio Gerard, os prueban, tambien, señor, como han entendido y entienden los que gobiernan la Francia, la educacion de la poblacion rural, que compone la inmensa mayoría de la nacion: habeis visto, señor, el bienestar; la consideracion, los honores que conceden al profesor de enseñanza.

« En cualquier solemnidad, en cualquiera ceremonia pública, ¿ quién figura en primer término? El magistrado que empuña la espada de la ley, el general que maneja

la espada de la fuerza armada, el sacerdote que blande el acero de la justicia divina; todos estos representan el triste aparato de los castigos humanos y divinos, la *comprension*, la *represion*, la *intimidacion* en este mundo y en el otro.

« Mas en esos pomposos cortejos, á la misma altura que los hombres que juzgan, que castigan, y que reprimen; ¿porqué no figura jamás ese otro hombre, no menos importante en la sociedad, que el magistrado, que el soldado y el sacerdote; ese hombre, que por lo menos debiera ser tan honrado como ellos, *el instructor del pueblo*?

« Sí; el instructor del pueblo, el que ha de crear moralmente el ciudadano, instruirle, mejorarle, inspirarle el santo y ardiente amor á la patria y á la humanidad, disponerle, en fin, para el cumplimiento de todos los deberes, de todos los sacrificios que impone una vida laboriosa y honrada.

« ¡Pues qué! esos instructores que ejercen el mas sagrado de todos los sacerdocios, el de ilustrar y moralizar al pueblo, no debian ser igualados siquiera con los que cuando el pueblo falta, le juzgan, le acuchillan ó le condenan?

« Habeis visto, señor (y harto lo prueban los documentos oficiales), con qué objeto, los gobernantes de este país y sus cómplices, reducen al instructor del pueblo á la condicion mas dura, mas abyeeta, mas irritante.

« Por otro episodio de mi vida os habréis enterado, señor, de un hecho monstruoso, que debia considerarse en cualquier estado social, como un fenómeno no menos raro que espantoso, sin embargo, que el tal hecho, de puro frecuente, aflige é indigna á los corazones generosos, si bien no los admira.

« Para lograr la solucion de este problema, menester es, señor, plantearle de esta suerte:

« Supongamos un jóven robusto, inteligente, probo, que haya recibido una buena educacion elemental, que

posea un oficio manual, que esté lleno de buena voluntad, de valor, que no repugne ningún trabajo, que esté hecho á las fatigas y á las privaciones, y se contente con poco; finalmente, que no solicite mas que ganar honradamente *pan y un albergue*.

« Este hombre, con tan firme propósito, con tan completa abnegacion, con su capacidad para el trabajo ¿podrá, encontrar donde ganar honradamente *pan y un albergue* ?

« En resumen: ¿ le reconocerá la sociedad ? ¿ no pondrá trabas á sus *derechos al trabajo*; esto es, á su derecho de *vivir mediante* su laboriosidad y honradez ?

« Señor, la cuestion esta resuelta en el episodio de mi vida que acabais de leer.

« Sé que hombres graves, que los economistas, me contestarán probablemente :

« Escasean demasiado los buenos para que un hombre de buena voluntad, de capacidad é inteligencia no encuentre de fijo donde ocuparse.... tarde ó temprano.

« Si, tarde ó temprano, en esto estriba la cuestion, señor.

« ¡ Tarde ó temprano!!!

« Hallarse sin recursos de ninguna especie y encontrar una ocupacion segura á los dos ó tres dias, esto es temprano, esto es pronto, tanto que se necesita una casualidad casi milagrosa para lograr semejante resultado. Y yo apelaria á los que, como yo, tengan experiencia de tan desesperada situacion.

« Ahora bien, señor; para un hombre que de todo carece y no quiere mendigar ni robar, el encontrar al cabo de dos dias una ocupacion cualquiera.... á los dos dias, señor, es ya muy tarde, por que pocas criaturas humanas pueden soportar el hambre mas de dos dias....

« Encontrar obra á los tres dias es ya muy tarde, señor... el infeliz estará á punto de espirar.

« ¡ Dos ó tres dias ! tan poco tiempo, que pasa tan aprisa, dirán los dichosos del mundo....

« O sino:

« Personas se hallan muertas ó moribundas de hambre, verdad es: pero sucede tan pocas veces....

« Harto monstruoso es ya que en una sociedad donde á tantos individuos les sobra lo *superfluo*, haya una criatura de Dios que pueda morir por falta *de lo necesario*; ¿mas por qué son raras estas muertes?

Porque la mayor parte de los que, como yo, han conocido esa situacion horrible de ofrecer en balde los brazos, la inteligencia, el celo á cambio de un trabajo cualquiera, no vacilan en esta alternativa:

Morir de hambre honrado y puro; ó vivir á costa de la vergüenza, del vicio, ó del crimen.

« Así se pueblan las cárceles y los presidios, y así son tan raras las muertes de hambre; ¿pero qué remedio puede aplicarse? ¿la limosna? No, la limosna es impotente, la limosna degrada....

« Es indispensable reconocer y practicar este sagrado principio:

« LA SOCIEDAD DEBE ASEGURAR Á TODOS SUS INDIVIDUOS LA EDUCACION FÍSICA Y MORAL: MEDIOS É INSTRUMENTOS DE TRABAJO: UN SALARIO SUFICIENTE.

.

Al llamar la atencion de V. M. sobre las páginas anteriores no es mi intento mover vuestro interés ó compasion hácia mi persona; sino despertar vuestra conmiseracion en favor del número inmenso de los que hayan estado ó puedan estar en situacion igual á la mia.

XVI.

Las comisiones.

Aunque no gozaba de una posicion estable , hacia algunos meses que vivia libre de los contactos odiosos , horribles , que me habian mancillado; y , merced á la proteccion de mi amigo el cochero, era mozo de recados con medalla á la puerta de una casa de hospedaje de la calle de Provenza: incomprendible y doloroso era para mí no haber recibido respuesta alguna de Claudio Gerard , á quien escribí á menudo: la viuda de M. de Saint Etienne, tambien guardaba silencio, y esperaba con impaciencia la primavera para buscarme ocupacion en mi oficio de carpintero. Poco me agradaba mi tarea de mandadero , pues tenia una parte de servidumbre que me ajaba. Sin embargo, debia pasar en la servidumbre muchos años de mi vida, contradiccion que en breve explicaré.

Mi servidumbre no tenia mas compensacion (y confieso que era bastante grande) que cierto placer de observacion, facultad muy desarrollada en mi , desde que sentí imperiosamente la necesidad de aislarme con mis pensamientos, con mis recuerdos, para emanciparme de las repugnantes realidades que con frecuencia me rodeaban. De la reflexion á la observacion es rápido el camino, y sobre todo cuando á la necesidad de observacion se agrega un vivo sentimiento de curiosidad; no de curiosidad pueril y baja, sino de *curiosidad* que podria llamarse *filosófica*, sino fuera ridícula en mi boca esta palabra: cualquiera conocerá que en mi oficio de mandadero hallé un vasto campo abierto á mis estudios.

Tambien en esto pude probar la exactitud del dicho de

Claudio Gerard , á saber: «que en todas las condiciones de la vida , era ventajosa la instruccion moral y materialmente.» Como eran muy escasos los recaderos que supieran leer y escribir , naturalmente obtuve la preferencia sobre los de mi clase en varias circunstancias ; preferencia envidiada, que en un principio tuve que defender á puñetazos: por fortuna era ágil y robusto , no llevé la peor parte en estas luchas , y así fue respetada mi posicion, enérgicamente defendida: despues tuve alguna ocasion de servir con mis conocimientos de escritura ó lectura á mis antiguos enemigos de esgrima ; pero tocante á la humildad de esfera , habia aprendido bien en la escuela práctica de Claudio Gerard , que no hay situacion en que el hombre no pueda hacer ostentacion de dignidad.

Iba pasando la vida y experimentando cierto placer , ora en discurrir el asunto de las epístolas que me encargaban , ya por el interés que se me recomendaba , ya por el modo con que era recibida la carta , ó dada la respuesta. Dedicábame tambien á penetrar el carácter , las tendencias , las pasiones de los que me ocupaban á menudo ; y mis observaciones eran tanto mas fáciles , cuanto que mi humilde categoria no inspiraba recelo: así es que por palabras que no se creian á mis alcances , ó por hechos insignificantes para un observador que no fuera atento ó inteligente , me ilustraba y seguia la pista de muchos descubrimientos.

Como á nadie confiaba el resultado de mis observaciones , que no eran mas que un medio de distraer mis penas y de aumentar mis conocimientos prácticos de los hombres y de las cosas , me entregaba sin escrúpulo á mis inofensivos estudios de costumbres.

Un mes habia que me ocupaba , no solo diariamente , sino casi todo el dia , un jóven , que habitaba un cuartito en la casa á cuya puerta me hallaba yo generalmente.

Baltasar Roger , (el estudiante travieso que tanto mortificó en sus primeros años al pobre Leonidas Tiburon ,) Baltasar Roger , cuyo nombre goza hoy de una reputacion europea , era

entonces conocido solamente por algunos amigos iniciados en sus obras: este jóven poeta se hallaba dotado del corazon mejor y del carácter mas alegre y mas original que he tratado en mi vida. Era feo, pero tan gracioso, con una fisonomía tan animada, tan franca, de tan buena gana reia él mismo de sus locuras y se creia tan candorosamente las increíbles é inofensivas mentiras forjadas por él, que todo el mundo olvidaba su fealdad, para no atender sino á su bondad y á su ingenio.

A pesar de tanta jocosidad y de su chistosa facundia, la poesia de Baltasar Roger, tenia un tinte sombrío apasionado, feroz, por que el jóven escritor sucumbia por entonces á la aficion de la época, á los títulos raros y tremebundos.

Las comisiones que me daba Baltasar diariamente se prolongaban tanto por ser encaminadas á colocar sus obras, desdeñadas entonces y que con razon se disputan hoy; pero en aquella fecha los libreros se mostraban inflexibles. Despues de varias peregrinaciones por diferentes barrios de Paris, me volví tristemente en busca de Baltasar Roger, con el saco que contenia sus manuscritos.

No obstante las repulsas y los desengaños, era heroica la calma de Baltasar Roger, é imperturbable su buen humor: jamás he visto un ejemplo mas noble, mas evidente, de los consuelos, de las esperanzas y serenidad de alma que se aprenden en el trabajo y en el estudio. ¡El estudio! dulce madre *alma mater* (como decia Baltasar Roger): era pobre, falto de todo en ocasiones, y jamás le abandonaba su confianza en el magnífico porvenir de su talento: no era esto orgullo, sino prevision, conciencia y con los ojos fijos en tan esplendente lontananza, solia hacer, despierto, sueños magníficos, aunque prematuros; siendo entonces muy difícil arrancarle de sus mágicas visiones.

Una mañana me dijo al entregarme el precioso saco lleno de varios legajos de papel:

— Martin, ahí dentro llevas . . . 1.º *Un corazon desgarra-*

do ; 2.º *Las risas de Satanás*; y 3.º *Las gracias de un ahorcado*. A cada manuscrito acompañaba una carta... cada carta y cada manuscrito, se dirige á un librero diferente. Te prohibo expresamente que sueltes ningun manuscrito por una suma menor de cuatro mil francos, total doce mil francos por los tres manuscritos; pero sobre todo, Martín, sobre todo, te encargo que no recibas ese dinero sino en oro, ¿lo entiendes? en oro, es cosa convenida ya con mis editores. Nada de billetes de banco ni de escudos, nada; oro puro, ¿estás?

— Sí, señor.

— En esta caja caben muy cómodamente los seiscientos luíses; toma la llave y metela en el saco... Cuidado, Martín, mira que hay rateros muy hábiles, que te rondarán; los hay que huelen el oro desde una legua.

— Descuide V., que no faltará nada.

Me daba Baltasar Roger estas órdenes de tan buena fe, tan de veras creía en los seiscientos luíses futuros, que no obstante muchos desengaños anteriores, llegaba yo á participar de su conviccion; mas ¡ay! que la ilusion duraba corto espacio, y volvía yo de mí recado á poco de haber salido.

— ¡Supongo que no habrás aceptado mas que oro! — exclamaba Baltasar Roger, así que me descubría.

— Señor, no me han ofrecido nada.

— ¿Nada mas que billetes de banco? ¡Ah! ¡picaros!

— No señor, sí....

— ¿Escudos, eh? Pelgares: pagar la divina ambrosía en monedazas.... en viles escudos.... ¡como si fuera un especiero! ¡Debiera haber una moneda de diamantes para pagar á los poetas!

— Es que no me han ofrecido nada, señor,—decía yo tristemente.

— ¿No has visto á los librereros?

— Sí, señor.

— Pues bien, ¿y qué?

— ¿Qué? que el uno me ha dado esta carta, y los otros me han dicho que por ahora no iba bien el comercio, que no podían publicar nada, sobre todo siendo de autor desconocido.

— ¡Ah! ¡borricos! ¡ah ignorantes! — exclamaba Baltasar Roger, — ¡no conocen la fuerza del desconocido! ¡Bonaparte lo era también antes del sitio de Tolon! Acabemos... ¿con que esos Filisteos no han abierto mis manuscritos?

— No señor; ni siquiera me han permitido sacarlos del saco.

— No los han leído... ¡y los rehusan! nada mas natural, dijo Baltasar con tono altanero y tranquilo: esa falta de inteligencia les costará cara... Cien luises mas por cada manuscrito, ¿no te parece bastante, Martin?

— Señor...

— Tú eres cándido, veraz y no estás interesado en la cuestion: ¿te parece que bastan los cien luises, Martin? Me complazco en hacerte árbitro de la bolsa de esos fariseos: ¿te parece que los recarguemos con doscientos luises?

— ¡Oh, señor!...

— Sean cien luises... ¡jóven, eres clemente, eres grande! Vaya, mañana me has de traer novecientos luises en oro... por que esos brutos leerán mis poemas, yo respondo de que los leerán incontinenti... para ellos tengo un medio infalible... Vuelve mañana temprano, por que necesito fondos antes de las dos... Te prometo veinte y cinco luises, lo cual es ya una fortuna... puedes comprar una tienda... de cualquier cosa. ¡Oh! y puedes llegar á ser millonario... Lafitte entró con dos luises en París... tú tienes veinte y cinco... con que es fácil que seas veinte y tres veces mas rico que Lafitte. ¿Qué tal?... Así recompenso yo á quien bien me sirve... Mis criados pueden ser veinte y tres veces mas ricos que Santiago Lafitte... A Dios, Martin, coge las botas y no las aprietes demasiado con el cepillo por que una de esas huérfanas se reia también demasiado por el empaine. A Dios, buen mozo.

Con formalidad, con convicción esperaba Baltasar Roger todas estas locuras acerca del porvenir que me aguardaba. La exaltacion de su imaginacion grande, hacia que la esperanza mas insensata para él se convirtiera en realidad.. despertaba empero, y volvía al trabajo con infatigable ardor, permaneciendo á veces dos ó tres dias sin salir de casa.

Veinte y cinco luises me habia ofrecido el poeta, pero aunque no me hubiera dado mas que la vigésima quinta parte de esta suma, me habria venido muy oportunamente. Un mes hacia que Baltasar Roger, ocupaba todo mi tiempo en sus comisiones literarias, y aun no habia pagado nada, con lo cual iba estando un poco apurado, pues se concluian mis míseros ahorrillos.

Una vez, que, con sentimiento, le pedi dinero á Baltasar Roger, contestóme majestuosamente:

— ¡Uf! yo te reservo una cosa algo mejor que ese miserable salario cotidiano.

Esta respuesta, no muy comprensible, me privó de reiterar la solicitud. Era tan bueno Baltasar Roger, tan franco, que daba pena humillarle. Me resigné por tanto á esperar, sin saber como saldria de aquella situacion en caso de que se prolongase.

Aunque yo no creia en los veinte y cinco luises de propina, ni en la cobranza de los novecientos, parecia Baltasar tan persuadido y tanta era mi necesidad de ver personalmente realizadas sus esperanzas, que casi involuntariamente participé un tanto de ellas.

Mas ¡ay! al dia siguiente nuevo desengaño. No contentos los libreros con negarse á leer las cartas y recibir los manuscritos, me despidieron poco menos que á empellones.

Subia yo lentamente los cinco pisos de la habitacion de Baltasar Roger, con el saco de manuscritos debajo del brazo y en la mano la inútil caja, discurriendo de que modo menos ofensivo para su amor propio de poeta, podría pedirle algo a

cuenta ; pues por no pagar me acababan de despedir de un cuartito que ocupaba en la calle de S. Nicolás. Llegué á la puerta de Baltasar Roger, que estaba abierta : con no poco asombro ví una maleta y un saco de noche en la pieza del recibimiento, y por la puerta entornada oí en el gabinete del poeta carcajadas y alegres exclamaciones, entre las cuales cogí estas palabras :

— ¡El bueno de Roberto!... querido amigo, ¡qué grata sorpresa...!

Al oír el nombre de Roberto, me acordé del viajero cuyo equipaje habia yo conducido al tiempo de su desembarque en el vapor. Este personaje, á pesar de su disfraz, habia sido conocido, preso en mi presencia y conducido sin duda á la cárcel. Fijé la vista en la maleta, y recordé las mismas señas que ya habia yo visto : el conde Roberto de Mareuil. No habia ya duda, se trataba del amigo de infancia de Regina, de aquel Roberto que indicó como un rival mi desconocido de la taberna de las *Tres Cubas*.

Después de su inesperada y rápida aparición, ante la cual se desvanecieran mis funestas resoluciones, no habia vuelto á ver á Regina ; pero mi insensata pasión, lejos de calmarse, habia crecido entre los duros trances que hube de pasar, teniendo siempre presente en mi memoria aquellas palabras de Claudio Gerard :

« Dios no está al alcance de nuestras miradas, y sin embargo le adoramos, le respetamos, conocemos que nos guía y que nos sostiene en el buen camino.... así sucede con tu amor á esa jóven misteriosa, estrella de tu vida. »

Así habia sucedido : mi adoracion á Regina invisible y ausente, me habia proporcionado fuerzas para combatir las seducciones, irresistibles casi á causa de mi miseria.

Por tanto, el encuentro con Roberto de Mareuil, por mil razones tenia para mí un interés vivísimo ; y laténdome el corazón, toqué á la puerta donde estaban Baltasar y Roberto.

— ¡Adelante ! — dijo el poeta

Y añadió al verme, con entusiasta y regocijado rostro:

— ¡Roberto, llegó el galeon de Indias! Llegas oportunamente, porque nos vamos á dar un baño de oro....

Al mismo tiempo el poeta, con los ojos centelleantes como ascuas, se apoderó de la famosa caja que yo tenía en la mano, y al observar su leve peso encogióse de hombros, exclamando en tono de impaciencia y reconvención:

— ¡Bah! ¿billetes de banco tenemos? ¿Papelucos sucios y mugrientos de tanto andar en manos de cajeros?

Imposible es pintar la expresion de disgusto real y positivo con que Baltasar Roger abria la caja, que debia contener los innobles billetes de banco.

Abierta la caja, nada vió; pero tranquilo y altivo, ni pestañeó siquiera.

— ¡Hola, Baltasar! dijo Roberto, que sin duda estaba al corriente de los caprichos de su amigo: pues ¿y el baño de oro?

— Espera á mañana, — contestó majestuosamente Baltasar; — y en vez de tomarle en un baño innoble y mezquino, tomaremos el baño de oro... ¡en un rio! Sí; nadaremos en un Pactolo y chapuzaremos á todo el mundo, y nos hundiremos hasta las orejas.... Mientras llega tan afortunado momento, no nos separaremos. Hay una habitacion próxima á esta.... ocúpala.

— Ese era mi proyecto, — dijo Roberto: — ¿pensabas que fuera á vivir á otra parte? ¡Ah! tengo que anunciar mi llegada á mi primo, es muy urgente.

— ¿Qué primo es ese? dijo Baltasar. Tengo zelos de ese primo: ¿cómo se llama?

— ¡Bah! el baron de Noirlieu.

— ¡Oh! sí, aquel hombre tan original é intratable. El padre de la chica que tú...

Una seña de Roberto le hizo callar, se miraron los dos amigos, y así no pudieron notar mi turbacion.

El baron de Noirlieu era el padre de Regina.

— Te comprendo, Roberto, dijo Baltasar á su amigo. En negocios tales, lo primero es la discrecion, y lo segundo la discrecion tambien. Mas no temas... Martin, aquí presente, y á quien te recomiendo, es la sencillez, la probidad en persona; su fortuna es ser bobo como un ganso, ágil como un gamo, y puntual como un reloj... circunstancias que le hacen un mensajero sin igual... Reclamo tu proteccion para Martin.

Por un momento clavó en mí los ojos Roberto con distraccion desdeñosa; bajé los míos, temeroso de que me conociera, mas fue mi temor vano, y Roberto le dijo á su amigo.

— ¿Quién es este mozo?

— Mi recaudador, — contestó Baltasar, envolviéndose en su raída bata; — es un tesoro de probidad; desde que le ocupo ni un céntimo me ha faltado en las cuentas que me da.

— Lo creo sin que lo jures, respondió Roberto riendo, y como su empleo de recaudador no le ocupará demasiado, me permitirás que le encargue una comision.

— Te autorizo para ello, Roberto.

— Ante todas cosas, dame recado de escribir.

— Roberto, no ignoras que hay dos clases de hombres privilegiados, en cuyas casas las plumas estan siempre retorcidas á guisa de bocina, y la tinta en forma de engrudo. Estas dos castas de hombres, son los porteros y los poetas. Así, pues, en calidad de poeta, mira todo lo que puedo hacer por tí.

Con la mano le indicó Baltasar á su amigo un bote de pomada, dentro del cual habia una especie de barro negro: era tal aquella espesa viscosidad, que en medio se habia quedado clavada una pluma chiquituela y roída,

— Ahora papel, dijo Roberto de Mareuil, buscando en balde lo que le pedia sobre la mesa del poeta, donde, en cambio, habia una chinela, una botella, un par de despabiladeras y una levita; finalmente, despues de numerosas investigaciones, toparon los dos amigos con una hoja de

papel decente, se deslió un poco de tinta, hizose un sitio el conde á un ángulo de la cargada mesa y se puso á escribir, diciendo á su amigo:

— El caso es que no sé si esta carta servirá de algo...

— Sepamos á quien escribes.

— A mi primo.

— ¿Al baron de Noirlicu?

— Al mismo.

— ¿Y porqué no ha de servir tu carta?

— Porque dicen que el baron está medio loco.

— ¡Calle! ¿porqué?

— De pena.

— ¿De pena?

— La misma de que Jorge Dandin se quejaba á sus suegros, respondió Roberto de Marcuil, haciéndole á su amigo una señal de inteligencia.

De fijo los dos creian que aquellas palabras eran incomprendibles para mí.

— ¡Ta, ta, ta, pobre baron! con un acento de cómica compasion: por eso se vuelve loco... ya se ve, como es cosa que se sube á la cabeza... Mas perdóname, Roberto, este chiste es notorio. Hablando con formalidad, la tal locura, si es cierta, le habrá hecho perjuicio.

— ¿Porqué? — exclamó al punto Roberto, levantando la cabeza.

— ¡Bah! por lo que tú sabes mejor.

— Al contrario, — dijo Roberto, mirando fijamente al poeta.

— ¿Cómo, al contrario?

— Como lo oyes.

— Es que yo hablo de doña Elvira... ó, si mejor te cuadra, de doña Ana, ¡oh! ¡don Juan! — repuso Baltasar.

— Precisamente, — contestó Roberto, — colocado en su pedestal el comendador, no estorba á nadie.

— ¡Ya! ¡ya! te comprendo, — dijo Baltasar; — ¿pero será facil cerciorarse de la locura del baron?

¡No tan fácil!... anda allí un mulato viejo, un tal Melchor, criado de confianza, que no permite á dos tirones que se acerque nadie al baron.

— Bien, se le camela al cancerbero, se toan an informes... ¿ Quien va á llevar la carta ?

— Ese mozo, — contestó Roberto, — designándome con un ligero movimiento y sin dejar de escribir.

— Tengo una idea, — exclamó Baltasar.

Y meditando maduramente su idea sin duda, púsose á pasear por el aposento; mientras el conde Roberto de Mareuil terminaba su carta.

XVII.

Martin en casa de Regina.

Necesité hacer un grande esfuerzo sobre mí mismo para permanecer, en la apariencia, enteramente insensible y extraño á aquella conversacion, que tocaba en lo mas vivo de mi corazon. Iba á saber donde vivia el padre de Regina, y quizá tambien á verla á ella.

Merced á las lecciones de Claudio Gerard, estaba bastante familiarizado con las obras maestras de nuestro idioma, para comprender el sentido de la comparacion tomada del D. Juan. Se trataba de Regina y de que *estorbara* menos la dolencia de su padre, si salia cierta....

Que *estorbara* menos.... ¿ los proyectos de Roberto sin duda? ¿ Y qué proyectos eran estos? Esto me faltaba saber y me producía una vaga inquietud.

Se me figuraba conocer lo suficiente á Baltasar para poder estar seguro de que no se prestaría á designios malévolos, mas ignoraba los antecedentes y el carácter de Roberto de Mareuil. Todo cuanto sabia de él era que tres meses antes

fué preso. ¿Salía ahora de la cárcel? ¿Ignoraba su prision Baltasar? Tales eran los pensamientos que me absorbían por el pronto.

Me importaba demasiado el penetrar lo que Roberto podía dar de sí, para no estudiar su fisonomía con suma atención; y en este exámen me entretuve mientras tanto que Roberto escribía, y que Baltasar se pasaba con ademán meditabundo.

Observando con curiosidad á Roberto de Mareuil, solo noté por entonces que llevaba un traje blanqueado ó lustrado por el uso, que el sombrero iba en decadencia, lo mismo que las botas, y que la camisa tenía una blancura dudosa. Sin embargo, tal era la elegancia natural; la gracia de aquel jóven, que en un principio no me chocó la pobreza de su atavío: su rostro, sin ser hermoso, tenía notable encanto y expresion: rizábansele naturalmente los cabellos castaños, era sedosa su barba y tenía maneras altivas y desenvueltas, ojos vivos y atrevidos; al paso que el labio, ligeramente fruncido, la nariz recta y afilada, denotaban astucia y resolucion.

El conjunto de sus facciones, mas bien era atractivo que repulsivo; y con todo, fuera prevencion ó instinto, en algunas arrugas de su frente, en algunos guiños de ojos que hizo escribiendo, se me figuró traslucir un fondo falso, insidioso, duro, que me sorprendió.

Estaba silencioso, inmóvil á la puerta, poniendo una cara tan abrutada como me era posible, mientras se concluía la carta; y entre tanto el poeta, arriba y abajo, seguía madurando su idea: al fin debió lograrlo, por que párándose de pronto, me dijo:

- Martin, eres un muchacho honrado y leal.
- Señor, es favor...
- Quiero asegurarte un establecimiento honroso.
- ¿A mí, señor?

Ingenuamente creí que otra vez iban á salir á relucir los veinte y cinco luises de propina, con que podía ser veinte y

fres veces mas rico que Santiago Lafitte; pero me llevé chasco. Con increíble modestia solia olvidarse de los millones de que le dotaba su fecunda imaginacion, y que él repartia á los demás.

— Sí, Martín, — prosiguió: — quiero asegurar tu suerte.

— Muchas gracias, señor amo.

— Ven acá, dime: desde que haces recados míos, me parece que no te he pagado nunca.

— No señor, pero....

— No hablemos de esa miseria: todo se arreglará... y pronto. Atiende: mi amigo el conde Roberto de Mareuil va á vivir conmigo: en vez de tenerte en clase de criado alquilon, nos acomoda mas tener un criado leal y listo: ¿quieres acomodarte de criado nuestro?

— Señor....

— Oye antes de responder. Tendrás casa, comida, ropa limpia, vestido, calzado, betun, luz y cama.... Además se te señalarán cincuenta francos mensuales de salario que se capitalizarán y se te pagarán todos los años con los intereses. No tienes idea, Martín, de lo que es la capitalizacion de los intereses.... y de los intereses de los intereses. En cincuenta años, sin mas que tu salario, puedes llegar á ser archi-millonario. ¿Te acomoda?

No podia zafarme de la fatalidad de los millones.... veinte y tres veces mas rico que Santiago Lafitte.... archi-millonario con la capitalizacion, no tenia escape. Lo que vi mas claro en la oferta de Baltasar fue, que viéndose por entonces bastante apurado el excelente hombre para pagarme, le pareció mas expedito el recurso de tomarme por criado.

Antes de que llegara el conde habria rehusado la oferta del poeta y mudado de barrio, interin llegaba la primavera, á fin de no incurrir otra vez en la tentacion de encargarme gratis de las comisiones de Baltasar; pero, á pesar de su exaltacion loca, era tan bueno su corazon y tan generoso su carácter, que le queria de veras mas; la presencia de Rober-

to y un sentimiento vago de temor por Regina me indujeron á aceptar provisionalmente aquella proposicion: por débil que fuera el lazo que iba á unirme á la existencia de Regina, asime á él, confiado en poder prestarla algun servicio, y continuar la mision oscura y desconocida que comenzara por el culto de la tumba de su madre.

Creyó Baltasar sin duda que estaba reflexionando la proposicion, puesto que me dijo:

—No te des prisa á contestar, Martin; pero una vez tomada, sea inmutable tu resolucion.

Temeroso de inspirar sospechas si aceptaba demasiado pronto, contesté vacilando:

—Pero, señor, no sé si podré.... se necesitan tantas cosas para ser buen criado....

—Posees todos los requisitos necesarios, y sobre todo eres candoroso y simple.... eres de los que tienen prometido el reino de los cielos, y algun dia se engalanarán con un par de alas blancas que les acaricien los lomos por una eternidad. Libreme el diablo de los Frontín, de los Scapin, de los Figaros. ¿No sabes lo que estos nombres significan? ¿Me miras con aire estúpido, buen Martin? mejor que mejor; así te quiero yo. Solo un defecto tienes, el de saber leer.... ¿pero por lo menos no sabrás escribir?

—Con perdon vuestro, sí señor, un poquillo.

—Eso es malo, pero nadie es perfecto en este mundo. Sin embargo que con aplicacion puedes llegar á olvidar tambien.... Con qué dime: ¿quieres ser nuestro criado?

—Si V. cree que serviré, yo por mí bien quisiera probar.

—Eres nuestro..... cuarenta y cinco francos te doy de propina, que se capitalizarán con lo demás....

—Gracias, señor amo.

—No hay de que. —Roberto, ¿has acabado tu epístola?
—preguntó Baltasar á su amigo.

Como no se daba este prisa á contestar, por hallarse absorto leyendo otra vez su carta, volvió Baltasar á llamarle.

—¿Roberto, en qué estás pensando?

—Leia lo que acabo de escribir, —dijo el jóven, cerrando la carta.

Se necesitaba lacre, ú oblea por lo menos; pero lastimosamente no habia ni uno ni otro.

—¿Qué? —dijo Roberto, —¿no hay medio de cerrar una carta? ¿Pues cómo te compones?

—No las cierro nunca, —contestó Baltasar con toda la sencillez de un espartano.... Los desafio á que las lean..... hago mas.... lo permito.

¡Cáscaras! lo creo, por que se necesita clave para leer esos geroglíficos.... y aun así.... muchas veces hay que adivinar... que improvisar; pero yo no tengo, como tú, una letra á prueba de indiscretos.... desearia poder cerrar esta carta.

—Ya sé como, —exclamó de repente Baltasar.

De encima de una cómoda tomó un enorme rollo del papel que usan para sus planos los arquitectos, y que en efecto se componia de planos.

—¿Qué diablos traes? —preguntó Roberto admirado.

—Es el plano del palacio que he mandado hacer para mi uso, —contestó Baltasar modestamente.

—¿Tú un palacio?

—Pasado mañana se da principio, y tú, Roberto, tú puedes colocar la primera piedra, —dijo Baltasar estrechándole á su amigo la mano cordialmente.

Dirigiéndose á mí en seguida, añadió el poeta con la mayor gravedad:

—Será preciso que mañana hagas diligencias para encontrar una llana de plata y una artesa de ébano, que hacen falta para la ceremonia. ¿Se te olvidará, Martín?

—No señor, —contesté atónito, de veras esta vez, por que creia en lo del palacio.

Pero Roberto, mas familiarizado que yo con las aprensiones de su amigo, le dijo con la mayor sangre fria:

—Bueno.... pasado mañana colocaré la primera piedra de tu palacio; pero....

— ¡En el Faubourg Saint Antoine! — exclamó el poeta exaltado; — quiero ensanchar la poblacion por esa parte, que es el antiguo barrio aristocrático de París. Tendré imitadores, y fundaré una capital dentro de la capital... La capital es la nacion, la nacion... es la Francia; la Francia es la cabeza de Europa... pues bien, yo bautizaré mi nuevo barrio llamándole: *Barrio de Europa*.

— Corriente, — dijo Roberto, temiendo un nuevo arranque del vagamundo pensamiento del poeta: — haz tu palacio donde dices, y en el ínterin cerremos mi carta.

— Justamente, — dijo Baltasar encogiéndose de hombros y desplegó la enorme hoja de papel donde estaba en efecto el plano de un espléndido palacio cercado de jardines. Elevacion, frente, costados, nada faltaba, y entre medias se habian añadido algunas tiras de papel pegadas cuidadosamente.

— ¿ Ves estas tiras? — dijo Baltasar á su amigo.

— Baltasar, que mi carta está abierta y es lo que urge.

— Estas tiras son aumentos, cambios que sucesivamente he ido haciendo en el plan primitivo de mi palacio... Se escribe, se corrige un monumento, lo mismo que un poema; un palacio es un poema de bronce y mármol, y nada mas...

— ¡ Baltasar, mi carta! — repitió el conde imperturbable.

— ¡ Ya estamos! por eso te hablo de estas tiras... ¿ Con qué las pego yo? con este pedazo de cola de boca... Dime ahora que no voy flechado al hecho... Despues hablaremos del palacio y darás tu opinion: tengo que encargar los adornos de los jardines, que se reducen á cincuenta ó sesenta grupos ó estatuas del mejor mármol... Me encuentro muy indeciso. Pardiex, es muy delicioso, modelo de elegancia y gracia... mas el cincel de David es muy enérgico... severo y grande. Antonio Moyne y Barrye se distinguen por la originalidad... Vaya... la eleccion es apurada... Otro tanto me sucede con las pinturas... Delacroix; Pablo Delaro-

che, Mayne Duval harán algunas.... Yo deserría ocupar á M. Ingres, pero el duque de Luynes le tiene embargado para su quinta y es un dolor.... ¡Ah! Roberto, Roberto, —añadió el poeta melancólicamente, — ¡como comprendo ahora los disgustos, las contrariedades de los Médicis!

Apoderado Roberto del precioso pedazo de cola de boca, se ocupaba en cerrar su carta del mejor modo posible, sin cuidarse mucho de los lamentos del poeta; pero yo quedé plenamente convencido, en vista del plano añadido, y sobre todo el encargo de la llana de plata y la artesa de ébano para la colocacion de la primera piedra hicieron en mí un efecto irresistible. Comencé á creer que era Baltasar uno de esos millonarios estrambóticos que se complacen en ocultar sus tesoros bajo aparente pobreza; así es que no me pareció extraordinaria la propina de veinte y cinco lises: empero, pensamientos mas graves me preocuparon cuando Roberto me dijo al entregarme su carta:

— ¿Sabe V. donde está la calle del Faubourg de Roule?

— Sí, señor, sobre poco mas ó menos. No hace mucho tiempo que estoy en Paris; pero preguntaré, y estoy seguro de encontrarla.

— Te diriges al n.º 119.

— Está muy bien.

— Y preguntas por el baron de Noirliou.... Bien que tú sabes leer y en el sobre va el nombre.

— Está muy bien.

— ¿Y mi idea? — exclamó Baltasar interrumpiendo á su amigo.

— ¿Cuál?

— Saber si en realidad está el baron en la posesion de Hamlet ó de Ofelia, de resultas de haber estado en la de Jorge Dandin.

— Ya, —dijo Roberto;— ¿pero como averiguarlo?

Encogióse de hombros el poeta, y me dijo:

— Así que llegues en casa del baron de Noirliou, díces al portero que tienes que entregar una carta al baron.

— Está muy bien.

— Al baron en persona. — Solo á él has de entregársela: ¿entiendes?

— ¡Toma! hago lo que puedo.

Con ademan triunfante, volvióse Baltasar hácia su amigo exclamando:

— ¡Cuando yo decia que este no será jamás un Frontin!

— ¡Que! — repuso Roberto impacientado, — ¿no entiendes que solo al baron has de entregar la carta?

— ¡Ah! ya, sí, que no se la dé á nadie mas que al señor baron.

— Gracias á Dios, — dijo Baltasar. — Otra cosa.... ¿tienes memoria?

— ¿Qué dice V, señor?

— ¡Oh tesoro de inocencia! ¿cuando ves ú oyes alguna cosa, lo recuerdas luego?

— ¡Ca! no señor, dos ó tres dias despues no me acuerdo casi de nada.

— ¡Bueno! al entregar la carta al baron, mírale con atencion, examina su cara observa lo que haga, oye lo que diga al recibir ó leer la carta.... Cuidado con tener muy presentes estas cosas, y en seguida vienes á decírmelas.... ¿Me parece que en tan poco tiempo no las olvidarás?

— ¡Ca! no señor, así de corrido.... pero mañana, por ejemplo, todo voló.

— Repito que en este mozo he descubierto el anti-Frontin, — exclamó Baltasar.

— Si te preguntan de quien es la carta, — añadió el poeta, — dices que del conde Roberto de Mareuil, que acaba de llegar.

Titubeó Roberto un instante, y continuó:

— Que acaba de llegar.... de Bretaña.

— ¿De Bretaña, lo entiendes? — me dijo Baltasar; y se me figuró que reprimia una carcajada, — De la Bretaña.

— Está muy bien.

— Corre... despacha, — dijo Roberto. .. En seguida aña-

dió: — ¡ Ah! se me olvidaba... si por ningún estilo te consienten ver al baron , te traes la carta y dices que volverás mañana á las nueve.

— Muy bien.

— Al mismo tiempo , — continuó Roberto , despues de una pausa , — observa si entre los criados que te reciban hay algun mulato.

— ¿ Mulato ? ¿ Qué significa eso ?

— Un hombre de color de plomo , sobre poco mas ó menos , — dijo Baltasar.

— Bien , bien , ya estoy.

— Si por acaso , — prosiguió el conde Roberto con alguna turbacion , — te presentan al baron , y ves junto á él una señorita... muy linda... con tres lunares en el rostro... no puedes equivocarla....

— Ya , ya.

— Observa si está muy pálida , si parece triste.

— Eso no es difícil , — añadió el poeta.

— Yo lo creo , uno que está pálido y triste , se vé de cien leguas.

— Ea, ilustre Martín , — dijo Baltasar , — desplega tus alas y echa á volar por esas escaleras.

— Me encaniné á la puerta ; pero antes de salir volví atrás , y dirigiéndome candorosamente á Baltasar , le dije:

— Señor , ¿ dónde he de ir por la llana de plata ?

— ¿ Cómo ? — saltó el poeta , abriendo unos ojos como puños.

— Si , por la llana de plata que V. me mandó comprar

— ¿ Tú ? — repuso el poeta mirándome.

— Y una artesa de ébano tambien.

— Una artesa de ébano.

El poeta se hacia cruces.

— ¡ Si ! ¡ hombre ! — exclamó Roberto soltando una carcajada , — para la *ceremonia*.

— ¿ Qué *ceremonia* ? — preguntó el poeta mas asombrado , dirigiéndose á su amigo

— La de la colocación de la primera piedra.

— ¿ De qué ?

— De tu palacio.... ¡ desmemoriado !

— ¿ De mi palacio ?

— De tu capital dentro de la capital , de tu barrio de la nueva Europa. ¿ En qué diablos estás pensando, Baltasar ?

— ¡ Bah ! ¿ porqué no lo dices de una vez ? exclamó el poeta: — sueltas de una á una las palabras, como cuentas de rosario.... En efecto necesito que Martín me compre una llana y una artesa consagradas.

— ¿ Dónde venden eso ? — pregunté al poeta: — el caso es que yo no tengo dinero.

— ¡ Palabra ! — exclamó Baltasar como asaltado de una reflexión repentina.

— ¿ Qué día es pasado mañana ?

— Hoy es martes, — dije, — con que pasado mañana viernes.

— Jueves, hombre, ¡ jueves ! es posible, ¡ la víspera de un viernes ! — exclamó el poeta con un arranque de espanto y de indignación, — colocar la primera piedra de un palacio la víspera de un viernes, para que se derrumbe sobre mi cabeza.... ¡ Fatalidad ! ¡ qué agüero ! ¡ qué triste pronóstico !

Lentamente , y casi conmovido añadió:

— No, Martín, no traigas llana ni artesa.... — dijo — como no quieras ver á tu pobre amo sepultado bajo los escombros de su palacio.

— Señor.... como yo....

— No dudo de tu buen corazón. Vé á ese recado y vuelve pronto.

— Voy corriendo, — le dije ; — y al cerrar la puerta, oí al poeta repetir:

— En víspera de viernes, ¡ jamás ! ¡ para estas cosas soy tan supersticioso como Napoleón !!!

Me encaminé hácia el Faubourg de Roule con una impaciencia febril, devoradera

Tambien estaban las señas de la casa del baron de Noirlieu en el pergamino que yo habia visto adornado de una corona real y figuras simbólicas. El pergamino que yo encontré en la cartera que contenia las cartas de la madre de Regina.

XVIII.

Regina.

Llegué muy pronto al barrio donde estaba la casa del padre de Regina: exteriormente no vi mas que una larga tapia, en medio de la cual habia una puerta cochera: cerca de esta puerta se hallaba parado un coche con dos arrogantes caballos. Al acercarme creí conocer la misma librea que llevaban los criados del vizconde Escipion Durival, y que habia visto en nuestra escena del bosque de Chantilly.

Sorprendido de este encuentro, y deseoso de aclarar mis dudas, me dirigí al cochero, y fingiéndome pasmado de la hermosura del tren, dije:

— Este soberbio carruaje y esos caballos magníficos, ¿no pertenecen al señor conde Durival?

— Si; — contestó el cochero desdeñosamente.

Mi interés y mi curiosidad se aumentaron. Me habia hablado Claudio Gerard del conde Durival con una aversion tal, me le habia pintado con tan negros colores, que se aumentó mi inquietud al pensar en los motivos que pudieron llevar al conde á casa de Regina; por que entonces recordé que el desconocido de la taberna de las *Tres Cubas* me habló de un hombre de edad madura que era un rival por que pretendia á Regina.

Lleno de interés y curiosidad, llamé á la puerta; me abrieron; y no viendo portero, me encaminé hácia un grau

pabellon situado entre el jardín y el patio. En los primeros escalones de un ancho vestíbulo, apareció entonces el mulato que solia acompañar á Regina en sus viajes por el aniversario de la muerte de su madre: el mulato vestía de negro y era su facha áspera y siniestra.

— ¿Qué se le ofrece á V. ? dijo saliéndome al paso.

— Descaría hablar con el señor baron de Noirlieu.

Miróme el mulato de pies á cabeza, como sorprendido de mi osada pretension, y respondió volviéndome la espalda :

— El señor baron no recibe á nadie.

— És que tengo que entregarle una carta.

— ¡ Una carta ! — repilió volviéndose, — es diferente, ¿ dónde está ?

— Me han dado orden de no entregarla sino al señor baron en persona.

— Ya he dicho á V. que el señor no recibe á nadie. Déme V. pues la carta.

— Imposible, caballero; es muy importante y tan solo al señor baron....

— Si no me la quiere V. dar, échela al correo, contestó el mulato con aspereza.

— No es posible, necesito llevar la respuesta.... Si hoy no puedo ver al señor baron, indíqueme V. á que hora he de volver mañana.

— ¡ Háse visto una terquedad por el estilo !, — exclamó el mulato amostazado. Repito que no puede V. ver al señor baron, ni hoy, ni mañana, ni esotro dia. ¿ Me explico ? Déme pues la carta, ó váyase V.

— El señor conde Roberto de Mareuil que me envía, — añadió observando con atencion al mulato, — me mandó....

No me dejó concluir, y estremeciéndose al oír aquel nombre, — exclamó :

— ¡ Está en París Mr. de Mareuil !...

Ibale á contestar, cuando un ruido de puertas y de pasos

le hizo al mulato volverse.... Al mismo tiempo vi aparecer un hombre jóven aun , de elegante apostura, y cuyas marcadas facciones revelaban altanería y dureza.

— ¿Mando entrar en el patio el coche del señor conde? — dijo el mulato respetuosamente.

No me quedaba duda , aquel personaje era el conde Durival.

— Es inútil , Melchor , — contestó el conde afectuosamente , y al bajar añadió :

— Escuche V.... tengo que hablarle.

Asi despacio , se encaminó al portal el conde hablando en voz baja con el mulato con cierta animacion.

Aprovechando el momento de libertad que la casualidad me proporcionaba , dirigí á todos lados miradas furtivas , inquietas y curiosas. Regina vivía sin duda en aquella casa ; pero por mas atencion que puse nada pude divisar.

De pronto , dentro del piso bajo de la casa , cuyas ventanas se abrian al nivel del vestibulo , fuese percibiendo ruido de voces , como si dos personas discutiesen con calor : casi al mismo tiempo se abrió de golpe una ventana y apareció Regina con la mejilla inflamada , arrasados de lágrimas los ojos , y con una fisonomía altiva á la par que dolorosamente irritada.

— No , no , — exclamó con voz alterada : — ¡jamás!

Pasóse la jóven la mano por la frente , como para dominar su emocion , y se apoyó un momento en la ventana , cual si quisiera poner término á una conversacion que la indignaba y refrescar en el aire libre su abrasada frente.

El mulato y el conde Durival , que seguian conversando en el portal , no pudieron oír el ruido , ni ver á Regina.

Jamás me habia parecido tan imponente la belleza de esta : sus largos cabellos negros , divididos en dos espesas trenzas rodeaban su rostro puro , casto , altivo como el de la Diana antigua ; un vestido negro muy sencillo , que hacia destacar su noble y esbelto tallo , completaba el serio conjunto de la figura de aquella jóven

Contemplábala yo con tímida y respetuosa atención; é involuntariamente se anegaron en lágrimas mis ojos al decirme á mí mismo :

— Pobre desventurado, oculta ese amor que es tu vida, tu fuerza, tu perseverancia en el buen camino; oculta ese amor en lo mas recóndito de tu corazón: ignore para siempre esa única divinidad de tu alma que á ella diriges tu culto, que á ella invocas, que te sacrificas por ella.... en cuanto pueda serle útil la adhesión desconocida de una criatura oscura y miserable como tú....

Dominada sin duda Regina por una emoción violenta, no había reparado en mí, porque miraba al frente, y yo solo la veía de perfil, medio oculto como estaba por la puerta; pero habiendo vuelto por casualidad la cabeza hácia donde yo estaba, retiróse la jóven, cerrando tras sí la ventana.

Tan rápido fue el movimiento, que era imposible que ni siquiera hubiese mirado Regina: reparando en un bulto se habría retirado.

En tan breve espacio pasó esto, que cuando el mulato, después de saludar respetuosamente al conde Durival, abrió la puerta, ya había desaparecido Regina y cerrábase la ventana.

Iba á salir el conde, ya tenía el pié en el umbral cuando dijo en voz alta al mulato, que se venia para mí, descontento por haberme dejado solo.

— Melchor, me olvidaba rogar á V. que recuerde al baron que mañana á las dos vendré por él y por la señorita Regina para ir al Louvre.

— Lo tendré presente, señor conde, — dijo Melchor volviendo á saludar.

Así que salió el conde, se me acercó el mulato rápidamente.

— ¿Porqué permanece V. en esa puerta? me dijo con desconfianza.

— ¡Toma! como no sé donde tengo de estar, esperaba aquí.

— Debía V. bajarse al patio, y añadió despues de una pausa :—¿Me ha dicho V. que queria entregar al señor baron una carta de Mr. Roberto de Mareuil ?

— Si, señor.

— ¿Hace mucho que está en París, Mr. de Mareuil? — preguntó Melchor, clavando en mí una mirada penetrante.

— Ha llegado esta mañana.

— ¿Dónde vive?

— Calle de Provence, fonda de Europa.

— ¿Es V. criado suyo?

— No señor; soy demandero.

Melchor reflexionó un momento y me dijo :

— ¿Y la carta?

— Aquí está; pero tengo orden de no entregarla sino al señor baron personalmente.

— Sígame V., — contestó Melchor, y pasó delante.

Le seguí atravesando el vestíbulo; dió vuelta por un corredor, abrió la puerta de una especie de salon de descanso, y haciéndome señal de que aguardara, se entró en otro aposento.

Sencillamente amueblada estaba la habitacion donde quedé, y casi del todo cubrian la pared numerosos cuadros de familia, que por los trajes debian alcanzar á épocas muy remotas; puesto que en el fondo negro de uno de los retratos, que representaba un caballero con casco y coraza, ví escrito: *Gaston V., señor de Noirlicu, 1220*. Casi todos los retratos ostentaban los blasones de tan antigua casa con esta leyenda: *Fuerte y fiero*.

La divisa me recordó la expresion, enérgica y orgullosa que acababa de observar en el semblante de Regina, hija digna de aquel linaje.

A poco rato volvió el mulato, y me dijo con ironía :

— Como ya le dije á V. el señor baron no puede recibir á nadie, ni hoy, ni mañana, ni esotro dia: deje pues la carta, ó échela V. al correo.

Convencido de la inutilidad de insistir, me retiré sin de

jar la carta, acompañado del mulato, que salió á cerrar la puerta.

Pero en un cuarto de hora recogí bastantes noticias: ignoraba si podian interesar á mi nuevo amo, tanto como á mí me interesaban.

Sabia primeramente que el conde Durival, hombre orgulloso, egoísta, depravado por testimonio de Claudio Gerard, se hallaba en relaciones bastante íntimas con el baron y con Regina, toda vez que al dia inmediato debia llevarlos al Louvre: prueba evidente de que no era muy peligroso el trastorno del baron, cuando se proponia ir á la exposicion de pinturas.

Aquel mismo dia, inmediatamente despues de la salida del conde Durival, debia haber tenido Regina una discusion muy acalorada con el baron, discusion demasiado penosa, supuesto que la jóven, llorosa, habia terminado la reyerta con una negativa tan resuelta.

Finalmente, segun las trazas y la frialdad con que era acogido mi mensaje, no debia profesar el baron grande afecto á su primo Roberto. Agregando á estos hechos el recuerdo del desconocido de la taberna de las *Tres Cubas*, sentia un vago temor por la suerte de aquella jóven: quizá su mano era codiciada por los tres personajes, á saber:

El conde Durival, cuyo odioso carácter me revelara Claudio Gerard. El desconocido que se disfrazaba con miserables harapos para ir á emborracharse con aguardiente en las tabernas y figones de las afueras. Roberto de Mareuil, recientemente preso, pobre en la apariencia y que me inspiraba una desconfianza instintiva.

¡Mas ay! aun suponiendo que las persecuciones de uno de los tres pretendientes tuvieran un resultado funesto para Regina; ¿qué medios de protegerla contra sugetos tan ricos ó tan encopetados de la sociedad, tenia un hombre oscuro y miserable, como yo, que por una esperanza frágil acababa de aceptar la servidumbre en casa del conde Roberto?

Pensando estas cosas era desconsolador mi desaliento ; y sin embargo, una voz secreta me decia que no abandonara á Regina , que por humildes que fueran , tal vez no serian inútiles mis servicios ya que la casualidad me habia hecho conocer las personas temibles para ella y cuyos vicios ocultos ó tenebrosos proyectos ignoraba tal vez.

Despues de maduras reflexiones y encaminándome á buen paso á casa de Baltasar , me tracé la línea de conducta siguiente :

Procurar primeramente penetrar cuales eran los designios del conde Roberto sobre Regina ; observar , estudiar sincera , lealmente y sin prevencion, la conducta de aquel jóven ; inquirir tambien las miras que pudiera llevarse el conde Durival , y usar de todos los medios que la casualidad ó las circunstancias me sugiriesen para hallar las huellas del desconocido de la taberna de las *Tres Cubas*. Con este propósito pensé en mi próxima conversacion con Roberto , referir ocular ó desnaturalizar como conviniera los diversos incidentes que acababa de presenciar en casa del baron de Noirliou.

Adopté esta resolucion sin vacilar y sin remordimiento ; Roberto habia querido convertirme en instrumento ciego de no sé que planes , induciéndome á observar y contar todo lo que viera en casa del baron: esta excitacion á una maniobra de mala ley , que de seguro habria yo desechado á no tratarse de Regina , me daba derecho para obrar sin escrúpulo con Roberto de Mareuil.

Además , mis intenciones eran puras , rectas , leales... sin asomo de envidia , sin remota idea de interés personal : renunciaba mas que nunca á la loca y estúpida esperanza , tanto de que Regina reparara en mí , como de que llegara á conocerme : por esta razon tenia para mí cierto encanto melancólico el pensamiento de continuar siempre invisible , misterioso , mis pruebas de adhesion , de adoracion y respeto á la señorita de Noirliou , que comenzaron en la época de los funerales de su madre.

Con una confianza digna de la edad de oro, motivada acaso por la carencia de objetos codiciables por ladrones, dejaba siempre Baltasar puesta la llave. Entréme derecho á la piecésita que habia de recibimiento, y oí al poeta exclamar con aquellos arranques supérfluos y exagerados, propios suyos :

— ¡ Dicen que es asombrosa , arrebatadora , estupenda ! Sin conocerla , adoro á esa criatura , y la idolatraria solamente por su nombre.... Ese nombre es todo un poema.

Penetré en la habitacion con miedo de interrumpir el monólogo del poeta ; mas mi presencia no calmó su exaltacion.

— Sí , es un poema ese nombre , — exclamaba Baltasar andando á pasos largos... — es mas que un poema , es un carácter , un retrato.... Duparc la ha visto en el teatro de los *Fundámbulos* en el papel corto y dice que es un diamante escondido , que no pueda tardar en lucir con todo su esplendor !

— ¿ Qué hay del baron ? — se apresuró á preguntar Roberto ; quién , preocupado por pensamientos mas graves , oía con impaciencia las locas exclamaciones de su amigo.

— Antes de responder , — exclamó Baltasar , — atiende , á tí te nombro juez , anti-Frontin , quiero hacer un experimento de tu inteligencia , tan honrosamente limitada.

— Déjate de locuras y déjale darme cuenta de su comision , — exclamó Roberto ; — es cosa muy importante.

— Te devuelvo á Martín al momento , préstamele un instante , — dijo Baltasar , y añadió dirigiéndose á mí : — Ea , Martín , responde : ¿ qué efecto te produce este nombre *Basquiña* ?

Tan improvisada fue la pregunta , y mi sorpresa tal , que di un paso atrás , mirando estupefacto al poeta.

— ¿ Lo ves ? — exclamó Baltasar triunfante ; — cuando yo te digo que hay nombres retumbantes para las naturalezas mas rebeldes á toda electricidad moral.

Roberto de Mareuil se encogió de hombros.

Pasado el primer asombro, me apercibi del peligro de inspirar la mas leve desconfianza á mis nuevos amos. Una inspiracion repentina, me dijo que en aquellas circunstancias lo mejor era decir la verdad, asi es que contesté:

— ¡Válgame Dios, señor, qué nombre!... si supierais...

— ¿Te deslumbra el nombre, no es verdad? — exclamó el poeta, — te hace ver lucecitas como una falda de color de rosa con lentejuelas de plata. Ese nombre resplandece, revolotea, da vueltas en tu cabeza como un torbellino de hojillas de oro, ¿no es así?

— No señor, no es eso, le dije; sino que me he quedado lelo al oír ese nombre...

— ¿Porqué? — preguntó Baltasar, mientras pateaba Roberto con impaciencia.

— Siendo niño, señor, — le contesté al poeta, — conocí á una niña de ese nombre... Cantaba como un ruiseñor, y danzaba como una maga, era rubia con ojos negros.

— ¡Fatalidad! — exclamó Baltasar. ¡Esa maravilla del arte, de expresion, de poesia; esa joya, oscura hoy, pero que acaso mañana estallará á los ojos de todos como una bomba luminosa, ha sido volatinera! ¡Roberto, desde esta noche, á los Funambulos; revelarémos su mérito á los bobos que lo ignoran, la decretarémos un triunfo, una apoteosis!...

Exasperado Roberto con las excentricidades de su amigo, le dijo con tono triste y apesadumbrado:

— Baltasar, ¿cómo olvidas que estoy tratando de un negocio... mas que grave para mí?

— Perdona, amigo mio, he delinquido, — repuso Baltasar con dolorido acento. — Llámame loco, pero no egoista. ¿Has visto al baron? — me preguntó en seguida.

— No, señor.

— Lo hubiera apostado, — exclamó Roberto con despecho: — ¿te recibiria el mulato?

— Sí, señor: insistí mucho; pero el mulato me... ¡Ah!

señor, me encargasteis que mirase bien lo que pasara y que hiciera por acordarme.

— En efecto. ¿Y qué pasó?

— Advierto que me aturullo si no empiezo por el principio, para decir las cosas con seguridad....

— Bien, hijo, empieza por el principio, repuso el poeta; de mal gusto es, pero tú tienes el empaque clásico.... Ea, di....

XIX.

Los encuentros.

— Pues bien, — dije á Baltasar; — llegué á la calle del Faubourg du Roule; llamé; me abrieron, y entré. Salió el mulato preguntándome que queria.... Entregar en mano propia una carta al señor baron de Noirlieu. — No se puede ver al señor baron, — respondió el mulato. Entonces, estando yo en el vestíbulo, salió de la casa un caballero, jóven todavia y muy bien vestido, habló al mulato, quien le titulaba Mr. Du... Du.... (yo fingia querer recordarme) Mr. Duri....

— Durival, — exclamó Roberto con tanto asombro como inquietud, y añadió al punto: — El conde Durival es alto... moreno.... de facciones severas, ¿eh?

— Sí, señor, así es el hombre y la cara.

Miró Roberto al poeta y le dijo meneando la cabeza:

— Ya conoces la voluntad de hierro de ese demonio de hombre, que es sumamente rico. No hay nada para mí mas peligroso que... — Por reflexion se contuvo, y añadió dirigiéndose á mí:

— Continua: ¿Mientras que hablabas con el mulato, salió el conde Durival de casa del baron?

— Si, señor; el mulato le acompañó hasta la puerta. Entonces aquel caballero encargó al mulato, que recordara al baron que al día siguiente á las dos pasaria á buscarle para ir al Louvre con la señorita Gi.... Re....

— ¡Regina! — exclamó Roberto.

— Eso mismo, ese nombre dijo.

— ¡Ya! mañana á las dos... al Louvre; — dijo Roberto con satisfaccion y despecho al mismo tiempo. — Corriente, no faltaremos, bueno es saberlo. No estará el baron loco tan rematado como dicen. ¡Magnífico! mañana al Louvre.

Dirigiéndome otra vez la palabra, añadió el conde:

— Amigo, vales de oro lo que pesas, á pesar de tu cara estúpida. Continua. ¿Luego que se fue Durival te quedaste solo con el mulato?

— Si, señor.

— ¿Y qué te dijo?

— Como me empeñaba en entregarle al baron la carta, díjome el mulato que su amo no recibia á nadie: hice tanto que al cabo me llevó el mulato á un saloncillo, donde habia muchos retratos, y me mandó aguardar.

— Pero ¿llegaste á ver al baron?

— No, señor. Al poco rato volvió el mulato, y me dijo como burlándose: Si no quiere V. dejar la carta, que le escriba al baron por el correo el señor conde de Mareuil, y le contestará. En seguida, sin darme tiempo para mas, me echó á la calle el mulato.

— El mismo rencor siempre, ó la misma desconfianza: — dijo Roberto dirigiéndose al poeta; el cual, fiel al propósito hecho de callar para no interrumpir á su amigo, bajó la cabeza en señal de asentimiento.

— ¿No has visto jóven ninguna en la casa? — repuso Roberto.

— No, señor.

— ¿Ni has notado nada de particular?

— No, señor: solo al salir....

— ¿Qué viste?



— Digo que cuando salí....

— Acaba, di pronto.

— Estábame parado á la puerta, cuando pasó un magnífico coche: no sé si hice bien en lo que hice; pero como me encargó V. que observara, miré quien bajaba de tan hermoso coche.

— Hiciste divinamente, — se apresuró á decir Roberto. ¿Y quién se apeó?

— Un caballero de cara muy halagüeña y muy bonita, mucho mas jóven que el conde Durival, no tan alto como él; pero muy bien vestido....

Para completar la fábula, retraté del mejor modo que pude al desconocido de la taberna de las *Tres Cubas*, confiado en que acaso le conociera Roberto; y así sabría por este quien era el hombre singular que tanto interés tenia en conocer.

Frustróse mi esperanza: á pesar de los minuciosos por menores que dí, dijo Roberto, despues de haberme escuchado con gran atencion y visible ansiedad:

— No conozco á ese hombre. ¿Reparaste en el color de la librea?

— ¿Cómo? — repuse fingiendo no comprender la pregunta.

— ¿Que si notaste de que color vestian sus criados? — repitió Roberto.

— No, no; solo miraba al amo.

— Es lástima: podríamos haber sacado algo en limpio, —dijo Roberto reflexionando: — ¿no observaste mas?

— No, señor.

— Discurre ... A veces las cosas mas leves significan mucho.... para quien tiene interés en comprenderlas....

— No señor, de nada mas me acuerdo, por mas que hago memoria.... ¡ Ah! sí, otra cosa.

Recurri á otra fábula, para exasperar mas los zelos de Roberto, é interesarle ardientemente en descubrir al desconocido.

— Di pronto , — exclamó el conde.

— Un criado , el lacayo de este último caballero , le dijo al cochero:

— ¿ Qué ? acaba.

— Le dijo cuando se apeó al jóven: ya tenemos como de costumbre , un planton de un par de horas. . .

— ¿ Cómo de costumbre ? — exclamó Roberto. ¿ Eso dijo el criado ? pues es muy importante el saberlo.

— Yo por mí , señorito , no sé por qué.

— Borrico , eso prueba que el jóven frecuentaba la casa.

— No diré que no.

— Es absolutamente preciso que en el término de tres ó cuatro días me averigües quien es ese hombre , — dijo Roberto , despues de hacer una breve pausa.

Habia conseguido mi propósito: el conde estaba tan ansioso como yo de penetrar el misterio, y debía por tanto ayudarme en mis pesquisas.

— Sí, señor , — repitió , — es preciso que descubras que jóven es ese.

— Pero yo , señor , ¿ cómo he de componerme ?

— Muy sencillo: desde las diez á las once de la mañana te situas todos los días cerca de la casa del baron , examinas las personas que entran, y observas si alguna es el jóven que dices. Si va en coche, no hay cosa mas fácil que saber quien es.

— ¿ Cómo he de hacer ?

— Preguntas á los criados el nombre de su amo.

— Ya , ya ; pero si no me atrevo , ó si no me lo quieren decir....

— Bueno, bueno , anti-Frontin , — dijo Baltasar.

— Si se niegan á responder , un medio muy sencillo hay de hacer hablar á sus criados , — repuso Roberto. — ¿ No dices que es jóven elegante y buen mozo ?

— Sí , señor , es un jóven muy guapo.

Roberto frunció el entrecejo, y añadió:

— Pues bien ; con tono misterioso dices á los criados que

vas de parte de una hermosa dama, á quien á chocado el amo, y que desea saber su nombre y habitacion. Es imposible que los criados no te lo cuenten. ¿Me has entendido?

— Pero si eso no es verdad, — le dije á Roberto fingiéndome aturullado. ¿He de mentir acaso?

— Bravo, anti-Frontín, — exclamó Baltasar, no pudiendo callar por mas tiempo; — me habias dado un susto por que te ibas afigarando un poco; ¡mas este rasgo me tranquiliza! En consecuencia, — exclamó el poeta con entusiasmo, — y en pago de tan virtuosa respuesta, aumento tu salario hasta quince mil libras tornesas; esto, con el censo de suministrarme tirabotas, fósforos, betun y cuellospostizos.

— Señor, y si no va en coche ese jóven, — dije á Roberto, — ¿cómo he de hallar á los criados?

— Si va á pié, esperas á que salga, y le sigues.

— ¿Adónde?

— Adonde vaya.... en alguna parte dormiré.

— Ya estoy, — dije dándome por satisfecho; — y no se duerme sino donde se habita, sabré su casa.... claro está.

— *¡Que no se duerme sino donde se habita!* — exclamó Baltasar regocijado. Martin, para remunerar esa casta creencia, subo á treinta mil libras tornesas tu salario; pero han de ser de tu cuenta los gastos de calcetines, de chanclos, de tirantes, de moneda suelta para pasar el puente, y me has de regalar cinco melones de los primeros que haya....

— ¡Oh! es V. muy bondadoso, — dije al poeta, y añadi dirigiéndome al conde: — Pero aunque sepa la casa, no por eso sabré el nombre del jóven.

— Entras en el cuarto del portero; haces el retrato de tu hombre, y preguntas como se llama.... ya veremos con qué pretexto.

— ¡Eh! ¡eh! ¡que malicioso es V.! — exclamé admirado.

— Otra cosa, — exclamó Roberto entregándome otra

carta , sin duda escrita durante mi ausencia. Vas á llevar este papel á la galeria Bourg l' Abbé , á casa de un tal Bonin , tienda de juguetes de muchachos.

Unos recuerdos vagos me asaltaron al oír el nombre de Bonin , que no me era desconocido ; si bien no pude discurrir en qué época oyera pronunciar aquel nombre , ni la persona á quien pertenecía.

— No le sucederá á esta carta lo que á la del baron, — me dijo Roberto : — se la entregas á Mr. Bonin en persona , sale poco de su tienda , te dará una respuesta.

— Está muy bien.

— Corre y vuelve pronto.

— A la vuelta , dices en ese fonducho inmediato que traigan comida para dos , — exclamó Baltasar majestuosamente , — por que nosotros te mantenemos Martin , te damos casa , te vestimos , luego que se gaste esa ropa que tienes y que está nuevecita ; dormirás en la antesala y te prestaré mi piel de oso de Siberia , ínterin se te arregla una cama decente y descansarás como un monarca , con mas sosiego que el mismo Luis Felipe.

— No soy delicado , — dije. — A la vuelta me traeré los pocos efectos que poseo , y en cualquier parte me acomodaré.

— Pues despacha , — dijo Roberto ; — y si Mr. Bonin no está en casa , le aguardas.

— Está muy bien.

Salí y llegué á la galeria de Bourg l' Abbé , que es uno de los *pasajes* mas tristes y mas oscuros : al tiempo de entrar , me dió un fuerte tropezon un jovenzuelo que acababa de apearse de un elegante cabriolé , mientras el lacayo sujetaba á un brioso corcel. Despues de dirigirme una ligera escusa el jóven , ó mas bien el adolescente imberbe , y de traza muy vulgar , aunque vestido con lujo , pasó por delante de mí , y yo le seguí buscando la tienda de juguetes.

Acababa de descubrirla , cuando ví entrar en ella al mancebo que se apeó del cabriolé ; víle cerca del mostrador

dor cuando llegué á la puerta, y dentro estaban aguardando otras dos personas: la primera era un *cazador* con casaca verde, charreteras de plata y un tricornio engalonado con plumas; la segunda, una *linda muchacha*, que me pareció una traviesa camarera, á juzgar por su aire desenvuelto, por el gorrito y delantal blancos y por el aseo de todo su atavío. El cazador, que era un moceton nada lerdó, estaba en conversacion tirada con la doncella; y mientras tanto, una vieja de cutis apergaminado y de penetrantes ojos grises, se hallaba como acurrucada detrás del mostrador.

Acercóse á esta arpía el mancebo que me precedia, y con no poca sorpresa observé que la dirigió la palabra con cierta deferencia afectuosa.

— Buenos días, mi querida madama Laridon, — la dijo; — ¿qué tal va?

— Si viene V. á hablar de negocios, — repuso la vieja con aspereza, — se puede V. volver; no se hace nada.

— ¡Como, qué! — exclamó el jóven demudado, — ayer ya se convino....

— Y hoy se desconvino, cabal.

— Pero querida madama Laridon, eso es imposible. Mr. Bonin sabia que contaba con ello.

— Estése V. ahí diez horas predicando, replicó brusca- mente la vieja; será como si V. callare: en diciendo el amo que no, no hay que dar vueltas!

— Siendo así, dijo el jóven afligido, ¿porqué me prometió para hoy?

— Bastante hemos hablado, — dijo la arpía cruzándose de brazos, é insensible á todas las instancias del mozuco.

— Me es igual, — dijo este por fin con despecho; — esperaré á Mr. Bonin.

La vieja hizo con la cabeza y los hombros un movimiento, que parecia querer decir:

— Haga V. lo que le dé la gana.

Atisbándome entonces, dijo la mujer:

— ¿Qué se le ofrece á V?

— Traigo una carta para Mr. Bonin.

— Pronto volverá y puede V. entregársela, respondió.

Dos taburetes no mas habia en la tienda, y estos los ocupaban la doncella y el cazador. Ofendido me pareció el jóven por que el lacayo no le ofrecia su asiento; mas el cazador, sin dárselo un ardite de su falta de urbanidad, dirigió una mirada irónica á la pizpereta muchacha, para que reparara en el carmin de despecho que coloreaba las mejillas del mancebo. Cada vez mas sorprendido de lo que veia y oía, examiné con mas curiosidad aquella singular tienda. En vez de ser risueña y alegre, como suelen serlo los almacenes de tales chucherías, con sus muñecas recién vestidas de raso y lentejuelas, con sus caritas brillantes como espejos y con sus lujosos caballos, hallábase despoblada y oscura, sin que, á excepcion de algunos muñecos viejos y empolvados, se viera juguete alguno.

Aquí llegaba de mis observaciones, resguardado en la sombra, pues iba siendo de noche, cuando vi entrar un hombreton con largos bigotes canos, corbata negra, levita azul abotonada militarmente hasta el pescuezo, un gran baston de caña y el sombrero ladeado.

No me equivoqué, era el Lisiado. Ni los espesos bigotes, ni el apresto militar me impidieron conocerlo; y por miedo de que me viera me retiré al rincón mas oscuro del almacén.

La presencia de aquel bribon, hizo salir á la vieja de su apatía: incorporóse casi, y exclamó con interés:

— ¿Qué hay?

— Que se malea la cosa, dijo el Lisiado por lo bajo. Se conoce que era un lobo con piel de cordero.

— ¿Con qué aun no se ha concluido? dijo la vieja en tono de reconvencion.

— ¿Concluido? ya, ya, repuso el Lisiado; trabajillo le mando al capitán.

— Con un pollito de esta especie, repuso la vieja encogióndose de hombros.

— Repito que el pollo es un gallo bien armado de espionones, y que no se dejará comer la cabeza, es bien seguro.

— ¿Pues entonces, qué quiere V? dijo la vieja refunfuñando; ¿á qué viene V.?

— El capitan convida al patron á que acepte la terciaria... y así tal vez....

— El amo no está en casa, y eso es cuenta suya: esta noche le escribirá al capitan, — replicó la vieja.

— Corriente, — dijo el Lisiado; — voy á avisárselo.

— El amo le escribirá, — repitió la vieja.

En seguida se marchó el Lisiado.

Al oír decir el capitan, un presentimiento singular me anunció que se trataba de Bambocha, cuyas relaciones con el Lisiado seguian. En vano procuraba tambien adivinar qué interés podian traer á personas de tan diversas clases á aquel tenducho, donde no se pensaba en comprar ni en vender juguetes.

De pronto la vieja, pegando, por decirlo así, su cara seca y arrugada á los vidrios de la tienda, dijo con voz hueca:

— ¡Ya viene el amo!

Al oirlo, levantáronse presurados el cazador y la doncella, y el adolescente se apartó de la puerta vidriera, por donde estaba mirando, para disimular sin duda su mal humor.

XX.

El mercader de juguetes.

Se abrió la puerta de la tienda, y como el dia iba declinando, no pude entonces distinguir las facciones del mercader de juguetes: además llevaba el sombrero encasquetado, y con

el cuello de la levita de color de tabaco de España levantado, por temor del frío sin duda, se tapaba las orejas y parte del rostro. No obstante su anterior despecho, acercóse el jóven al mercader y le dirigió la palabra con cierta afabilidad tímida, inquieta y casi suplicante.

— Buenos dias, querido Mr. Bonin, — le dijo, — venia á....

Interrumpiendo el mercader al mozuelo, preguntó á la vieja:

— ¿ No le has advertido que no podia ser?

— Se lo he repetido cien veces, — murmuró la vieja; — pero se empeñó en quedarse.

Con esta noticia Mr. Bonin, respondió al jóven con tono harto significativo:

— Buenas noches, jóven.

Y le volvió la espalda bruscamente.

— Pero Mr. Bonin, — repuso el mancebo con suplicante acento, — por Dios, si supiera V.... ¡ yo se lo explicaré!

— Inútil, inútil, — respondió Mr. Bonin sin mirarle siquiera: — he dicho que no, y tres veces que no. Buenas noches.

— Pero Mr. Bonin, por la Virgen Santísima escúcheme V.

— Vaya V. á acostarse, jóven, y que se le refresque la sangre.

Y dirigiéndose al cazador, díjole el mercader:

-- ¿ Viene V. de parte del duque?

— Sí señor, traia una carta de mi amo.

Al mismo tiempo que el cazador entregaba el mensaje de su amo, furioso el adolescente por verse humillado delante de testigos, exclamó:

— Pues bien, delataré á V. por lo que V. es, un bribon, Mr. Bonin; diré que yo no pensaba en descarriarme cuando recibí una carta, en que se me ofrecian adelantos sobre la herencia de mi padre, diré....

— Ta, ta, ta, ¿ qué dirá?... ¿ qué dirá V.? hé ahí lo que

son estos señoritos, — replicó el mercader encogiéndose de hombros con desdeñosa indiferencia: — vienen á proponer que se les descuente la muerte de papá ó de mamá, por que no tienen cachaza para esperar la herencia que codician, y cuando un honrado comerciante se niega á proteger sus desórdenes, vienen á injuriarle en su casa.... ¡ es cosa que dá lástima!

— ¡Qué! ¿osa V. decir. — exclamó el jóven desesperado, — osa V. decir que no es cómplice de ese capitan aventurero, que me hizo firmar letras de cambio en blanco por valor de cien mil francos, en pago de las cuales se figuró que yo habia recibido un cargamento de palo de campeche y jamon de oso, un privilegio de invencion y explotacion de los *aerostáticos licóforos*, mil botellas de *Lacrima Cristi*, dos mil ejemplares de *Paublas*, no sé cuantos quintales de ruibarbo, una cesion de diez leguas cuadradas de territorio en Tejas, una partida de plumas de avestruz, un crédito contra el bey de Túnez.... objetos y propiedades todas imaginarias, que V. me tomó en globo por la suma de trece mil trescientos francos?

Al oir enumerar los extraños géneros dados al adolescente, el cazador y la doncella soltaron una estrepitosa carcajada. Yo no tomé parte en aquel acceso de buen humor, por que todavía ignoraba completamente lo que eran los préstamos usurarios.

No se dió por entendido el jóven de tan impertinente risa, y con mas cólera prosiguió diciendo al mercader:

— Repito que es V. cómplice de aquel bribon de capitan, y tanto mas, quanto que V. me propuso un negocio mejor prometiéndome veinte mil francos por un recibo firmado en blanco.... ¿ se atreverá V. ahora á negar la promesa que me hizo?

— Vuelvo á declarar á V, jóven, que jamás seré cómplice de sus locas prodigalidades. Vaya V. á buscar su papá y su mamá, manténgase V. bueno, y no meta ruido sino quiere que mande á buscar la guardia.

— ¡Bueno! — exclamó el jóven exasperado: — ya tendrá V. noticias mías.

— Cuando V. quiera, estoy prevenido, — dijo el mercader con calma, mientras salía el jóven dando un portazo.

— Imbécil, — dijo á media voz Mr. Bonin.

De manos del cazador tomó y leyó la carta, que ya iba á recibir al hacer explosion la cólera del mancebo.

A medida que oía la voz de Mr. Bonin, voz clara, aguda, de acento sardónico, mas me pareció conocerla; pero en vano procuraba examinar las facciones de aquel hombre, no lo pude lograr, á causa del cuello levantado y del sombrero metido hasta las cejas, además de la oscuridad que en la tienda reinaba.

— Le diré V. al duque, — dijo el mercader de juguetes luego que leyó la carta, — que no tengo tiempo para examinar los objetos de que me habla, que los traiga ó los envíe mañana por la noche de siete á ocho, y los veré, y diré lo que valen.

— ¿Qué? ¿qué? — replicó el cazador con la impertinente familiaridad de un lacayo de casa grande; — no es eso; el señor duque me encargó que fuera V. hoy á verle.

— Corriente, pues no me verá, y estamos despachados, — respondió Mr. Bonin con ironía; — que venga mañana á la hora de comer y me hallará.

— Está bonito que un duque y par, hijo de un mariscal del imperio, tenga que ponerse á las órdenes de V. — dijo el cazador ofendido.

— ¿Sí, eh? — repuso el mercader de juguetes, — pues habrá de tomarse ese pequeña molestia, ya que quiere dinero prestado sobre la espada y otras baratijas de diamantes de su difunto padre. A V., buen mozo, le aconsejo que si no está V. al corriente de su salario, lo reclame, por que su amo de V. va mal. Cuando una casa se cuarteja, los ratones se escapan, y hacen perfectamente. Aproveche V. el ejemplo y buenas noches.

No dejó de hacer efecto el apólogo en el cazador, que sa-

lió, despues de hacer una seña de inteligencia á la criada.

Esta entregó otra carta al mercader, el cual dijo al leerla:

— Esta sí, tu ama sí que es mujer de orden, es avara, piensa en el porvenir, en lo positivo, y aun no tiene diez y ocho años, y es hermosa como un sol. ¡Cómo conoce á los hijitos de familia, y cómo los maneja mientras que son sus amantes! Veamos que me quiere.

Abrió Mr. Bonin la carta, cuyo contenido he sabido despues, y voy á trasladarlo aquí con toda su sencillez, sin alterar mas que su insufrible ortografía.

MI BUEN AMIGO :

« El marquesito quiere darme sesenta mil francos en dia-
 « mantes; pero no tiene fondos por el pronto; su mayor-
 « domo aguarda ingresos para dentro de tres ó cuatro me-
 « ses.... verdaderos ingresos.... me he informado.... pero
 « seis meses es un largo plazo, y vale mas tener que aguar-
 « dar.... Por otra parte, me han hablado de un ruso muy
 « rico.... y ya me entiende V., para no perder la propues-
 « ta de despedida del marqués, le he dicho que queria
 « ahora los diamantes, y que si no tenia dinero, yo sabia
 « quien le prestaria los sesenta mil francos con un interés
 « de veinte por ciento, pagado adelantado por seis meses.

• Este prestamista soy yo; pero en la apariencia es V.; á
 « mi agente de cambio he mandado vender tres mil dos-
 « cientas libras de mis rentas; V. se entenderá con el ma-
 « yordomo del marquesito, le exigirá una letra de cambio
 « á seis meses vista, bien en regla, y parecerá que V. da
 « los fondos que mi notario entregará con un recado de V.
 « pues ya está avisado. De este modo recibiré yo los dia-
 « mantes y me beneficiaré con el quince por ciento de in-
 « terés; por que ya sabe V. que un cinco por ciento de co-
 « mision es para V.

« Si busca V. algun negocio sólido y ventajoso (cuidado

« que no quiero nada con menores) escribame V., que aun
 « tengo hasta cien mil francos disponibles, por que sigo en
 « acceho de aquella famosa hacienda de Bric. Es una pera
 « que tarde ó temprano he de atrapar.

« No deje V. de ir mañana por la mañana á casa del ma-
 « yordomo. Siempre de V. — *Makina Charançon.* »

Mentira parece que esta encantadora mujer no tenga mas que diez y ocho años, — exclamó el mercader. — ¡Qué cabeza! ; qué inteligencia práctica de los negocios! Di á tu señora que está muy bien, que hará lo que desea. ¿ Esta sí que te pagará con puntualidad, eh ?

— ; Yo lo creo, como que se los dejo á ganancias! en poder de mi ama estan mas seguros que en casa de un notario.

La doncella salió sin duda á buscar al cazader, que probablemente no habia salido de la galería.

Era enteramente de noche. De pronto el gas iluminó el pasaje y el interior de la tienda del mercader de juguetes. Este se quitó el sombrero y bajó el cuello de la levita.

Entonces conoció á mi antiguo amo.... La Levrasc.

Senti una especie de estremecimiento retrospectivo, sobre todo cuando observé las profundas cicatrices de una extensa quemadura que abarcara desde la parte inferior de la megilla hasta la frente, quemadura ocasionada sin duda por el incendio producido por Bambocha ; la cara de La Levrasc seguía siendo imberbe, biliosa y sardónica ; no me pareció que hubiera envejecido; únicamente, en vez de cabellos á lo chino los llevaba cortados al rape; lo cual alteraba poco su aspecto: no me fue posible dominar cierta conmocion al presentar la carta de Roberto de Mareuil ; pero hacia el verdugo de mi infancia no experimenté odio alguno personal, si así puede decirse: sentia una mezcla de disgusto, de desprecio y horror que me molestaba: en virtud de un sentimiento de equidad, habria deseado ver á aquel miserable condenado con todo el rigor de la ley ; mas

hubiera creído deshonrarme haciéndole sufrir violentas represalias, fáciles para mi juventud, mi energía y resolución.

Antes de quese alumbrara la tienda, habia permanecido apartado á la sombra en un rincón; así no reparó La Levrarse en mi presencia; y cuando me vió, dió un paso atrás, diciendo á la vieja con tono sorprendido y contrariado:

— ¿De dónde diablos sale este hombre? ¿Estaba aquí? ¡Y yo que me creia en familia!

— ¡Qué! — exclamó la vieja, — ¿no habia reparado V. en él? Yo creia que le dejaba V. para el último.

La Levrarse se encogió de hombros, dió una patada y dijo examinándome atentamente:

— ¿Quién es V.? ¿de dónde viene? ¿qué se le ofrece?

— Yo.... yo venia á traer una carta de parte del conde Roberto de Mareuil.

Este nombre produjo vivísima satisfaccion en la fisonomía de La Levrarse, que me dijo:

— Venga, venga esa carta.... La esperaba ayer.

Después de leida la carta que le di, y cuyo contenido le gustó mucho sin duda, díjome con la mayor afabilidad:

— Hijo mio, diga V. al conde Roberto de Mareuil, que mañana á cosa de las diez, tendré el honor de pasar á verle, según desea.

Con la mayor urbanidad me abrió La Levrarse la puerta de la tienda, repitiéndome:

— Mañana á las diez.... que no se le olvide á V, iré á casa del conde Roberto de Mareuil.

Salí de la tienda de La Levrarse con nuevos y poderosos motivos de reflexion, de interés, de temor y de curiosidad: con certidumbre temia que el capitán de quien hablara el Lisiado, era el mismo capitán acusado por el mozalbete de cómplice de los préstamos usurarios del mercader de *juguete*: en una palabra, que otra vez estaba en campaña el capitán Bambochío.

Tocante á La Levrarse, ahora Mr. Bonin, mercader de

juguetes de niños, pude hacer memoria que, en efecto el antiguo volatinero se llamaba Bonin, nombre que lei alguna vez en los carteles, pero que habia olvidado absolutamente; mas me extrañó su tenebroso oficio disfrazado con el pretexto de vender juguetes, sin que hasta mas adelante tuviese una idea completa de aquella nueva infamia.

¿Qué fatalidad singular, tras tantas vicisitudes y peregrinaciones, reunia á aquellos tres hombres: Bambocha, el Lisiado, La Levrase? ¿Qué comunidad de interés pudo hacerles olvidar el odio implacable de que debian hallarse animados unos contra otros? ¿Cómo renunció Bambocha á sus sentimientos de venganza contra La Levrase?

Ya no me cabia duda, Bambocha habia sido autor ó cómplice de muchas y muy culpables acciones; empero no por eso disminuia el cariño que yo le tenia. Participaba esta amistad de una especie de compasion dolorosa, porque habia presenciado las sinceras veleidades y tendencias al bien que se produjeran en Bambocha; y una esperanza vaga me animaba á creer que habria sido provechoso mi influjo sobre aquella naturaleza enérgica. Vivos deseos tenia de volver a verle; mas supe dominarme lo bastante, para no aventurar ninguna tentativa de encontrarle, sin haber meditado el plan de conducta que debia observar respecto de los hombres y de las cosas que podian tener roce con los intereses de Regina.

De vuelta á casa de mis nuevos amos, referí al conde Roberto la favorable respuesta del mercader, y me pareció que le agradó en extremo, ayudándole su amigo Baltasar con las mas estrepitosas y excéntricas exclamaciones de regocijo. Manifestaba este absoluto empeño de ir aquella misma noche á los Funámbulos, á proporcionar una ocasion á Basquiña, á quien admiraba por poderes toda vez que nunca la habia visto; pero como Roberto recordase á su amigo que aquella noche estaba consagrada á un asunto mas grave, suspirando tuvo el poeta que aplazar su proyecto.

Después de su frugal comida , cuyas sobras me bastaron , salieron mis amos , previniéndome que seria inútil que esperara, y que podia acostarme ; añadiendo que me llamarían si para algo hacia falta.

Antes de marchar, me mandó Roberto subir su maleta, su saco de noche , y poner en órden los efectos que contenían.

Pero poco tiempo me ocupó este trabajo, pues difícil era ver un equipaje menos provisto que el del conde Roberto. El único objeto de lujo que encontré en aquella especie de inventario, fue un hermoso estuche de escribir , de cuerno de Rusia con abrazaderas y cerraduras de plata.

Dando vueltas por el aposento , observé una cosa que no noté al principio.

Ví en la pared que separaba la habitacion de mis amos de la que yo debía ocupar, una especie de remiendo circular de mas de seis pulgadas de diametro, y como á tres pies del suelo.

Era probable que la tapia hubiera estado atravesada por un cañon de estufa (destinado á calentar la pieza donde yo dormia) , que haciendo un recodo , iba á unirse con la chimenea de la habitacion vecina.

En el aposento de mis amos, el papel ocultaba los vestigios de esta obra ; mas en el que yo ocupaba no se habia cuidado de disimularlo.

Ocurrióme entonces una idea, vituperable en sí , lo confieso , mas disculpada por los celos , cada vez mayores , que me inspiraban las singulares relaciones de Roberto de Mareuil y lo que yo habia podido penetrar acerca de sus proyectos sobre Regina.

Dejando por la parte de la habitacion de mis amos el papel que cubria el hueco del cañon , mas separando por mi cuarto los materiales que lo obstruían , no podia perder una palabra de mis amos , aun cuando hablasen quedo. Para ocultar aquella especie de conducto acústico , quité de detrás de la alhacena un pedazo de papel , que coloqué con el mayor esmero en el sitio de la abertura.

Trabajo me costó decidirme á cometer aquel abuso de confianza; reflexioné severamente conmigo mismo, preguntándome que móvil me impulsaba, que objeto me proponia, y si tenia necesidad absoluta de obrar así.

A estas cuestiones, planteadas con toda sinceridad, respondíme:

El móvil que me impulsa es la abnegacion mas completa, inspirada por un amor tan vehemente, como respetuoso y desinteresado; un amor que es y será ignorado siempre por la que lo inspira. El bien que me propongo es proteger, defender en cuanto lo permita mi humilde estado, á una jóven que creo amenazada. La necesidad que me impone la obligacion de obrar así, es absoluta, ningun otro medio tengo de cerciorarme de las verdaderas intenciones de Roberto de Marcuil, y ¡por testigo pongo al cielo! sino son fundadas mis sospechas, si me convenzo de la rectitud de carácter de este jóven, y que Regina tiene parte en sus proyectos y esperanzas, por dolorosa que sea esta resolucion, desplegaré tanto celo para coadyuvar á los designios de Roberto de Marcuil como habria empleado para contrariarlos en el caso contrario.

Por último, apelé á la postrera prueba, y en mi alma y conciencia reflexioné si Claudio Gerard habria aprobado mi accion: entonces acabé de decidirme.....

A la media hora existia entre ambas habitaciones una comunicacion acústica, perfectamente disimulada. Tan claros percibia los sonidos, que habiendo encendido lumbré en la chimenea de mis amos, no obstante haber cerrado las puertas percibí perfectamente el chisporroteo de la leña.

Hecho esto esperé con impaciencia el regreso de Roberto, tendido sobre la piel de oso, que Baltasar me cedió generosamente, y con la cabecera puesta hácia el sitio donde acababa de establecer la comunicacion.

XXI.

La conferencia.

Pasadas dos ó tres horas, volvieron Baltasar y Roberto, atravesaron rápidamente la pieza donde yo fingia dormir profundamente y se encerraron en el aposento inmediato. Casi al mismo tiempo oí el ruido de un tropezon en una silla, casual ó de cólera.

Arrimando entonces el oido á la especie de conducto acústico que habia abierto, oí la siguiente conversacion :

— Vaya, Roberto,—decia el poeta, como reconviniéndole afectuosamente, —ten calma, ten valor, ¡qué diantres! aun no es cosa de desesperarse.

¡Todo se ha perdido! — exclamó Roberto de Mareuil andando á pasos largos y murmurando imprecaciones de furor.

—No, no se ha perdido todo, puesto que nada se ha hecho, — repuso Baltasar. — ¿Qué crédito merecen tales rumores? Ea!, Roberto, fuera egoismo; no ignoras cuanto siento estar triste y estás traspasándome el corazon con esa desesperacion.

Despues de un instante de silencio, repuso Roberto de Mareuil.

—Oye, Baltasar, no tengo mas amigo que tú... todos los que he favorecido en los dias de mi prosperidad....

—Han desfilado con el último escudo... ¡como las aves de paso al venir el invierno! Bah... ¿eso te admira? — dijo el poeta; — ¿pues de qué te ha servido el vivir en París? Olvidalo todo, lo pasado, y hablemos de lo presente como buenos compañeros de colegio.

— Si, — exclamó Roberto con amargura : — ahora soy tuyo, y te abandoné mientras fui rico.

— Espera, — exclamó Baltasar, — entendámonos; yo fui quien te abandonó al verte en auge: bonita figura habria yo hecho en tu alta sociedad con mis pobres 4200 francos de renta y mi hidrofobia de trabajar y hacer coplas. Sin embargo, no por eso te olvidé, pues te ví cinco ó seis veces en tu soberbio coche. Cruzabas por el boulevard como un brillante metéoro, y yo te saludaba con la mano. Entonces el metéoro se detenía, bajaba del coche, venía á hablarme: ¡oh! amigo, esto era prueba de tu arrojo, por que yo llevaba medias negras de lana, zapatos de lazo, y un sombrero gris que hacia á todas estaciones. No debia li-sonjearme que te vieran hablando conmigo.... pero....

— ¡Baltasar!

— Confiesa esta flaqueza.... yo confesaré otra: ¡me ponía tan hueco de que me vieran hablar con un manecbo tan elegante como tú! Pero tenia desgracia, ninguno de mis pares en galas me vió departir contigo. Hablemos con formalidad; hemos obedecido á nuestros hados respectivos; tú te has divertido como un rey; yo he hecho mas coplas que un hambriento, y volvemos á encontrarnos; yo con algunos millares de versos mas; tú con algunos millares de luises menos, lo cual equipara nuestra hacienda. Solo que yo estoy contentísimo con mi suerte, pues, merced al trabajo, paso largas horas en el mundo mágico de la imaginacion; lo demás del tiempo espero.... ¿qué digo? vivo en la certidumbre de nadar algun dia, mañana quizá, en pleno Páctolo, lo juro por la laguna Estigia y por la cabeza de mis libreros. Ahora yo soy el rico, el dichoso, el millonario; y pardiez que no consentiré que te desespere de esa suerte. Esta mañana todo tú eras llamas y fuego; héte ahora convertido en nieve y hielo, ¿y por qué? por una noticia, que aun cuando fuera cierta, se limita á lo siguiente: que tropiezas con un obstáculo. Vaya Roberto, que no estás conocido.

— Es verdad, — repuso el conde abatido. — ¡Ah! la desgracia hace dudar de todo.

— ¿Sabes á dónde conduce ese desaliento?— exclamó el poeta.

É interrumpiéndose á sí mismo con un tono mas grave y mas conmovido del que solia usar dijo :

— Oye , Roberto , si te creyera capaz de vivir con muy poco , interin llega el momento en que , mediante tus antiguas relaciones y protecciones de familia , pudieras alcanzar algun modesto empleo yo te diria : — No te inquiete el porvenir , parte conmigo lo poquísimo con que vivo , y pronto alcanzarás algun destino corto pero , seguro.... luego....

— Pues oye tú , Baltasar ,— dijo Roberto interrumpiendo á su amigo ; — educado en el lujo y en el ocio , he adquirido la costumbre de satisfacer todos los gustos dispendiosos , todos los caprichos de una opulencia pródiga. Soy ignorante , perezoso , altivo.... Gusto de la riqueza , no solo por las delicias que proporciona , sino por los goces que el orgullo reporta : en una palabra , tanto anhelo gozar , como no descender de mi rango : sí , por que , con razon ó sin ella , creo que un hombre de mi cuna debe vivir de otro modo que un cualquiera , debe hacer honor á su nombre , y por eso , mientras pude , viví como un gran señor. Ahora estoy arruinado , abrumado de deudas y brutalmente te confieso que me siento incapaz de ganarme la vida con mi trabajo. ¿ Ni para que sirvo ? para nada.... Aun suponiendo que la casualidad ó un favor omnipotente me proporcionara un empleo , no de 1.500 francos ; sino de 15.000 , supongo....

— Como si dijéramos el sueldo de un prefecto , de un mariscal de campo , de un obispo , de un consejero ,— exclamó Baltasar.

— ¡ Bueno ! pues dejando á un lado la humillacion de tener empleo ; esto es , de estar á las órdenes de alguien , ¿ qué diablos hago con quince mil francos hecho á gastar cien mil libras ? Acaso te parezca absurdo esto que te digo : pero es la pura verdad.

— Te creo , Roberto , ¿ cómo has de poder vivir con 15.000 francos anuales ? Formalmente , te juzgo incapaz

de poder vivir con menos de sesenta mil libras de renta, y aun así lo has de pasar con ahogos; mil veces me lo has probado matemáticamente, y punto por punto recuerdo tu razonado presupuesto. Te lo haré presente no sin fundamento.

1.º — Me decias : — *no es posible* ir á pié ; empleemos ocho diez mil francos en mi tren. 2.º Como las señoras exigen atenciones muy pesadas , es menester buscar una querido ; y lo menos que se puede dar á una muchacha un poco en moda son 4,500 francos mensuales, sin contar los regalos. No es posible comer en fonda de menos de 30 ó 40 francos, si los mozos le han de mirar á uno con cierta consideracion ; tambien se necesitan 30 ó 40 francos para un palco de proscenio donde vaya la querida ; lo cual con el obligado ramillete cotidiano , y la comida sube á unos 100 francos diarios. Agréguese el alquiler de una casa decente , los gastos imprevistos , los banquetes , los regalos , las infidelidades , los caprichos , el juego , las apuestas , y verás que en toda la fuerza de la expresion un hombre de cierta calidad no puede vivir con menos de 80 ó cien mil francos de primeros gastos ; esto se entiende haciendo vida de soltero , que es muy barata.

— Así es, — dijo Roberto, con un amargo suspiro, — si, desafío á un *comme il faut* á que viva en París con menos, si ha de honrar su rango....

— Te aproximas á la verdad mas de lo qué crees. Quizá , Roberto, al decir que no puedes vivir con menos , y te recuerdo este presupuesto para comprobar la suma de tus necesidades, quizá para tí lo superfluo se ha hecho tan necesario, que si te faltara mucho tiempo....

— Me mataria , — dijo Roberto con la mayor frescura.

Con tanta resolucion pronunció el conde estas palabras, que no dudé que decia la verdad. El poeta creyó lo mismo ; pues despues de una pausa dijo muy conmovido :

— Te creo, sí, te matarias. Por eso te decia que no puedes vivir con menos de setenta mil francos ; esto lo com-

prendo yo, que vivo con 1.200. Lo comprendo por que es menester aceptar á los amigos tales como son; en vez de ser tuerto ó jorobado, padeces el achaque de lo superfluo que no es flojo; pero no quiero que te desalientes porque si te desalientas malograrás una boda de 450.000 libras de renta, y de desesperacion te levantarás la tapa de los sesos. Por supuesto que yo no quiero que tal suceda; al contrario, deseo que te cases con Regina de Noirlieu, que es tres veces millonaria, y te casarás con ella. Vencerémos los obstáculos, para lo cual me ofrezco á tu servicio; y como los bienes mas saneados que poseo son mi imaginacion, te brindo con ella y con mi larga experiencia de la intriga dramática, porque aun tengo allí once dramas ó comedias vírgenes. Lo mejor es que comencemos por reasumir tu situación, la de Regina y el carácter de las personas que han de intervenir en la accion. Desembrollemos esto, ni mas ni menos que si se tratara de un drama, y en seguida discurrirémos: figúrate que soy tu colaborador y que se trata del plan de una alta comedia, ó quizá de un drama. Nombre de los actores: tenemos primeramente Regina de Noirlieu. Bien.

— ¿Esto es todo? — repuso Roberto.

— Ahora los hombres: tú, primer galan, *Roberto de Mareuil*; el baron de Noirlieu, padre de Regina: *el conde Durival* y....

— Y *el príncipe de Montbar*, exclamó Roberto con amargura.... á ese maldito príncipe aludiria Martín.... porque el príncipe es muy jóven, muy buen mozo, y va á menudo en casa del baron.

Estas palabras de Roberto justificaron mis sospechas; casi no podia yo dudar que el desconocido de la taberna de las *Tres Cubas* se llamaba el príncipe de Montbar.

Baltasar prosiguió despues de una pausa:

— ¿Son estos todos los actores?

— Si, todos, así Dios me salve, respondió Roberto.

— En las partes de por medio, continuó Baltasar, olvi-

¡Vamos á nuestro anti-Frontin. Tonto y todo, puede sernos muy útil, y sino ¿con sus noticias no te puso en la pista de los Durival y del príncipe de Montbar?

— Así es.

— Incluyamos pues á *Martin*, lacayo de Roberto de Mareuil (ya ves como me porto). La escena pasa en París... Ahora dirijamos una ojeada á los antecedentes.

— ¡Locuras! dijo Roberto con impaciencia.

— ¡Locuras! ¿locuras llamas á averiguar los sucesos que precedieron al momento en que la accion comienza? En otros términos, reasumamos tu situacion hasta el día respecto á Regina. Algunas de tus confidencias tienen fecha antigua... he olvidado ciertas circunstancias con que rectificar mis recuerdos... ilustrame pues, para prever, es necesario saber, y creo no saberlo todo.

— No, — respondió Roberto de Mareuil, turbado.

— Me enterarás á medida que se presenten los hechos, dijo Baltasar; ahora hablemos. Fuiste educado con Regina, cuyo pariente eres. A la amistad infantil siguió una costumbre de intimidad que con los años se trocó en amor. ¿No es esto?

— Sí, amor tierno, apasionado el mio; pero frio, grave y reservado el de Regina.

Bueno: así llegaron Vds., ella á los 16 años y tú á los 18 ó 19, prosiguió Baltasar: se veian Vds. tan frecuentemente como permitian las relaciones de ambas familias y continuaban Vds. amándose; ella con amor de casta colegiala; tú con amor de colegial cándido, y prometiéndose recíprocamente un amor eterno.

— Pero con una condicion, — dijo Roberto.

— ¿Cuál? no me lo has dicho nunca.

Regina juró no ser mas que mia, — exclamó Roberto, — con la condicion de vengar la memoria de su madre.

— Vengarla... ¿de quién? — preguntó Baltasar sorprendido. — ¿Vengarla? ¡cómo!

— Regina no se explicó mas; debía despues completar

su revelacion; mas nos separó un rompimiento entre nuestras familias. Ahora he aquí lo que no sabes, Baltasar, — añadió Roberto: — En nuestra entrevista me dijo Regina con solemne tono: — Nos separan; mas nadie separa los corazones. He querido á V. y lo quiero, Roberto, porque lo conozco desde la infancia, y creo que tiene V. un corazon noble, un carácter generoso; porque me ha jurado V. ayudarme á vengar ó rehabilitar la memoria de mi madre, indignamente calumniada. Marche V., Roberto, ya que no hay otro remedio; pero por el sagrado recuerdo de mi madre, juro que ni el tiempo ni la distancia, me harán olvidar la promesa solemne que hoy empeño de no ser sino de V. Cuando considere oportuno el momento, te diré á V. que *venga*, y sé que V. vendrá.

— Este lenguaje es lisonjero.... La promesa es formal... — dijo Baltasar conmovido; — y en vistá del carácter firme, leal y caballeresco de Regina, cumplirá sin duda lo que acaba de prometer.

— ¡Oh! sin duda alguna, — exclamó Roberto con una especie de resentimiento amargo: — mi porvenir se funda en esta sola esperanza.

Baltasar guardó silencio por algunos momentos,

— ¿Qué tienes? — le dijo Roberto de Mareuil.

— Es verdad, — dijo el poeta con sentido acento.— Regina es una noble criatura.... Pero volvamos á los antecedentes.... El baron lleva á su hija á una posesion de Berri. Tú olvidas pronto tu primer amor, y fiel al presupuesto cuyas cantidades me habías fijado, empleas alegremente en el los bienes que te ha dejado tu padre.... todo con el mismo objeto, hasta las heredades.... Agotado el bolsillo y en la necesidad de tomar prestado, sabes que Regina, gracias á una herencia imprevista, es poseedora de tres millones; te acuerdas tambien de la solemne promesa de tu amiga de niñez.... Entretanto.... dime francamente: ¿te sientes completamente libre de toda afeccion pasada ó futura hácia Regina? Hacer el papel que pretendes es cosa que exi

ge mucha sangre fría... Yo diría igualmente, que para esto se necesita todo el egoísmo inflexible de un hombre de negocios; porque tú no debes desconocer que es un negocio, ó mas bien un excelente negocio. Ni mas ni menos... si te resuelves, te diré mas adelante mi opinion personal sobre este asunto.

— ¡Cómo! — exclamó Roberto: — explícate.

— Ahora estamos hablando bajo el punto de vista... dramático, y no bajo el punto de vista moral... perdóname la expresion. . una posicion difícil... casi desesperada (tal es la tuya), y conocidos los caracteres, tratamos de hallar los medios de desenlazar felizmente esta diabólica posicion. En esto, lo repito tú procuras hacer un excelente negocio, y yo una comedia de intriga. Ya ves que no se trata de si hay ó no hay moralidad en el argumento.

— ¿Te parece que esto es proceder con poca lealtad? — exclamó Roberto.

— ¡Qué tontería!... Estás arruinado, abrumado de deudas. Una mujer rica y bonita ha prometido ser tuya, y vienes á reclamar su palabra. De cien personas las noventa y nueve y media harian lo que tú. Tranquilízate, pues, por lo que hace á la opinion de las gentes. Tú estás puro, sin mancha, como el Cordero pascual.

— Pero ¿á tus ojos... con respecto á tí?

— ¿A mis ojos, con respecto á mí?

— Sí....

— ¡Curioso!...

— Sé franco. ¿obrarías tú como yo, Baltasar?

— Tal vez...

— ¿No lo apruebas?

— Te ayudo, porque sé que para tí se trata de una cuestion de vida ó muerte, — dijo Baltasar con gravedad.

— No apruebas y me auxílas: ¿qué significa esta contradiccion?

— ¡Contradiccion! — exclamó el poeta recobrando su buen humor; — al contrario, es una fusion... una perfec-

ta armonía : desaprobando tu accion , sigo mi opinion personal ; ayudándote , me agrego á la opinion del mayor número.

— ¡Tú siempre raro !...

— ¿Qué le he de hacer , Roberto ? Un poeta es un avechuchu tan extraño....

Aunque pasiva , le agradeci á Baltasar esta protesta contra los proyectos de Roberto ; y oí el fin de la conversacion de mis amos con inquietud progresiva.

— Prosigamos nuestra conversacion , — añadió Baltasar. Noticioso de la herencia inesperada de Regina , sabes además que es muy desgraciada en casa de su padre , porque se cuenta que no es su hija. El baron , no obstante los años que han pasado despues de su descubrimiento , toma tan á pecho su percance cómico conyugal , que se teme que la misantropía raye en demencia.... motivo por el cual la situacion de su hija es altamente intolerable , desde que el baron se la trajo á Paris. Para tí todo esto es miel sobre hojuelas ; jóven mortificada está medio robada , y por tanto te propones el rapto de Regina , persuadido de que por mil razones no ha de dártela su padre en matrimonio. No me parece inmotivado el conato de rapto , toda vez que cuentas con el juramento de la mas caballeresca señorita : es verdad que aun no ha dicho *venga V.* ; mas no importa , tú te anticipas á sus deseos , y entras en Paris con el propósito de poner un sitio en regla á Regina y á sus millones... He aquí el resultado de las cosas esta mañana , á medio día. Esta noche tenemos un incidente nuevo para completar la exposicion ; de buena tinta averiguamos que tienes dos competidores para la mano de Regina ; el uno aceptado por el baron , el conde Durival , viudo , bribon enriquecido. El otro pretendiente , al parecer del gusto de Regina , culpable por tanto olvido ; el otro pretendiente es el príncipe Montbar , jóven de veinticinco años , hermoso como Antonino , noble como un Montmorency , distinguido y rico : ¿me parece que no me dejo en el tintero nada de lo que sé ?

— Nada, — repitió Roberto.

— Respecto de lo que ignoro, — prosiguió Baltasar, — es ya oportuno el enterarme.

Después de una breve pausa, dijo Roberto con no muy seguro acento:

— Díjete esta mañana que acababa de llegar de Bretaña, del castillo del marqués de Kerouard, donde fui á buscar un asilo contra mis acreedores....

— Bien, ¿y qué?

— Esta mañana he salido de la cárcel por deudas, donde estaba desde el mes de enero.

— ¿En la cárcel, sin saberlo yo? — exclamó Baltasar en tono de reconvención.

— Quise en lo posible guardar secreto y me parece haberlo logrado. Me prendieron al volver de un viaje que habia emprendido para desorientar á mis acreedores.

— ¿Quién ha pagado tus deudas? — dijo Baltasar.

— Estan sin pagar.

— ¿Y quién te ha sacado de la cárcel?

— Mis acreedores.

— ¿Tus acreedores?

— Me han facilitado además los medios de contraer un nuevo empréstito, en casa de un mercader de juguetes á quien escribí esta mañana.

— Parece prodigioso.

— Pues es cosa muy natural: he convencido á mis acreedores de que no podian esperar nada de mí teniéndome encerrado; al paso que dejándome libre y preparándome algunos fondos, harian posible un rico enlace que traia entre manos.

— Comprendo.

— Por supuesto, se han enterado antes de salir del encierro, he renovado todas mis letras de cambio á tres meses fecha. Me vigilarán, y si se hace la boda, cobrarán... si no.... ¿Mas á qué las hipótesis? Si se frustra el negocio, mi resolución es irrevocable.

— Ahora que sé lo que arriesgas y lo que has sufrido, — exclamó el poeta, — te digo que si, como esperas, te casas con esa jóven, es imposible que no la adores de nuevo, aunque no sea mas que por agradecimiento.

— Así creo. De situacion tan desesperada me saca... Mas ahora me hallo harto acosado de incertidumbres y de temores para pensar en amoríos.

— Me agrada esa franqueza, y por lo mismo acrecienta mi celo. Sentados estos preliminares, lo primero que te incumbe hacer es, ver de nuevo á Regina.... Imposible es que haya admitido las pretensiones del conde Durival, y poco probable que haga caso del príncipe de Monthar. Te hizo un juramento, y en su carácter no es posible el perjurio.

— Todo mi temor es que la fama de mis locuras, de mi ruína, y hasta de mi encarcelamiento, haya llegado á su noticia.

— ¿Qué importa, si aun te ama Regina? — dijo Baltasar á Roberto. — El amor es indulgente, y puedes decir que si te encenagastes en la disipacion, fue por distraerte de tan cruel separacion. Repito que si te ama todo lo demás no vale nada.

— Eso mañana lo sabré.

— ¿Mañana?

— ¿No va al Museo con su padre y con el conde Durival? Pues con una vez que se encuentren mis miradas y las de Regina, sabré mi suerte. En su altivez y franqueza no es posible que disimule; la conozco, y tengo por cierto que su fisonomía se explicará bien claro.

— Con efecto, antes de combinar plan alguno debemos esperar el resultado del encuentro de mañana.

— ¿Y si se frustran mis esperanzas? — exclamó Roberto. ¡Oh! no, no. — Otra vez le ví dar un empuellon á una silla, levantarse y andar agitado: — No; solo de pensarlo siento un infierno dentro del pecho.

— Vaya, Roberto, serénate, — dijo Baltasar conmovido.

— me asustas de veras; estás pálido; tus ojos brotan sangre.... Ven á la ventana á respirar el aire libre.... aquí te ahogas. ¡Qué diantre! valor; estás hoy mas nervioso que una dama.

Oí abrir la ventana, y á Roberto que decia acercándose:

— Tienes razon, si me anda la cabeza, el aire me hará provecho. Luego te diré con calma y con resolucion, que si Regina burla mis esperanzas estoy resuelto á....

Como la voz de Roberto se dilatava á medida que se iba arrimando á la ventana, no pude percibir el fin de la frase.

Pocos momentos despues oí de pronto á Baltasar, que se habria separado, sin duda, decir con voz, no bulliciosa ni conmovida, sino firme, severa, casi indignada:

— No te creo, no quiero creerte.

— Oyeme Baltasar.

— Repito, Roberto, que te calumnias; pues que eres incapaz de accion tan perversa. La traicion mas indigna de la señorita Regina de Noirlicu no te servirá de excusa.

— ¿No lo disculpa todo mi ahogo extremo? — exclamó Roberto; ¿olvidas mi situacion?

— En tanto no la olvido, Roberto, que ella sola ahoga en mi corazon escrúpulos que no quiero traer á cuento... Harto hago; pero pasar de ahí, ¡jamás! No obstante; nuestra antigua amistad, no obstante mi adhesion, de que no debes dudar, en mi vida volveré á verte si....

Interrumpiendo Roberto al poeta con una carcajada sardónica, que casi me pareció convulsiva, dijo con una jovialidad tan ficticia como la carcajada:

— Pero es posible, inocente dramaturgo, que ya olvides que me dijiste: — Vamos á trazar el plan de una alta comedia, quizá de un drama. — ¿Eh? pues yo he querido demostrarte que tambien se me alcanza algo de escenas dramáticas. Pudiste creer con formalidad, que fuera tan indigno, que.... Vaya, Baltasar, que me enojara si no fuéramos tan amigos.

Dijo Roberto estas palabras con un tono tan natural, que casi me dieron tentaciones de creer en su sinceridad. Baltasar no dudó ni un momento, pues exclamó con acento entre alegre y resentido:

— Llévete el diablo, Roberto; ó mejor dicho, lléveme á mí, por ser tan sandio que di crédito á semejante atrocidad. Con razon te burlabas de mí... pero se hace tarde; la exposicion está trazada, con que queda la accion para mañana....

Era cosa singular que Baltasar, que en los espacios imaginarios tambien soñaba despierto, apareciese bueno, generoso, sensato, tan luego como entraba por el camino de la vida práctica: dejábase de ofrecer á su amigo la mitad del Potosí, de los baños de oro, de los galcones y otras riquezas fantásticas que esperaba de sus obras, y que disfrutó mas adelante; ofrecia á su amigo lo que en realidad poseia: su modesta morada, su paz y los secundos recursos de su imaginacion. Habia yo visto con satisfaccion profunda, que, no obstante su amistad á Roberto, el poeta señalaba severos limites á este afecto; y me parecia tanto mas incapaz de complicidad en una mala accion contra Regina, cuanto que, no sin escrúpulos se prestaba á favorecer los proyectos de Roberto. El acento frio y resuelto de este al indicar sus intentos de suicidio, habiannme convencido de la sinceridad de su determinacion; y confieso que si me inspiró alguna lástima aquel hombre, fue despojada de todo interés, de todo sentimiento simpático.... Aquella inercia, aquella cobarde resignacion que preferia la muerte al trabajo, sin ensayarlo siquiera, aquella cínica confesion de no poder vivir con doce ó quince mil francos de renta, la pretension insolente de no poder aceptar mas existencia que la de millonario, repito, que todo esto me inspiraba disgusto, desprecio, indignacion contra aquel desventurado.

Pero recordando los preceptos de Claudio Gerard, pre-

ceptos llenos de mansedumbre y sabiduría, reflexioné en la educación que había recibido Roberto de Mareuil, educación de que tuve un trasunto en la escena del bosque de Chantilly. Pensé en los funestos é inevitables resultados que trae el deber los dones de la fortuna, no á la laboriosidad é inteligencia, sino al azar de la cuna.

— *No estoy hecho á trabajar, mi padre es rico.... mantendré mi rango.*

Vinoseme á la memoria la incurable lepra del ocio, los hábitos del lujo, esas necesidades superfluas, que vician, por decirlo así, nuestro natural, creando órganos y sentidos nuevos, casi tan imperiosos como los otros.

Entonces pude compadecer sinceramente á Roberto de Mareuil, no por ser lo que era, sino por haberse visto fatalmente arrastrado por una de las consecuencias mas funestas de la herencia, por una *juventud ociosa*, é aquel punto de miseria, de impotencia y depravacion.

Pude convencerme de una triste verdad.... A menudo el abuso de la riqueza embrutece, deprava, ni mas ni menos que la excesiva miseria; y á estas víctimas de lo superfluo se les debe, no la tierna commiseracion, la simpatía sagrada que inspiran siempre los mártires de las mas atroces privaciones; sino la dolorosa compasion que exige, como decia Claudio Gerard, la suerte de los miserables enfermos cuya sangre está infectada por algun vicio hereditario.

Tanto mas alimentaba estos sentimientos de lástima justa, cuanto que temia sufrir, á pesar mio, el influjo de una animosidad envidiosa contra Roberto de Mareuil, por haber amado y sido correspondido quizá por Regina.

Ser él amado por Regina, por Regina, cuyas raras virtudes admiraba y respetaba, amado despues de la conversacion que acababa de oír....

La boda era posible.... Regina, fiel á los juramentos de un primer amor, alucinada por su confianza en un hombre que creía digno, y maltratada tal vez en la casa pater-

na, esperanzada de hallar en Roberto un apoyo generoso para vengar la memoria de su madre, Regina podía y debía satisfacer los designios de Roberto de Mareuil.

Solo una responsabilidad habia en contra suya.... Regina no habia dicho, *venga V.*

¿Significaría esto una necesaria contemplacion? ¿un conocimiento reciente del carácter de Roberto? ¿ó sumisión á la voluntad de su padre, que queria casarla con el conde Durival? Por último: ¿sería amor al príncipe de Montbar?

En medio de tantas confusiones, mis temores mudaban de objeto, pero no eran menos vivos. ¡Qué triste eleccion para Regina entre aquellos tres hombres!

Roberto de Mareuil.

El conde Durival.

El príncipe de Montbar.... si es que este era mi desconocido de la taberna de las *Tres Cubas*.

Acaso me engañara tocante al último, y este error era la única probabilidad dichosa que quedaba á Regina, y la que con toda mi alma invocaba.... lo juro.... Saber que era dichosa, amada por un esposo digno de ella, hubiera sido para mí un consuelo grande, toda vez que mi amor nada esperaba.

Agobiado de cansancio, fatigado por los muchos y singulares acaccimientos del día, imité á mis años.

Repetidos campanillazos me despertaron sobresaltado.

Era muy de día, y sali á abrir á un sastre cargado con ropas hechas: sin duda Roberto las habia encargado la vispera. Triste recurso era para un jóven avezado á todos los escrúpulos de un esmerado tocador; pero urgía el tiempo, y Roberto estaba tan mal vestido, que para presentarse á Regina cuanto antes no debía reparar en pelillos.

Eran tales por otra parte las buenas maneras y la elegancia natural de Roberto, que no obstante el corte algo pasado de su trage, parecia ataviado con el mejor gusto. Vi con asombro que mis años no me habian olvidado, pues

sacó el sastre una librea de levita azul con cuello colorado y boton blanco, chaleco encarnado y calzon y botines oscuros. Prevínoseme que me vistiera con aquella ropa, que me venia sobre poco mas ó menos.

Dolorosamente se me oprimió el corazon al ponerme por la vez primera aquellas insignias de servidumbre; vacilé un momento, mas recordando los servicios que podia prestar á Regina en mi humilde esfera, y trayendo á colacion aquella máxima de Claudio Gerard de que no hay una *situacion en la que el hombre honrado no pueda hacer alarde de dignidad*; persuadido en fin de que mi resistencia ó mis escrúpulos podrian despertar sospechas, no quise exponerme á perder el hilo único y frágil que, por decirlo así, me ponía en comunicacion con Regina.

— Ya estás presentable, Martin, — dijome Roberto examinándome de pies á cabeza. — No estés tan embobado, despierta, no dejes los brazos colgando, que nos avergüenzas; pero conserva el traje de demandero, que será útil para ciertos casos.

— No está mal, — añadió Baltasar contemplándome tambien; — yo habria preferido un tricornio, una casaca color café con leche, chupa y pantalon azul celeste, ligas de plata, medias blancas y zapatos con hebillas. ¡ Voto al chápиро que habria sido buen traje; pero que te daría demasiado aive de Fronfin. Ese modesto ropaje conservará tu candor, que tanto estimo. Además de que me reservo la invencion de la librea que he dicho. Encarguéla para mis criados luego que estuviera corriente mi palacio; pero la diablura de ser vispera de viernes lo echó todo á perder.

Un campanillazo discreto, tímido, interrumpió á Baltasar: habíase ido el sastre y despues de cerrar la puerta de mis amos, fui á abrir.

Era La-Levrasc.

— ¿ El señor conde de Marvail? — me preguntó con voz melosa, dirigiendo una mirada rápida y escrutadora por la estancia.

— Aquí está, — contesté ;— si quiere V. esperar, avisaré al señor conde.

Dejando á La-Levrasc solo, entré en el aposento inmediato.

— Es el mercader de juguetes de niños, — dije á mi amo.

— No ha faltado á su promesa ; buen agüero, — dijo el poeta en voz baja.

Lejos de experimentar la alegre esperanza que al poeta le inspiraba la llegada de La-Levrasc, púsose Roberto inquieto, pensativo y con gran asombro de Baltasar, dijole algo cortado :

— Amigo mio, déjame solo con este hombre.

— ¿ Solo con el mercader de juguetes ?

— Sí.

— Es particular.... ¿ no habias dicho ?....

— Amigo mio, si te suplico que te retires, — repuso Roberto, — es por ser indispensable el secreto : perdona.

— Bien, Roberto, bien, — dijo el poeta haciendo un gesto. — Un poco de misterio no perjudica al efecto de un drama... haya pues misterio.

— ¿ Hay recado de escribir ? — añadió Roberto.

— Lo querrás para firmar, — repuso el poeta sonriéndose. — Sí, ahí está la taza y la pluma.... Vente, Martin.

Salimos ; entró La-Levrasc, y yo cuidé de cerrar la puerta.

— ¿ Porqué me echará Roberto ? — decia el poeta hablando consigo mismo, luego que nos quedamos mano á mano en la antesala.

Púsose Baltasar á pasear silenciosamente en todas direcciones ; mientras que yo, no menos curioso, me ocupaba en arreglar algunos trastos por hacer algo. Una mesa, colocada de intento por mí delante del conducto acústico, lo obstruia enteramente y no se oia nada de la conversacion de Roberto de Mareuil y La-Levrasc.

No obstante, yendo y viniendo, varias veces se acercaba á la puerta Baltasar, impulsado por viva curiosidad.

De pronto el profundo silencio que habia reinado hasta entonces, fue interrumpido por esta exclamacion estrepitosa de Roberto:

— ¡Miserable!

Como despues de este arranque todo volvió á quedar en silencio, Baltasar echó mano á la llave de la puerta. Iba á entrar; pero reflexionando, á mi entender, sobre el ruego de su amigo, se detuvo y echó á andar otra vez, diciendo por lo bajo:

— ¡Hum! va mal la cosa y Roberto que no creia que hubiera dificultad... Mala cara tiene ese hombre.... Muchacho, me dijo, ¿no te parece que tiene mala cara? tú le viste ayer.

— ¿A quién, señor?

— Al mercader de juguetes.

— ¡Qué! sí no lo miré.

Abrióse de repente la puerta; asomó la cabeza de Roberto, y dijo:

— Baltasar, puedes entrar.

Entró en efecto el poeta, y yo me quedé solo, atónito de la palidez de Roberto y de la expresion siniestra de su fisonomía; pero en seguida vi salir á Baltasar mas contento que unas pascuas, y darme una porcion de monedas diciendo:

— Vete al estanco y pide *cinco timbres* de á diez mil francos cada uno, tenlo bien presente, cinco timbres de á diez mil francos, que hacen cincuenta mil francos: ¿estás?

— Sí, señor; pediré cinco timbres de á diez mil francos, dije estupefacto, pues á la sazón ignoraba absolutamente que existiese *papel sellado*, así como su valor relativo y en realidad creí tener que traer cincuenta mil francos.

— ¿Con qué sabes, repuso Baltasar, que has de traer cinco timbres de á diez mil francos y pagarlos?

— ¿Con qué, señor? — exclamé haciéndome cruces.

— ¿Cómo? ¿con qué? con el dinero que te acabo de dar

— ¡Con esto, señor amo, he de pagar cincuenta mil francos?

— ¡Oh inocencia de la edad de oro! ¡Oh sencillez primitiva! Martin, sino fuera por la gravedad de las circunstancias, te paseaba en triunfo por esta habitacion cantando tus alabanzas en coro; pero el tiempo escasea, corre, ve al estanco, pide cinco letras timbradas de á diez mil francos, paga y vuelve....

Aturdido bajé la escalera velozmente, y me encaminé al sitio indicado: despachaba un hombrecillo de maliciosa cara y de irónica sonrisa.

— Caballero; — dije, — querria cinco letras de á diez mil francos.

— ¡Hola, hola! — dijo el hombrecito, buscando un paquete de papeles, que á mi parecer debian ser muy preciosos. — ¡Cincuenta mil francos; ¡Esto es hacer papel como llovido. ¡Bah! cosas de la edad; y mirando mi librea nueva, dijo con tono irónico y paternal al mismo tiempo:

— Apostemos que tu amo es jóven.

— Sí señor.

— Lo hubiera jurado, — dijo el estanquero, — por que generalmente los jóvenes aprenden de escritura comercial en estos papeles. Hacinan cuadernillos y mas cuadernillos; pero ¡cuánto papel perdido! — añadió el estanquero sarcásticamente, dándome la vuelta del dinero.

Entonces no conocí el epigrama, que no carecia de verdad, y á escape volvi á casa de mi amo.

En la mitad de la escalera hallé á Baltasar.

— ¡Las letras! ¡los timbres! — exclamó.

— Abi estan, señor.

— Bueno; pues ahora corre á la calle Grange Bateliert, casa del alquilador de coches: para medio dia has de encargarle una carretela de lo mejor, á la inglesa: no repares en el precio, pero que á las doce en punto esté el carruaje á la puerta, entiendes?

— Sí señor.

Eché otra vez á correr. Mi librea inspiró plena confianza al alquilador, y me propuso un hermoso coche, que acepté, dando la vuelta á casa.

Habia desaparecido La-Levrarse; Baltasar no cabía en sí de gozo; pero Roberto estaba pensativo.

— ¿Hay en esta calle algun cambista? — me preguntó Baltasar.

— Sí, señor, — contesté; — hay un relojero que cambia

— Pues corre á cambiar este billete de mil francos por cincuenta monedas de oro, pagando el descuento, — me dijo el poeta.

— Baltasar, — exclamó Roberto, deteniendo la mano de su amigo, antes de que me alargara el billete.

A renglon seguido añadió algunas palabras al oído del poeta.

Roberto desconfiaba de mi probidad; pero su amigo, mas confiado, replicó en voz alta.

— Respondo de él; es un borrico pero honrado.... Conozco á los hombres.

Dándome luego el billete, añadió:

— Coge esto bien con el puño cerrado, y trae el oro en un cartucho: date prisa por que es menester que estemos en el Louvre dentro de una hora.

Fuí á cambiar el billete, traje el oro á Baltasar, quien lo contó y acarició en la mano, pasándolo en seguida á Roberto: este repuso:

— Bien, toma tú.

— ¿Qué?

— ¡Bah! lo que quieras de estos cincuenta luises.

— Gracias, Roberto.

— ¿Estas loco? no tenemos todavia....

— Amigo Roberto, — dijo el poeta con afectuosa firmeza, — todo será comun entre nosotros, á excepcion del dinero que provenga de ese hombre.

— ¡Vaya un capricho!....

— ¡Atrás! ¡atrás! — exclamó Baltasar con la misma gro-

vedad; y exaltado por sus locas ilusiones, añadió: — ¿Necesito acaso de tu dinero? Mañana ó esotro dia, ¿no estaré anegado, saturado de oro? ¿Tanto han de tardar esos picaros libreros en enviarme el precio de mis obras en cajas de palo de sindalo, conducidas por negros?

Al mismo tiempo daban las doce en el reloj.

— Al coche, — gritó Baltasar á su amigo, — al coche pronto: es menester llegar al Louvre antes que Regina.

— ¿Pero no me acompañas? — dijo Roberto al poeta.

— Todo bien considerado no debo ir; vale mas que estés solo, por que yo podria distraer la atencion de Regina... Aquí me quedo, y vuelve en breve, por que me dejas en ascuas... en las ascuas de la curiosidad, Roberto. Adios y buena suerte.

— Hasta luego, — dijo Roberto, mientras yo le abria la puerta para que saliera.

— ¿Y tu sombrero? — exclamó Baltasar.

— ¿Para qué, señor?

— ¿Pues qué, piensas subir en la trasera con la cabeza al aire? Dirian que habias hecho un voto á la Virgen.

— ¡Subir á la trasera! — dije no poco apesadumbrado por esta nueva consecuencia de mi servidumbre improvisada.

— A no ser que prefieras ir dentro, — replico Roberto encogiéndose de hombros; — ea, toma el sombrero y sígueme.

Obedecí, abri la portezuela y me acomodé en la trasera del carruaje, que partió rápidamente en direccion al Louvre.

XXII.

El peristilo del Museo.

Multitud de carruajes obstruía ya las inmediaciones del Louvre, cuando se apeó mi amo en la puerta principal del Museo.

— Ve detrás del coche , — me dijo Roberto ; — observa donde se coloca, y luego vuelve aquí á esperarme.

— Está muy bien , — respondí.

Cerrada la portezuela, ejecuté las órdenes de Roberto, y volví á situarme junto á la puerta del Museo, entre otra muchedumbre de criados.

Penosa fué para mí esta primera prueba pública de mi condicion. Roberto me trataba con dureza, con menosprecio; mas experimenté cierto consuelo solo al pensar que habia aceptado aquella humilde colocacion con la esperanza única de servir á Regina, y que tenia cierta superioridad moral sobre mi amo Roberto.

Hacia estas reflexiones sin orgullo, hallaba en mí sentimientos de rectitud, de honor, de delicadeza, que jamás habia conocido Roberto, juzgando por lo que de su conducta sabia. Yo habia arrostrado padecimientos, resistido tentaciones, cuya idea sola hubiera espantado y Roberto de Mareuil; y á fe que, en situaciones tan desesperadas, como aquellas en que yo me habia visto, se habria suicidado ó héchose criminal.

Reconocida esta superioridad por una comparacion madura, ya no me humilló mi estado de servidumbre, el mejor medio de expresar lo que yo sentia seria compararme con un hombre valiente, dotado de gran fuerza física y de gran valor, que para llevar á cabo un deber sagrado, a-

guantase los desprecios ó las amenazas de un ser pobre, cobarde y débil, á quien de un soplo podia destruir.

En una palabra, parecíannos trocados nuestros papeles. miraba yo mi dependencia respecto de Roberto de Mareuil como una anomalía, y aceptaba mi situacion como una situacion singular, misteriosa, que no solo me permitia consumir una accion generosa, sino que suministraba amplio asunto para mis observaciones y para mi curiosidad.

Confundido entre tantos sirvientes á la puerta del Museo, miraba y escuchaba con atencion: debia yo á mi estado noticias harto precisas para desesperar de adquirir otras nuevas.

Mezclado con los grupos de criados, reparé que, á imitacion de sus señores, se dividian en clase aristocrática y media: los lacayos de casa grande, bien conocidos por su elevada estatura, por los botones de armas y el empolvado del cabello, formaban grupo aparte de los lacayos del estado llano, á quienes no dirigian la palabra, no por orgullo tal vez, sino por una consecuencia de sus *relaciones sociales*: como que los unos frecuentaban las mismas sociedades, se hallaban diariamente unos y criados en un corto número de casas, que con ciertas embajadas (como luego supe) componian los puntos de reunion de lo mas selecto de la alta aristocracia parisiense; como, por el contrario, las relaciones de la clase media estaban inmensamente divididas, sus criados no componian un grupo compacto como el de los lacayos de los grandes señores.

Hácia este último grupo me dirigí, esperando saber algo sobre el desconocido de la taberna de las *Tres Cubas*, que yo suponía ser el príncipe de Montbar.

Al cuarto de hora de ser oyente (claro es que mis camaradas no hablaban quedo) me asustó casi lo que acababa de saber sobre la alta sociedad parisiense: intrigas amorosas, escenas de familia, intereses de fortuna, nada ignoraban mis aristocráticos camaradas: y eso que la especie

de sus servicios no les permitía la misma intimidad que tienen los ayudados de cámara.

La conversacion á trozos que yo oí, los hechos que me revelaba, me hicieron tal impresion, que por muchos motivos conservo en la memoria casi todos los pormenores.

— ¡Hola! te hallo en el Museo, — decia un criado aristocrático á otro: — ¿pues anoche, en los Italianos, no dijiste que *iban Vds.* al bosque de Boloña?

— Sí; pero se trocó la órden: despues del teatro fuimos á la embajada de Cerdeña, y allí habria cita para acá.

— ¿Segun eso, estuvo el otro en la embajada?

— Ya ves tú... cuando ibamos nosotros... pero se largó asi que llegamos. Me parece que se empieza á fastidiar... ya se vé, como la señora se va haciendo vieja.

— Pues antes de ayer la ví en casa de la duquesa de Beauprean, y me pareció tu señora un bocado real.

— ¡Psit! las rubias, ya se vé, su pena... por que ella se despepita por él; y él no hace maldito el caso. Antes llegaba *él* siempre antes que *ella*, y se iba al mismo tiempo, y la ponía el abrigo, y llamaba á los criados cuando iba sola... pero ahora... ¡ya, ya!... llega el último y se va el primero... Antes habia visitas de tres horas, y á esta fecha hace cinco dias que no ha puesto los pies en casa.

— Tu señora ha sido destronada.

— Tal creo... mira tú... hoy pensaba ella encontrarle aquí; pero por ninguna parte atisbo su cabriolé ni su soberbio caballo tordo, que tanto llama la atencion.

— Ya; le diria que viniese al Museo, para que no le estorbara en el bosque, donde él estará. Te digo que la vizcondesa está hundida... mas ya sale, corre á avisar el coche.

— Es claro, no ha parecido, se cansa de esperarle y toma el portante. Adios, Perico.

— Adios, galan.

Y volviéndose á algunos de los compañeros que oyeron la interior conversacion, añadió el lacayo:

— ¡Mirad mirad el marido, qué traza de pichon atontado!

— ¡Anda, chuzon!

— ¡Pobrecito!

— La mujer está guapa todavía.

— ¿Hace gestos?

— Sale aburrida.

Miré donde todos, y sobre el peristilo que precede á la puerta principal del Museo, vi una mujer jóven, rubia, de facciones algo gastadas; pero encantadora aun: mostrábase triste, abatida, y vestía con tanto gusto como elegancia; de vez en cuando tendía por la plaza miradas acongojadas.... pero nadie parecía.... Un jóven con trazas de lobo, el marido sin duda, daba el brazo á la dama, y en los pocos minutos que precedieron á la llegada del carruaje no se dijeron una palabra los esposos.

Causábame una impresion dolorosa ver á aquella mujer bonita, que ignorando los heenciosos cuentos provocados por su presencia, permanecía abatida, pensativa en aquella especie de peristilo, convertido en picota para ella.... Una especie de estupor me producía el pensar que lo que debía hallarse envuelto en un misterio impenetrable, el *secreto del corazon de una mujer*, fuera tan fácilmente descubierta y abandonado á las groseras lenguas de los criados: no podía yo concebir que el eco de tan brutales chanzas llegara nunca á oídos de la mujer, del marido ó del amante, y me extrañaba extraordinariamente aquella singular mescolanza de insolente zumba, y prudente discrecion.

De repente me estremecí de sorpresa: acababa de parar al pié del peristilo un hermoso landó verde, con librea verde y color de naranja: de aquel carruaje vi apearse de un salto á mi desconocido de la taberna de las *Tres Cubas*, y tanto mejor pude cerciorarme de su identidad, cuanto que, conociendo sin duda á la rubia, se acercó, la dió la mano familiarmente y habló un breve rato con el marido.

Si la distincion y rara belleza del desconocido me sorprendieron cuando iba mal vestido á emborracharse con aguardiente en una taberna, me parecieron mas notables todavía la distincion y belleza al verle vestido con elegancia: su fisonomia, al hablar con la rubia, respiraba gracia, finura, encanto; admiré la exquisita urbanidad con que acompañó hasta su coche á la pobre abandonada y en seguida volvió á subir rápidamente los escalones, entrando acelerado en el Museo.

Iba por fin á saber el nombre de aquel jóven: su lacayo se acercó á nosotros, y yo levantando la cabeza para mirarle, pregunté:

— No pertenece al señor príncipe de Montbar el hermoso carruaje que acompañaba V. ?

— Si, papanatas, — me contestó el lacayo gigante, despues de mirar desdeñosamente mi modesta librea.

Demasiado satisfecho con lo que acababa de saber para hacer caso del injurioso epíteto que me dirigió, me alejé de mi orgulloso colega.

No podía ya dudar que el desconocido de la taberna de las *Tres Cubas* era el príncipe de Montbar, y era indudable que iba al Museo con la esperanza de encontrar á Regina. Debía esta haber llegado, porque despues de algunas vueltas, descubrí entre los criados la librea del conde Durival que habria traído al Louvre á Regina y á su padre. Deseoso de cerciorarme, me acerqué, y tambien por esta parte era animada la conversacion.

— Vamos de capa caída, — decia un lacayo de librea azul y cuello amarillo. — Ayer, no obstante la orden, forzaron la consigna el sastre y el carnicero, que no habian recibido nada en todo un año; se toparon en la escalera con el amo, y le pusieron como nuevo; desde abajo les oíamos disputar.

— No pagar al sastre, pase, — dijo otro con tono sentencioso; — pero no pagar al carnicero es repugnante; esa gente cae déjala. amigo mio.

— Sin contar con que el señor marqués ajustó con el cochero la manutención del carruaje, y el pobre no ha visto un cuarto todavía. Anteaayer la modista armó un escándalo, llevándose un vestido de baile que no quería dejar sino era pagado en el acto. Todos los días hay cosas por el estilo, y ya ves tú qué tren.

— Lo mismo nos sucede á nosotros, — dijo un cazador, á quien conocí por haberle visto la vispera en la tienda de La Levrase.

— Mi duque lo ha derretido todo, y va á empuñar la espada y condecoraciones de su padre.

— Mudad de acomodo, hijos, mudad.

— ¿Y mi salario? — dijo uno, — se me deben cinco meses.

— Pues aguarda otro mes, y perderás seis. Ahí tienes á los lacayos del conde Durival; esa casa sí que es sólida.

Y dando algunos pasos hácia uno de los lacayos del conde Durival, dijo su interlocutor:

— Buenos días, Augusto.

— Buenos te los dé Dios.

— Dí, ¿no habria en tu casa una plaza de lacayo para un amigo?

— Hombre, en casa no; pero me parece que lo necesita el señor vizconde.

— ¿El hijo de tu amo?

— Sí.

— ¿Ese chicuelo tiene servidumbre?

— Calla, hombre, si es cosa que hace sudar.... tiene un servicio completo y un ayuda de cámara, dos lacayos y coche: sale cuando quiere con sus amigos y su ayo; bromista si los hay. A los Funámbulos lleva esta noche al señor vizconde, y acaso tambien vaya el señor conde. ¡Oh! el vizcondesito está en buena escuela.... ya ha vuelto borracho dos ó tres veces.

— ¡Bien principia!

— Malo é insolente como pocos... Nunca olvidaré la lección que pocos años ha le dieron unos mendigos en el bosque de Chantilly... no les quiso dar nada, y ellos se vengaron llevándose al bosque... ¡oh! á no ser por algunos gendarmes. .

— También fue robada entonces la señorita de Noirliet, la que hoy hemos traído al Museo. — Tendría de ocho á nueve años. — ¡Válgame Dios, qué escena!

Regina estaba en el Museo; seguí escuchando con la esperanza de saber algo.

— ¡Hum! dijo el lacayo que buscaba acomodo para el otro compañero; servicio duro debe de ser con semejante arrapiezo!

— ¡Bah! á todo se acostumbra uno, y como no hay mucho que hacer...

— A fe mía que si es tan malo como dicen, merece cualquiera cosa.

— No es tanto lo malo, como lo osado que es... Hará como dos años que fui á comer á Seaux con su ayo y tres amigos: el ayo, á quien no gustaba aquella broma, dejó en la mesa á los tres muñecos, tomó el coche y se largó á casa de una mujer que vivía en Chatillon.

— ¡Bueno! ¡buen ejemplo!

— Cuando volvimos, los angelitos, habían mandado subir una muchacha que cantaba por las calles y rascaba la guitarra, y tantos horrores habían cometido con ella, y tanto la habían maltratado, que amenazaba una especie de motin, y no faltaba quien quisiera sacudir el polvo al vizcondecito y á los tres camaradas; mas otra vez te lo contaré mas despacio, — dijo al pronto el criado... sale mi amo.

Acto continuo, encaminóse de prisa el lacayo del conde Durival hácia el vestibulo, hácia donde yo me acerqué igualmente, suponiendo que Roberto no vendría muy distante de Regina: víla aparecer, en efecto, dando el brazo á un caballero de hasta cincuenta años, que luego

supe ser el caballero de Noirlieu, su padre: el cuerpo de este, estaba ya encorvado, los cabellos eran canos, y los ojos hundidos y ardientes, y socavadas las órbitas; lo escuálido de su rostro y la sonrisa amarga y perpetua que asomaba en sus labios, revestía sus facciones de una expresión de tristeza doliente, casi feroz.

Regina, ataviada con seria sencillez, llevaba un vestido negro y un sombrero de crespon blanco, no tanto como su pálido rostro, encajonado entre cabellos como el azabache... Respiraba su fisonomía, una gravedad glacial. El príncipe de Montbar y el conde Durival la tributaban sus obsequios: el conde risueño, rendido, se dirigía alternativamente al baron, que contestaba distraído, y á Regina que, en mi juicio, le escuchaba con suma frialdad. El príncipe de Montbar, por el contrario, guardaba con la jóven una reserva, calculada acaso, porque me pareció un tanto afectada: no obstante, con afables y corteses ademanes, cuidaba especialmente del baron, que para él rebajaba algo de su sombría taciturnidad: dos ó tres veces dirigió el príncipe algunas palabras á Regina, á las cuales contestó ella, no como al conde Durival, con visos de altanera frialdad, sino bajando los ojos, cual si se sintiera turbada.

Finalmente, pocos pasos distante de este grupo principal, descubri á Roberto de Mareuil con el semblante enagenado de gozo.

Llegaron los criados de Mr. Durival; Regina, su padre y el conde ocuparon una magnífica berlina de color de chocolate, á cuya trasera subieron los dos lacayos. Al tiempo de alejarse alzó los ojos Regina, y miró tan directa, tan atentamente á Roberto de Mareuil, que el príncipe de Montbar, quieto aun en el último escalon del peristilo, volvióse sorprendido á investigar á quien iba dirigida la profunda y expresiva mirada de la señorita de Noirlieu; pero fuera casualidad ó cálculo, halló Roberto medio de esquivarse entre dos ó tres personas que salían del Museo.

El príncipe, desorientado, se dirigió á su carretela, que partió inmediatamente.

Viéndome entonces Roberto, hizome señã de que mandara arrimar el coche, y así lo hice. Al cerrar la portezuela, me dijo mi amo sin disimular su regocijo:

— A casa, muchacho, aprisa.

Así que llegamos, subí en pos de Roberto, y fuimos recibidos por Baltasar en la meseta de la escalera.

Sin poder contenerse, exclamó Roberto desde tan lejos como atisbó al poeta:

— ¡Es mía!!!

— ¿Es vuestra? ¡victoria! — exclamó el poeta.

Y así que estuvo cerrada la puerta, abandonóse Baltasar á las mas locas demostraciones de júbilo. Roberto, que hubiera debido ser el que conociera que su triunfo era muy grave, tomó parte, sin embargo, en las locuras del poeta, escusables en este, pero repugnantes en Roberto. Sin acordarse sin duda de que estaba yo delante, asiéronse de la mano los dos amigos, y comenzaron á brincar, á saltar y á bailar de alegría, gritando:

— ¡Victoria! ¡viva Regina!

Pasada la primera efervescencia, exclamó el poeta:

— Roberto, mostrémonos agradecidos á la Providencia... celebremos dignamente tan gran dia... Hay semanas que me alimento con la execrable cocina del envenenador de la calle de San Nicolás. Dame de comer en la Rocher de Cancale.

— Aprobado.

— Luego irémos al teatro... Escuso decirte que rabio por ir á los Funámbulos, á ver ese diamante oculto, esa maravilla desconocida! á esa Basquiña, de que me habló Duparc.

— ¡Aprobado!... á los Funámbulos, — dijo Roberto, — será placer doble, porque ese teatrillo es el punto de reunion de la gente alegre.

— Martín irá con el coche á encargar una comida de

cincuenta francos el cubierto.... sin vinos, y á alquilar un palco de proscenio en los Funámbulos.... si le hay, — dijo Baltasar.

— Corriente, — replicó Roberto

— Vaya, Martin, tú tambien participarás, — exclamó Baltasar, — comerás en mi reunion de la Rocher de Cancale te, ó irás al patio de los Funámbulos.

— Toma, — me dijo Roberto, dándome unas monedas de oro: — dejas en la fonda cien francos á cuenta, pagas el palco y el resto para tí.

— Señor, el caso es que no sé donde está el Rocher de Cancale.

— El cochero te conducirá, candoroso Martin.

— Martin, — repuso Baltasar: — no necesitas decir mas que estas dos palabras sagradas: *Rocher Funámbulos* y te conducirán en alas de sus céfiros de cuatro patas.

— Ahora, — dijo Roberto á su amigo, cuando yo salga del aposento, — voy a contarte lo que ha pasado; es mia, muy mia, te repito.

— Al cerrar la puerta, oí exclamar á Baltasar.

— ¡ Viva Regina!

XXIII.

Los Funámbulos.

— Vamos á los Funámbulos y verémos á esa Basquiña de quien me ha hablado un inteligente como de una maravilla desconocida, — había dicho Baltasar á su amigo.

No me era ya dable dudar de que se trataba de la compañera de mi infancia, idea que me enloqueció de gozo. Fui primeramente, con arreglo á las órdenes de mi amo, á encargar la comida á la Rocher de Cancale, y en segui

da el cochero me condujo á los Funámbulos. Lei el cartel y hacian el *Gorro encantado*: busqué entre el nombre de las actrices el de Basquiña, y le hallé humildemente inscrito á lo último. A la sazón no era todavía muy brillante la reputacion de la pobre niña, que debía ser en efecto una maravilla incógnita: busqué el despacho de billetes, esperando saber algo de Basquiña por el encargado de la venta, el cual me dijo:

Se lleva V. el último palco.... nuestro teatro va haciéndose de moda y hay ya palcos abonados por marqueses, por condes y capitanes; en fin, gente de tono como en los Italianos.

— ¿No trabaja esta noche la señorita Basquiña? — pregunté.

— No, es la famosa Clorinda la que hace el papel de Hada de Plata.

— Pues yo he visto en el cartel el nombre de Basquiña.

— ¡Ah! sí, la figuranta.... tiene un papelillo.... el de genio del mal: no está en escena un cuarto de hora.

— Pues dicen, sin embargo, que esa muchacha promete mucho.... que tiene talento....

— ¡Talento! ¡qué talento ha de tener una figuranta que gana una peseta! Vaya, vaya, no lo crea V.

— No me podria V. decir la casa de la señorita Basquiña?

— ¿La casa? — exclamó el encargado del despacho, soltando el trapo á reir: — ¿qué casa ha de tener una pobre figuranta? sepa V. que esa gente no tiene casa; gracias que le den por ahí un nido....

El del despacho me volvió la espalda al decir esto.

Chasqueado por el pronto, me consolé con pensar que veria á Basquiña por la noche, dejando á la inspiracion del momento el hallar medio de hablarla despues del teatro.

Baltasar cumplió su promesa: mientras que corria alegremente con Roberto para celebrar de antemano la con-

quista de los millones de Regina , sirviéronme en una especie de despensa la mas espléndida comida que habia disfrutado en mi vida: poco honor la hice en verdad , preocupado por los medios de volver á ver á Regina y por los temores que me inspiraban las esperanzas de Roberto , seguro , segun decia , de ser amado.

Terminado el banquete de mis amos , me mandaron llamar ; abri la portezuela , y el coche nos llevó á los Funámbulos.

Habiéndome dado Baltasar mas de lo preciso para pagar un asiento , entré en el patio , y como en toda mi vida habia estado en el teatro , fueron tanto mayores mi asombro y mi curiosidad , cuanto que llegaba durante un entreacto , y en medio de un espantoso tumulto , que no dejaba de ser incidente muy comun en aquel bullicioso teatro.

La actitud irreverente de algunos espectadores del proscenio causaba todo aquel estrépito. Mis compañeros del patio , encaramados sobre las banquetas , vociferaban con toda la fuerza de sus pulmones :

¡Fuera ! ¡fuera ! ¡Cara al patio ! Las galerías altas y bajas repetian en coro estos chillidos con acompañamiento de silbidos , chicheos y palmadas.

Los espectadores del proscenio , causa del alboroto , estaban sentados sobre el antepecho del palco , con la espalda toda vuelta al público.

Por último , ya fuese que temieran un verdadero motin , ó que creyeran haber protestado bastante con su persistencia contra la tiranía popular , volviéronse lentamente , tendiendo por la platea una mirada desdeñosa ; y sin embargo , esta derrota del proscenio fue saludada por un inmenso grito de victoria , que partió de todos los rincones , sin que tuviera mas consecuencias este accidente.

El palco en cuestion , próximo al de Baltasar y Roberto , estaba ocupado por cuatro personas , de las cuales conocia á dos : al conde Durival y á su hijo Escipion. Al primero le habia visto la víspera en casa del padre de Regina , y aquella

mañana en el Louvre; y en cuanto á Escipion, no obstante los años que habian transcurrido desde la escena del bosque de Chantilly, y que habia crecido mucho, era muy poco lo que sus facciones habian cambiado; su gracioso rostro, coronado por cabellos rubios y rizados se distinguia por una expresion notable de osadía y precoz impertinencia. A pesar de que el vizconde llegaba apenas á la edad de la adolescencia, parecia mas bien un hombrecito, que un niño.

Cuando se volvió el vizconde á mirar al público, tenia el color encendido, coléricas las miradas, y me sorprendió el ademan insolente y atrevido con que provocó á los espectadores enseñándoles el junco que blandia en la mano.

En un hombre semejante baladronada acaso habria originado otra borrasca; mas la bravata de Escipion fue acogida con grandes careajadas é irónicos aplausos. No sé á que extremos habria arrastrado la cólera á aquel niño, cuyos labios se fruncieron de rabia, si su padre no se lo hubiera llevado cariñosamente á la parte interior del palco. Otro jóven de la edad de Escipion, y un hombre de figura espresiva, aunque servil y socarrona, acompañaban al vizconde y á su padre: segun mis noticias, el de traza servil, debia ser elayo de Escipion: éralo en efecto, y el otro un amigo.

No obstante mi poco conocimiento del mundo, parecia-me singular que el conde hubiese escogido aquel espectáculo para llevar á su hijo, no por la clase de funcion, pues las de mágia son á propósito para divertir á niños, sino por que no debia ignorar el conde que en aquel teatro solian reunirse los que gustaban pasar una noche borrascosa, despues de libaciones excesivas.

Los tres golpes solemnes impusieron por fin silencio; tocó la orquesta una lúgubre sinfonia, é impacientado ya por ver salir á Basquiña, dije al que tenia al lado:

— ¿Sale pronto la Basquiña?

— ¿Quién es Basquiña? ¡Ah! la rubilla que hace de ge-

nio del mal ; no , todavía no ; su escena no es hasta el fin del acto.

— ¿Es verdad que Basquiña tiene mucho talento , caballero ?

— ¡ Hombre ! yo no sé , pero es guapilla. Cuando hace sus gestos diabólicos , parece mala como un demonio ; pero en poniéndose á cantar.... ni mas ni menos en cuanto á fastidioso que en la ópera.

— ¡ Es posible que tal diga V ! — replicó mi vecino de la izquierda.— Basquiña hace su papel con muchísima expression , y tiene una voz.... ¡ qué voz !... yo vengo por oirla.

— Pues señor , cada uno tiene su gusto , — replicó el vecino de la derecha , y añadió por lo bajo dirigiéndose á mí :

— No haga V. caso de ese , que no entiendo una palabra. La Basquiña no es actriz , es una mala figuranta de tres al cuarto , y flaca como un espárrago ; la echa de trágica en los Funámbulos.... ¡ Miren que bueno !... Dadme á mí la Clorinda , que es la que hace de hada de Plata ; esa sí que es una actriz rolliza y encantadora ; ya veréis.

Dejé hablar al partidario de la carnosidad , y cuando se levantó el telon dirigi una mirada al palco de Roberto y Baltasar ; revelaba este en su rostro la satisfaccion que experimentaba , en tanto que Roberto , sentado mas adentro , denotaba estar meditabundo y apesadumbrado. No acertaba yo á conciliar esta tristeza con la certidumbre que tenia Roberto de ser amado por Regina ; tal singularidad me trajo á la memoria la alteracion de las facciones de Roberto despues de su conferencia secreta con La-Levrase , conferencia de la que Baltasar fue excluido. Si bien estas observaciones me daban mucho en que pensar , no atendí mas que á la representacion , esperando el momento de que apareciera Basquiña.

Estas postreras ideas reprodujeron mil recuerdos de mi infancia , recuerdos dulces y amargos á la par. En breve hasta me olvidé de la funcion y de lo que en torno mio pasaba , seguro de que me habia de hacer volver en mí la

voz de Basquiña, tan luego como apareciera en la escena.

Un incidente nuevo vino en esto á perturbar mis reflexiones.

Frente al palco del conde Durival habia quedado otro palco vacío, en el cual se instalaron dos hombres mal vestidos que acababan de saltar por encima del antepecho; pero como llegasen en tanto los dueños del palco, trabóse entre estos y aquellos un acalorado altercado, que dió margen á que por un momento se suspendiera la representación.

Gesticulaban dentro del palco los dos intrusos, de los cuales habia uno de pequeña estatura, y parecian querer disputar el terreno, palmo á palmo, cuando repentinamente viéronse dos robustos brazos, que levantando en peso al mas remiso, lo pasaron por encima del antepecho, y lo dejaron caer en el sitio que habia abandonado para introducirse en el palco.

Esta prueba de vigor y de cómica serenidad causó un general entusiasmo, y el patio y los palcos prorumpieron en gritos de aplausos, repitiendo muchas veces:

— ¡El autor! ¡el autor! puesto que el hombre de tan vigorosos brazos, que hasta entonces estuviera casi inapercibido, se habia retirado al fondo del palco, sin duda para despachar al otro intruso del mismo modo que despachara á su compañero; pero ambos se trasconejaron por las galerias para libertarse de la silba.

No pareció esto suficiente, y excitada de una manera extraordinaria la curiosidad general, queríase absolutamente que se presentara el autor de tan vigorosa broma, y el pueblo entonó este formidable coro:

— ¡El autor! ¡el autor!

No pareció que este lisonjero llamamiento violentase mucho la modestia del *autor* de un hecho tan admirado, el cual se asomó al palco, muy satisfecho de si mismo, y saludó al pueblo con desembarazo, poniéndose la mano sobre el corazon con ademanes de grotesca confusion.

Redobláronse los gritos y los bravos, y el hombre de los fuertes brazos, deseoso de que una persona que le acompañaba participase de tan lisonjera ovacion, volvióse al interior del palco, y de grado ó por fuerza hizo que se presentará una muchacha bastante bonita, pero descarada y algun tanto confusa, efecto de tan inesperada presentacion.

Este proceder hizo que se dividieran los pareceres respecto á la conducta del hombre de los brazos robustos.

Aplaudieron unos con entusiasmo, y á estos volviólos á saludar nuestro hombre.

Silbaron otros, entre ellos Escipion Durival y su compañero, y tambien fueron saludados con imperturbable sangre fria.

A punto de estallar estaba acaso una division hostil entre ambos partidos, cuando los *neutrales* en la cuestion empezaron á pedir con atronadores gritos que continuase la representacion.

Este último parecer reconcilió á los disidentes, y poco á poco se fue restableciendo el silencio. Sentóse el hombre de los brazos largos á un lado del palco, la jóven descarada á su frente, y continuóse la representacion.

Yo permanecia en tanto inmóvil y palpitante... En el hombre de los grandes brazos acababa de reconocer á BAMBOCHA.

Era su talla alta y desenvuelta, y, como en sus primeros años, llevaba el pelo rapado, dejando de este modo marcadas sus cinco puntas en derredor de su ancha frente y dando á su fisonomía un carácter enteramente particular, que me hizo desde luego conocer á mi compañero de infancia, cuyas crespas y negras patillas, así como su bigote, aumentaban la resuelta y enérgica expresion de su faz; pero en vez de ser su semblante, como otras veces, feroz y sardónico, parecióme que á un tiempo era insolente, jovial y burlesco. Lujo á la par que mal gusto, revelaba el traje de Bambocha, de cuyo chaleco de ter-

ciopelo claro, colgaba una gruesa cadena de oro, en cuya camisa se veían botones de brillantes, y cuyas largas manos, enteramente descubiertas, por que, para mayor comodidad, llevaba arremangadas las mangas de su frac color de castaña, anunciaban una limpieza algun tanto dudosa, y que sin duda las colocaba sobre el antepecho de su palco para ostentar las piedras de los anillos que brillaban en sus dedos. Sin duda se imaginaba Bambocha que sería mas elegante si aparentaba ser corto de vista; y de vez en cuando miraba, por lo tanto, con su binóculo de oro; empero sus alegres y rasgados ojos y la ninguna gracia con que miraba, desmentía su pretension. Bambocha hacía poco caso de su compañera, que llevaba un sombrero nuevo de color de rosa y un excelente chal.

La representación continuaba en tanto; pero mis ojos permanecían clavados en Bambocha, latíame el corazón con violencia y reconocía aquella verdad de Claudio Gerard:

« Aun cuando al cabo de diez ó de veinte años encuentras á tus compañeros, experimentarías que con el ardor antiguo se renovaba aquella amistad de infancia, que te enlaza con Basquiña y con Bambocha. »

Parecíame, en efecto, que apenas hacía algunos dias que me había separado de mis compañeros, y ni siquiera me preguntaba los medios azarosos, sin duda culpables y tal vez criminales, en virtud de los cuales podía Bambocha, arruinado recientemente, perseguido como contrabandista, y cómplice reconocido de La-Levrasc y del Lisiado en no sé qué tenebrosos negocios; ni siquiera me preguntaba, repito, como Bambocha podía presentarse con cierta especie de lujo. Ni me preguntaba tampoco si la confianza con que osaba presentarse al público era resultado de su inocencia, ó de su increíble audacia... solo pensaba entonces en el placer que de volverlo á ver tenía, y á pesar mio se humedecían mis ojos al considerar que no fardaríamos en decirnos: — ¿Tó acuerdas? — Pero al mis-

mo tiempo me inquietaba la idea de si Bambocha sabría que Basquiña debía aparecer en la escena.... ¿La tendría Bambocha el mismo amor que en otro tiempo la tuviera?... La presencia de la mujer que estaba al lado de mi compañero de infancia, complicaba las cuestiones que á mí mismo me dirigia, y cuya solución esperaba saber en el entreacto. Observábalo en tanto, sin perderlo un instante de vista, y noté que su compañera se le aproximó y le dijo algunas palabras al oído, de cuyas resultas, y á pesar de la distracción que á Bambocha proporcionara la hada, hizo mi amigo una señal afirmativa, y salió repentinamente del palco.

— ¿Deseaba V. ver á Basquiña? — me dijo algunos momentos despues mi vecino de la izquierda, partidario declarado de la pobre figuranta; — pues cuidado, que va á salir.... Ya se oyen los estampidos del trueno, brillan las llamas del infierno y escúchase el estruendo que anuncia su salida.

No necesito ponderar las imponentes y curiosas miradas que dirigi hácia la escena.

El teatro representaba entonces un sombrío y profundo bosque; rugía la tormenta, y continuos relámpagos iluminaban el tablado.

El aspecto de la decoracion y el estrépito del trueno produjeron en mi ánimo un efecto, acaso pueril, pero que me ocasionó una rara impresion y que casi me aterrizó.

Recordaba que algunos años antes, y tambien en un bosque sombrío dónde se oyera el estampido del trueno, y dónde chispeaban los relámpagos, se habian encontrado tres niños abandonados con tres niños ricos....

Cinco de esos niños, Escipion, Roberto, Bambocha, Basquiña y yo, se reunian aquella noche, siendo ya mayores, é ignorando mutuamente su presencia en aquel teatro, que tambien representaba un bosque, cuyos ecos repetian el estampido del trueno.

Solo faltaba Regina, pero Regina; estaba tan grabada en mi memoria, que pudiera decirse que presenciaba aquella escena.

Abrióse en tanto, y cuando mas redoblaba el estrépito de la borrasca, la puerta de un escotillon que vomitaba esas llamas rojizas que siempre preceden en los teatros a la aparicion de algun personaje diabólico, y cesando luego y poco á poco la erupcion, ví á Basquiña que salia del fondo de los infiernos.

Tendria entonces de unos diez y seis á diez y siete años, y era su estatura, algo mas que mediana, tan esbelta como elegante; el único defecto que se le pudiera notar, era que estaba algo flaca, efecto sin duda de su miseria ó de sus pesares.

El pantalon color de carne que llevaba Basquiña dibujaba el gracioso contorno de sus piernas, y la hermosura de sus brazos y la encantadora blancura de sus hombros y de su garganta aumentaban mas y mas con su faldellin negro, sembrado de figuras cabalísticas de color rojizo y argentino: en su frente, coronada de magníficos cabellos rubios formando trenzas, levantábanse dos cuernecillos de plata, móviles como una garzota, y en sus anchas y marmóreas espaldas oscilaban dos alas de crespon negro, armadas con garras de plata.

A pesar de tan diabólico traje, que rayaba en ridículo, causóme aquella aparicion una impresion, que me dejó admirado del carácter verdaderamente satánico que supo comunicar Basquiña á sus facciones, notables, sin embargo, por su angelical pureza. Como no llevaba arrehol, estaba sumamente pálida, y solo el brillo de sus grandes ojos iluminaba su rostro, blanco como una sábana.

Fuerza es renunciar á pintar el indefinible contraste que formaba aquella mirada ardiente y casi febril, con la amarga y glacial sonrisa que contraía aquel rostro divino. Un vago instinto decíame que no era una máscara tomada por

autojo y únicamente por exigirle el papel. ¡Oh! no, harto me acordaba del acento resentido y feroz con que Basquiña había brindado al odio de los ricos, despues de haberse visto, como nosotros, rechazada con desden por los *ricachuelos* del bosque de Chantilly. Harto me acordaba del júbilo salvaje con que brillaron sus facciones, hasta entonces tan bondadosas, cuando al llegar la noche me llevé en brazos á Regina desmayada.... ¡Oh! no: sobrado conocí que en el papel de genio maligno, exasperada sin duda el alma de Basquiña por el infortunio, reflejábase entera en su rostro. La fatalidad habíala hecho como de intento para desempeñar aquel papel... que le hacia representar el acaso. La profunda impresion que hacia en algunas almas distinguidas, era una prueba de que habia alli algo mas que la reproduccion de un papel insignificante en sí mismo.

La aparicion de Basquiña, sus ademanes, y su fisonomía en extremo dramáticos, al principio no fueron aplaudidos. ¿Porqué? Ahora me lo explico. Para la mayor parte de los abonados á aquel teatro, Basquiña era solo una cónica linda algo flaca y sobrado descolorida. En cuanto al corto número de espectadores capaces de apreciar su mérito, en general tributaban muy pocos aplausos.... Pero me equivoqué: Baltasar gritó:

— ¡Esta mujer es asombrosa!... ¡sublime! y aplaudió con frenesí.

Tal vez sus aplausos hubieran hallado eco entre los espectadores, pues no hay cosa tan frecuentemente eléctrica como la admiración; al paso que tambien con mucha frecuencia basta el mas leve incidente para helar el entusiasmo; y esto precisamente aconteció entonces. Risotadas burlonas de un lado, y gritos repetidos de *silencio*, que daba desde el proscenio el vizeconde Escipion, aguaron el contagio de los apasionados *bravos* de Baltasar. Pero él, sin desanimarse, empezó de nuevo á aplaudir con todas sus fuerzas. Esta torpeza, aunque bien intencionada, arrancó

nuevos gritos de *silencio*, que ya no se limitaron al palco del vizeconde.

En cuanto á Basquiña, preocupábala á tal punto su papel, que parecía extraña á los sucesos del patio, hasta que un nuevo incidente, vino á disipar las ilusiones escénicas de aquella pobre cómica.

XXIV.

Basquiña.

Para comprender el accidente que de improviso vino á turbar á Basquiña en medio de su representacion, es indispensable decir algo sobre una escena, pueril, y aun mala si se quiere, de que, sin embargo, sabia Basquiña sacar sorprendentes efectos.

Salido de los infiernos el Genio del mal (Basquiña representaba el genio del mal, *antagonista* de la *Hada benéfica*), permanecía un instante inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho; luego se acercaba á Arlequin, que dormía bajo la égida tutelar de la Hada de Plata, representada por Clorinda, muchacha regordeta, de fisonomía expansiva, y de prendas de indiscreto realce. Vestía esta protectora de Arlequin un traje de gasa de color de rosa y plateado, y llevaba en la mano un dorado cuerno de la abundancia, del cual sacaba flores, y las arrojaba con toda su gracia sobre el dormido Arlequin: siendo esto emblema significativo del risueño destino que le preparaba.

Basquiña, siempre con los brazos cruzados, se adelantaba despacio hácia la Hada de Plata, y es imposible describir la sardónica compasion con que al parecer contemplaba los vanos hechizos de la Hada, que se deshacía eubriendo á su protegido con flores alegóricas. Hubo un ins-

tante en que Basquiña, encogiendo ligeramente los hombros, dió un postrer paso hácia la *Hada benéfica*... un solo paso; pero acompañado de cierta ondulacion de cuello tan viperina, y de una mirada tan preñada de amenazas y de siniestra fascinacion, que la Hada benéfica quedó como herida por aquel inmóvil terror que sobrecoge á la victima que fascina el réptil antes de devorarla. Avanzando entonces el Hada hácia Basquiña, paso á paso y como atraida por un poder mágico, alargábale con mano trémula el dorado cuerno. De él tomó Basquiña una flor, una linda rosa recién abierta, que enseñó á la Hada con cierta sonrisa sardónica y glacial, como para hacerle admirar toda la lozanía de aquella tierna flor. En seguida, arrimando la rosa á sus labios, le dió un leve soplo, que instantáneamente la volvió negra, y quedó deshojada.

No, nunca olvidaré el gesto, el ademán, la mirada, la sonrisa; en una palabra, la fisonomía de Basquiña con cuanto manifestó de ironía desapiadada y de sangriento sarcasmo, cuando envenenó con su mortal aliento aquella flor tierna y lozana, como las esperanzas ó ilusiones de la juventud; así como el desden con que, bajando sus ojos, en que centelleaba un brillo siniestro, contemplaba y pisoteaba los restos de la rosa. No creí que se prolongase la escena, pero me engañé; pronto llegó una peripecia aun mas interesante.

Después de la rosa, tomó Basquiña en el cuerno un ramillete virginal de mirto y de azahar, emblema sin duda de la novia de Arlequin. Sobrecogida el Hada benéfica de nuevo terror, echóse á las plantas de Basquiña con las manos cruzadas y suplicantes, como pidiendo gracia por el ramillete.

Basquiña, primero inexorable, y rechazando con frio desden las súplicas del Hada benéfica, apretaba con mano convulsa y triunfante el ramillete; pero de repente pareció enternecerse, y contemplarlo con cierta compasion progresiva. Poco á poco las facciones de la jóven tomaron

aquella expresion de angelical dulzura y adorable candor que tan á menudo en su infancia le habia visto. Lejos de hollar el ramillete de mirto, acariciábalo Basquiña con el gesto y las miradas con inocente y encantadora ternura. Imposible es imaginar toda la gracia, el encanto y la seduccion irresistible que habia en la mímica de Basquiña; por lo que el Hada benéfica, risueña, feliz y tranquila, besaba las manos al *Genio del mal*, creyendo salvado el ramillete; ¡pero ah! vana esperanza! De repente el Angel conviértese otra vez en demonio, con un soplo agusta Basquiña el ramillete, dando una carcajada sardónica al par que sonora y armoniosa; luego *disuelve*, si se me permite la expresion, las últimas vibraciones de aquella siniestra carcajada en el andante de un canto lleno de *bravura* y de un carácter vigoroso y feroz (la música, segun supe despues, era composicion de ella misma) la letra, poco mas ó menos tenia la siguiente significacion:

« Soy el genio del mal, y el mal es mi dominio; mi « aliento glacial turba todo placer, y me basta presen- « tarme para convertir la felicidad en amargura etc. »

Cantaba Basquiña esta aria, cuya letra era de mérito me- menos que mediano, con admirable expresion, que le comunicaba un acento terrible. Su voz de *mezzo soprano*, juntamente grave, aterciopelada, sonora y vibrátil, hizo estremecer todas las cuerdas de mi corazon.

No fuí yo solo que sentí la profunda impresion causada por aquel raro talento....

Pendiente de los labios de Basquiña, como se dice comunmente, dirigí por casualidad la vista al palco donde estaba Belasar y Roberto de Mareuil, situado en el proscenio.

Escuchaba á Basquiña el poeta con una admiracion, que se traslucia en sus gestos y ademanes, hijos de un excéntrico entusiasmo. Al contrario Roberto de Mareuil, escuchábala recogido en éxtasis .. Al principio, sentado en el fondo del palco, y despues como aterrado á pesar suyo por el

canto, la mímica y la hermosura de Basquiña, sacó poco á poco la cabeza: apoyando una mano en el antepecho del palco, y no separando un instante de Basquiña la vista, parecia como fascinado.

En frente del palco de Roberto, y en el piso superior, habia el palco de Bambocha. Prolongábase la ausencia de este; la jóven que habia ido en su compañía estaba aun sola; y parecióme que, lo mismo que la mayor parte de los espectadores, miraba con harta indiferencia, ó ignoraba completamente el maravilloso talento que de repente descubria Basquiña, figuranta desconocida. Pero ese talento era tan dominante, que los mas rebeldes á su imperio lo sufrían sin conocerlo. Así, mientras que mi colateral de la derecha escuchaba con mudo arrebató á Basquiña; el de mi izquierda decia volviéndose á mí:

— No lo dije... ¿Oye V. á esa Basquiña?... ¡cómo oprime el corazón!.. ¡cómo lo entristece!... Diríase que nos amedrenta, ó que la detestamos.... Y juro que es verdad.... que la detesto... Tiene un aire tan maligno, ¡que estoy por silbarla!... Clorinda es otra cosa; esta sí que nos regocija... y no nos da pena!

No sé lo que hubiera respondido á mi colateral, á no haberme distraído el accidente que debo explicar.

Hallábase Basquiña en lo mejor de su aria, que ejecutaba con una fuerza de expresion siempre progresiva, cuando de improviso la interrumpió un acontecimiento inesperado.

El vizconde Escipion tuvo la desgracia de caer como al descuido en medio de la escena, un puñado de petardos fulminantes, que habia comprado antes de entrar, para poner en ejecucion aquella travesura.... y no era, segun decian, la primera vez que tenia lugar en aquel teatro.

Basquiña, á lo mejor de su aria, pisó casualmente algunos de dichos petardos fulminantes, y el estallido le causó tal miedo, que dió un salto atrás, y enredándosele el pié en una parte de la decoracion, casi al nivel del sue-

lo, y que ocultaba el escotillon por donde se habia aparecido, tropezó y cayó... pero de una manera tan deplorable y ridicula... que partieron del proscenio donde se hallaba el vizconde Escipion, inextinguibles risotadas y agudos silbidos que hallaron eco general en el patio. La ridícula caída hizo reir tanto mas á los espectadores, quanto que la muchacha representaba un genio amenazador y terrible. La desgraciada, levantándose sin color en el rostro, echó al vizconde una mirada espantosa por la rabia y el odio que entrañaba... Luego quiso huir de la escena, pero, en medio de su turbacion por dos veces se equivocó de bastidores. Entonces los *Fueras*, los silbidos y las risotadas redoblaron por todas partes, hasta que la infeliz halló una salida, y desapareció del escenario enteramente fuera de sí.

Al mismo tiempo ocurrían otros sucesos que llevaron al colmo el tumulto.

Llegaba Bambocha á su palco, cargado con un saquito de naranjas, para obsequiar á su compañera, en el instante en que tenia lugar el lance de los petardos y consecutiva caída de Basquiña; lance cuyas peripecias, aunque muy graves, fueron rápidas como el pensamiento... Reconocer á nuestra amiga de infancia.... gritar con voz estentórea: *Basquiña aquí estoy yo....* saltar al teatro, correr al palco del vizconde; abofetear, por decirlo así de un solo revés al vizconde, á su padre y al ayo, en el instante en que Basquiña desaparecia... reventar un bastidor con un puntapié, y abrirse paso por él para penetrar detrás del escenario y juntarse con la abochornada muchacha... Todo fue obra de un instante.

El asombro producido por la inaudita audacia de aquel hombre dejó por algun tiempo mudos é inmóviles á los espectadores; quienes dudaban si debían dar crédito á sus ojos, cuando ya Bambocha habia desaparecido. Pero pronto el tumulto, suspendido momentáneamente, llegó á ser espantoso.

En cuanto á mí, desde que vi á Bambocha penetrar por los bastidores en seguimiento de Basquiña, un pensamiento, súbito como el rayo, me levantó, por decirlo así, de mi asiento, me hizo atravesar en un abrir de ojos las apretadas filas de espectadores que me rodeaban, y luego saliendo del teatro, de un salto me puse á la puerta de los actores, que salía á la calle donde fué aquella mañana á alquilar un palco. En el mismo punto en que llegué palpitante, chocaron fuertemente conmigo dos personas, que huían á todo correr del interior del teatro. Eran Bambocha y Basquiña, embozada esta en su capa, y pudiendo apenas sostenerle.

Conociendo lo peligroso é intempestivo de un reconocimiento en semejante sazón, y viendo á dos pasos el coche de mis amos, dije á Bambocha, cogiéndolo por el brazo:

— Aquí hay un coche, suba V.

En un segundo abrí la portezuela del coche á los dos fugitivos. Venia tan oportunamente aquel inesperado socorro, que Bambocha, sin pararse á averiguar como aquel coche se hallaba allí tan á punto, arrojó, por decirlo así, dentro á Basquiña y subió tras ella de un brinco, diciendome:

— Se le pagará á V. bien.. Vamos á donde le plazca; pero volando.

— Volando, á la puerta de la Estrella, — dije al cochero, que despertó sobresaltado en su asiento; y de un salto me subí á la trasera del coche.

Alejámonos con rapidez; sin embargo, pude ver como se amotinaba un tropel de gente al rededor del teatro, mientras á lo lejos brillaban los fusiles de los soldados, que sin duda fueron á buscar á la guardia mas inmediata.

No me sentia alegre: contemplaba ese coche cuya trasera ocupaba yo, y que encerraba los amigos de mi infancia; cuando de repente, advertido sin duda el cochero por un tiron en las riendas, que llevaba arrolladas en la muñeca, detuvo los caballos. Casi en el mismo instante,

bajóse un cristal... y oí la voz de Bambocha gritando espantado:

— ¡Alto! Alto... se ha desmayado, ¡Dios mio! ¡qué hacer ahora!

Ya ningún riesgo corriamos de ser perseguidos, pues nos hallábamos en el *boulevard de Saint-Denis*: así corri á la portezuela.

— Buen muchacho, — díjome Bambocha, — ignoro de donde demonios saliste para acudir tan á punto á nuestro socorro, y mucho menos sé lo que ha ello te ha movido; pero... no te pesará... Esta jóven que viene en mi compañía se ha desmayado, y necesito éter... vinagre... Despues irémos á mi casa... y podrás llevarte otra vez el coche. Entre tanto toma: ahí tienes con que comprar éter... quédate con la vuelta.

Y me puso en la mano una pieza de á dos luises.

— Mil gracias, caballero, — dije disimulando mi emoción, y probando cierto placer en conservar aun por algunos instantes mas mi incógnito.

— Muchos boticarios debe de haber en la calle de *Saint Denis*: vamos á recorrerla con el coche.

— Tienes razon... ¡pronto! .. ¡vivo!

Y Bambocha bajó los demás cristales del coche para que Basquiña tuviese mas aire, mientras la sostenia en brazos sin movimiento, segun me pareció. — Mi consejo era excelente; en breve hallamos una botica, donde compré un frasco de éter... Bambocha lo hizo respirar á Basquiña, que no tardó en volver en su acuerdo.

— Ahora, vamos á casa — díjome Bambocha. — *Posada de los Pirineos calle de Petit-Lion-Saint-Sauveur.*

Di las señas al cochero y ocupé otra vez mi puesto, tranquilo sobre la salud de Basquiña. Pensando en la sorpresa que iba á causar á mis amigos de infancia, olvidé enteramente á mis amos, quienes, si habian salido del teatro, probablemente se hallarian muy inquietos, tanto por mí como por su coche.

Luego que llegamos á la calle de *Petit-Lion-Saint-Sauveur*, dije al cochero, antes de abrir la portezuela:

— Así que se hayan apeado las personas que van dentro del coche por órden de mi amo, se vuelve V. al momento, que ya no le necesitamos.

Aunque Basquiña se habia recobrado, hallábase muy débil, y fue preciso para bajarla del coche que Bambocha la cogiese en brazos, diciéndole cuando estuvimos en la calle, y mientras se alejaban los caballos:

— Espera; antes de entrar en casa, deja que te emboce con tu capa, y te cubra con su capueho; esos imbéciles porteros de las casas de huéspedes son tan curiosos y parlanchines, que al ver tu traje teatral alborotarían el barrio.

— Tienes razon, — respondió Basquiña con voz desmayada y temblando de frio.

Mientras Bambocha trataba de ocultar con la capa el traje de Basquiña, yo me quedé en la sombra, y con el tono mas bajo que me fue posible tomar para disimular mi voz, dije entonces á mi amigo:

— Caballero, ahí tiene V. la vuelta de los cuarenta francos que me dió.

— Ya he dicho que eran para tí, muchacho.

— Gracias, caballero. Pero si cree V. deberme algun agradecimiento, concédame algo mas.

Y esto diciendo, puse el dinero en manos de Bambocha.

— ¿Y qué diablos pretendes? repuso mas y mas sorprendido.

— Permítame V. decirle dos palabras en particular, en su casa.

— Enhorabuena; ello hay en este lance cierta confusion que deseo aclarar. Síguenos.

Llamó Bambocha á la puerta de la casa; abrieron; pasó de prisa por delante de la habitacion del portero; pero este corrió hácia él gritando:

— ¿Quién es V., caballero?

— ¿Pardiez, quién he de ser? Yo. ¿No me conoce V.? respondió Bambocha sin detenerse.

— ¿Pero quién es V. ?

— ¡Fuego de Dios! soy el capitán Bambocha.

— ¡Ah! perdone, caballero, perdone, señor capitán; no le había conocido, dijo el portero con humilde respeto, que me probó que mi amigo gozaba de cierta consideración en la casa.

Corté el interrogatorio, que el portero iba á dirigirme también, diciendo:

— Subo en compañía del capitán.

— Está muy bien, muchacho, respondió el portero.

Luego, volviendo en sí, dió apresurado algunos pasos hácia fuera de su habitación, y dirigióse á Bambocha, que empezaba á subir la escalera diciéndole:

— Señor capitán, se me olvidaba decir á V. que el señor Mayor ha venido tres veces á pedir por V.

— Que él diablo cargue con él y con V. por añadidura, — respondió Bambocha sin dejar de subir.

— El señor capitán tiene siempre su donaire en los labios, — dijo el portero, que me pareció ya acostumbrado á los ásperos modales de mi amigo, y estaba muy lejos de formalizarse por ellos.

Bambocha se detuvo en la meseta del segundo piso, y entramos en su casa. Ardía una pequeña lámpara en la antesala; abrió Bambocha una puerta lateral, y dijo á Basquiña:

— Entrate ahí... todavía habrá fuego bajo la ceniza; caliéntate, que al instante vuelvo.

Apenas quedamos solos, volviéndose á mí, me dijo:

— Ahora vengo á tí, muchacho. En primer lugar dime...

Pero no pudiendo disimular yo mas, me eché de repente al cuello de Bambocha exclamando:

— ¡Qué! ¿no reconoces á Martín?

Sorprendido Bambocha, dió un paso atrás, desembarazándose de mis brazos, para mejor examinarme; pero luego, atrayéndome á sí y abrazándome también fuertemente contra su pecho, exclamó con voz sofocada por la

emocion, y volviendo la cabeza hácia el cuarto inmediato:

— ¡Basquiña! ¡es Martín!

Oí, por decirlo así, un salto en aquel cuarto; abrióse la puerta, y Basquiña, medio embozada todavía con su capa, se precipitó á la antesala, saltóme al cuello, mezclando sus mudos abrazos y sus lágrimas, á los abrazos y lágrimas de Bambocha, y á los míos; pues todos llorábamos. Medió un instante de profundo silencio, durante el cual permanecimos estrechamente abrazados, solo interrumpido alguna vez por los sollozos de esa alegría profunda y convulsiva que hace dar saltos al corazón.

— ¡Oh! ¡bendito seáis, Dios mío, que con tales instantes hacéis olvidar días... años enteros de infortunio! ¡Bendito seáis; pues tan magníficamente dotáis á vuestras criaturas, que hasta las mas perversas y miserables pueden aun gozar de estos arrebatos, cuya inefable dulzura y santa elevacion las acerca á vuestra divinidad!

Los tres éramos víctimas de la fatalidad, habíamos sufrido mucho, cometido acciones culpables, nuestro porvenir era aun mas sombrío que nuestro pasado; y no obstante, en aquella efusión divina que confundía nuestras almas, estos sufrimientos, este pasado sombrío, este terrible porvenir, quedaron del todo olvidados. ¿Y nuestras faltas, consecuencia casi forzosa de la miseria y del abandono, acaso no debía olvidarlas y perdonarlas ¡Dios mío! vuestra misericordia y vuestra justicia? tanto mas, cuanto que no todo estaba mancillado, no todo muerto en las almas de aquellos que, despues de haber delinquido, eran todavía capaces de disfrutar religiosamente las celestiales delicias de la amistad!

XXV.

Confidencias.

— Vamos pues á nuestro cuarto , y veámonos las caras, exclamó Bambocha, calmada la primera explosion de júbilo que produjo nuestro encuentro.

Entramos en la pieza inmediata , que se hallaba mucho mejor alumbrada , con dos velas colocadas encima de la chimenea. Habiéndose quitado Basquiña su diabólico prendido , permanecia aun envuelta en su capa de seda negra , ajustada al talle con un cinturón. Hubo un momento de silencio , durante el cual los tres nos contemplamos con esa curiosidad llena de interés y de ternura , que siempre inspira la primera entrevista despues de una dilatada separacion. La enérgica fisonomia de Bambocha desprendióse de su habitual carácter de audacia burlona ; sus ojos, húmedos todavia , fijáronse alternativamente en mí y en Basquiña ; mientras esta , con una mano cogida por la de nuestro compañero y la otra fraternalmente apoyada en mi hombro , mirábame con aquella sonrisa triste y pensativa que le era habitual en su infancia cuando hablaba de su padre y de su familia.

Las facciones de Basquiña , examinadas de cerca , todavia parecian mas delicadas y puras que vistas en las tablas ; al paso que tambien se hacia mas reparable el sello de la miseria y de los pesares. Su tez , que tenia antes una transparencia sonrosada , aunque algo morena por efecto de la intemperie , estaba marchita , con una palidez enfermiza ; sus labios , antes de un encarnado tan vivo como el del bermellón ; estaban algo descoloridos ; por último , necesitábase toda la gracia y la esbelta elegancia de

su cuello y espaldas para disimular su enflaquecimiento. ¡Ah! ¿qué más diré? Aquel hechicero rostro de diez y seis años, marchito ya y descolorido, descubría tan constantes privaciones y pesadumbres, que se me asomaron las lágrimas á los ojos.

— ¡Me encuentras muy demudada, Martín! ¿no es verdad? dijóme Basquiña, adivinando la causa de mi emoción.... En cuanto á mí, al momento te hubiera reconocido.

En seguida, dirigiéndose á Bambocha, y señalándome con los ojos, dijo:

— ¡Qué aire tiene tan leal y tan bueno! ¿no es así?

— Esto me trae á la memoria lo que dije á Claudio Gerard.... el hombre á quien robamos, y que recogió á Martín, — dijo Bambocha:— «Segun las noticias que me da V. «de Martín, páreceme estar viendo su rostro serio y suave, «en que lleva pintado su carácter.» No me engañé, ciertamente, pues lo mismo estoy viendo, — añadió Bambocha mirandome con atención. Si, ¡esto es! ¡Qué bueno es ver una fisonomía franca y leal! ¡parece que nos tranquiliza!

Basquiña dijo á Bambocha con particular acento de afecto, de reprension y de melancolía: — Tú no estás mudado; todo se embota en tí.... nada puede hacer mella en tu naturaleza de hierro.

— Nada puede hacerme mella.... excepto Martín y tú, Basquiña.

Basquiña meneó la cabeza.

— Al volveros á ver, — prosiguió Bambocha, sin dar muestra de haber notado el movimiento de Basquiña, — he llorado como un chiquillo: ¡pues tras tantos años de ausencia, vernos al fin reunidos!....

— ¡Y en un mismo día! — dijo Basquiña alargándome la mano, — hallaros á tí.... y á tí, — añadió alargando la otra á Bambocha.

— ¿No estás ya enojada conmigo? — preguntóle Bambocha casi con temor.

— ¿Entre los tres, acaso no debe perdonarse todo? — dijo con dulzura Basquiña.

Brilló un rayo en sus ojos, contrajéronse sus labios sarcónicos, y añadió:

— Si debemos fomentar nuestros rencores, es para otros.

— Según eso, hace ya mucho tiempo que no viste á Bambocha, — pregunté á nuestra amiga.

— Tres años, — contestó.

— Sí, tres años; — replicó Bambocha, sin atreverse, por decirlo así, á mirar á Basquiña.

— ¿Ignorabas, pues, que debiese salir á las tablas esta noche? — dije á nuestro amigo.

— No sabia que estuviese en París, y ni siquiera leí el cartel, — me respondió.

— Cuando entré en el palco empezaba el bullicio de esa intriga, preparada, sin ninguna duda, por estos malditos guantes amarillos del proscenio. Por desgracia solo tuve tiempo de abofetearlos.

— ¿Desde el palco le has conocido? — le dije.

— ¿A quién?

— A Escipion, al vizcondecito.

— ¡El mocoso del bosque de Chantilly! — exclamó Bambocha.

— Martín, tienes razon, — dijo Basquiña con voz oscura, — era el mismo vizconde.

— ¿Sabias, pues, que estaba allí? — pregunté á Basquiña.

— No: enteramente preocupada en mi papel, ni siquiera pensaba en el vizconde; sin esto, nada me hubiera extrañado de él.

— ¿Cómo? — le pregunté.

— ¿Según eso, lo volviste á ver despues del lance del bosque? — añadió Bambocha, tan sorprendido como yo.

— Sí, pues parece que una fatalidad me acerca siempre á esa ruin criatura, — respondió Basquiña con odio re-

concentrado. — Hace dos años que lo volví á ver, y hace dos años tambien que, como hoy, me ví humillada, insultada hasta en la sangre.

— ¡Infame! — exclamé; — ¿pero cuál es la causa de su encarnizamiento contra tí?

— La ignoro, — contestó Basquiña.

— ¡Oh! ¡vizconde! ¡vizconde! — exclamó Bambocha, ya caeréis en mis manos tú y tu padre... Basquiña, quedarás vengada.

— De nadie necesito, — dijo con altivez la jóven; — porque sé querer, y alcanzar lo que quiero.

— ¿Y crees que hace dos años te reconoció Escipion? — dije yo.

— No: lo mismo que tampoco me ha reconocido hoy, no me queda duda. Le habrán guiado el instinto del mal y el acaso... ¡cuando os digo que hay fatalidades!...

Luego, pasándose Basquiña su mano demacrada por la frente, prosiguió con ternura:

— Y tú, ¿has sufrido tambien mucho? ¿eres feliz?

— Pero, ahora me acuerdo, — dijo Bambocha examinándose con expresion de sorpresa casi dolorosa: — ¡Tú! ¡tú con librea!

— En efecto, — añadió tristemente Basquiña; — ¿tú reducido á tal estado?

— ¡Pardiez, es muy sencillo, — exclamó Bambocha con acento de amarga burla. Es un alma de cordero; para él no hay condicion bastante miserable; es, lo mismo que tú, Basquiña, que para mí has sido admirable y....

— Olvidemos esto, — dijo la jóven, interrumpiendo á Bambocha.

— Si, olvidémoslo, — repitió este con amargura, y añadió con tono grave, que me dejó penetrado: — Ya lo oyes, Martín; con todo, he sido con ella brutal, ruin y desapiadado.

— Esto ya pasó, — respondió sencillamente Basquiña.

— Ya pasó, — repitió Bambocha con aire afligido, — ya pasó... lo mismo que tu amor.

— ¡El amor! — exclamó Basquiña encogiéndose de hombros, y recobrando sus facciones aquella expresion de glacial ironía, que tanto me sorprendió en su papel de genio del mal. — Ya lo ves, Martín ... ¡me habla de amor, á mi edad! pero, hijos míos, empecé desde tan niña, que ya para el amor tengo *cincuenta años*.

Medió entre los tres un instante de penoso silencio: á pesar de su rudo cinismo, quedó aterrado Bambocha, lo mismo que yo, de ver aquella jóven, tesoro de belleza, de gracia, de inteligencia y de genio, agostada ya para siempre con respecto á cuanto da esplendor á la belleza, á la gracia, á la inteligencia, y al genio...

— Tranquilizaos, — nos dijo Basquiña á mí y á Bambocha cogiéndonos las manos; — en un corazón que han hecho sangrar todas las miserias humanas hasta desecarlo; en un corazón cuyo amor ha sido ahogado por una precoz degradacion, siempre habrá, como decia antes Bambocha, un *rinconcito* para nuestra amistad!

— ¡Ay amigos! — les dije, — ¡cuántas veces me ha ocupado este pensamiento! ¿Dónde estarán mis amigos de infancia? ¿qué habrá sido de ellos? y sobre todo, ¿qué fatal acontecimiento los habrá hecho desaparecer la noche del dia en que fui cogido, despues del robo cometido en casa de Claudio Gerard? pues amigos, podéis figuraros mi desesperacion, cuando, al llegar á la cita que nos dimos para el caso de que nos persiguieran... ¿sabeis?...

— En efecto, — dijo Bambocha; — al pié de la cruz de piedra, en lo alto de la subida á la carretera real.

— Pero, habiéndote cogido, ¿cómo pudiste acudir á la cita? — preguntóme Basquiña.

— Gracias á la generosa confianza de Claudio Gerard, (despues os lo explicaré), llegué á la cruz de piedra, y allí, ¿qué es lo que veo? El chal de Basquiña y algunas monedas de plata sumergidas en un mar de sangre.

— Cuéntaselo todo, — dijo Basquiña á Bambocha, — y luego sabrá lo que me ha acontecido.

— Acababa de meterme en el bolsillo el dinero de Claudio Gerard, cuando nos diste la seña de alarma, — dijo Bambocha: — quise acudir á tu socorro...

— Yo fuí quien se lo impedi, — dijo Basquiña; — pues nos perdíamos sin poder salvarte, Martin; y á mas ocurrióme otro proyecto.

— Tuviste razon: Claudio Gerard facilmente hubiera logrado cogernos á mí y á Bambocha.

— ¿Quién sabe? — replicó este; — tenia mis pistolas, bastante resolucion, y acaso hubiera habido un homicidio. Mil veces mas vale lo que ha sucedido, aunque por poco me cuesta el pellejo... Seguí, pues, el consejo de Basquiña. Al verte cogido, nos salvamos deslizándonos por en medio de un retamar, y al extremo de un campo hallamos un monton de haces de leña: separé tres ó cuatro haces, y nos acurrucamos en aquel escondrijo.

— Hé aquí cual era mi proyecto, — dijo Basquiña: — primero debíamos aguardarte toda la noche en el lugar de la cita; y en caso de que no vinieras, ya no debia quedarnos duda de que te habian cogido; entonces, al dia siguiente queríamos recorrer la aldea, mendigando ó cantando, y una vez enterados de tu paradero, obrar lo mas conveniente.

— Pero el diablo lo dispuso de otro modo, — dijo Bambocha.

— Sí, — le dije; — ¿el Diablo, ó el Lisiado?

— ¿Cómo has sabido esto? — exclamaron á la vez Basquiña y Bambocha.

— Proseguid, amigos, proseguid.

— Pues bien; no te engañas, — prosiguió Bambocha: el Lisiado lo dispuso de otro modo, porque, como dice Basquiña, hay fatalidades muy particulares... Llegada la noche, fuimos á aguardarte en el lugar de la cita: hacia una luna admirable... sentado al pié de la cruz de piedra en-

tretenáime contando el dinero en el chal de Basquiña... el camino estaba desierto, y nos creíamos solos, pero de repente una mano de hierro me coge por el cogote, y... — ¡Sálvate, Basquiña!... grité.

— Este fue su primer grito, — observó Basquiña.

— Y el segundo fué algo como ¡fuego de Dios! y al instante reluché con todas mis fuerzas para sollarme, y poner mano á mis pistolas. Al fin lo logro; pero el maldito Lisíado...

— No me engañé, — dije á Bambocha: — sin duda estaría oculto detrás de la cruz de piedra.

— Cabal, — prosiguió Bambocha: — en medio de la lucha, el infame me arranca de la mano la pistola cuando acababa de amartillarla, y me la dispara aquí... en el costado derecho, donde tengo una cicatriz en que puede meterse el dedo (1). ¡Lléveme el Diablo si sé como no me mató!

— ¿Pero volviste á ver á ese miserable? — exclamé.

— ¡Pardiez!... Aquí ha venido hoy tres veces á pedir por mí... le llaman el *Mayor*... ¿No oíste que el portero me avisó de su venida?

— ¿Y recibes á ese infame? — dije otra vez en tono de reprension.

— A otros muchos he recibido, respondió Bambocha... ¿Qué quieres? practico en una grande escala el perdón de las injurias... y de los pistoletazos á quemarropa... Al recibir, pues, tal gragea de parte del Lisíado en medio del pecho, caigo de repente... Basquiña se salva gritando... ¡al asesino! ¡socorro!... Y la pobre niña, se llena de tal espanto, que corre fuera de sí sin saber á donde va... Por fin durante unos quince dias estuvo loca de miedo... Ya te lo referirá ella misma; por cuanto desde este pistoletazo data nuestra primera separacion.

(1) Véase el tomo I, cap. 1, *Las señas de Bambocha*.

— ¡Pobre Basquiña! — dije cogiéndole las manos; y á ti ¿qué te salvó, Bambocha?

— Un excelente carretero, que regresaba de vacío por aquel camino una hora despues del lance.... Véme bañado en sangre y casi exánime á pocos pasos de la cruz; me levanta, y me sube á su carro, contando con trasportarme á cinco ó seis leguas de allí, á un lugarejo donde hay un cirujano. Pero como á la mañana siguiente nos aproximásemos al lugar, dió el carro con unos gendarmes; el carretero les cuenta lo sucedido; hácenme aplicar el primer apósito á la herida, y me conducen al hospital de una aldea vecina: cúranme, y viéndome obligado á confesar que no tengo asilo ni recursos, me mandan á terminar en la cárcel mi convalecencia por vago.

— ¡En la cárcel! — exclamé.

— Sí, — prosiguió Bambocha, — y en ella estuve hasta que llegué á tener diez y seis años. Esto acabó de endurecerme pues el menosprecio, la aspereza del carcelero, sin duda que no le enternecen á uno cuando ya de sí es coriáceo; la compañía de raterillos no es la mas á propósito para infundirnos sentimientos morales. Por lo demás, debo ser justo, algo bueno hay en la cárcel: como sea uno algo vago ó ratero, halla de seguro una educacion, que la mayor parte de los hijos del pueblo no reciben tal vez nunca: en la cárcel se aprende á leer, á escribir y á contar; algo de dibujo, y un oficio los que ninguno saben.... uno adquiere al fin un corto ahorro, y á menudo al salir (y esto anima en extremo) halla al instante una colocacion. Con todo, no aprecié debidamente las ventajas de mi posicion: primero quise romperme los cascos contra las paredes; luego, por rellexion, quise romperlos á los demás; finalmente, me resigné á no romper ni unos ni otros, diciéndome: Tienes trece años; con que solo te falta pasar tres en la cárcel: ¡pasémoslos! Voy á dejarte admirado, Martin: esos tres años pasaron como un sueño; pues habiendo entrado un poco en la lectura, me vino un furioso desco de leer y de

aprender. Lograban de mí cuanto querian con solo prometerme libros. Incalculable fue lo que leí: en dos horas terminaba mi trabajo de un día, solo por dedicar á la lectura el tiempo sobrante. Enseñáronme el oficio de cerrero; y martilleaba como un Vulcano, para que luego permitiesen devorar tomos y mas tomos. Por lo demás, no me hizo hacerme esa justicia, así como á vosotros, amigos: en la cárcel no contraí amistad alguna; estaba ya ocupado mi corazón. Como era fuerte, tuve aduladores, y los pagué con desprecio; siendo ruin, tuve enemigos y los desalié; pero amigos ninguno, y viví solo, y reconcentrado en mi odio; pues lo tuve, y el diablo sabe si con motivo. Comprenderás, Martín, lo que era yo á la edad de diez y seis años, sobre todo, si atiendes á todos mis resentimientos, á mi cruel incertidumbre de vuestra suerte, y á la vehemencia de mi amor á Basquiña, que llegaba á veces hasta el delirio; pues entre las cuatro paredes de mi encierro, la distancia y mis recuerdos hacian mi pasión mas ardiente que antes de nuestra separacion. Salí de la cárcel dispuesto al mal y moralmente viciado, como un árbol que el viento dejó torcido.

— Ahora comprendo, — dije á Bambocha, — el espanto que la cárcel inspiraba á Claudio Gerard. — ¡Exponerte á ir á la cárcel, desdichado! — díjome cuando me cogió después del robo; — sería perderte y depravarte sin remedio para siempre.

— Claudio Gerard en esto, como en otras muchas cosas, tenia sobrada razon, — repuso Bambocha; — pero yo habia contraído hábitos viciosos é incorregibles. Al salir de la cárcel, donde aprendí bastante bien el oficio de cerrajero, fuí recomendado á un amo inmediatamente; pero habia ya trazado mi línea de conducta, tenia un medio de ganarme el pan, y á mas cierta inteligencia abierta á la instruccion. No hay duda que con todo podia morir de miseria, cual otros muchos; pero tenia una probabilidad favorable, era sobrado tarde: la vida de la cárcel habíame vi-

ciado completamente; el trabajar érame insoportable; todos mis apetitos, comprimidos por tanto tiempo, se habian vuelto furiosos; no obstante entré en casa de mi maestro cerrajero; quien tenia una hermana viuda, coqueta, agradable y posesora de unos sesenta mil francos. Si trabajaba yo poco en la tienda, en desquite echábala de chistoso, entonaba canciones divertidas, recuerdos de nuestra infancia y de La-Levrase, sin contar con mil muñecas y juegos de equilibrio. Merced á tan bellas seducciones, volví los cascotes á la viuda. Cierta dia la robé, tiré mi blusa, y vivimos como ricos ciudadanos; bien que esto no me impidió pensar únicamente en Basquiña y en tí. Mi idea constante fue emprender un viaje en busca vuestra; pero era preciso tener tiempo y dinero, y la viuda guardaba su bolsillo. Todo esto fue muy poco noble, Martín, y hubiera podido ganar, trabajando como un negro, mis cincuenta sueldos, ó tres francos; pero hasta entonces habia sufrido tanta miseria en la cárcel, que.... pardiez....; he aqui que siento cierto rubor en contarte esas picardias; pero ahora sigue algo que sin duda te gustará mas.... porque á la sazón me hallaba casi bien.... cuando encontré casualmente á Basquiña.... que tenia entonces unos trece años.

Interrumpieron la relacion de Bambocha dos golpes, dados con harta rudeza en la puerta: este, haciendo un gesto de sorpresa y de impaciencia, se dirigió á la antesala, y yo y Basquiña oimos las siguientes contestaciones entre Bambocha y su interlocutor mediando la puerta que daba á la escalera.

— ¿Quién hay? — preguntó Bambocha.

— Yo.... el Mayor.

— Anda con mil demonios, y vuelve mañana.

— Es urgente.

— Lo mismo da....

— Es para el negocio de Roberto de Mareuil, y quien me envia es La-Levrase.

— Diga V. señor Mayor: si no me baja V. volando la es-

calera de buena gana , se la haré bajar con mas rapidez de lo que conviene á su respetable edad.

— Digo, capitán , que es tan urgente , que....

— ¡Señor Mayor ! grito Bambocha con voz de trueno , dando una vuelta á la llave como si fuese á salir.

Sin duda la amenaza de Bambocha hizo su efecto , pues volvió á cerrar dando doble vuelta á la llave , y diciendo :

— ¡ Enhorabuena !... y entróse otra vez en el cuarto.

— ¿ Conoces á Roberto de Mareuil ? — le dije admirado por lo que acababa de oír :

— Tengo *este honor* , — dijo Bambocha con tono irónico , — ¡ Qué pícaro !

— ¡ Él ! — exclamé.

— ¡ Yo lo creo !

— ¿ Estás seguro ?

— Respondo de ello , y á fé que lo entiendo.

— Mas tarde hablaremos de Roberto de Mareuil , — dije á Bambocha despues de reflexionar un instante. — Prosigue tu narracion.

— Yo la proseguiré por él , — dijo Basquiña ; — pues expresaria mal lo que hay de bueno y de generoso en su conducta para conmigo.

— Tienes razon , Basquiña. — dije.... — Adelante , que ya te escuchamos.

XXVI.

Historia de Basquiña.

Cuanto mas examinaba á Basquiña , mas notaba en ella cierta elegancia de modales , que desde luego no advertí , y que me representaba confusamente á Regina , único objeto de comparacion por el que podia juzgar , habiendo

pasado hasta entonces mi vida en la mas ínfima condicion

El descubrir el talento y habilidad de Basquiña, causóme mas admiracion que sorpresa, pareciéndome consecuencia casi lógica de sus dotes naturales, tan notables ya en su infancia; pero ¿cómo pudo adquirir Basquiña aquellos modales graciosos y distinguidos, que solo se adquieren frecuentando la alta sociedad? ¿cómo habia aprendido un lenguaje correcto, reservado, selecto y hasta á veces elocuente?

Bambocha, con su cínica y burlona verbosidad, y su educacion carcelaria, alimentada con frecuentes lecturas, buenas ó malas, hablaba un lenguaje correspondiente; y sus gestos triviales, sus modales groseros ó violentos, en nada desmentian sus palabras; al paso que en Basquiña ¿de dónde procedia tan completa armonía entre la distincion de sus maneras y la de su lenguaje? ¿cómo pudo desprenderse hasta tal punto de las lecciones vulgares, bajas y obscenas de la tía Mayor, de La Levrase y del payaso, lecciones que habian corrompido su infancia?

Pronto debía explicarse este misterio que tanto me preocupaba.

— Vas á oír á Basquiña, — díjome Bambocha; — verás cuanto ha sufrido la infeliz: en comparacion de su vida, la que yo llevaba en la cárcel era la de un Sibarita.

— Siempre he sufrido mis desgracias con resignacion, — dijo Basquiña; — pero lo que mas ha penetrado mi alma ha sido la humillacion, el desprecio, el insulto; ¡esto me hirió en lo mas vivo!

Despues de un momento de silencio, prosiguió Basquiña.

— Oye Martín; y verás que nuestros destinos, aunque diversos, son iguales en miserias. Como dijo Bambocha, viéndolo yo derribado por el pistoletazo del Lisiado, el espanto casi me quitó el juicio; y eché á huir gritando: ¡socorro!... ¡al asesino! Persiguióme el Lisiado, sin duda con intento de matarme tambien, pero el miedo me dió tales alas, que escapando á la persecucion del bandido me eché

en un matorral donde perdió mis huellas. Tengo de ello un recuerdo muy confuso, por cuanto el miedo embargó mis potencias. Pasé la noche acurrucada en el matorral, y al amanecer salí caminando al acaso, y parece que encontré en el campo aun boyero que llevaba su ganado á la feria de invierno de Limoges.

— ¡Cómo! ¿parece que encontraste? — dije á Basquiña, admirado de esta expresion dubitativa.

— Digo que me pareció, mi buen Martín; porque solo algunos dias despues de aquel encuentro salí poco á poco del atontamiento en que me sumergió la vista del asesinato de Bambocha. Supe entonces por el boyero los pormenores de nuestro encuentro; y habiéndome sin duda llamado la atencion el retintín de los cencerros que llevaban las vacas, me dirigí hácia donde pasaba el ganado, y le acompañé por bastante tiempo haciendo algunos servicios al boyero movida de un maquinal instinto, y ayudando á sus perros en la conduccion del ganado. Compadecióse de mí aquel hombre, tomándome por una idiota de quien alguien se habria querido desembarazar abandonándola para que se perdiese. Antes de acostarnos hizome dar cena y cama en el establo; á la madrugada estaba yo en pié; y á pesar de la copiosa nieve que caia, seguí resuelta al boyero. Transcurrieron así algunos dias, durante los cuales, con progresiva sorpresa de mi protector, fue poco á poco disipándose mi idiotismo y volviéndome la razon despues de tan violento trastorno. Por último, la víspera, segun creo, de nuestra llegada á Limoges, despues de una noche pasada en un sueño profundo y aletargado, desperté vuelta en mí completamente de tan prolongada enagenacion. El primer impulso que sentí fue gritar: ¡Bambocha! ¡Martín! Solo entonces tuve una idea vaga de lo que me habia sucedido, sumamente admirada de verme sola y acostada en un establo. Entre el recobro de mi razon y el instante del asesinato de Bambocha habia un vacío que en vano traté de llenar.

En esto entró el boyero y me dijo :

— Arriba muchacha, marchemos. — Le pregunté que quería de mí, y como me hallaba en aquel establo; le referí, salvo algunas circunstancias, el lance que sin duda me había asustado en términos de hacerme perder el juicio. Aumentóse la lástima de aquel buen hombre, y me dijo como me había encontrado, y mirado como una idiota abandonada. Por él supe que á la sazón me hallaba á treinta ó á cuarenta leguas del sitio donde fue muerto Bambocha (á quien en efecto creía muerto), y donde tú, Martín, fuiste detenido. A pesar de la compasión que inspiraba al boyero, no podía conservarme á su lado; por cuanto su comercio exterior le llevaba de una á otra provincia, y una vez vendidos sus bueyes, debía comprar mulos en los alrededores de Limoges. Así me dijo: — Con todo, hija mía, no puedo abandonarte así á la huena de Dios: la dueña de la posada en que por lo regular me hospedo es una excelente mujer: la rogaré que te admita para ayudar á sus criadas, y así á lo menos tendrás pan y un abrigo, mientras viene algo mejor. — Al anochecer llegamos á uno de los arrabales de Limoges, á la posada donde se hospedaba el boyero. La demanda de este en favor mío fue bastante mal acogida de la posadera, pero al fin consintió en tomarme á su servicio. Estuve algun tiempo en esta posada sirviendo á las criadas, comiendo lo que dejaban, y durmiendo en un rincón de la caballeriza. Creía muerto á Bambocha, separábanme acaso cuarenta leguas del lugar donde te perdí, Martín, y por duro que me pareciese mi estado en la posada de Limoges, no me atrevia á abandonarlo para empezar de nuevo y sola una vida vagabunda como habia sido la nuestra. Hacía un mes que vivia en dicha posada, cuando me hizo salir de ella un extraño acontecimiento....

Pareciéndome que Basquiña vacilaba en proseguir su narracion, y viendo en su rostro que se entristecía, le dije:

— ¿Tal vez te causan pena estas confesiones?

— No, — replicó con amarga y glacial sonrisa, — no, al contrario, muchas veces procuro renovar este recuerdo, y otras muchas fortalece mi valor, mi energía y mi voluntad; de él saco nuevas fuerzas para dirigirme con tenacidad al objeto que me he propuesto alcanzar, y que alcanzaré... ¡sí, lo alcanzaré!

Admiróme la inflexion de voz con que pronunció Basquiña estas últimas palabras y el brillo siniestro que despidieron sus grandes ojos.

— ¿Cuál es este objeto que tratas de alcanzar? — pregunté á Basquiña, haciendo con la vista igual pregunta á Bambocha.

— Lo ignoro, — me respondió este: — hace tres años que la ví y ninguna confianza me hizo sobre el particular. ¿No es cierto Basquiña?

— Cierto, — replicó esta; — y despues de algunos instantes de silencio continuó:

— Servia pues á las criadas en la posada, que estaba situada á la mitad de una rápida cuesta la cual los carruajes solo con suma lentitud podian recorrer. Cierta dia en que, por causa de la helada de la noche, era el camino casi impracticable, estaba yo sentada en un banco á la puerta de la posada, cuando ví pasar primeramente un postillon con traje encarnado, y con magníficos galones de oro, quien recedia de algun trecho á varios coches pertenecientes, segun se dijo por los que me rodeaban, á milord duque de Castelby, personaje irlandés, posesor de incalculables riquezas, quien viajaba con una innumerable comitiva. Habia permanecido dos dias en Limoges, y sus cocineros habian salido la víspera al anocheecer, con dos carros de provisiones, para ir á preparar la comida en la poblacion donde debia pasar la noche.

— ¡Qué lujo! — exclamé.

— Esto es nada, Martin, — replicó Basquiña: — aque-

Ha misma mañana ví preceder otro carro, lleno de un completo mobiliario portátil, conducido por un mayordomo tapicero; de modo que aquel poderoso señor hallaba así; al llegar á cualesquiera posada, varias habitaciones amuebladas con el mayor lujo y comodidad.

— ¡Tantas prodigalidades. ... parecen increíbles!

— El tunante, parece que sabía vivir, — dijo Bambocha.

— ¡Pues qué dirías, mi buen Martín, — prosiguió Basquiña, — si te hablase de una especie de carruaje (1) dentro del cual iban dos caballos de montar, con sus palafreneros, y que terminaba la comitiva del duque de Castelby, para el caso de antojársele á su Señoría ir montado algun trecho del camino!

— Hacer viajar caballos dentro de un carruaje; — ¿qué te parece, Martín? — Preguntóme Bambocha.

Y viendo que tenía yo la vista fija en Basquiña, imaginándome que se divertía con mi credulidad, prosiguió esta en tono de ironía:

— No hay duda que semejantes prodigalidades eran un delirio; pero el duque de Castelby disfrutaba de cuatro millones de renta en tierras; y uno de los del séquito me dijo mas tarde, que muchas veces habia visto en Irlanda; en las haciendas de su Señoría, familias enteras de labriegos permanecer *desnudas* en la paja podrida de su covacha, mientras que la madre ó alguna de las hijas estaba lavando en un arroyo los harapos de aquellos desventurados. ¡Como ha de ser, Martín! Sin tales contrastes reinaria en el mundo una triste monotonia.

Este frio sarcasmo, en boca de una muchacha de diez y seis años, me affligió y espantó á un tiempo.

— Hallábame sentada en un banco á la puerta de la posada, — prosiguió Basquiña, — contemplando con grande atencion aquella hilera de carruajes, que adelantaban despa-

(1) Esta especie de carruajes se llaman *carraicuas*, y sirven para conducir caballos de carrera ó de caza cuando se quiere ahorrarlos el cansancio de un largo viaje.

cio , cuando de repente el primer coche, en el que iba el duque, se paró á consecuencia de la órden dada á los postillones por un criado de los que iban á la delantera. Al través de los cristales de la portezuela de aquel coche, ví clavados en mí dos ojuelos de un azul claro , cuya expresion nunca olvidaré. No ví mas que los ojos , porque la cara del sujeto que con tal obstinacion me miraba , se ocultaba casi del todo en unas pieles y en un gorro de viaje.

Habíanse parado todos los carruajes. Despues de aguardar algunos instantes , y de varias idas y vueltas de diferentes personas de la comitiva del duque , á quien iban á hablar con la cabeza descubierta á la portezuela del coche ; ví descender de uno de los demás á una señora de cerca de treinta años, de fisonomía agradable y distinguida , y dirigirse á la posada preguntando por la posadera. — Anda á acompañar á esta señora á la posadera , y no te estés ahí papando moscas. — díjome una criada, empujándome rudamente por el brazo. — Esto precisamente deseaba, querida, — dijo la señora á la criada con un acento inglés muy marcado; en seguida cogiéndome por la mano , me dijo con un tono sumamente cariñoso :

— Conduceme á la dueña de la posada , hija mia. — Acompañé á la extranjera, la cual permanecié algunos instantes encerrada con mi ama , quien me dijo al salir : — Niña , tú te hallas aquí admitida por caridad , no tienes siquiera camisa , no sabemos tu procedencia , no tienes padres y no pudiera conservarte conmigo mucho tiempo , puesto que comes mas de lo que ganas. Esta señora te encuentra bonita y se compadece de tí ; si quieres ir con ella, subirás á uno de esos hermosos coches que estás viendo, y serás muy feliz ; así, resuélvete ; pero te advierto que si rehusas tan afortunada coyuntura, mañana te pongo de patitas en la calle , tan cierto como lo digo.

— ¡ Pobre criatura! — dije á Basquiña — ¿ cómo podías rehusar tal ofrecimiento en el miserable estado en que te hallabas ?

— Por lo mismo no me hice rogar, y acepté, — respondió, — no sin cierta opresion de pecho inexplicable, aunque aquello me parecia un agradable sueño.— La señora, à quien en adelante llamaré miss Turner, me tomó por la mano. Teniendo sin duda órden de no presentarme entonces al duque de Castelby, me hizo subir al coche que ella ocupaba, y la comitiva entera prosiguió su camino.

Vuelta algun tanto de mi primer asombro, miré al rededor de mí, y ví que me hallaba en una berlina de cuatro asientos, todos ocupados, pues yo me hallaba colocada entre miss Turner y una negra jóven, cuyas facciones, lejos de ser diformes y aplastadas, tenían, al contrario, grande regularidad. Su capa de viaje dejaba entrever un traje de admirable originalidad; brillaban en sus brazos, desnudos y lustrosos como el ébano, unos hermosos brazaletes de plata. En frente de mí ví otras dos mujeres: la una bastante rolliza, de destuibradora blancura, de cabellos de un rubio bajo, los ojos de un azul claro, y las mejillas muy sonrosadas, la cual era flamenea; y la otra, en fin, cuya fisonomía, aunque adocenada, era bastante despabilada; llevaba un gorro de los que llaman *uarmotte*, é iba vestida con el lujo propio de las ricas vendedoras de ostras cuando llevan el vestido dominguero. Catalina (así se llamaba) era en efecto una muchacha del barrio del Mercado: tenía el aire provocativo, insolente, atrevido y, como despues supe, casi siempre sacaba sus expresiones del vocabulario de las verduleras. Sus groserías no carecian de cierta agudeza, y divertian muchísimo al duque de Castelby, quien con frecuencia, despues de apurar botellas, divertíase con el desvergonzado cinismo de aquella criatura, recogida por él mismo en una de las cloacas mas infectas de París.

— ¡ Es imposible, — exclamó, — que en nuestros tiempos haya semejantes costumbres! ; y esa especie de serrallo viajando trás de un hombre!...

— ¡ Pobre Martin! — dijo Basquiña á Bambocha; — parece que aun se admira de algo.

— Nada inventa Basquiña; al contrario, aun no lo dice todo,—replicó Bambocha:—este milord duque ha existido, y en la mala sociedad en que vivo he conocido varios testigos ó cómplices de sus... *extravagancias*.

— ¿Qué quieres, Martín? — añadió Basquiña con su irónica sonrisa. Nacen omnipotentes por la fortuna y por el rango, y muy pronto quedan saciados de todo; entonces es necesario algo nuevo y extraño. Por otra parte, á decir verdad, solo hasta aquel día ví las criaturas que componian el serrallo del duque, porque una vez llegada al término de mi destino, mi vida fue la mas solitaria y extraña que puede imaginarse. Al siguiente relevo, miss Turner me dejó un instante para decir algo á milord duque; pero pronto volvió, haciéndome seña de que la siguiese. Dejé el coche-serrallo, y sin mas compañía que la de miss Turner, me instalé en una calesa, que regularmente ocupaba el mayordomo y el secretario del duque; pero entonces estos importantes personajes se acomodaron como mejor pudieron en otros coches de la comitiva. En la primera poblacion por donde pasamos, miss Turner compróme un traje conveniente. Continuaba viajando sola á su lado; servíannos por separado en las posadas, y participaba de su habitacion. Siendo aquella señora muy silenciosa y reservada, solo respondia con monosílabos á todas mis preguntas; y sus respuestas, que por otra parte tenian visos de cierta deferencia, se limitaban poco mas ó menos á esto: Sosiéguese V., señorita, que el señor duque la educará como á su propia hija: V. no sabe la dicha que ha tenido en encontrar en el camino á su Señoría, con quien no hay magnate que pueda compararse tanto en bondad como en generosidad.

— ¡Todo esto es muy particular! — dije á Basquiña admirado mas y mas de lo que oía.

— Mas aun de cuanto puedes imaginar, Martín: por lo demás, apenas hubimos llegado á la quinta del duque, me abandoné del todo á las dulzuras de un bienestar tan nue-

vo para mí. Servíame la camarera de miss Turner; la mesa del duque estaba servida con incomparable suntuosidad y delicadeza; pero comíamos separadamente. Mi salud, ajada antes por la miseria, poníase mas y mas lozana y floreciente. Extasiábase miss Turner viendo los progresos de mi hermosura, diciendo que dentro de poco nadie me conocería. Habitaba en una estancia, amueblada con tal elegancia, lujo y esmero, que es imposible dar de ello una idea. Todos los días subíamos á un coche con miss Turner, dirigiéndonos á un parque reservado, donde corría y me solazaba con toda especie de juegos á mi albedrío. Con frecuencia miss Turner me hacía montar un hermoso caballito, manso y adiestrado como un perro: en términos, que la hija del mas escelso personaje no goza de una existencia comparable á la mia.

— ¿Y aun no habias visto á milord duque?

— No; solo me presentaron á él, como unas tres semanas despues de haber llegado á la quinta. Se me olvidaba decirte, que era esta una residencia casi regia, admirablemente situada en uno de los parajes mas deliciosos del mediodia de Francia donde, segun decian, era la temperatura tan suave como en Hyeres; allí pasaba con frecuencia milord la mayor parte del invierno.

— ¿Pero porqué tardaban tanto en presentarte á ese hombre? — pregunté á Basquiña.

— Esperaban la llegada de varios baules, donde iban algunos vestidos que debian componer un magnífico ajuar, hecho de intento para mí por las mas acreditadas modistas de París. Pero antes de pasar adelante, Martin, debo decirte, que miss Turner era una mujer de modales perfectos, y me reprendia siempre con dulzura, al par que con firmeza, por mis faltas de etiqueta, y groseras expresiones que me eran familiares. Observábame yo, y me esmeraba en observar sus recomendaciones, á fin de complacerla. La víspera del dia en que debía presentarme al duque, me dijo miss Turner: — He ahí que está V. convertida

en una pequeña lady , tanto en lo que respecta á los modales, como en la ciencia de la vida. No dudo que su Señoría quedará muy satisfecho de las lecciones que á V. he dado. Llegó el día de la presentacion.... Si entro en algunos pormenores relativos á mi adorno, Martin , no es por pura vanidad , sino porque , conforme á las órdenes del duque , tenían un carácter infantil muy marcado. Mis cabellos, partidos en medio de la frente, caían en gruesos bucles sobre mis hombros ; llevaba los brazos desnudos ; un magnífico vestido de muselina de Indias bordado , y un pantalon de lo mismo, medias de seda blanca caladas, y unos escaarpines de raso negro. A fuerza de oír de boca de miss Turner y de la camarera , que con aquel traje estaba interesante , al fin me creí una Psiquis colocada en mi gabinete de tocador (esto digo sin hacer mencion de que mi estancia era de las mas completas desde la antesala hasta la sala de baño). Despues de haberme contemplado con aquel traje , confieso humildemente , que me hallé muy hermosa. — Ahora , — me dijo miss Turner con su aire grave y compuesto , sacando de un cofre una hermosísima muñeca , — ahí tiene V. esta muñeca que le regala su Señoría ; será necesario darle las gracias , ¿ entiende V ?

— Entiendo , miss Turner , — dije , admirando el juguete , tan precioso , que no me atrevia á tocarlo.

— Tome V. su muñeca , — me dijo mi aya.

— Pero.... — le respondí , — ¿ acaso no vamos á ver á su Señoría ?

— Sí , señorita ; allá vamos , y su Señoría desea que lleve V. su muñeca.

Aunque sorprendida por esta recomendacion , dejéme conducir por mi aya á la estancia del duque.

....Esta última parte de la narracion de Basquiña me sacaba de juicio , y con toda sencillez dije á Basquiña :

— Tantos estmeros , y la educacion que te daban , son al menos una prueba de que milord duque no era un hombre malo.

Miróme Basquiña, y prorumpió en una careajada irónica, que me hizo estremecer.

XXVII.

Continuacion de la Historia de Basquiña.

Antes de proseguir mi narracion, mi buen Martín, y para prepararte á oír cosas que han de parecerse increíbles, — prosiguió Basquiña, — dime: ¿conoces la aventura del bueno de Luis XV con la señorita de Tiercelin?

— No, — respondí, admirado de semejante pregunta; — no conozco esta aventura.

— Durante mi mansion en casa del duque de Castelby, — prosiguió Basquiña, — por casualidad tuve proporcion de leer muchas obras que tratan del reinado de Luis el *Muy Amado*. La aventura es como sigue: — Pasando cierto día aquel buen rey por Tullerías, observó en el jardín á una niña *apenas de once años*.... ¿lo oyes Martín? *apenas de once años*; hija de un ciudadano parisiense llamado Tiercelin, que vivía de sus rentas.

Encaprichóse el rey por esta niña, y.... fue colocada en el regio lecho por la marquesa de Pompadour; rival, como ves, muy indulgente.

— ¡Oh! ¡esto fue una infamia! — exclamé con asombro; pero Basquiña siguió su narracion con su acostumbrada impasibilidad é ironía.

— Luis XV, ¿cosa rara! fue bel por espacio de dos años á la niña Tiercelin; pero tanta fidelidad alarmó á los cortesanos y á las cortesanas, y á consecuencia de no sé qué intriga del Duque de Choiseul, la pobre niña, juntamente con su padre, vióse encerrada en la Bastilla, donde ambos per-

permanecieron por espacio de catorce años (1).

— Por esto la historia le llama Luis el *Muy Amado*, — dijo Bambocha, riendo á mas no poder.

— La moralidad de esta historia, — dijo Basquiña con acerba burla, — es que Luis XV era un novicio comparado con milord duque de Castelby, y en cuanto á mí, mas me valiera permanecer catorce años en la cárcel, que vivir, como viví, en la opulenta mansión de milord duque.

Asustado por estas últimas palabras de Basquiña, exclamé:

— ¡Entonces fuiste detenida á la fuerza al lado de ese hombre!

— No: — contestóme, — permanecí voluntariamente.

Y como yo parecía dar á entender que no comprendia la aparente contradicción de sus palabras, prosiguió Basquiña:

— Antes de referirte la aventura de Luis el *Muy Amado*, hallábame, creo, en el instante de mi presentacion á milord duque. Ataviada con un magnifico traje infantil, con

(1) En las memorias históricas de Peuchot, sacadas de los archivos de la policía, tomo III, página 406, 408, 414, etc. se lee lo siguiente: « Uno de los rasgos que mas ponen en evidencia la corrupción de la policía durante el reinado de Luis XV, es el asunto relativo á la señorita Tiercelin. Era esta niña sumamente hermosa, de edad á lo mas de once años, en la cual advirtió Luis XV paseándose á pié por las Tullerías. Aquella misma noche habló de ella á su ayuda de cámara Lebel. Este, para quien no era un misterio las afecciones de su Señor, pronto excogitó un medio de satisfacer los recientes deseos del monarca: con que robaron la niña y la entregaron al rey. »

Y mas adelante: « La marquesa de Pompadour aprovechó con ansia la ocasion de deshacerse de una rival que podía ser peligrosa. Ganó á Mr. de Choiseul, y el rey en un momento de cólera firmó un *decreto sellado* contra la hija de Tiercelin y contra su padre.... Las notas secretas relativas á esta ignominiosa intriga, demuestran que duró desde 1754, en que pusieron en el lecho del rey á la niña Tiercelin, hasta 1766, en que se firmó la orden de encerrar en la Bastilla al padre y á la hija, que permanecieron en ella por espacio de catorce años.

mi hermosa muñeca en una mano, y dando la otra á mi aya, pasamos primeramente por una espléndida galeria de cuadros, y luego, atravesando varios salones, á cual mas regio, llegamos á la habitacion particular de milord duque. Excepto sus dos ayudas de cámara de confianza, no penetraba en aquellos aposentos otra persona alguna de la servidumbre. Parándose mi aya conmigo delante de una puerta cubierta de terciopelo encarnado, llamó de un modo particular. Abriónos un ayuda de cámara, habláronse con mi aya algunas palabras en inglés, y ella me puso en manos de este nuevo sujeto diciéndome: — Corso (Así se llamaba el ayuda de cámara italiano) conducirá á V. ante su Señoría. Sea V. discreta, pórtese como una pequeña lady bien educada, y acuérdesse de todas mis advertencias.

— Cerróse otra vez la puerta tras mi aya; y quedé sola con ese Corso, cuya cara afeminada, aunque morena; sus ojos negros, penetrantes y muy encendidos, me inspiraron una vaga repugnancia. — Si la señorita quiere venir conmigo, — me dijo respetuosamente cogiéndome por la mano, — la llevaré á su Señoría. — Hízome atravesar una sala; en seguida un gabinete cubierto de espejos, así en las paredes como en el techo, y parte del pavimento. El Corso apretó un resorte, y corriéndose un espejo por cierto encaje, nos abrió paso á un oscuro corredor enteramente alfombrado; de modo, que en él se amortiguaba el ruido de nuestras pisadas. Al cabo de algunos minutos, abrióse ante nosotros una puerta; Corso me empujó suavemente por la espalda, y al volver yo la cabeza hácia mi conductor, ya este habia desaparecido; siéndome imposible reconocer por donde habia yo entrado. Nunca olvidaré esta escena: hallábame en una especie de rotunda entapizada enteramente de negro con adornos de plata, é iluminada por una lámpara funeraria del mismo metal. Llenaba la fúnebre estancia el penetrante perfume de aromas muy suaves y exquisitos. Estaba amueblada con un banco circular de lustroso ebanó, sin almohadones. En el centro

de la pieza habia una mesa cubierta de terciopelo negro, con bordados de plata como un paño mortuorio. Encima de dicha mesa, veíase un completo servicio de mesa en miniatura, como los que sirven para jugar los niños, pero en extremo magnífico: todos los diminutos utensilios eran de oro esmaltado, cuajados de piedras preciosas. En especial, noté una sopera del tamaño de una taza, que era en efecto una obra maestra de orfebrería: nada absolutamente faltaba, desde los platos de todas dimensiones, hasta las vinagreras y botellas de cristal de roca, tamañas como frasquitos de agua de olor, y unos saleros en que apenas cabia un guisante.

— ¡ Y los labriegos de las haciendas de ese hombre, cobijados en hediondas madrigueras, y medio desnudos, disputaban su comida á los cerdos! — dije yo, pues el cuadro de tan horrible miseria no se apartaba de mi idea.

— Esos milores, mi buen Martín, crían, alimentan y conservan la caza con grandes dispendios; pero ningún cuidado se toman por la conservación de los labriegos.

— Todo aquello me deslumbraba y asustaba á la par. — prosiguió Basquiña. — Mas lejos ví en un armario, cuya parte superior era de mármol negro, una completa batería de cocina, de plata y de iguales proporciones á las del servicio de mesa y una estufilla en que ardía espíritu de vino, y que debia servir de hornillo. Nada en todo aquel aparato habia que pudiese causar inquietud; sin embargo, el silencio que reinaba en aquella estancia entapizada de negro, empezaba á infundirme miedo, cuando se levantó una parte de la tapicería... Entonces creí estar soñando; pues ví entrar montado en uno de esos caballos de madera, que andan por un resorte oculto, á un hombre de mediana estatura, bastante repleto, y al parecer de unos sesenta años; llevaba una peluca rubia con grandes rizos, un camison doblado sobre los hombros, una chaqueta muy corta en la que se abotonaba el pantalón... en una palabra, ese sugeto llevaba el traje propio de un ni-

ño de mi edad de entonces... Para hacer sin duda la ilusión mas completa, soplabá con todas sus fuerzas en una trompetilla de hoja de lata. En esta disposición dió una vuelta entera á la rotunda, montado en su cabalgadura de leño.

— ¡Seria por fortuna algun loco! — exclamé saliendo de mi ansiedad.

— ¿Cómo un loco? — díjome Basquiña, clavando en mi sus ojos; y luego mirando á Bambocha, añadió.... — Sí, mi buen Martín; era un loco.

Después de un instante de silencio prosiguió Basquiña:

— Milord duque; pues en efecto era él, abandonábase á veces á ciertas manías, que rayaban en locura. La primera impresion que me causó la vista de aquel anciano grotescamente vestido como un niño de diez años, y jugando como este, fue un acceso de risa; pero esta risa ningun eco tuvo en aquel profundo y siniestro retiro; supuesto que habiéndose apeado milord duque, terminada su cabalgata, me contemplaba mudo é impassible con sus ojuelos de un azul claro, y relucientes en medio de su rostro de color de sangre. Así, pronto me sobrecogió de nuevo el miedo, hasta hacerme parecer en extremo espantoso, lo mismo que antes me hizo reir, y por consiguiente me eché á llorar dando agudos gritos.

— ¡Y en efecto, todo esto era espantoso! — dije á Basquiña, — y me parece al oirlo que me oprime una horrible pesadilla.

— Necesitáronse todas las afectuosas y paternales expresiones de milord duque, que hablaba perfectamente el francés, para sosegarne y hacerme recobrar mi confianza. Cuando me vió tranquila, mudando repentinamente de tono, y sin hacer alusion alguna al modo como me había recogido en el camino real, ni á los esmeros que posteriormente se tuvieron conmigo, díjome afectando el zeceo de una pronunciacion aññada: — Me llamarás *Toto*, me tutearás, y nos divertirémos: vamos á jugar á *la comida*.

Veo que tienes ahí una hermosa muñeca. ¡Oh! también tengo yo muy lindos juguetes: ya te los enseñaré, ahora vamos á jugar á la comida.

Como yo miraba á Basquiña con aire estupefacto, pudiendo apenas dar crédito á mis oídos, continuó con su acostumbrada sonrisa sarcástica.

— Y *Toto*, duque y par de Inglaterra, disfrutaba de toda la consideracion, y autoridad que grangea un gran nombre y una inmensa fortuna. A mas, como se habia dignado representar su pais en no sé qué embajada de ceremonia, dos ó tres soberanos le habian condecorado con los mas bellos cordones. Por otra parte, — añadió Basquiña con cierta recrudescencia de ironía, — cuando no llevaba el traje de *Toto*, tenia milord duque un exterior serio y respetable. Casualmente le ví una tarde paseándose en la galería brazo á brazo con el arzobispo de la ciudad vecina, (pues milord era excelente católico y cada domingo se rezaba una misa en la quinta)... Como iba diciendo, el duque caminaba con la frente erguida, llevando un gran cordon azul sobre su chaleco blanco, y una placa de diamantes encima de su frac negro. Ciertamente, en aquel gran señor hubiérame sido imposible reconocer á *Toto*, con quien jugué por primera vez á la comida.

— ¡Ah! si para ver en su interior fuese posible volver al revés la piel de muchos ancianos, particularmente entre los viejos libertinos políticos, que son la peor especie de entes depravados, — exclamó Bambocha, — ¡cuántos *Totos* hallaríamos bajo esas máscaras llenas de gravedad!

— Pero, volviendo á mi juego, — continuó Basquiña, — lo hicimos con un pequeño servicio de mesa, trabajado en oro, despues de haber preparado la comida en miniatura en cazuelas de plata en la llama de alcohol. En breve (lo que es bastante extraño), pudieron mas que el miedo los gustos particulares de mi tierna edad, y acabé por divertirme mucho con aquel pasatiempo. Mi amigo *Toto* se manifestaba muy diestro en el manejo de aquella cocina pue-

ril. Me mostró sus juguetes, entre los cuales los había preciosísimos, estraños, y que eran un prodigio de mecánica. Seguramente debieron costar sumas considerables. Pero de repente, interrumpiéndose *Toto* en medio de la ostentación de sus juguetes, me dijo con aire desconsolado: — Son ya las tres, el ayo va á venir para tomarme la lección. ¡es un fastidio! Lo dejaremos para mañana, ¿no es verdad? —

Tal fue mi primera entrevista con milord duque, quien habiendo tocado una campanilla invisible, abrióse la puerta secreta: pareció Corso, y á una seña de su ayo, se me llevó por donde había venido. Luego me puso en manos de miss Turner, que me había estado aguardando á la puerta de la estancia particular de milord duque. Cuando, llena todavía de asombro, repetí todas estas extravagancias á miss Turner, cortóme de repente la palabra diciéndome con severidad: — Sirvale á V. esta vez para siempre, señorita: ni ahora, ni nunca, debe V. decir una palabra sobre esto ni á mí, ni á nadie; de lo contrario perderá V. todo el afecto y generosidades de su Señoría. Aquel primer juego solo fue ridículo; pero la ridiculez era prelude de lo horrible

En efecto, con toda sencillez había dicho á Basquiña: — Este hombre era un loco. . . — El resto de nuestra conversación, que la pluma se resiste á continuar, me probó que ese hombre era uno de tantos monstruos, conducidos á espantosas monomanías, tanto por la saciedad como por el abuso precoz de todos los placeres que pueden proporcionar las riquezas inmensas, adquiridas sin el menor afán desde la mocedad, y por solo efecto de la herencia

— Por lo demás, — prosiguió Basquiña, — mi aya miss Turner parecía ignorar del todo cuanto sucedía, y siempre reservada é impassible, ocupábase en educarme con la perseverancia y celo que exigian las órdenes de su señor.

Enseñóme á leer y á escribir; siendo muy instruida en la música, educó y desarrolló mis disposiciones naturales para el canto, enseñóme á tocar el piano, el dibujo, la historia y la geografía; de manera, que como ella decía, aunque hubiese sido yo, en efecto, la hija de milord duque, dudo que se me hubiese educado con mayor inteligencia y esmero.

— Pero es una infamia, — exclamé, — hacer servir una accion generosa en sí, para el cumplimiento de los mas monstruosos antojos... hacer marchar así á la par el cultivo del entendimiento y la mas execrable ignominia:

— En efecto, — repuso Basquiña; — al paso que empleaba la mayor parte de mi tiempo en el estudio, y con cierta especie de formalidad, supuesto que miss Turner nunca abandonaba conmigo su habitual gravedad y reserva, pasaba yo mi tiempo sobrante en un infierno, cuyo horrible recuerdo me seguirá hasta la muerte.

— ¿Y no pensaste en huir? — dije á Basquiña.

— Estaba muy distante de desearlo, — respondiome con cierta exaltacion; — pues solo en esa época empecé á vislumbrar el objeto que me propongo alcanzar, y que, como dije, alcanzaré, — añadió con sombría resolucion.

— No te entiendo, Basquiña.

— Oye, Martin... Me conociste muy desventurada, ¿no es verdad? — Viste mi afliccion al verme arrebatada de los brazos de mi moribundo padre; no ignoras cuan miserable, maltratada y hollada fue mi infancia; fuimos saltimbanquis, vagabundos, ladrones... pues bien; á pesar de tan precoz degradacion... siempre conservé en lo íntimo de mi alma algun vago remordimiento, y cierto desco confuso de lograr una existencia menos vil... ¿Os acordais de aquella noche que pasamos en la isleta?

— ¡Oh! ¡sí! ¡sí! — exclamé.

— Como no abundan estos recuerdos, — dijo Bambocha, — uno los conserva en el rinconcito del bien.

— Entonces, — prosiguió Basquiña con exaltacion pro-

gresiva, — entonces aun me respetaba y estimaba bastante á mis propios ojos, para tratar de disculparme una conducta manchada, diciéndome: «La fatalidad y el abandono han hecho de mí lo que soy.» Pero al cabo de algun tiempo de mi mansion en casa de milord duque, me ví horriblemente degradada por aquel monstruo, en términos, que perdí hasta el remordimiento de aquella última degradacion.... Pero tambien, al paso que la educacion desenvolvía mi inteligencia, despertóse en mí una necesidad, un deseo de venganza, que creciendo de dia en dia mas y mas, ha llegado á ser un pensamiento fijo é incesante.... Desde entonces acepté mi suerte con placer siniestro.... Hice prodigios de trabajo; empleaba en instruirme todo el tiempo de que podia disponer; así como en cuanto podia facilitarme la adquisicion de esas habilidades y modales amables, distinguidos y seductores que dan á las mujeres un poder tan extraordinario. Milord duque, por un refinamiento de diabólica compasion, favorecía mi aficion al estudio. Mandó venir, expresamente para mí, y á costa de enormes dispendios, un excelente profesor de canto y de composicion, quien, por decirlo así, habia formado á los artistas mas célebres de su tiempo, y cuyas obras se han hecho ahora populares.... Pero, á propósito de este profesor, añadió Basquiña sonriendo dulcemente: — Oye, Martin, un rasgo que te ensanchará el corazon, y lo aliviará, distrayéndolo un instante de los viles sucesos que debo referir.... Con respecto al artista de quien voy hablando, hombre excelente si los hay, pasaba yo por hija adoptiva del duque; pues me hubiera muerto de vergüenza, si mi maestro hubiese sabido quien yo era entonces.... Éste pues, se admiraba tanto mas del osmero y cuidados que me rodeaban, cuanto que él mismo, segun dijo, debía su carrera á una persona tan generosa como llena de misterio. — Estaba poseido de un fuego sagrado; — decíame mi maestro: — pero era pobre, desconocido, sin recursos, faltó enteramente de medios para estudiar.

y teniendo apenas lo suficiente para procurarme pan. Cierta dia, ví entrar en mi boardilla un sugeto de edad avanzada, bastante mal vestido, de aire duro, de lenguaje áspero, y de ojos penetrantes. Sus preguntas me prueban que está enterado de todos los pormenores de mi vida y de mi vocacion; siendo el resultado de aquella visita la seguridad para mí de una pensión, que en efecto me procuró los medios de estudiar, de trabajar, de darme á conocer y de granjearme un nombre. Pero desgraciadamente para mí profunda gratitud, no pude ver á mi bienhechor mas que aquella sola vez. — ¿Sabe V. al menos su nombre? — pregunté á mi maestro. — Díjome llamarse *Mr. Justo*; y el encargado de negocios en cuya casa iba á cobrar mi pensión, nunca quiso decirme mas sobre esta persona singular.

— ¡Mr. Justo! — exclamó Bambocha, interrumpiendo á Basquiña.

— ¡Hé ahí una cosa muy extraña!

— ¿Cómo? — pregunté yo.

— Cierta pintor jóven, á quien conocí en mis dias felices. y que ahora tiene un nombre ilustre, refirióme que tambien fue deudor de su carrera al generoso apoyo de cierto protector misterioso llamado *Mr. Justo*.

— No hay duda, será el mismo — exclamé.

Probablemente, —añadió Bambocha, — pues poco tiempo despues que el porvenir del pintor (jóven el mas honrado de cuantos hay en el mundo, sin embargo de conocerme) estuvo asegurado, un amigo suyo, estatuario de gran mérito y de bellas esperanzas, vióse milagrosamente auxiliado por ese demonio de *Mr. Justo*, á quien sin embargo ninguno de los dos conocia, ni le habian visto mas que una sola vez... pero que debe estar muy bien informado, ó tener muy sutiles las narices, para colocar tan oportunamente y tan bien sus beneficios, supuesto que su protegido estatuario goza ya de una inmensa celebridad:

— ¡Gracias! ¡Basquiña, Gracias! — exclamé respiran-

do ; — parece que se desahoga el corazon oyendo referir tan nobles y sublimes rasgos. — No, no á todos deprava la opulencia , almas grandes hay que hacen de la riqueza un sacerdocio... pues gracias á Dios ; si hay duques de Castelby, no faltan Justos... ¡ Oh ! ¡ cuánto diera , — exclamé con entusiasmo , — por poder contemplar á esa alma grande !

XVIII.

Continuacion de la Historia de Basquiña.

— Ah , mi buen Martin , fuerza es que desde el cielo te derrumbe al infierno , prosiguiendo mi relacion. Con un maestro como el de que acabo de hablar, que me instruyó por espacio de tres meses , ya puedes figurarte mis rápidos adelantos. Por último, Martin, lo que voy á contarte te parecerá absurdo , al paso que nada hay mas cierto , y me prueba toda la fuerza de mi voluntad. No tenia ingenio y quise *aprender á adquirirlo*... Para saber lo que es ingenio , lei, y estudié los escritores mas acreditados de poseerlo , y al menos con su lectura logré una jerga capaz de engañar á los menos perspicaces ; en términos , que milord duque , que en sus numerosos viajes estuvo relacionado con los hombres mas distinguidos de Europa , me dijo un dia sumamente maravillado : — ¡ Lléveme el diablo si esta niña no se ha vuelto ingeniosa ! — Sostégate Martin . no temas que contigo haga nunca alardes de sabionda .

— Pero ¿ y esa venganza que te propusiste ?

— ¿ Esa venganza ? — contestóme. — Para hacerla mas segura érame preciso trabajar diariamente en adquirir toda especie de habilidades y de seducciones que un dia habian de convertirse en armas tan terribles... no confra

milord duque, supuesto que me hubiera sido imposible; sino contra esa raza entera de ociosos, estúpidos, insolentes ó infames, cuya horrible senectud se halla personificada en milord duque, así como en Escipion su adolescencia.

— Ya empiezo á penetrarte, Basquiña, — dije admirado de la implacable expresion de su fisonomía.

— ¡Oh! desapiadada raza! — exclamó con amenazadora exaltacion;—mientras vosotros regurjitabais en medio de superfluidades, sucumbia mi padre en la mas horrible miseria y la mas profunda afliccion... y siendo yo una pobre niña, comprábanme con algunas monedas! ¡Ah! vuestro execrable desecido sobre la suerte de tantos miserables, como nosotros, permitia que me manchasen en esa edad tierna, en que hasta las que llegan á ser mas criminales al menos fueron puras. ¡Ah! cuando os alargué la mano, inocente todavía, si bien envilecida, me rechazasteis. — ¡Oh! magnates fastidiados por la saciedad, vosotros hicisteis de mi el juguete y la víctima de vuestra cruel disolucion, complaciéndoos por una burla infernal en ilustrar mi entendimiento mientras me colmabais de degradacion como criatura humana... ¡Oh! ¡vosotros me hundisteis con ultrajes, oprobios y tormentos! ¡Oh! el contagio de vuestra detestable perversidad me corrompió hasta los tuétanos; y sin embargo, aun no tengo *doce años!* ¡Pero aguardad! ¡aguardad! Llegará el dia en que tendré diez y seis edad del candor y de la inocencia.... edad en que brilla la hermosura con todo su esplendor, edad que da realce á todas las seducciones del talento y habilidades que he adquirido, y que todavía adquiriré... ¡aguardad! y entonces con la fortaleza y energía que infunden los vicios que me comunicasteis, fuerte con el odio desapiadado que me inspirasteis... fuerte con mi corazon, muerto precisamente á la edad en que en los demás empieza á sentir... fuerte con mis sentidos apagados á la edad en que se inllaman... y sobre todo, fuerte con el menos-

precio y el horror que vuestra raza me inspira... ¡aguardad! y veréis con que pasiones frenéticas, locas, criminales sabré embriagaros... ¡oh! llegará día en que me amaréis!... y entonces quedaré vengada.

— Los ademanes, el gesto y la expresión de la fisonomía de Basquiña mientras pronunciaba esta imprecación, mostraron una resolución tan formidable, que involuntariamente exclamé:

— ¡Basquiña!... ¡me causas espanto!

— Pasóse Basquiña la mano por la frente, cubierta de una ardiente rubicundez, y después de un instante de silencio, díjome:

— Disimúlame, mi buen Martín, que me abandone á semejantes arrebatos... Contigo, Bambucha, no trataré de reprimirme ni de afectar disimulo. Prosigo pues mi relación. Por otra parte, poco me queda que decir: un imprevisto suceso obligóme á abandonar la casa de milord duque... y fue su muerte de resultas de un ataque apoplético. Su sobrino, único heredero, llegó muy pronto con la diligencia para posesionarse de tan inmensa sucesión. Este sobrino era ya muy rico; pero tan avaro y rigorista, como había sido su tío pródigo y disoluto: así, echó de la quinta á todas las mujeres reunidas por milord duque, y á quienes este ningún legado había hecho. Solamente miss Turner recogió un considerable peculio. Conservó su acostumbrada impasibilidad al verme echada de casa, como á las demás mujeres del serrallo: con todo, díome veinte francos, y una hermosa guitarra, que ella me había enseñado á tocar... — Muchacha, — díjome: — con este medio de ganarte el pan, una linda figura, veinte francos en el bolsillo, un buen vestido y un lio de ropa blanca, ninguna inquietud debes tener por tu suerte.

Así salí de la quinta del duque de Castelby á principios de otoño, teniendo un solo objeto, el de ir á París, pensando ya de un modo vago en el teatro, en donde, mejor que en parte alguna podía, á fuerza de trabajo, de celo y de

voluntad, alcanzar el primer grado de la posicion que ambicionaba, y que era mi idea fija, única, constante, obstinada y ardiente como la venganza... Mi viaje desde el mediodia de Francia hasta Paris, efectuóse sin ningun accidente digno de particular mención; el tiempo casi siempre estuvo magnífico; y gracias á mi guitarra, con que acompañaba mi canto en los cafés y otros parajes públicos de las ciudades donde me detuve, cuando llegué á Paris habia reunido doble cantidad de dinero, de la que recibí de la generosidad de miss Turner. La casualidad me hizo encontrar muy pronto á Bambocha... Yo creia extinguida la sensibilidad de mi corazon... si del todo extinguida; no obstante á la vista de nuestro amigo de infancia, el placer, la alegría y la esperanza me causaron un dulce estremecimiento.

— Cuando nos encontramos, — dijo Bambocha. — vivia yo con mi viudita, hermana del cerrajero; y por supuesto al punto la abandoné.

En efecto, — añadió Basquiña, — y mientras vivimos juntos se puso á trabajar con ahinco en su oficio de cerrajero para acudir á mis necesidades; pues sus zelos no le permitian dejarme ir por los cafés con mi guitarra.

— En esto lo reconozco, — dije yo.

— Pero... — observó Bambocha, con sentido acento, ella no dice las pesadumbres con que la oprimi durante ese tiempo, ni mis brutalidades, ni mis violencias, hijas de los zelos y de...

— ¿Por qué hablar á Martin de tan penosos recuerdos? — dijo Basquiña interrumpiendo á nuestro comun amigo. — Razon tuviste, Bambocha, en quejarte, no de mi afecto... sino de mi frialdad... Es cierto que no amé á otro; pero tampoco te amaba á tí de la manera que hubieras apetecido. Al volverte á hallar, creí por un instante ver renacer de nuevo ese desgraciado amor que databa desde mi infancia; pero me engañé: los sentimientos que se apartan de la naturaleza no son constantes; harto es que

duren algun tiempo.... Y luego has de saber, Martin, que mi único afan era sobresalir en mi arte; una voz secreta me decia que solo él podia conducirme al fin propuesto de mi venganza, designió que seguia entonces, lo mismo que hoy, con invencible obstinacion, con una ciega confianza en el porvenir: los zelos, las incesantes reprehensiones de Bambocha con respecto á la frialdad de mi amor, ciertamente me afligian; y hubiérame creído feliz, si se hubiese contentado, como yo se lo suplicaba, con un afecto fraternal; pero sus obsesiones, sus arrebatos, al cabo hicieronseme intolerables; mi frialdad le hacia sufrir cruelmente, y mis pesares diarios eran otros tantos obstáculos en la senda que me propuse seguir.... Por consiguiente, cierta noche....

— Al regresar de mi trabajo, — dijo Bambocha interrumpiendo á Basquiña.... habia desaparecido, y desde entonces no la volví á ver hasta hoy.

— Y desde esa época, ¿qué fue de tí? — preguntóle Basquiña con sumo interés, — dínoslo; pues por mi parte siempre seré para tí una hermana, lo mismo que para Martin. Cualquiera que sea la posicion en que nos encontremos, los tres serémos siempre fieles á la memoria de nuestra infancia. ¡Oh! ¡estoy cierta de ello! pongo por testigo la conmocion que hemos sentido en estos momentos, y el inalterable recuerdo que recíprocamente hemos conservado en nuestros corazones.

— ¡Oh! si eternamente! — exclamé, lo mismo que Bambocha, y ambos cogimos una mano de Basquiña.

Despues de un instante de silencio, dije á Bambocha:

— Prosigue tu narracion, y dínos qué te aconteció despues de la separacion de Basquiña.

— Al principio creí volverme loco; hasta tal punto me exasperó su partida.... La amaba, Martin, como he amado ni amaré nunca en mi vida.... En prueba de ello, senti por Basquiña ciertas delicadezas, que me sientan tan bien como... unos zapatos de raso á un buey.... así, en vez de

trabajar desesperadamente para acudir á nuestro gasto doméstico, despues de haber hallado á Basquiña, hubiera podido volver á mi viudita, y sonsacarle de una vez mas dinero del que gané matándome para poder los dos vivir en tanto que Basquiña permaneciese á mi lado.... Pero no; hacer comer á mi Basquiña el pan de la viuda, de ninguna manera podia convenirme; y sin embargo, para con otra mujer cualquiera nada me hubiera parecido mas natural. ¡Cuanto digo, Martín, que contigo y con Basquiña es fuerza seguir los buenos impulsos!....

— A lo menos has de confesarme, — dije, — que es ya grande y hermoso ver que nuestro reciproco afecto nos infunde tales sentimientos.... por reducido que sea su circulo.

— En cuanto á limitados, confieso que lo son mucho, por lo tanto despues de la desaparicion de Basquiña, volví á las andadas. Por ese tiempo me encontré con La Levrase. — ¡Oh, miserable viejo! — le dije. — ¡Nada puede contigo la muerte! — ¡Hola, picaron! — me contestó, — ¿con qué quisiste achicharrarme en el carro! — Y fuiste demasiado duro y coriáceo para cocerte! No me sorprende esto; pero ¿y la tia Mayor? — Era mas tierna que yo, ya lo sabes, malvado, y así coció perfectamente, — contestóme La Levrase.

— ¡Dios mio! — exclamé, — ¿y el hombre-pep? — pues desde nuestra separacion, habia pensado en él muy á menudo.

— Es verdad, — dijo Basquiña: — ¡pobre Leonidas! tambien se hallaba encerrado en el carruaje cuando le pegaste fuego. ¿Dime, Bambocha, te habló de él La Levrase?

— Sí; díjome que el hombre-pep se libró del achicharramiento; pero que el payaso quedó asfixiado. — Ya se vé, esto siempre sucede, — dije, y La Levrase prosiguió diciendo, que se hallaba establecido como vendedor de juguetes en la calle de Bourg l'Abbé; pero que al mismo tiempo, por distraccion, se entregaba á la profesion de han-

quero.... el viejo entiende el oficio. — Vaya, — le dije, — te perdono: no tienes mas que un carrillo tostado, es muy poco; pero no se hable mas. — ¿Con que me perdonas? Enhorabuena, — me dijo La Levrasc; — y para probarte que no soy insensible á tu clemencia, te convidó á comer mañana conmigo, y hablarémos. — Guardéme bien de dejar de comparecer á la hora del convite; el malvado viejo me estudió, me observó, hizome charlar, y á los postres díjome: — Escucha: como te dije, me ocupo en la banca, y en clase de banquero compro muchas veces por un pedazo de pan créditos legalmente exigibles, aunque difíciles de cobrar; ya porque los acreedores se han fugado á país extranjero, ya porque los malditos encuentran algun medio de poner á cubierto sus bienes, etc. . . Hasta ahora por falta de un socio inteligente, no he pedido sacar todo el partido asequible de estos negocios; no obstante, habia que ganar en ellos el mejor oro del mundo. Abí tienes un ejemplo entre muchos: he comprado por 45.000 francos un crédito de 72.000 y tantas libras, contra un tal Mr. Rondeau, quien tiene de sobras con que pagar. Posee de 600.000 á 700.000 francos, que realizó, y con ellos se zampó en Inglaterra, donde el bribon lleva una vida como un monarca; legalmente nada puedo contra él, porque en este caso no hay extradicion posible; pero empleando la *fuerza moral*. — ¿Cómo? — Suponte, amigo Bambocha, que te regale mi crédito de un modo válido y en regla, á tí que no tienes un cuarto. ¿Qué harías, sabiendo que al otro lado del Estrecho hay un compadre que tiene ampliamente con que pagar, y que además... y se me olvidaba esta circunstancia... es cobarde como una liebre. — ¡Pardiez! — respondí á La Levrasc, — no es difícil adivinarlo: iria á encontrar á mi deudor, lo cogería por la oreja, y me haria pagar á garrotazos. — No es malo lo que dices, — contestó La Levrasc; — pero, lo mismo en Inglaterra que en Francia, se echa el guante á los acreedores que se cobran con tales medios; sin embargo

no creo que prendan á un acreedor, que continuamente sigue á su deudor por las calles y paseos, diciéndole en alta voz y en público: — Caballero, V. me debe legalmente 72.000 libras, V. tiene con que pagarme y se niega, es V. un pícaro, un infame. — Para quitarse de encima esa pesadilla, el dendor suelta su dinero; en el caso contrario, se buscan otros medios, y con tu caletre, Bambocha, no es difícil encontrarlos. — Pues bien; ¿cuanto me dáis, — dije á La Levrase, — y dentro de ocho dias os hago pagar por Mr. Rondeau?... Costearé los gastos del viaje, y á mas te daré 5000 francos.... Vamos no hay que fruncir las cejas.... te daré 40.000.... ¿Quieres dejar en paz tu baston?... En fin consiento en darte 45.000 francos.... cobraderos en casa del corresponsal donde vaya á pagar Mr. Rondeau. — 45.000 enhorabuena. — Partí para Londres, y á los ocho dias La Levrase tenia ya cobrado su dinero, y yo la parte correspondiente. Al verme dueño de tamaña fortuna, dije para mí: — Es necesario que encuentre á Martín para hacerle partícipe.

— Bravo, Bambocha.

— Claudio Gerard no lo quiso.... y fue muy mal viaje para mí.... ¡doblemente malo! — dijo Bambocha con un ademán sombrío, que me sorprendió.

— ¿Y porqué doblemente malo? — le dije al verle pensativo y silencioso.

— En primer lugar, por no haberte encontrado, y luego....

— ¿Y luego, porqué?

— ¡Maldita casa de locos!.... — murmuró Bambocha.

— Desde luego estas palabras me parecieron incomprendibles; así dije á Bambocha: — Expílate.

— No, — contestó estremeciéndose.... ¡qué diablos de pensamientos me ocurren ahora!.... Como Claudio Gerard no quiso desprenderse de tí, — añadió Bambocha siguiendo su relacion, — vuelvo á París, y entonces.... ¡rueda la bola! pero como solo los hombres de mí ralea

tienen suerte, cuando no me quedaban mas que mil francos, jugué al número 113 y en dos dias gané cincuenta mil francos. Cuanto mas dinero poseía, tanto mas sentia tu ausencia, Martín... En cuanto á tí, Basquiña, no digo nada; si hubiera sabido donde encontrarte....

— Te creo, Bambocha; — dijo Basquiña: — partir conmigo ese dinero, ganado con tanta facilidad, hubiera sido nada en comparacion del duro trabajo á que te aplicaste mientras vivimos juntos.

— Es cierto que no fue tan pesado para mí ese modo de ganar mis cincuenta mil francos: en vez de la lima y del martillo, bastaron algunos rastrillazos en un tapete verde, y hé aquí embolsados los doblones.

— Entonces, á fe que no faltó boato: habitacion magnífica, soberbios caballos, coche, mesa franca para todo el mundo, y un calendario de bribonzuelas, en que, desde Amelia hasta Zelia, todas las letras pagaron su escote. Hacíame llamar el capitán Bambochío, y me fragué esa capitania, oyendo hablar al tío La Levrase de Tejas, donde habia mangoneado en cierto negocio. Puesto en el empeño, hícnme un padre marqués, y un futuro suegro grande de España. Por espacio de un año llevé la vida de jugador, tan parecida á la nuestra vagabunda en cuanto á emociones, como un huevo á otro. Pero todo tiene su fin, hasta la suerte. La *colorada* por mucho tiempo me trató como niño mimado; pero al cabo se portó conmigo como la difunta tía Mayor despues de nuestras amoríos; entonces quise hacer locuras con la *negra*, lo que fue mil veces peor para mí. Habíame ya desalojado de la calle de *Richelieu*, para ir á parar á una mala posada en la calle del *Seine*. Durante algun tiempo me arreglé suscitando camorras entre mis vecinos estudiantes; hacíame elegir por padrino, y dábame con que almorzar la pistola, la espada con que comer, y el florete con que cenar. Olvidábaseme decir que tenia una afi-

cion declarada á la esgrima, y tales disposiciones, que en el espacio de diez y ocho meses, *Bertrand*, el incomparable *Bertrand*, en cuyá sala de armas me presenté en clase de hijo de familia, me convirtió, no en un espadachin elegante, diestro, correcto y fulminante, como á otros muchos, pues mi carácter adusto y bravo era muy poco á propósito para ello; pero me adiestró en un juego tan lleno de dificultades. Mi fama, prácticamente cimentada en un desafío en que pasé á un cierto acreedor rebelde, que tenia fama de gran matamoros, sirvióme mucho en mis cobranzas para La Levrase.

Pero al fin quedó vacío el saco de dichas cobranzas; mis estudiantes y sus compañeros habíanse ya batido todos unos contra otros.... en mi posada me echaron á la calle, y hallábame en las garras de Satanás y dispuesto.... vive Dios, á obrar mil veces peor de lo que habia obrado; cuando di con el Lisiado, el mentor de mis tierros años.... Este digno sujeto se habia arreglado, y estaba entonces metido en un negocio de contrabando: cigarros, ropas, licores, todos los demonios del infierno: tenia yo bastantes conocidos, mas de malos que de buenos; así tomé á mi cargo colocar sus géneros de contrabando en casa de ciertos jóvenes y muchachas mediante corretaje. Vivía así, habitando en el centro de nuestra sociedad, callejon del Zorro; pero estalló la mecha contrabandista.... No existian pruebas contra mí.... me escapé, y meditaba cierto golpe de mano bastante malo, cuando me ocurrió una idea. — Soy robusto, — díjeme — la naturaleza me ha dado una estatura de cinco pies y siete pulgadas; voy pues á venderme por sustituto en el servicio militar: y luego jugaré con lo que me den; si gano, busco quien me reemplace, si pierdo si-go el servicio, y antes de dos meses me fusilan por insubordinado.» ¡Lo que es el juego! lo mismo exactamente que las mujeres: vuelve á preponderar la *colorada* por un capricho, y gano diez mil francos: pa-

go un substituto, y éteme en zancos otra vez. — Pero una desdicha nunca me viene sola, como tampoco una dicha,— y esto diciendo Bambocha nos tendió las manos á Basquiña y á mí. — El bribon de La Levrase tenia nuevos créditos que cobrar; á lo que se añadia la satisfaccion de proporcionar dinero á hijos de familia, quienes sabia La Levrase que llegarían á ser riquisimos al morir papá ó mamá. La suerte del juego me ponía en disposicion de interesar en esta compañía, ya muy embrollada; y me encargué de cebar á algunos pichones escapados del paterno palomar: desplumábalos La Levrase, y participaba yo de los despojos. El Lisiado estuvo zambullido durante algun tiempo, pasado el cual reapareció en la fangosa superficie de Paris, y lo tomé por auxiliar. . . confiriéndole por respeto á sus canas, el grado de mayor... Cuando hay acreedores reacios... sondea el terreno, y en caso necesario me sirve de testigo. Ahí teneis el estado de mis negocios, hijos míos. En este pupitre que ahí veis tengo mis cinco mil y algunos cientos francos, que estan á vuestra disposicion. Hace pocos dias tomé la bribonzuela que ya habeis visto en los funámbulos, donde fui sin haber leído los carteles. Madama Bambochó, que el diablo cargue con ella, me dijo: vamos á los funámbulos, que es cosa de buen tono; y allá fui yo... y como ya dije logré dos dichas á la vez... Pero ¿que digo dos? tres, cuatro, cinco; pues tengo la fortuna de haber dado de bofetones al vizconde Escipion, á su padre y á otros, mientras acudia al socorro de esa pobre Basquiña... Ahí teneis mi confesion: ahora dí, Basquiña, ¿cómo demonios te hemos vuelto á hallar en ese teatro?

XXIX.

Las despedidas.

— Despues que me separé de Bambocha, — dijo Basquiña, — me sali de Paris, temerosa de encontrarle y de ceder á sus nuevas instancias, y continué cantando en los cafés de las poblaciones por donde pasaba. Aunque mis oyentes fuesen tan groseros como el público que en otro tiempo acudia á nuestras representaciones con *La Levrasc*, trataba de comunicar á mi voz, á mi acento y fisonomía toda la posible expresion; de manera, que de todo hacia un objeto de estudio y de observacion con respecto á los medios de cautivar y conmovier á los espectadores. Hasta probé á componer la letra y la música de algunas cancioncillas, que obtuvieron muy buena acogida entre mi auditorio al aire libre. Preocupada por el único objeto, y blanco de todos mis pensamientos, apenas se me hacia sensible la mas dura necesidad, ni el hastío y los viles contactos que me obligaba á sufrir mi nueva existencia vagabunda; miserias y privaciones que debian serme tanto mas penosas, quanto que durante mi mansion en casa de milord duque disfruté los mas refinados placeres de la opulencia. Como la casualidad me condujese á Orleans, cierta noche canté en un café de infima clase; estaba en voz, y obtuve un éxito el mas satisfactorio y completo. Entre mis oyentes, observé un hombre de unos cincuenta años, de fisonomía que anunciaba grande inteligencia; pero cuyos colores purpúreos á la legua descubrian el vicio de la berrachera. Tanta mayor impresion me hizo la vista de este sujeto, quanto que iba vestido de un modo muy

original. Su mal redingote dejaba ver un chaleco viejo de terciopelo azulado y raído, con restos de antiguos bordados de similar, y su estropeado pantalón caía encima de unas botas de marroquí, que fueron coloradas en otro tiempo.

— ¡Algún cómico de la legua sería! — exclamó Bambocha.

— Cabal, — respondió Basquiña. — Este sujeto, que andaba por la ciudad con aquel traje teatral, era un actor de la ópera cómica de provincia: por su continuo borraçhera, acababa de ser expulsado del teatro de la ciudad, y le llamaban el *Chocarrero*. Dotado de bastante talento natural, y de un carácter divertido, era excelente comensal; de modo que los ociosos se lo disputaban, y se hallaba de continuo entre dos luces, cuando no completamente beodo.... El *Chocarrero*, pues, habiendo escuchado con suma atención mi canto, no me aplaudió, sino que se vino á mí, y me dijo: — Soy inteligente, y sé distinguir las buenas voces y las felices disposiciones.... Si sigues trabajando, hija mía, antes de cuatro ó cinco años, serás la primera cantante de la Ópera en París.... Si quieres, yo te daré lecciones.... además tampoco tengo nada que hacer y será para mí una distracción: — Acepté la oferta con vivo reconocimiento.

— ¿Y era en efecto inteligente aquel hombre? — pregunté á Basquiña.

— Si ese desgraciado hubiese podido poner en práctica los excelentes principios teóricos que poseía con respecto al arte, hubiérase grangeado un nombre ilustre entre los mas célebres cómicos de su época. El maestro que me proporcionó milord duque era un gran cantor y compositor; pero no era actor; el *Chocarrero*, al contrario, era un músico bastante mediano (desempeñaba el papel de bajo en la ópera cómica); pero, sobre todo, era un cómico consumado. Nadie como él conocía teóricamente todos los recursos.

del arte, desde los efectos que produce la parte cómica mas natural, hasta los mas trágicos y dramáticos. ¿Pero cómo un hombre dotado de tales conocimientos, que analizaba con igual sutileza un papel de Moliere, de Racine ó de Corneille, no pudo ser mas que un cantor mediano en la ópera? — Por una de esas contradicciones tan frecuentes como inexplicables. Acepté la oferta del *Chocarrero*, quien me dió sus lecciones con extraordinaria severidad y casi con brutal dureza; aunque en los momentos lúcidos que le dejaba la embriaguez, me comunicó algunos conocimientos, tales, que fueron para mí una verdadera revelacion. .. Por desgracia sus lecciones tuvieron un término. Dominado el *Chocarrero* mas y mas por el vicio de la embriaguez, cayó en un embrutecimiento, que rayaba en idiotismo; y se hizo con él un acto de caridad, segun creo, cediéndole un lugar en un hospicio de mendigos. Varias veces aquel desgraciado me aconsejó que fuese á París, y que á toda costa buscase colocacion en algun teatrillo; cierto como estaba de que una vez me diese á conocer, nada importaba donde, si seguia trabajando, al fin llegaria á grangearme aplausos... Salí de Orleans para venir á París, ganándome el sustento cantando en el camino. De este modo llegué á Scaux, ...y fue allí, — dijo Basquiña, oscureciéndosele la frente, — allí fue donde por segunda vez ví al vizconde Escipion desde la escena del bosque de Chantilly. Era en día festivo; y creyendo ganar algo en la mas famosa posada del pueblo, me hice conducir á ella. Acababa de entonar una cáncion en presencia de varias personas, que comian en el jardin de dicha fonda, cuando vino un mozo á avisarme de que en una de las salas del primer piso deseaban oirme. — Vas á ganar sendas monedas de plata, — dijome el mozo, — pues son personas muy ricas las que quieren oir tu voz. — Seguí al mozo; abrió una puerta, y me ballé delante de Escipion y de dos compañeros suyos. Tenia tan grabada en mi memoria la escena del bosque de Chantilly, que

desde luego reconocí al vizconde ; quien seguramente no se acordó de mí ; bien que , tanto él como sus amigos , me parecieron muy electrizados por el vino. — Vamos , cántanos algo , pordioserilla , — díjome Escipion con grosería y casi sin mirarme , — yo te pagaré mejor que esos plebeyos del jardín. — Toma , recoge esto , — añadió arrojándome con insultante menosprecio una pieza de á cinco francos , que fue rodando por los suelos. Tan conmovida me hallaba por los recuerdos de toda especie , que me traía á la memoria la vista de aquel maligno muchacho , que desde luego no reparó en sus groserías : y permaneciendo muda é inmóvil , no cuidé de recoger el dinero. Mi silencio parece que le llamó la atención , y diciendo algunas palabras al oído de sus compañeros , levantáronse de la mesa : uno de ellos fue á echar el cerrojo á la puerta... y empezó entonces contra mí una escena de las mas viles y brutales. Me resistí llorando y suplicando , en voz baja , sin atreverme á gritar , ni á pedir socorro ; convencida de que , en caso de algun escándalo , el dueño de la fonda me atribuiria toda la culpa y me echaria ignominiosamente. — Mis ruegos y mi terror enardecieron mas aun á aquellos miserabillos ; mi obstinada resistencia irritó á Escipion , animado ya por el vino ; y entrando en un acceso de rabia me llenó de injurias , y me golpeó en el rostro con tal fuerza , que brotó sangre.... Entonces desprendiéndome de sus brazos mediante un esfuerzo desesperado , me precipité á la ventana y la abrí gritando : ¡ socorro !... Tenia el rostro ensangrentado , y viéndome tan mal parada los sujetos que estaban comiendo en el jardín , se levantaron tumultuosamente. Asustado uno de los amigos de Escipion , fue á quitar el cerrojo de la puerta ; y entró el dueño de la fonda , quien me echó toda la culpa del lance , y me hizo salir á la calle inmediatamente con la mayor brutalidad. Pero varios sujetos que presenciaron el caso , tomaron parte en favor mio ; de manera que , á no llegar entonces el ayo de Escipion , quien con auxilio del fondista , hizo escapar al

vizconde y sus compañeros por una puerta escusada; á buen seguro, que la multitud indignada les hubiera hecho pagar caros los insultos.

— Maldito muñeco, — exclamó Bambocha, — siempre será el mismo pilluelo del bosque de Chantilly.... con todo será preciso ponerle coto de un modo algo duro.... pues va teniendo ya edad.

— Esto me concierne.... aguardaré.... — dijo Basquiña con su fria ironia. — Amigos míos, si os hablo de esta nueva indignidad de Escipion, es porque juntándola con el lance de esta noche, presenta visos de una fatalidad muy singular, — añadió Basquiña, animándose mas y mas. — Así el genio del mal echa siempre al vizconde en la senda que recorro, impeliéndole á llenarme de ultrajes propios para exaltar la venganza de una mujer hasta la ferocidad, — exclamó Basquiña, cuyos ojos centelleaban, ensanchábansele las narices, y toda su fisonomía tomaba la expresion de un implacable despecho. — No bastaba haberme, cuando niña, rechazado sin piedad, y haberme ultrajado y abofeteado mas tarde; ¡sino que era preciso que su mala estrella lo llevase esta noche al teatro! — Pues aun ignorais, amigos míos, hasta que punto me desespera el suceso de hoy. Sin hablar de la humillacion juntamente ridícula y atroz que acabo de sufrir.... de los *fueros* ó insultos con que se me ha perseguido; sabed que solo con inauditos esfuerzos de voluntad y de increíbles privaciones, pude lograr ser admitida en ese teatro; y luego, no cantando ya por las calles, veíame obligada á vivir con mis diez sueldos diarios que ganaba como figuranta; es decir, á no comer pan todas las veces que tuve hambre, y á dormir en horribles madrigueras, confundida con lo mas soez que hay en París.

— Esto para una mujer es horrible, exclamé, — ¡Dios mio! ¡cuánto debiste de sufrir, pobre Basquiña!

— La esperanza ó la conviccion en que me hallaba de salirme un dia con mi intento, me daba fuerzas para su-

frirlo, — dijo Basquiña: — aumentaba mi afan, y, cosa que no habia yo previsto, esta noche asistió á la representacion cierto director de un teatro de provincia, quien si hubiese quedado satisfecho de mi canto y de mi pantomima, escriturábame por 800 francos... Éra muy poco... no obstante para mí lo era todo; porque dado este primer paso, estaba segura de llegar á fuerza de afanes y de aplicacion al punto deseado... Pero ya os figuraréis, — añadió Basquiña con desconsolado acento, — despues de mi ridícula é ignominiosa caida de esta noche, se han hundido todas mis esperanzas por este lado.

— Y aun ignoro si me atreveré á presentarme de nuevo á ese teatro, en que tanto me costó ya ser admitida... pero nada importa, ¡solo tengo diez y seis años! — prosiguió Basquiña con acento de obstinacion indomable. — Volveré á empezar enteramente de nuevo, buscaré otros medios... pues no puedo absolutamente abandonar mi venganza, quiero lograr mi designio y lo lograré... Si: mil gracias, Escipion, porque el nuevo rencor que me inspiras, centuplicará mis fuerzas y mi resolucion... gracias, porque si no sucumbo de pesar... tú y los tuyos...

— Perdonad, amigos, que estos odios me hagan olvidar de vosotros... mas tarde ya hablaremos de lo porvenir... pero hoy, que nos hallamos otra vez reunidos, tras tantos años de pruebas y de separacion, no pensemos mas que en la dicha de volvernos á ver, y de poder decirnos lo que tal vez á nadie hemos dicho; esto es: ¡qué consuelo! ¡qué ánimo inspira nuestra mutua compañía!... Aquí acaba mi confesion, Martin, y tambien está terminada la de Bambocha... Ahora no sabes con que impaciencia aguardamos la tuya

Con la mayor brevedad posible, referi cuanto me sucedió despues de nuestra separacion, y confieso que á impulsos de la efusion de mis sentimientos, sintiendo escrúpulo en ocultar algo á los que, en su expansiva con-

fianza, acababañ de iniciarme en sus mas ocultos pensamientos, y en los mas tristes misterios de su vida... nada callé, ni aun mi respetuoso amor á Regina, ni los recelos que me causaban las persecuciones de que esta era objeto.

Por otra parte, á mas de la ciega y legítima confianza que me inspiraba mi afecto á Basquiña y á Bambocha, contaba con el conocimiento que este tenía de Roberto de Marcuil para lograr, en caso necesario, un útil auxiliar en mi amigo de infancia. Por último, fui llevado á hacer esta confianza, acaso indiscreta, por la sincera y profunda emociion que manifestaron mis amigos al oír referirles mi obstinada lucha con mi mala estrella; y me movió tambien el ansia, y casi diré el susto, de que dieron muestras al oír que habia yo estado á punto de fallecer.

— ¡Ah! ¡respiro! — exclamó Basquiña, — ¡Martín, me has asustado! — dijo Bambocha, cuando hubo referido que el providencial encuentro de Regina me habia salvado de la infamia.

— ¡Extraño contraste, que aun ahora encuentro inexplicable! Esos dos seres nada esperaban de los sentimientos honrados, elevados y generosos; y no obstante, supieron penetrarse y apreciar con interesante simpatía cuanto encerraba de animoso y de bueno mi conducta en medio de tan duras pruebas. Pero no fue así con respecto á mi amor á Regina.

— Crees en Regina, como mi pobre madre creia en la Virgen María, — díjome Basquiña conmovida: — esto no es amor; sino religiosa devociion.

— Martín, — díjome Bambocha cuando hubo terminado mi narracion: — eres sin duda la criatura mejor del mundo.... Vas á reírte, cuando te diga que estoy satisfecho de ser lo que soy, para poder comprenderte, mejor que si fuese como tú, y me hallase á tu nivel.

— Bambocha, — le dije sonriendo, — la amistad te ciega.

— ¡Fuego de Dios! no quiero gastar retóricas; pero cuanto mas bajo se halla uno situado, mejor puede apreciar la altura de una montaña.

— ¡Tiene razon! — observó Basquiña; — la amistad no nos ciega; solo sí nos impide ser envidiosos ó injustos. Sabe, mi buen Martín, que para juzgar de una belleza no es la mas á propósito otra belleza; sino la fealdad, siendo inofensiva y libre de envidia.

— A mas de esto, nada puede cambiar el diablo; y te quedarás Martín, como seguiremos nosotros siendo Basquiña y Bambacha: actualmente, estamos vaciados en bronce, tú en el molde del bien, y nosotros en el del mal. Rascar ese bronce, es como entretenerse en arrancarse las uñas, un juego de sandios: y á mas, ¿qué importa esto? ¿Acaso Basquiña y tú me amais menos por ser yo un pícaro... mientras llevo á otra cosa mil veces peor?... Me amais tal como soy.

— Porque aun posees excelentes prendas, — dije.

Meneó la cabeza, y me contestó:

— No tengo mas que dos buenas cualidades: la una ser de Basquiña en vida y en muerte: y la otra ser tuyo, Martín, en vida y en muerte tambien; y ser de entrambos: ahí está todo. ¿Pero qué importa? ¿te amamos menos Basquiña y yo por ocupar tú en cuanto á los sentimientos del corazon una posicion tan elevada, como ínfima es la nuestra? De ningun modo; tal como eres te amamos. En lo que somos idénticos los tres, es en lo tocante á nuestro recíproco afecto... sobre este punto, Martín, no tienes motivo de envanecerte; pues valgo tanto como tú, lo mismo que Basquiña vale tanto como cualquiera de nosotros dos. Nuestras confesiones tienen de bueno que nos demuestran la necesidad que tenemos unos de otros; tocante á los medios de socorrernos, ya los hallaremos. — Pensemos primero en lo que me concierne. En este instante de nada necesito absolutamente; con que quedais los dos: Basquiña y Martín. Es preciso que Basquiña, á pesar

de su caída de esta noche, conserve su contrata para el teatro de provincia; ó lo que es mejor, necesita contratarse de un modo mucho mas ventajoso en París.

— ¿Cómo? — preguntó Basquiña.

— Lévenme el diablo si lo sé, — dijo Bambocha; — pero tendrás esa contrata, como digo, y hasta para uno de los papeles principales; yo respondo.

— Sí, los dos respondemos; — exclamé: — Baltasar Roger, uno de mis amigos, está hechizado por el talento de Basquiña; un amigo suyo, periodista de los mas influyentes, participa de la misma admiracion.... Sobre todo, Baltasar, que tiene un corazon cual ninguno, se habrá afligido en extremo por el lance de esta noche.... De consiguiente, me empeño en obligarle á que te recomiende con toda instancia á su amigo el periodista.

— Y una vez proclamada por los periódicos, Basquiña — añadió Bambocha, — entónces será de tu parte imponer las condiciones.... ¿ No lo dije que te buscaríamos una soberbia contrata!... En cuanto á ti, Martin; ó mejor en cuanto á la señorita Regina, que desde ahora puede contarme entre sus mas celosos servidores, supuesto que la amas tanto como la respetas, no caerá en manos de Roberto de Mareuil... de esto yo respondo... Tú no sabes quien es ese hombre, en cuya comparacion soy yo un santo... pero tranquilízate, lo derribaremos; y una vez derribado (pues parece que es el mas temible) trataremos de los restantes, del príncipe de Montbar y del padre de ese bribon de Vizconde.... Serán dos bocados y no mas... ¿ Con qué salsa los comeremos? Lo ignoro aun; pero ya la encontraremos.... Por ahora, gracias á ti, lograremos una excelente contrata para Basquiña.

Como me mostraba dudoso sobre la infalibilidad de los medios de Bambocha, este añadió:

— Si sueltas otra palabra, me comprometo á obtenerte la mano de Regina.... Pero no,.... prosiguió alargándome la mano con aire arrepentido, — afuera chanzas con ese

nombre. Perdon, Martin, he faltado.... Ya es mucho con que aceptes mi auxilio.... Pero sabe que para luchar con los Robertos de Mareuil, valen mas que los Martines, los Bambochas.

— ¿No has dicho, Martín, que Roberto de Mareuil ha asistido esta noche á la representacion de los funámbulos? — dijo de repente Basquiña, trás pensativo silencio.

— En efecto, — contesté, — y se hallaba en el proscenio, á mano izquierda.

— Esto es, — dijo Basquiña con viveza, — aunque colocado en el fondo del palco, se adelantó bastante hácia fuera.

— Así fue, — dije; — parecia atraído y como fascinado por tu mimica y tu canto.

— ¡Extraña casualidad! — lo observé un instante, pues durante mi escena solo atendia á la representacion de mi papel.

— El tal Roberto parecia fascinado, — dijo Bambocha mirando á Basquiña con aire de inteligencia.

— Si, — respondió esta con su sonrisa sardónica— ¿entiendes? es uno de los amigos del vizconde, uno de los corifeos de esa raza que detesto.

— ¡Pardiez si lo entiendo! — contestó Bambocha.

— Tambien me parece que lo entiendo yo, — añadió; — pero cuidado.... que Roberto de Mareuil es....

— No te metas en esto, Martin, — dijo Bambocha interrumpiéndome, es una *obra magna* en que no debes mezclarte, pues te ensuciarías las manos, y además eres sobrado delicado. No te dé inquietud, que nada se hará sin tu consentimiento.... Pero lévese el diablo los negocios esta noche; ve ahí que nos roban los instantes mas preciosos... y ya que nada mas tenemos que comunicarnos, regalémonos con los recuerdos pasados, y vamos á cenar.... En cuanto á mí, el placer me aguza los dientes; por dicha hice preparar la cena para mí y para la difunta señora capitana Bambochio.... Con que vamos á cenar, amigos; á cenar.

No será tan sabroso como los guisados de marras del pobre Leonidas Requin.... ¿os acordáis? ¡qué guisos de carnero nos hacía!

— ¡Pero sobre todo era hábil en guisar á la marinesca! ¡Ya se ve, un hombre-peze! — dijo Basquiña, cediendo como yo á la alegría, á ejemplo de Bambocha.

— ¿Y su ingenioso modo de alejar de sí á los curiosos, — preguntéles, — cuando se acercaban demasiado á su cuba?... ¿os acordáis?

— ¡Pues no he de acordarme! — dijo Bambocha aproximando á la lumbre una mesa, que fue á buscar en la sala donde estaba enteramente arreglada y servida con suntuosidad... — En la última función que dió La Levrarse, fue donde Leonidas dió mayores pruebas de su habilidad apestando á los curiosos... de manera, que me hallaba yo en el segundo recinto, y hasta allí llegó el hedor pestífero.... que por poco nos sofoca.

— En ese mismo día — dije yo, — ¡pobre Basquiña! ¿te acuerdas del peligro á que te expuso la tía Mayor?... ¿te acuerdas de la pirámide humana?

Y bajo el irresistible encanto de esas mágicas palabras, tan dulces para unos amigos de la infancia reunidos al cabo de una larga separación; entregados á los recuerdos de lo pasado, olvidamos del todo lo presente y lo porvenir en aquella cena, en que rebosaban de cordialidad nuestros pechos, y que duró hasta al amanecer del siguiente día.

Aquella mañana regresé á casa de mis amos, lleno de inquietud por saber como tomarían mi ausencia; pues á toda costa me convenia permanecer al servicio de Baltasar, ó mejor, al del conde de Marcuil, cuyos pasos tanto me interesaba penetrar. Preparé pues mis disculpas en una farsa ingeniosa. Hallé la llave en la cerradura, abrí la puerta, y entré.

Con la mayor sorpresa me encontré á Baltasar arreglando su maleta. ¡Pobre y digno poeta, no tuvo mucho trabajo

en llenarla, y aun gran parte la ocupaba el plano del magnífico palacio que deseaba edificar!

La fisonomía de Baltasar tenia una expresion grave y triste, que nunca le habia observado. Apenas me vió, díjome con afectuosidad:

— ¡Hola! ¿estás abí Martin?

— Señor... —respondí confuso... —dismúleme V.... que ayer... cometí una falta... que...

— No se hable de ello, Martin... ningún derecho tengo de reñirte... mi pobre criado de un día... Me voy...

— ¿Se vá V. señor? — exclamé involuntariamente, y añadí:

— ¿Y el señor conde de Mareuil, el amigo de V?

— Mi amigo... repitió el poeta, recalándose en estas palabras con cierto sentido tono... mi amigo, se queda aquí... conservará esta habitacion; porque la casa y el barrio le convienen igualmente.

— ¿Pero y V.?

— Yo, muchacho, voy á pasar una temporada en el campo.

No habia duda en que acaba de ocurrir un grave y repentino rompimiento entre el poeta y Roberto de Mareuil.

Despues de un largo silencio, díjome Baltasar sacando de su cartera un papel: — Te debo unos sesenta francos por las comisiones que por mí has desempeñado... Ya te harás cargo de que la capitalizacion de los gajes convertidos en millones, es una pura chanza... muy buena cuando se está alegre... Disimúlame el haberte hecho aguardar tanto tiempo... el dinero.

— ¡Ah, señor!

— Desearia ciertamente poder dar mejor recompensa á tus cuidados, á tu celo y delicadeza; puesto que nunca, mi buen muchacho, has osado pedirme dinero, cuando sin duda te era muy necesario... Si no te lo di mas pronto fue porque... francamente, porque no

lo tenía, pues no había vencido el trimestre de mi corta pensión, pero vence mañana.

— Abi tienes este recibo; lo llevarás á donde dicen las señas... tomarás esta cantidad por mi cuenta, menos sesenta francos, que conservarás para tí, enviándome el resto con una orden sobre correos en Fontainebleau.

— Muy bien, señor mío... muchas gracias, — le dije tomando el papel.

— Pero ahora pienso, — añadió sonriendo el poeta, — en que tengo una letra tan maldita, que acaso no puedas leer las señas... á ver, pruébalo.

Leí el papel, aunque con bastante dificultad, el cual se hallaba concebido en estos términos:

He recibido de Mr. Renaud, calle de Montmartre, número 10, la cantidad de trescientos cincuenta francos, por el trimestre de pensión vencido, que Mr. Justo tiene la generosidad de pasarme.

Paris, etc. etc.

— ¡Dios mío! — exclamé luego de leído el papel, — ¡otra vez Mr. Justo!

— ¿Cómo? ¿qué quieres decir? — me preguntó el poeta.

Y referí á Baltasar cuanto sabia sobre otras liberalidades de aquel hombre singular.

— ¡Es extraordinario! — me respondió el poeta en ademán pensativo, — fuerza es que el tal Mr. Justo sea el mismo diablo. Tambien me moría yo de hambre, cuando vino á mí socorro. ¿Cómo supo que yo era huérfano; que mi pobre padre, el hombre mejor del mundo, arruinado por una bancarrota, me dejó sin recursos; y que con mi prurito de escribir, alimentaba la convicción de llegar un día á hacerme un nombre á fuerza de trabajo? Esto lo ignoro. Lo cierto es que Mr. Justo, que tiene el aire mas avinagrado y brutal del mundo, se me presentó cierto dia; que, despues de una conversacion, en la que me pareció profundamente instruido de cuanto me concernia, me en-

llegó una carta para ese Mr. Renaud, quien posteriormente ha continuado satisfaciéndome esta pensión, tan útil para mí, como inesperada. Por otra parte, jamás he vuelto á ver á Mr. Justo, y solamente su agente de negocios me decía cada vez: — Esto va bien, amigo, siga V. así: V. es un jóven laborioso... y llegará al punto deseado; se le observa y se está enterado de cuanto V. hace. — Mi único deseo, — añadió el poeta dando un suspiro, — es ver un día á Mr. Justo, á quien lo deberé todo, si al fin llegó á ser algo.

— ; Oh! así lo espero.

— Tambien yo... Ahora atiende: Sé que eres un valiente muchacho; así, toma un consejo: es posible que Mr. Roberto de Mareuil, que me reemplaza en la posesion de este cuarto, te proponga entrar á su servicio.

— ; Y qué!

— ¿Qué? que no debes aceptar el ofrecimiento; consérvate lo mismo que has sido; es decir, honrado y fiel comisionista; no puedo decirte mas; aunque por otra parte, — añadió dignamente el poeta, — como nunca niego mis palabras, podrás decir al señor conde de Mareuil que he sido yo... ¿entiendes? yo, quien te ha dado el consejo de no entrar á su servicio. Vamos, mi pobre Martin, la última comision: lleva esta maleta á los carruajes de Fontainebleau....

Conmoviome el afectuoso tono del poeta, y no obstante lo mucho que me dió en que pensar su repentino rompimiento con Roberto de Mareuil, acordándome de los intereses de Basquiña, dije á Baltasar:

— ; Ay amigo! se va V. precisamente cuando tengo que pedirle un gran favor.

— ¿Qué favor?

— Amigo mio, anoche fue V. testigo de la terrible desgracia acontecida á esa pobre Basquiña.

— ; Miserables! ¡pícaros! ¡ignorantes! — exclamó el poeta, — Ella es en las tablas una mujer sublime, una perla dentro de una ostra

— Pues bien , como he dicho ya , conocí á Basquiña tanañita... anoche hallé medio de volverla á ver despues de su desgracia ; un compañero nuestro de infancia y yo hemos permanecido junto á ella esta noche. Despues de semejante escándalo , su porvenir está perdido ; pues , para colmo de desgracia , la pobre muchacha contaba con una contrata en provincia , que debía cerrarse anoche mismo. El director asistió á la representacion ; pero despues del lance , ya conocerá V....

— ¿ Qué puedo remediar en esto ?

— No faltan á V. conocimientos con periodistas... y dícese que si los periódicos hiciesen alguna alabanza de Basquiña...

Interrumpiome el poeta :

— No debiera interesarme por Basquiña ; no á causa de su talento , pues lo admiro ; ni por su carácter , que lo ignoro ; solo porque , sin quererlo , ha....

Y el poeta , dejando incompleta la frase , prosiguió :

— Pero no importa , la justicia ante todo : escribiré al periodista Duparc , al omnipotente Duparc , precisamente es un fanático admirador de Basquiña , y él emprenderá el asunto. ; Es una revelacion que debe hacerse , una nueva estrella que señalar al mundo ! — dijo Baltasar , animándose á pesar suyo. — Tranquilizate , Martin ; haré algo mas que escribir á Duparc ; ahora mismo , antes de partir , iré á verle ; además , me encargo de ilustrar á Basquiña : le dedicaré un artículo que saldrá á luz en todos los periódicos. Mientras Duparc dirigirá la orquesta en su folletín , la comunidad de los mártires de la prensa hará coro.... y.... *fiat lux*... habrá brillado un nuevo astro.

— ¡ Ah ! mil gracias , mil gracias , amigo.

— Yo soy quien debo dártelas , Martin. — respondiome Baltasar con tono conmovido. — *Marchébane* de París con la hiel en mi corazón , y la amargura en la boca ; y á tí lo debo si me voy ahora con un pensamiento dulce y benéfico , cual es el de hacer justicia á una pobre criatura , sublime ,

ignorada y perseguida.... Vamos, gracias, Martín; adiós, amigo; cuenta conmigo para tu protegida, continua siendo un muchacho honrado y bueno. Sobre todo ... no entres al servicio de Mr. de Mareuil.

Luego, tomando su sombrero viejo y su paraguas, echó el poeta una mirada, última y casi melancólica, en torno de sí, diciendo:

— ¡Cara y humilde estancia! ¡cuántos dorados sueños he tenido en tu recinto! ¡cuántas horas dichosas de trabajo y de esperanza he pasado aquí!...

Luego, encogiéndose de hombros, como si se hubiese reprendido esta despedida, dijo:

— ¡Vaya! ¡no estoy dirigiendo poéticas despedidas á las paredes de un cuarto de alquiler! Vamos: hasta la vista, Martín, cuenta conmigo con respecto á Basquiña. Quiero ser el Herschel de esta nueva constelacion; si tu protegida lo necesita, escribeme en el correo permanente, en Fontainebleau, enviándome dinero. A mas de que ya volveré á París, acaso dentro uno ó dos meses, y de paso veré si te hallas todavía en tu *rincon*. Adios muchacho, no olvides mi recomendacion, que es para tí un punto capital: no entres al servicio de Mr. Roberto de Mareuil.

El poeta se fue; y al día siguiente, no obstante las reiteradas amonestaciones de Baltasar, entré al servicio de Roberto de Mareuil.

FIN DEL TOMO TERCERO.

ÍNDICE DEL TOMO TERCERO.

	<i>Pág.</i>
I. La escudela.	1
II. La nieve.	10
III. Los aniversarios.	20
IV. Las despedidas.	33
V. El misterio.	42
VI. Las investigaciones.	54
VII. El callejon del Zorro.	63
VIII. La noche.	75
IX. Trabajo y pan.	90
X. Nuevos encuentros.	98
XI. El almuerzo.	110
XII. La casa del Lisiado.	123
XIII. Tentaciones.	133
XIV. El encuentro.	145
XV. Martín al rey.	153
XVI. Las comisiones.	157
XVII. Martín en casa de Regina.	167
XVIII. Regina.	177
XIX. Los encuentros.	168
XX. El mercader de juguetes.	194
XXI. La conferencia.	204
XXII. El peristilo del Musco.	223
XXIII. Los Funámbulos.	234
XXIV. Basquiña.	245
XXV. Confidencias.	255
XXVI. Historia de Basquiña.	265
XXVII. Continuacion de la Historia de Basquiña.	276
XXVIII. Continuacion de la Historia de Basquiña.	286
XXIX. Las despedidas.	297

FIN DEL INDICE DEL TOMO TERCERO.

